

La rebelión de las ratas

Fernando Soto Aparicio



Rudecindo Crisanchos y su familia se encaminan a Timbalí, principal centro carbonífero del país, esperanzados en un mejor porvenir. Cuando llegan a su destino se encuentran con un pueblo miserable, habitado por obreros que apenas pueden sobrevivir con lo que derivan de su inhumano oficio en los socavones de las minas.

Siendo ese el único empleo disponible, Rudecindo tiene que engancharse para poder satisfacer las necesidades de su familia. Como el resto de sus compañeros, trabaja abnegadamente; pero las injustas condiciones a que son sometidos por sus patrones extranjeros, van engendrando en ellos el germen de la rebelión. Con ofensiva prepotencia sus requerimientos son rechazados, no quedándoles otra opción que la huelga. Los patrones responden a esto haciendo traer un contingente de policías que obligan a los obreros a regresar a las minas.

Los abusos de la policía son inmediatos y la posición de los obreros se radicaliza; se amotinan, y en una apasionada explosión de ira y dolor se enfrentan inermes a la fuerza pública.



Fernando Soto Aparicio

La rebelión de las ratas

ePub r1.0
guau70 02.11.14

Título original: *La rebelión de las ratas*
Fernando Soto Aparicio, 1962
Retoque de cubierta: guau70

Editor digital: guau70
ePub base r1.2



Capítulo

Antes todo era sencillez, rusticidad, paz. Y de pronto el valle se vio invadido por las máquinas; el medio día fue roto por el grito estridente de las sirenas; los caminos se perdieron bajo toneladas de polvo y anchas vías cruzaron el verdor de los sembrados; los árboles, cercados por el humo, envejecieron y terminaron por perder sus hojas y sus nidos; y el silencio, ese bendito silencio que era como un manto protector tendido sobre el campo, huyó para siempre hacia las montañas.

Así como el paisaje, los rostros cambiaron también. Ya no era la cara ancha y sonrosada del sembrador; ya no las mejillas frutales de las muchachas ni los ojos risueños de los niños. Eran semblantes deformados por grandes cicatrices; con hirsutos pelos que les daban apariencias bestiales o ridículas; eran pieles ajadas por el sudor, ennegrecidas por el hollín, picadas por las viruelas inclementes que diezmaron la población del valle como plaga bíblica; eran ojos asustados, huidizos, brillantes de codicia, señalados por las huellas imborrables de crímenes pasados.

A eso lo llamaban algunos, pomposamente, *civilización*, *progreso*. La esperanza de la patria estaba allí; con el sacrificio de unos pocos se aseguraban la tranquilidad de muchos, era necesario que el valle perdiera su aspecto bucólico, para que la nación recobrar su estabilidad económica. Al menos tales cosas decían los oradores que acudieron a convencer a los campesinos y obreros de la conveniencia de abandonar las cosechas, de trocar la azada por la piqueta, de cambiar el maíz por las piedras negras de carbón y de acabar con los mansos burritos de carga por los camiones de color rojo oscuro, como teñido de sangre.

Los agricultores al principio ofrecieron resistencia. Pero pronto fueron cediendo: el miedo, la ambición, el dinero, el analfabetismo... Después de que se descubrieron las minas de carbón en aquel vasto territorio, llegaron de los diversos puntos de la república gentes de toda condición social, pero generalmente desheredados, fugitivos y vagabundos. Rondaron por entre los cultivos, acudieron hasta las casas hospitalarias, siempre abiertas al forastero, y en ellas fueron infiltrando la savia de sus pensamientos, el veneno de sus convicciones, el lenguaje rebuscado de sus argumentos. Entonces los dueños de pequeñas parcelas —verdes en invierno, doradas en verano— tuvieron que abandonarlas, entregándolas a la voracidad de los compradores. Algunos, inclusive, se vieron amenazados de muerte. Pero los más terminaron cediendo de buena gana, ante las promesas de un futuro de abundancia y prosperidad.

Luego de conquistada la tierra vino la invasión mecánica: camiones, palas, grúas... Crujieron las montañas centenarias al sentir en su base la puñalada del acero; se descuajaban con quejidos casi humanos los árboles enormes de los boscajes; y las

casas humildes, fabricadas de paja y barro, cayeron con sus ensueños ancestrales ante el empuje de la codicia.

No eran malas, quizá, las intenciones de los que esbozaron el proyecto. Pero a través de centenares de labios y de cerebros diversos, las palabras y los pensamientos fueron deformándose. Y aquellos hombres silenciosos y rústicos no adivinaron lo que vendría.

Ocurrió pronto. El valle estaba habitado por doce o quince familias regadas en todas direcciones: el rancho de los Moreno, la fundación de los Montoya, la casita de los Ramírez... Por todos lados, un nombre amigo, un rostro sonriente, una mano franca. Y luego de la irrupción del progreso, fueron decenas de familias agrupadas en barrios miserables, apiñadas como tallos de trigo. Las construcciones apresuradas crecieron como cizaña. Casas de latón, de madera, de piedras y cemento. Y de allí surgió el pueblo: Timbalí.

Eran rostros y conciencias distintas pero era un solo idioma. Y de súbito llegaron los extranjeros: ingleses, franceses, alemanes... Desterrados los unos, atraídos los otros por la sed de fortuna, guiados los demás por intereses de variada índole. Penetraron al valle las palabras duras, metálicas, los rostros colorados y los cabellos rubios, casi blancos. Mujeres altas y pálidas reemplazaron a las hembras morenas y ardientes de antaño.

Construyeron casas de aspecto raro, con los tejados terminados en punta, con puertas de vidrio y de metal. Y fundaron, a un lado del pueblo de los trabajadores, una especie de barrio, con calles pavimentadas. Allí vivían esas pocas familias, cuyos hombres vinieron pronto a mandar en los otros, en los dueños de la tierra. Seres rubios que decían *very good*, *oui messie*, o *aufschau*, invadieron las oficinas, construidas apresuradamente en las estribaciones de la montaña. Y los que antes fueran amos absolutos de aquellos rincones, de los que habían huido para siempre el sosiego y la paz, se vieron obligados a obedecer a los extraños.

Principió la explotación de carbón en gran escala. Las montañas que rodeaban materialmente el valle contenían una incalculable riqueza. Bajo la tenue capa de verduras se ocultaban millones de toneladas de mineral. Tanto, que en cincuenta años apenas si se haría pequeña mella en su inmensidad.

Por los campos ya secos y abandonados, se tendieron los caminos metálicos. Los hombres, inclinados sobre la tierra, clavaban en su vientre largas púas de acero para sostener las líneas por las que, meses después, corrían veloces locomotoras lanzando al aire sus eructos negros, y arrastrando tras de sí largas filas de carros que transportaban carbón hacia la capital.

Todas las escalas sociales vinieron a formar el pueblo de Timbalí. Desde los extranjeros que pisaban la tierra aquella —buena y acogedora— como dominándola, como amenazándola, hasta el pordiosero, hasta la prostituta.

Entre los hombres atraídos por el vértigo llegó una mañana de tibio verano Rudecindo Cristancho. Era alto, delgado, de apariencia débil; la espalda inclinada

siempre; los ojos bajos; la boca cerrada herméticamente; con las palabras justas para medio hacerse entender; las manos grandes, nervudas, descarnadas; largas y magras las piernas. Esto en lo físico. Y en lo intelectual, resignado hasta el sacrificio; pero no por heroísmo, sino por ignorancia. No supo nunca quiénes fueron sus padres, ni le interesó averiguarlo. Sus recuerdos arrancaban de una época muy remota: trabajaba en una finca como mandadero, y soportaba los latigazos del dueño cada vez que no cumplía cabalmente sus deberes. Quizá desde entonces le nació esa resignación fatal, completa, terrible, ya que su alma había sido cruelmente deformada por la vida misma.

Después de este período doloroso se encontraba —en la cinta de sus evocaciones— trabajando como mecánico en un taller, en una ciudad lejana, ya esfumada en la memoria. Y luego Pastora... Era su esposa. La conoció en el campo, en donde estaba colocado como jornalero, ganando sesenta centavos diarios. De ello hacía algunos lustros ya. Se enamoraron. La mujer era bonita. Buena hembra, como decían los vecinos. Rudecindo se sintió fascinado por sus ojos negros, su rostro fresco y sano, su cuerpo vibrante y erguido y su olor de mujer plena. Y se casaron. Una fría mañana de septiembre. En la iglesia de un pueblo distante cuyo nombre había olvidado ya.

Vinieron los sufrimientos, las miserias... Días enteros en que apenas tuvieron con que comprar el pan. Después les llegó una hija. Le pusieron María Helena de Nuestra Señora de Las Mercedes; pero todos, desde pequeña, le decían cariñosamente Mariena. Tenía catorce años. Bajo la tela del traje se le insinuaban los senos; a la espalda le caían las trenzas, como gemelos chorros de sombra; tenía los mismos ojos de la madre: grandes, negros; iluminados; y la piel morena pálida, con transparencias nacarinas cuando la invadía el pudor.

Luego nació el hijo: Francisco José de la Santa Cruz. Pero le decían Pecho, para ahorrar tiempo. Tenía doce años. Era delgaducho como el padre: pero, al contrario que él, de un carácter vivo, alegre, emprendedor; y también violento. Porque en su alma infantil, que había copiado como una filmadora las amarguras y las traiciones, brotó una chispa de rebelión que permanecía oculta, agazapa como una fiera que, en ocasiones, enseñaba las garras.

Esa era la familia de Rudecindo Cristancho. Su mujer, su hija, su hijo..., y posiblemente otro. Porque Pastora hacía ya siete meses que estaba embarazada.

Tal vez el mismo Rudecindo no supo de dónde había llegado, ni a qué. Quizá lo empujó el vértigo. Ese que llevó al valle a tantos hombres, a tantas mujeres, a tantos niños. Todos con la ilusión de una riqueza fácil, de un jornal suficiente; todos con el anhelo de vivir mejor, de dar un vuelco a la monotonía de su tránsito por el mundo. Eso los guiaba hacia el progreso creciente de Timbalí. Una ansiedad oculta a veces, a veces manifiesta, pero siempre existente, por cambiar de vida, por mejorar, por tener con qué comprar un traje nuevo, una silla, una mesa. Lo que, en síntesis, constituye la felicidad, conforme la conciben muchos. Esa felicidad material, esa satisfacción de los sentidos: agua para el sediento, pan para el hambriento, ropa para el desnudo,

cama blanda para el fatigado, consuelo para el afligido... Todos corriendo tras de la felicidad. Y esta siempre esquiva, porque detrás de cada sueño realizado hay otro realizar.

Pero Rudecindo Cristancho llegó al pueblo: a Timbalí. A sus calles limpias, pavimentadas, a cuyas orillas se alzaban quintas construidas con todo lujo; a sus callejuelas torcidas, desiguales, bordeadas por covachas de lata y de ladrillos. A Timbalí, el que estaba llamado a ser, sin duda, el principal centro minero del país. Vino desde un punto indeterminado, desconocido. Desde la vida.

Trepado sobre una piedra, en la pequeña colina que dominaba las modernas instalaciones que habían roto la paz primitiva del valle, contempló el horizonte. Después bajó los ojos y los posó en la que ahora sería su ciudad. En los techos hundidos de las casas pobres y en las construcciones elegantes del barrio de los extranjeros. Luego auscultó la montaña, su corazón era negro, y en esas roces brillantes y duras estaba el porvenir. No el de la patria. Esta era, para Rudecindo, el pedazo de tierra que tenía bajo sus plantas, en cualquier momento, en cualquier circunstancia. Era el cielo, la luna, el viento, los árboles... Aquello era la patria. Pero solamente lo que abarcaban sus ojos. Bajo la capa verdeazul de la montaña estaba su futuro. El suyo propio. El de su esposa y el de sus dos..., o sus tres hijos.

Con el brazo, largo y descarnado, hizo una seña en el aire. Pastora subía la cuesta trabajosamente. Tras ella, con una maleta a la espalda, iba Mariena. Y cerrando la marcha caminaba Pacho, con sus doce años y su rebeldía.

—Ya llegamos, hija. Mirá aquellas casas tan famosas... Serán sin duda de los que llaman *místeres* y *musiús*. Y estas de aquí, estas de latón, deben ser las de los pobres, como nosotros...

—Andá ayúdale a la china que ha de venir cansada —dijo la mujer, indiferente, con los ojos lejanos, como empañados por un velo de humo. Su vientre se adivinaba grávido bajo la tela floreada del delantal.

Descendió de la piedra. Mariena le entregó el paquetillo que contenía la ropa de todos. ¡La ropa! Unos pantalones de dril de Rudecindo; dos batas viejas de Pastora; dos faldas y una blusa blanca de Mariena, y un vestido de paño, muy gastado ya, que el último patrón había regalado a Pacho.

Bajaron de la colina. El sol enviaba sobre la tierra seca, calcinada, estéril, sus llamaradas de verano. Allá, en la falda de la montaña, con ronco son vibraban los motores que controlaban los largos cables por donde avanzaban las góndolas, llenas de carbón, que depositaban bajo los brazos metálicos de una enorme torre, en donde luego eran cargados los vagones del ferrocarril. Un vaho turbio, espeso, casi negro, ocultaba a veces el cielo. Era el humo producido por las máquinas que continuaban penetrando con el acero de sus cuchillas en las entrañas de la cordillera, para sacar de ella grandes bloques de roca que facilitarían el paso de los mineros.

Rudecindo llegaba con su familia, como tantos otros. Timbalí en un puerto, una ciudad abierta. Todos sus caninos estaban francos. Y los que allí penetraban creían que esas trochas llevaban al progreso, a la estabilidad económica, al ahorro, al bienestar. Con ese mismo pensamiento, con idéntico anhelo, los cuatro (¿cinco?) descendieron rápidamente al valle.

—Ya deben ser las nueve. ¿No crees que debo ir a preguntar por el trabajo?

—¿Y sin conseguir la posada? Esto tá feo, feo...

—Pues...

—Preguntá en aquella casa, esa blanquita de la esquina. Pueda ser que nos dejen pasar la noche.

Pero los dueños no consintieron. Rudecindo volvió con el ánimo oprimido; cabizbajo, como si buscara algo dentro del polvo amarillento y pegajoso de la calleja. Todas las puertas estaban cerradas para ellos. No había cuartos; no se recibían forasteros; se trataba de una casa de familia. En fin, oyeron todas las disculpas imaginables. Perdieron una hora en su infructuosa búsqueda. De pronto se dieron cuenta de que llegaban al límite del pueblo.

Se presentó ante ellos un panorama extraño, desolador. Era una especie de protuberancia del terreno, que no alcanzaba a formar una colina. Y allí, regados en todas direcciones, de un lado para otro, se veían cajones rotos, hierros viejos y oxidados, varillas retorcidas y quemadas, restos de ladrillos y de adobes, latas, montones de tamo y de troncos viejos, basura, ceniza, lodo... Y, cosa rara, en mitad de la confusión se levantaban dos casuchas. Estaban construidas con maderos inservibles y medio calcinados, con canecas vacías y rotas, con latas de diversos tamaños y colores, con hierros decrepitos. Parecían, más que levantadas por la mano del hombre, hechas al azar, formadas casualmente al arrojar los desperdicios de la ciudad, las sobras de las estructuras, los empaques de las máquinas y de los motores; eran como esos cubiles de los cuentos de brujas, que milagrosamente se sostienen. Los cuatro intrusos las contemplaron, asombrados. Aun en la mitad del día, con aquel sol clarísimo de verano, inspiraban miedo, desconfianza, casi terror. Parecía como si, de repente, de aquellas puertas improvisadas fueran a salir seres fabulosos para rechazarlos por su intromisión en sus dominios prohibidos.

Oyeron, nítido, el llanto de un niño. Venía de una de aquellas chozas. Lo vieron luego asomarse a la puerta de la cabaña. Era pálido, delgado. Desde lejos se veía la anemia en su cuerpo débil y blanco. Tras él apareció una mujer joven. El pelo alborotado le tapaba la frente y le caía por detrás sobre los hombros, que el traje modelaba. Se quedó quieta, mirándolos. Los ojos claros tenían una fijeza martirizante. Rudecindo bajó la cabeza, conforme a su costumbre. Pero Pastora, desesperada ya de la inútil caminata, se acercó a la desconocida.

—Buenos días tenga la patrona.

—Buenos.

—Venimos buscando posada... Llegamos al pueblo, a trabajar. Todos nos han cerrado la puerta en las narices...

—En aquella casa no vive nadie.

—¿Y de quién es?

—No tiene dueño. Esta tampoco. Aquí no nos molestan.

El niño había dejado de llorar y los miraba. Tendría tres años, tal vez menos. Era rubio, con los ojos claros como los de la madre.

—Yo me llamo Cándida. Y este es Neco, mi hijo.

—Y nosotros... Este es mi marido, Rudecindo. Y esta es mi hija Mariena y este es Pecho. Y yo Pastora, pa servirte.

—Bueno, creo que seremos vecinos. La casa aquella está en peores condiciones que esta. Tiene más goteras. Pero conseguirán arreglarla. Se vive..., como se puede. ¡Qué le vamos a hacer!

—Andá vos, mijita. Yo me voy a buscar trabajo.

—Que Dios lo lleve.

Rudecindo se alejó. Lo dominaba el miedo; lo poseía la timidez. Sintiendo solo era incapaz de obrar; le faltaba el apoyo de Pastora. La mujer había aprendido a dominarlo, sin violencias, ni groserías, ni insultos. Necesitaba de ella tanto como del aire. Era su guía, su consejera. Lo impulsaba cuando las fuerzas le fallaban, como ahora. ¡Cuánto deseaba tenerla a su lado!

Pensó en Mariena, que ya era casi una mujer. Pensó en su hijo, en aquel nuevo fruto que iba ensanchando el vientre de Pastora. Nacería quizás allí, en esa casucha formada por los desperdicios, en esa inmunda choza, alejado de toda compasión, de todo cariño... Pero tendría, al menos, el suyo. Sus manos rudas temblaron un momento, cual si acariciaran ya la cabeza pequeñita del hijo... o de la hija, porque también podía ser una chiquilla. En un principio él no había querido que naciera. No deseaba un nuevo sufrimiento, una nueva responsabilidad. Pensaba en las noches en vela, en la leche para el recién nacido, en las enfermedades, la tos ferina, el sarampión..., y deseaba librarse de esos padecimientos, evitárselos a su esposa y también a aquel ser que, entonces, no era sino un corazón pequeñísimo, un cerebro sin entendimiento, sin pensamientos ni deseos... Pero ahora se alegraba de que naciera; de que viniera a llenar el silencio y la soledad de sus horas primero con su llanto, después con su risa y luego con su palabrería infantil. Por ese mismo ser nuevo; por ese hijo que abriría dentro de poco los ojos al mundo, debía ser fuerte. Luchar y vencer. Conseguir un empleo que le permitiera ofrecer lo necesario a su esposa, a sus muchachos...

Sus pies descalzos se enterraban en el polvo de la calle. Ya terminaba el barrio pobre. Iba a entrar en esa especie de ciudadela fortificada con el ruido de los motores.

Iba a penetrar en el recinto en donde funcionaban las oficinas de la Compañía Carbonera del Oriente. Vaciló y sus rodillas se doblaron. Estuvo a punto de caer a tierra. Le entraron deseos de echar a correr, de volver al lado de Pastora y de sus hijos para decirles que aquel sacrificio era demasiado grande para él. Estaba acostumbrado a trabajar en el campo, como peón, destapando zanjas de aguas podridas, derribando arboles, cortando cartas, trepanando el vientre fecundo de la tierra para depositar los granos. Pero ante aquella mole de ladrillo y cemento, ante aquel edificio de dos pisos con ventanas enormes que parecían querer engullírselo, sentíase empequeñecido, solo, abandonado. Evocó a su esposa, a sus hijos... Recordó que no tenían un centavo y avanzó. Debía desterrar de su pecho esos temores ridículos. Él era un hombre como todos los demás. Como todos no... Porque allí entraban unos señores elegantemente vestidos, fumando, hablando... Y él no estaba bien vestido, ni fumaba, ni siquiera podía hablar porque la voz se devolvía, se enredaba en su garganta y amenazaba con asfixiarlo.

Rudecindo Cristancho. Sí, ese era su nombre. Dio un paso, dos, hacia el edificio. Un automóvil pasó veloz por su lado, y sintió vértigo. Cerró los ojos. ¿Qué le estaba pasando ese día? ¿Era el reflejo del sol en los cristales de las ventanas? ¿O era el ruido monótono e incesante de los motores? ¿Por qué era tan cobarde? Allá en el fondo más distante de su conciencia se atrevía a formularse esta pregunta. Sí, tenía miedo de todo. Temor absurdo de lo desconocido; un rostro, una máquina, una palabra. Él había nacido destinado a la soledad. Pensó que hubiera podido ser feliz sin Pastora y sin sus hijos, metido dentro de un bosque, comiendo raíces... Pero luego movió la cabeza con energía, desterrando los pensamientos. Él amaba a Pastora. No con pasión: con una especie de cariño fraternal, de amistad. Y quería a sus hijos tranquilamente, sin violencias. Por ellos podría sacrificarse. Y ahora necesitaba de valor... Por Mariena, que ya iba siendo mujer; por Pacho y por ese otro hijo o hija que estaba esperando a que se cumpliera el plazo estipulado para conocer el mundo y sus dolores, sus sufrimientos y sus miserias.

Caminó decidido. Al doblar una esquina del edificio vio una larga fila de hombres. Se detuvo. Estudió los rostros con mirada quieta, estúpida. Todos eran sujetos de su misma edad: cuarenta años, quizá menos, quizá más; los ojos enrojecidos; las manos nervudas y negras; las barbas crecidas. Iban unos con overoles de dril azul y otros llevaban ruana, a pesar del calor sofocante del mediodía.

Quiso preguntar, pedir una ayuda, un consejo. Pero de nuevo se sintió débil, dominado. Era el mismo miedo, ese maldito miedo de siempre, esa ansiedad dolorosa que le oprimía la garganta impidiéndole respirar.

—¿Será por aquí donde se consigue trabajo? —preguntó al fin, tragando saliva, al último de la fila.

—Sí. Coja cola.

—¿Cola?

—Que se haga detrás de mí. Aquí todo es por turnos.

—Ajá...

Y allí estaba, parado o avanzando con una lentitud desesperante. Un paso y un minuto. Otro paso y otro minuto. ¿Qué harían todos aquellos hombres? ¿Buscarían trabajo? Y él, de último en la fila... Sin duda se quedaría sin empleo. Y tendrían que regresar. ¿A dónde? A la vida de donde habían salido; a la existencia anterior que los vomitaba, como restos de un naufragio, sobre la playa ardiente de Timbalí.

El primero de los hombres que formaban la fila estaba colocado frente a una ventanilla. Hablaba con alguien que, al parecer, se hallaba detrás del cristal. Al fin se fue. Luego pasó otro, y otro. Rudeciendo esperaba aún. Ya estaba más sereno. Casi todos los hombres eran de su misma condición: campesinos enseñados a manejar el arado o la azada, obligados por las circunstancias o guiados por la ambición a trabajar en la Compañía Carbonera del Oriente. Los examinó, y luego los contó. Era lo único que sabía hacer. Contar, pero solamente hasta cincuenta. En la fila, delante de él, se hallaban colocados doce hombres. Él formaba el número trece. Malo, se dijo. Pensó que estaba ubicado en un sitio pésimo; que el empleo no resultaría... Luego contó la fila, y vio asombrado que él ocupaba el número once. Trabajo le costó explicarse este hecho: dos hombres habían sido atendidos ya.

Estaba decidido a todo. Se engancharía en lo que fuera. Pero ojalá lo dejaran en un lugar donde las máquinas no hicieran tanto ruido. Les tenía miedo. Miraba pasar por sobre su cabeza, a considerable altura, las góndolas que venían de las distantes puertas de las minas llenas de carbón. No comprendía ese fenómeno: enormes carretillas resbalando tranquilamente sobre lazos al parecer de acero. Instintivamente se hacía a un lado cuando pasaba la góndola. Un obrero que estaba adelante de él lo notó.

—Ala, ¿no habías trabajado nunca por estos lados?

—No señor. Yo soy de lejos.

—¿Y qué? ¿Te dan miedo las góndolas?

—¿Las qué, sumercé?

—Los bichos esos —y las señaló con el dedo.

—Me parecen que han de venírseme encima.

El compañero rio.

—¿Vienes a buscar trabajo?

—Sí, señor.

—¿Y qué sabes hacer?

—Pues... pues... yo trabajaba antes en el campo.

—¿Como jornalero?

—Sí, señor.

—Humm... Tal vez te enganchan para los túneles de La Pintada. Se cayó hace poco una parte de la bóveda, y tienen que sacar los escombros para reconstruir la galería.

—Ay, ojalá. Porque con dos muchachos, casi tres...

—¿Casi tres? —preguntó el otro riendo. Tenía el rostro curtido, pero la mirada franca, la frente alta, los ojos firmes.

En esos momentos, cortando la respuesta de Rudecindo, se oyó por todo el valle la sirena central de la Compañía. Anunciaba la hora del descanso. Eran las doce.

—¿Y eso qué fue?

—Pues hombre, que nos vamos sin poder hablar con el jefe de personal.

—¿Y él quién es?

—El que da y quita los empleos, el que atiende las solicitudes, en fin, el que maneja las oficinas.

—¿Y por qué no podemos hablar? —preguntó, viendo que ya todos los de la fila, cinco nada más, se marchaban hacia distintas partes.

—Porque ya son las doce.

—¿Y hasta qué horas hay que esperar, sumercé?

—Hasta el lunes. Hoy es sábado, y por las tardes no hay oficinas. Y no me diga más sumercé, no sea pendejo. Todos aquí somos compañeros.

—Hasta luego, pues... Que Dios le pague.

Rudecindo se marchó, triste, como siempre. Más ahora, quizá. Llevaba a su casa una mala noticia: no había podido siquiera solicitar un empleo; nadie oyó su voz llena de angustia: ninguno de aquellos extranjeros rubios que decían palabras incomprensibles pudo escuchar sus frases suplicantes. Tendría que esperar hasta el lunes, como le dijera su compañero. Sábado por la tarde, domingo... Casi dos días. Sin pan, sin dinero, sin amigos. Pensó en la mujer de los ojos claros. ¿Cómo era su nombre? Cándida. Sí. Cándida. ¿Y el chiquillo? No recordó. Hizo un esfuerzo, pero fue en vano. Sintió hambre. Era como si llevara en el estómago una garra que se le clavara dolorosamente.

Apresuró el paso. Hallaría un consuelo en las palabras de su esposa. Pensó en Mariena... Ya estaba hecha una mujer. Y era bonita. Como Pastora cuando la conoció. Ahora, después de quince años, ya la encontraba ajada, marchita, seca. Atravesó, casi corriendo, aquellos caminos negros que conducían al edificio de las oficinas. Luego lanzó una mirada oblicua, de temor y de rencor a un tiempo, hacia las lujosas construcciones de los extranjeros, y penetró en el poblado de los pobres. El polvo amarillo se le metió por entre los dedos desnudos. Lo apartó, furioso, como si quisiera alejar a un ser tangible, maligno. Y allí estaban, por fin, los escombros, los desperdicios tirados sobre el montículo. Allí se alzaba su casa. ¿Su casa? Sí, era suya. Por lo menos nadie se la disputaría. Allí estaban... Le pareció más nueva. Habían

alejado la basura de los alrededores, y la puerta se hallaba ya en su sitio.

Siempre le había gustado llegar a su hogar, y entraba a él alegre, esperanzado. Pero ahora... Su entusiasmo se desmoronó lentamente. Llevaba una mala noticia. Dos días sin pan, sin dinero..., sin dinero, sin pan...

—Hola, ¿cómo le fue?

La voz clara, mimosa, lo despertó de su amargura. Era Cándida.

—Bien, sumercé... Esto, mal, porque... porque tengo que volver el lunes. Había mucha gente, una fila...

—No se preocupe. Ahora están necesitando obreros. En La Pintada, creo. Así me lo dijo *el Diablo*.

—¿El diablo? —preguntó Rudecindo, santiguándose.

—Es un amigo mío que llaman así —le contestó, riendo.

En la puerta de la choza apareció Pastora. El rostro ajado, las mejillas y los senos colgantes, hinchado el vientre por la proximidad del hijo.

—Entonces ¿tenés que volver el lunes?

—Sí, hija.

—¿Y cómo comeremos hoy y mañana? No hay por todo sino treinta centavos...

—Yo puedo ayudarles en algo —dijo Cándida—. Compartiremos la sopa. No es gran cosa, claro.

—Dios se lo pague, señora —dijo Pastora, inclinando la cabeza y envolviendo la punta de su delantal en los gruesos y deformes dedos de su mano izquierda.

—Bueno, camine usted me ayuda. Ya casi está... Pero habrá que ponerle un poco más de agua y de sal.

Pastora hacia la casa vecina. Rudecindo se sintió avergonzado. ¡Aquella muchacha desconocida tenía que compartir con ellos su almuerzo, para que no padecieran hambre! Interiormente la bendijo. Debía ser un ángel. Era su salvadora.

Las dos mujeres se afanaron en tomo del rústico fogón. Sobre tres piedras desiguales se sostenía una olla de barro, de regular tamaño. De ella salía un humillo blanco y tenue, que se perdía en el aire canicular del mediodía. Pastora sopló con fuerza y las llamas lamieron los negros costados de la olla.

Devoraron la sopa. Neco, débil y pequeño, blanco y rubio, trepado sobre las rodillas de la madre, pedía con su lenguaje todavía infantil el único pedazo de carne. Pacho tomaba su alimento en silencio. No se resignaba. Quería algo. Siempre lo había querido, sin saber qué era. Pero se rebelaba. A pesar de sus doce años y de su educación rudimentaria tenía ensueños, ilusiones, y una concepción especial de la vida. Pastora miraba la carne y le temblaban las manos. No era hambre: era un deseo

intenso de saborearla, de apretarla con los dientes; era uno de aquellos que la gente del pueblo llama antojos y que obsesionan muchas veces a las mujeres embarazadas. Pero Neco la pedía y Cándida se la puso entre los labios, blancos y marchitos. Pastora palideció. El sol se fue momentáneamente de sus ojos y creyó que la tierra huía, que se hundía en un abismo. Luego todo pasó. Tan solo le quedó un agudo e intermitente dolor en el vientre.

Mariena estaba silenciosa, triste. No comprendía sus reacciones de ahora. Siempre había sido alegre, aun dentro de la miseria. Y desde un mes a esta parte todo estaba desteñido, mustio. El mismo esplendoroso sol veraniego le parecía alejado, como oculto tras de una nube impenetrable. Tomó con desgano el pedazo de pan que le entregaba Cándida. Miraba hacia el horizonte, hacia el infinito; hacia los límites imprecisos de su alma de mujer, que empezaba a nacerle allá adentro, en ese sitio indefinido, no ubicado aún: la cabeza, el corazón... Allá, muy adentro. Temblaba. Elevó en el aire su mano blanca y fina. La miró. Los dedos estaban más largos, más delgados; la piel más suave, más sonrosada. Sí, algo había cambiado. Una opresión extraña la estremeció. Bajo los senos redondos y pequeños, como dos escudos de nácar, el corazón palpitó con violencia. El rostro se le arreboló adquiriendo una belleza enorme. Bajó la mano. Sintió pesado el brazo. Unas ganas absurdas de llorar la poseyeron, la dominaron. Pero contuvo las lágrimas que estaban asomadas al borde negro de sus pupilas. Se pasó los dedos por la cara. Se incorporó. El viento la ciñó toda, como una seda acariciante y traslúcida.

—Allá queda la tienda de Joseto —informó Cándida, señalando con el índice extendido una casa de ladrillo—. Es muy bueno, nunca le niega a uno nada. Yo voy a llevarla —añadió, mirando a Pastora— para que la conozca y le deje fiado su pan diario. Pero será cuando su esposo consiga trabajo.

—El lunes, mediante Dios —dijo Rudecindo, sin mirar a Cándida.

—Sí, el lunes —repitió Pastora, como un eco. Los dolores del vientre iban pasando ya, y ella sentía cómo se agitaba en sus entrañas esa vida que empezaba a crecer hacia el sufrimiento, como una llama que después apagaría la muerte.

—Hoy es día de pago y por eso todos están borrachos —comentó Cándida, distraídamente.

—¿Hoy? Ah, como es sábado...

—No. Aquí les pagan por décadas. —Y al ver que sus oyentes no la entendían, explicó—: Cada diez días.

—¿Y hay peleas? —preguntó, temerosa, Mariena.

—Sí. Se agarran a cuchillo, a botellazos. Por cualquier cosa.

Rudecindo alzó los ojos, asustado. Entonces oyeron un grito que venía de la tienda de Joseto. Estaban en ella varios sujetos, desde mediodía. Ya iba a caer la sombra. El sol se había metido irás de la negra montaña, cuyas entrañas estaban

siendo continuamente atormentadas por los picadoras, en el fondo de las galerías apocalípticas por donde circulaban las vagonetas cargadas del mineral que luego venían en las góndolas.

—¿Qué es lo que dicen?

—Gritan vivas a un partido o al otro. Hay de todo. Y cuando están borrachos no respetan ni tienen miedo. Sólo les da por pelear, por cualquier tontería de esas.

No tenían miedo cuando estaban ebrios, pensó Rudecindo. Él tampoco lo tendría si tomaba cerveza, o aguardiente, o chicha. Sería agradable no tener miedo. Plantarse delante de otro, gritarle cualquier cosa ofensiva y verlo reaccionar sin que temblaran las piernas. Sin que se le trabara la voz ni se le nublaran las pupilas. Sí, sería muy agradable...

—¿Y la señora vive aquí sola? —quiso saber Pastora.

—Sí. casi siempre. Hay noches en que... —Pero se calló, advirtiendo la presencia de Mariena.

Rudecindo lo comprendió todo. Mas, mentalmente, halló de inmediato una justificación para el proceder de Cándida.

¿De dónde venía aquella mujer? De cualquier sitio. ¿A dónde iba? A cualquier parte. ¿Qué había sido su vida antes de aquella tarde? Eso no les importaba. Les bastaba saber que había compartido con ellos su escaso alimento, y que le estaban agradecidos. No tenían derecho a juzgar los procederes humanos. Sólo Dios podía absolverla o condenarla. Pensó Rudecindo que ella quizá no sabía quien era el padre de su hijo, de aquel muchachito débil, anémico, que se había dormido sobre sus rodillas. Pensó que Cándida era una mujer que se entregaba a uno y a otro, para obtener un poco de dinero con qué continuar arrastrando su miserable existencia. Pero no le hizo reproches. Casi la absolvió. Estaba sola. No tenía padres, hermanos, esposo. Sola contra el mundo; contra una manada de lobos hambrientos; contra centenares de mineros que buscarían en ella el espasmo fugaz del placer, para dejarle luego entre las manos una moneda o un billete ajado y viejo..., tan viejo como el mundo, o como el vicio. ¿Quién podía protegerla de la voracidad de los hombres? Pensó con horror en Mariena y en Pastora. ¿Si él faltara un día? ¿Si de pronto no pudiera trabajar más? ¿Si su mujer se viera obligada a aceptar cada noche a un hombre distinto para tener con qué comer? ¿Si Mariena se fuera de su lado para seguir, en otra ciudad como aquella, en otra mina de carbón, una existencia como la de Cándida, con un hijo de nadie, con una casucha miserable y un amante que le tirara un mendrugo de pan?

Cerró los ojos, aterrorizado, y apretó los puños. Una súbita oleada de decisión lo invadió.

—El lunes madrugaré. A las cinco estaré frente a la ventanilla.

—Allí no abren hasta las ocho —dijo Cándida y se quedó mirándole, compasiva, burlona.

Un nuevo grito vino de la tienda de Joseto. Luego muchas voces se elevaron a un tiempo.

—¿Qué será?

—Una pelea. Es común.

Los gritos aumentaban. Se oyó un disparo.

—¿Son así siempre?

—Sí.

—¿Y no hay policías? ¿No hay autoridades?

—Vean, allá está un agente... Como que es Quintero. Ya se acabó la pelea. Sin duda fue por política. Son unos imbéciles. Cuando se les sube el alcohol a la cabeza no saben más que gritar abajos a los godos o a los cachiporros, y entonces vienen los puños, los tiros, los botellazos...

Un grupo se destacó por el camino que conducía a las distantes veredas de Timbalí. Eran tres hombres y una mujer. Uno de ellos llevaba la cabeza rota, y la sangre le empapaba el rostro. Sus maldiciones y sus injurias vibraban en el aire como dardos sonoros. La mujer trataba de calmarlo. Lloraba. Conducía a sus espaldas un chiquillo, y en la mano un costal medio lleno con verduras y frutas. Pasaron junto a las chozas. Cándida saludó con la mano a uno de los del grupo. Él le contestó en la misma forma. Luego todos cuatro se perdieron tras del arbolado marchito, opaco, que ocultaba el camino.

Iba cayendo ya la noche. Parecía como un enjambre de abejas negras que bajarán de las colinas extendiendo sus alas sobre el valle. De repente la luz surgió en todas las calles, en los portones de las casas, en las ventanas. Se iluminaron las instalaciones de la montaña en donde los obreros llenaban las góndolas en la boca de las minas. Rudeciendo contemplo, absorto, como iban naciendo estrellas amarillas en la falda de la cordillera.

Y allí, en su rústico albergue, la soledad, la sombra. Y el frío también. Porque de los cerros bajaba un vientecillo helado y cortante, como un cuchillo.

En la charca vecina empezaron las ranas su canto monótono. Era un solo acorde, sostenido hasta el fastidio. A veces las chicharras cantaban, ocultas entre las ramas secas y polvorientas de los árboles vecinos.

—Ya es tarde —dijo Rudeciendo.

—¿Quieren irse a dormir? —preguntó Cándida.

—Todavía no, señora. Podemos estarnos aquí otro momentico...

Neco empezó a toser. La madre se despidió y les prometió fabricar al día siguiente una buena cantidad de aguadepanela que alcanzara para todos. Se lo agradecieron. Dios no los dejaba solos. Pensó Rudecindo que la mujer que los amparaba era una prostituta. Pero las circunstancias... En fin, no se detuvo a meditarlo.

—Metámonos al rancho, hija. Hace un frío aterrador.

Allí estaban protegidos parcialmente del viento. Este se colaba por los intersticios de la puerta y por las rendija; de las paredes desiguales. Pronto una claridad blanca fue difundiéndose calladamente sobre el valle, como un perfume. La luna llena acababa de aparecer sobre la montaña, allá en donde quedaba la mina de La Pintada, de la que le hablara un compañero.

Guardaron silencio. Sólo se oía el croar de las ranas en el charco. El viento silbaba monótono, lúgubre. Entonces se estremecía Mariena. Era como si oyera palabras imprecisas, como si la sombra tuviera pupilas múltiples. Nuevamente la martirizaron los deseos de llorar. Allí en la oscuridad nadie advertiría sus lágrimas. ¿Pero para qué? ¿Qué motivo tenía ella para...? No pudo decirlo. Se acarició el rostro con la mano derecha. Notó más carnosos sus labios. Sí, había cambiado mucho en esos días. Inexplicablemente.

Capítulo

Lo primero que oyó Rudecindo, al despertar, fue el incesante traqueteo de los motores. Abrió lentamente los ojos y examinó la choza. Rodeada por la luz fría de la madrugada parecía más vieja, más decrepita. El techo estaba formando por grandes latas planas cubiertas de huecos, tapados algunos con brea. Las paredes se formaban de diversos elementos: tablas, hierros oxidados, canecas medio despanzurradas. El piso era de tierra, esa misma amarilla, estéril, inservible, que cubría ahora la totalidad del valle. La puerta, sostenida por un milagro de equilibrio, era casi cóncava. Posiblemente el sol y la lluvia le habían dado esa forma de canoa. Recordó las curiaras meciéndose sobre los ríos llaneros... En alguna época él conoció la llanura y estuvo contratado como vaquero, pero el trabajo le resultó muy duro y lo abandonó pronto. Pensó que la puerta era una curiara y todo el valle un extenso río y él, allí solo, un naufrago. Intentó estrangular sus pensamientos, pero eran más fuertes que él y lo poseían, lo inundaban de una sensación extraña. Sintió el vacío total, absoluto, como si cayera desde una roca a una sima interminable. Alzó los brazos en el aire, tratando de encontrar un punto de apoyo. Entonces despertó a Pastora.

—Ya es de día, hija.

—Ay, ¡cómo me duele la cintura! Será por la posición tan incómoda en el suelo.

Estiró el cuello y luego se sentó. Miró, incrédula, los contornos de su albergue, ya perfectamente dibujados por la luz. Y los pensamientos volaron lucia el pasado... Pero ella, violentamente, los hizo regresar a la época actual. *No estaba el palo para hacer cucharas*. No había tiempo para lamentaciones inútiles. Se hallaban solos en el mundo. Ellos cuatro..., ellos cinco, quizá. No tenían a quién acudir. No contaban con una mano amiga que se tendiera fraternal y acogedora. Debían luchar solos contra la humanidad y no dejarse vencer por ella. Solos... solos... Pensó que estaban abandonados, que frente a ellos medio mundo trataba de engullírselos, de dominarlos, de exprimirlos... Se levantó.

—Tenemos treinta centavos pa comprar el pan, mijo. Debés ir a la tienda de don... ¿don qué?

—Don Joseto.

—Sí. Corré a comprar algo. La señora Cándida nos ofreció aguapanela. Es muy buena la mujer.

Rudecindo tuvo casi que tocar el sucio con las manos para poder salir por la puertecilla, hueca y deforme como sus propios destinos. Ya afuera, el paisaje desolado de los alrededores volvió a atemorizarlo. Contempló el sauce marchito, casi

gris, como canosos, que bañaba sus gajos en las ondas pútridas del charco en donde la noche anterior habían ofrecido las ranas su sinfonía doliente. Contó las canecas espichadas que, como cadáveres metálicos, se pulverizaban a los lados de la choza. Pasaban de cincuenta. Luego miró el rancho donde vivían Cándida y su hijo. Suyo. Solamente de ella, porque era un niño sin padre. Neco, se llamaba. Era bonito el muchacho; tal vez demasiado pálido, pero ese mismo aspecto enfermizo le daba un mayor encanto: el de su fragilidad. Parecía un muñequito de cera pronto a romperse. Neco. ¿De dónde había venido a la vida? Del mismo punto, quizá, de donde había salido él: Rudecindo Cristancho. Un hombre pobre, desgraciado, desamparado. Entonces, con fuerza, se dio un palmetazo en la cabeza y echó a andar hacia la tienda de Joseto.

Descendió del montículo. De nuevo se metió entre sus anchos pies descalzos el polvo amarillento del camino, y otra vez sintió cólera contra esas partículas persistentes, que parecían perseguirlo. Estaba formada la tierra por ceniza, por polvo, por sudor, por trabajo de todos esos hombres que vivían apiñados en el barrio pobre de Timbalí. Y como el día anterior, sus ojos se posaron con ansiedad y con rabia en los edificios de los extranjeros. Eran personas superiores a ellos, pensó luego. Tenían mayores conocimientos... En fin, hablaban inglés. Para Rudecindo, hablar inglés era tanto como tener entrada libre al cielo. Él sabía ya, por referencias de sus amigos campesinos, todo aquello. Buenos días se decía... No, lo había olvidado ya. Eran unos sonidos trabajosos, como emitidos por la nariz. Como rebuznos, había dicho él, riéndose, la primera vez que le contaron aquello. Gud... Sí, gud. Pero el resto no lo recordaba. *Místeres y musiús*. Eran los dueños de aquellas casas brillantes, situadas al borde de las calles negras, relucientes, limpias...

Allí estaba ya la tienda de Joseto. Regresó a la realidad y entró. Vio una vitrina de color oscuro, con los vidrios sucios, llenos del mismo polvo que hacía asfixiante el camino. Tras ellos se agrupaban dulces de diversas clases, botellas desocupadas, y otras llenas de vino de pésima calidad; aguardiente, ron, cerveza eran grandes canastas de madera...

—¿Qué se le ofrece?

La voz lo asustó. Era clara, bien timbrada. Vio tras el mostrador a un hombre. Treinta años, tal vez menos; alto, moreno, con el pelo reacio e hirsuto; una cicatriz le agrandaba la boca, pero el conjunto era, finalmente, agradable. Rudecindo lo calificó como una persona decente.

—Vengo a ver si me vende unos panecitos... Unos treinta centavos, sumercé.

Joseto se inclinó y metió la mano en la vitrina. Sacó tres panes pequeños, morenos, cubiertos por una finísima capa de polvo.

- Aquí tiene.
—¿Esto... esto vale treinta centavos?
—Sí le parece barato puedo darle solamente dos.
—No, no, sumercé. Así esta bien.

Tres panecitos tan pequeños, que cabían en sus manos cerradas y sobraba espacio. Uno para Pastora que estaba encima, antojadiza; uno para Mariena; otro para su hijo. Él, en fin, era hombre y podía soportar el hambre por más tiempo.

Cándida estaba levantada ya. Se escuchaba el llanto uniforme, mecánico, de Neco.

- Buenos días, sumercé.
—¡Hola! ¿Cómo pasaron la noche? ¿Sintieron mucho frío?
—No, más bien no. La casita es algo abrigada.

—Tiene que buscar una caneca con restos de alquitrán, para tapar los huecos del techo; El Diablo hizo así con este ranchito y no se cuele el viento, y aun cuando llueva no hay casi goteras.

—Sí, señora, ¿alqui... qué, dijo?

—Alquitrán. Brea. Como esta —respondió señalándole unos residuos en el fondo de una caneca rota.

- Bueno, sí... ¿Quiere que venga mi mujer a ayudarlo?
—¿Ya se levantó ella?
—¡Uf!, hace rato. Es muy madrugadora.
—Mándela, entonces.

Rudeciendo se alejó. Sentía los ojos de Cándida fijos en su espalda. Procuró por unos momentos caminar derecho, pero no lo consiguió. Entregó los panecillos a Pastora, y luego de enviarla a la casa vecina se sentó en el suelo y reclinó las espaldas contra la pared de su choza. Taparía las goteras... Más tarde. Ahora estaba cansado. Cerró los ojos. El hambre le cosquilleó el estómago y sintió náuseas. Trago saliva, con fuerza, para alejar la sensación de mareo que lo poseía. Se pasó la mano derecha por la frente. Oyó, lejano, el ruido de las máquinas y miró a la montaña. ¡Tanta riqueza almacenada bajo los arbustos, bajo unos dos metros de tierra! Él trabajaría en La Pintada, como obrero, golpeando las rocas con el filo de la piqueta. Pensó, con miedo, en los túneles, en esos largos corredores negros a donde tendría que meterse a ganar para el pan suyo de cada día. El de su esposa, el de sus hijos... Para entregar unas monedas a Joseto y recibir de él, en cambio, alimentos: sal, panela, maíz... ¡Era absurda la vida! ¡Pero qué remedio! ¿De dónde vino él? ¿Quién lo trajo a la tierra? ¿Qué brazos lo adormecieron por las noches? ¿Qué manos trabajaron para darlo el sustento cuando niño? Sus recuerdos se perdían en la sombra. Se esfumaban, como si su camino tuviera múltiples recodos. Pero alguien había sufrido por él lo que él padecía ahora por Pacho, por Mariena... Alguien... Pensó con cariño, con

agradecimiento, en sus padres. Se le ensanchó el corazón y en él penetró la luz esplendente de la madrugada. Luego el acceso pasó. Volvió la sombra, la calma gris y pegajosa como aquella capa que cubría los árboles, las casas, las cabezas de todos los habitantes de Timbalí... Sonaba bonito el nombre. Lo dijo en voz alta: Timbalí... Él estaba comprendido en una de aquellas letras, porque ya formaba parte del pueblo. Examinó los alrededores, con fastidio. No era siquiera el barrio pobre: eran las afueras, el basurero, el sitio destinado para tirar los desperdicios, las cosas inservibles. Y allí estaba él, con su pequeña familia. Entre lo inútil. Pensó en Cándida. La mujer no era fea y en los ojos tenía una chispa atrayente. Recordó a Pastora, con sus mejillas y sus senos flojos, colgantes, secos; con su vientre hinchado, sus piernas descarnadas... Pero ella había sido bonita. Mucho más que Cándida. Había tenido el rostro sonrosado, las mejillas firmes, hoyueladas a veces por la risa... Y habían sido duros sus senos y fuertes sus piernas... Estaba ajada por la vida, por los sufrimientos. Como un billete viejo que ha conocido muchas angustias, muchas lágrimas.

Oyó lejana la voz de su esposa. No era su mismo acento de antaño, dulce, suave y acariciador. Ahora era áspero, chillón. Todo envejece, todo acaba. Aquellas minas se extinguirían también...

—¡Rudecindo! ¿No venís a desayunarte?

Aguadepanela sin pan. Sola, caliente, pasándole por la garganta como una brasa. Le cayó al estómago y alejó las garras del hambre. Pastora partió un pedazo de su pan y se lo puso entre los labios. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y volvió la cara hacia otro lado. Entonces vio las elegantes construcciones de los extranjeros.

—Usted puede lavar ropa. Pastora. Pagan bien los místeres. Sus mujeres son muy delicadas y ellos no las ponen a esos oficios. Si quiere bajamos al pueblo dentro de un rato. Yo trabajaba en eso, antes. Pero ahora... para qué.

—¿Y agua, doña Cándida? ¿Agua bien pura pa la ropa blanca?

—Allí, detrás de aquellos eucaliptos, pasa una quebradita limpia y clara.

—Iremos al pueblo.

—Mija, no debía... Bueno, en fin... ¿Pero no le hará daño ese trabajo? ¿No es muy pesado?

—Hay que levantar pa comer mientras conseguís el empleo.

No hablaron más. Mariana sentía de nuevo una aguda tristeza, clavada en la mitad del pecho, entre los senos ya levantados, hinchidos, suaves como de terciopelo. La falda, demasiado corta, dejaba ver el principio de los muslos, que se redondeaban, tomando formas turbadoramente femeninas.

Pastora volvió del pueblo con un cargamento de ropa. Le ayudaba, a trechos, Cándida. Rudecindo, sentado en el suelo, idiotizado, las vio venir. Se incorporó con

dificultad; estiró sus largas piernas y bajó para ayudarlas.

—¿Sabés cuánto me pagan? ¿Sabés?

—¿Dos pesos siquiera, hija?

—¡Dos pesos! Asombrate, viejo: ¡cinco!

—¿Y cuántas docenas son?

—Diez.

—¿Y cuándo lavará toda esa ropa, así como está ahora?

—No soy tan floja como me crees. Además, pa eso está Mariena: pa ayudarme.

—Sí, mamá.

—Bueno, podemos ir todos a la quebrada. No habrá peligro de que nos roben el mobiliario o la vajilla —rio Cándida.

Emprendieron la marcha. Adelante iba Neco, recogiendo piedras que luego tiraba contra los matorrales. De los gajos caían entonces nubecillas de polvo gris, y se descubrían las hojas verdes y brillantes. Tras del chico marchaba Cándida, atenta a sus movimientos. Luego Mariena, pensativa y triste. A ratos, una ráfaga de felicidad le cruzaba los ojos negros. Le temblaban las manos cuando el viento le ceñía el vestido a los muslos. Pacho caminaba luego, llevando sobre sus espaldas el fardo que contenía las diez docenas de ropa que debía lavar Pastora. Ella marchaba del brazo de Rudecindo, quien trataba de protegerla, de ayudarla. Sí, era muy buena su mujer. Trabajadora... ¿Qué sería de él si la perdiera? Pensó con temor en los días venideros, cuando el fruto llegara a rasgar el capullo y pusiera en peligro la vida de su compañera. La apretó más contra su cuerpo, como deseando evitarle los dolores del futuro alumbramiento.

Oyeron, claro, cristalino, el ruido musical de la quebrada. Al abandonar el camino amarillo llegaron a un prado protegido del polvo por los altos eucaliptos. Era grata a la vista aquella frescura del potrero, en medio del cual corría la quebrada de agua transparente que dejaba ver en algunos sitios las piedrecillas del fondo. Helechos y palmas pequeñas crecían, silvestres, a la sombra de los alisos que hacían el ambiente más íntimo, más acogedor. Neco gritó de alegría. Pacho dejó caer la ropa sobre el pasto y corrió, tirándose luego al suelo en donde dio tres botes. El espectáculo los reconciliaba con la naturaleza, con la vida, con sus amargos destinos. Cándida aspiró con delicia el aire frío, y Mariena sumergió sus manos suaves y blancas entre las aguas fugaces, que parecían detenerse para acariciarlas.

—Aquí hay muchas sardinas —les dijo Cándida—. Los muchachos vienen con frecuencia a pescar.

—¿Ah, sí? —preguntó Rudecindo. Una idea se le había venido a la cabeza.

Se encaminó hacia uno de los alisos, que extendía por sobre la quebrada sus ramazones verdes y frescas. Trepó con alguna dificultad por el tronco y partió un gajo

delgado y derecho, que fue pelando con cuidado. Pacho lo miraba, sin comprender, hasta que de pronto lo entendió todo.

—¿Tiene anzuelos, papá?

—Sólo uno. Vamos a probar suerte. Ojalá consigamos algo, y así almorzaremos aquí mismo.

Del bolsillo de su vieja camisa extrajo un papel sucio, doblado con esmero. En el fondo encontró el anzuelo.

—Pero hace falta la piola...

—Yo tengo, papá. Esta de mi trompo —dijo Pacho, ofreciéndolo un hilillo casi negro por la mugre.

A un extremo de la cuerda Rudecindo ató el pequeño garfio metálico. El otro lo amarró a la vara. Armado de esta guisa se encaminó al riachuelo, en un sitio que le pareció propicio. Era un pozo profundo, al que daban grata sombra los brazos abiertos de un enorme aliso. Se sentó sobre una raíz que formaba un banquillo natural. Pecho capturó un grillo que Rudecindo colocó en el anzuelo; después lo tiró a la quebrada y esperó, pacientemente.

Entre tanto, Pastora había desatado el paquete de la ropa y la extendía sobre el pasto, clasificándola. Dio una parte a Mariena y tomó la otra para sí. Se acercaron a las orillas del riacho, en donde alguien había colocado dos lajas sobre las cuales golpeaban los trapos y los impregnaban de jabón, y empezaron la pesada tarea del día. Para que el agua no les mojara los vestidos, se los levantaron hasta la mitad de los muslos. Se vieron los descarnados de Pastora, que parecían incapaces de sostener todo el peso de su cuerpo. Y también las piernas, perfectas ya, de Mariena, que se apresuró a arrodillarse sobre el pasto, tras de la enorme laja, sonrojada, avergonzada de su propia belleza.

Cándida se sentó a un lado y colocó sobre sus rodillas a Neco. Contra su costumbre, el muchachito estaba alegre. Quería ir a todos lados, meterse a la quebrada y buscar en su fondo piedrecillas de colores, pero ella no lo dejó. Podría enfermarse su muchachito... Al fin este salió triunfante, dejó sola a la madre y corrió al lado de Rudecindo y de Pecho, que esperaban a que las sardinas picaran el anzuelo.

Pasaba el tiempo. El sol estaba alto ya en el cielo. Sus rayos caían sobre el paisaje, llenándolo de una luz casi violenta. Los árboles estaban quietos. Parecían monjes vestidos de gris, canosos ancianos detenidos al borde del prado. A veces bajaba de la montaña en donde se hallaba situada la pequeña mina de La Pintada una ráfaga fresca, y se oían entre los eucaliptos murmullos como de oración. Se arrugaba la seda fría de la quebrada y se alborotaba el cabello negro de Cándida.

—Voy hasta la casa —le dijo a Pastora—. Traeré sal, harina y cebolla, para que

hagamos la sopa aquí. Una vez que otra es necesario cambiar de ambiente. Tendremos un almuerzo campestre.

Quiso llevarse a Neco, pero el muchacho protestó.

—Déjelo aquí con nosotros, sumercé.

Se fue la mujer. Rudecindo no pudo evitar mirarla. Tenía airoso el andar. Movía rítmicamente las caderas y los hombros. Bajo la delgada tela del vestido le adivino el cuerpo grácil, joven, firme, como era el de Pastora cuando la conoció. El sol, envolviéndolo, lo llenaba de extraños deseos. Apretó los párpados con fuerza. Luego volvió la cabeza. No observaría más a Cándida. Lo incomodaban sus ademanes libres. Miró, ya más calmado, el agua fugitiva. Sintió un tirón en la vara y la alzó, con fuerza, pero el anzuelo estaba vacío. El grillo había desaparecido.

—¡Ya picaron, papá! ¿Si ve? ¡Ya picaron!

—Búsqese otro animalito —ordenó Rudecindo—. ¡Ah, condenada! Se fue la primera.

Pacho dio algunas vueltas por el prado, inclinándose de vez en vez sobre la hierba. Por fin aprisionó con sus ágiles dedos un grillo grande, con el cuerpo verdoso y las alas amarillentas. Rudecindo lo sometió a una rara pero necesaria operación: con la uña le quitó las patas y después atravesó su cuerpecillo con el filudo anzuelo. Hecho esto con la mayor tranquilidad, lo tiró al agua y se reclinó contra el grueso tronco del aliso, dispuesto a esperar todo el tiempo que fuera necesario.

Avanzaba el sol por el cielo diáfano, azul. Se oían los golpes de la ropa húmeda contra las piedras. El sudor llenaba de pequeñas goteritas la frente de Pastora. Mariena, más fuerte, soportaba mejor el trabajo. Fueron haciendo sobre el pasto; en un sitio limpio, un gran montón con las prendas después de impregnarlas de jabón. Las expondrían al sol por un rato para meterlas luego, por última vez, a la quebrada, y dejarlas secar después.

No llegaba Cándida. Ya estaba tardándose demasiado. ¿Por qué le venía su recuerdo? Rudecindo meneó la cabeza. Tiró del anzuelo, con cólera, y lo lanzó de nuevo, más lejos. Cándida... ¡Cuán airosamente caminaba! Y *el Diablo...*, sería sin duda su amante. Cosa rara: ¡la amante del *Diablo*! Se estremeció. El diablo era, para él, un ser dotado por la Suprema Bondad de poderes de maldad suprema. Extraño, pensó. ¿Por qué hizo Dios al diablo? Cándida... Movía las caderas y los hombros echando atrás los cabellos con un gracioso ademán que le hoyuelaba las mejillas. Pastora había sido más bonita, cuando joven. Pero ahora... La miró, lleno de compasión y de ternura. El pelo, lacio y opaco, le caía sobre la frente sudorosa y llena ya de arrugas. Cuando refregaba la ropa contra la laja temblaban los senos, flácidos, que se adivinaban bajo la tela de la blusa, remendada en muchas partes con hilo de

distintos colores. Y más allá Mariena... Mariena, su hija, vuelta de pronto mujer.

Sintió que halaban el anzuelo. Le dio un tirón rápido y oyó el grito jubiloso de Pacho:

—¡La pescamos, la pescamos! ¡Es grandísima, papá, parece una trucha!

Sobre el pasto verde, como una saeta de plata adornada con lentejuelas de colores, se debatía, en las últimas convulsiones, una sardina bastante grande. Tanto como la mano extendida de Rudecindo, que la miraba codicioso y feliz. Mariena se levantó de su sitio y acudió curiosa.

—Pobrecita, se está muriendo.

—Ya tenemos algo para el almuerzo —dijo Rudecindo—. Ahora, Pacho, búsquese otro grillo. ¡Qué sardinota!

Pastora también había levantado la cabeza para mirarla. Luego se inclinó de nuevo. Mariena regresó al trabajo, se levantó la falda para no mojarla, y aun cuando nadie la miraba se puso roja, como una amapola. Su rostro adquirió matices bellísimos. Los ojos bajos, las mejillas encendidas, la boca temblorosa... Era la personificación de la juventud: era una mujer bonita, metida entre aquella tela burda. Su cuerpo, ya modelado definitivamente a pesar de sus catorce años, era un milagro hecho por la naturaleza en medio de harapos.

Regresó Pacho con otro grillo. Rudecindo lanzó el anzuelo al agua. Llegó Cándida. Venía con el cabello alborotado, el rostro encendido y pequeñas goteritas de sudor en la frente. Traía en una mano la misma olla en donde hicieran la mazamorra de la tarde anterior, y en la otra un taleguito de papel.

—Me encontré con el Diablo —dijo como disculpándose—. Por eso me demoré, pero de algo sirvió. Tendremos pan y carne para el almuerzo.

—¿Cómo podremos pagarle esto, señora Cándida? —dijo Pastora, abandonando por un momento su oficio—. Nosotros somos pobres, pero Dios que es tan bueno la recompensará.

—Pacho, reúna unos palitos secos y busque tres piedras para hacer el fogón.

El muchacho recogió pronto una buena cantidad de ramas secas y de tablas viejas provenientes de los cajones inservibles arrojados en el basurero. Con un fósforo Cándida prendió la hoguera empezó a preparar el almuerzo.

Pasó un rato. Nuevamente Rudecindo tiró con fuerza del anzuelo. Otra sardina, más grande que la primera, cayó sobre el pasto. Dorada, con tonos azulinos, rojos, de ópalo y de topacio. Poco a poco fue calmándose hasta quedar inmóvil.

Reunieron cuatro sardinas. Rudecindo mismo les abrió el vientre, con un cuchillo viejo que había llevado Cándida para picar la cebolla. Luego les roció sal y las arrimó

a las brasas. Era su contribución para la frugal comida del medio día.

Mariena y Pastora descansaron por unos minutos. Ya iban a terminar la primera parte de su tarea. Cándida les sirvió en una enorme taza de barro. La sopa estaba buena. Tenía cada uno su pedazo de carne, gracias a la generosidad del *Diablo*. ¡El diablo!, pensó Rudecindo. Era una obsesión. La maldad... No, no podía ser. Dios no había creado la maldad. En fin, él no entendía de esas cosas. Tenía hambre. Después de devorar la mazamorra saboreó un pedazo de sardina. Obsequió una entera a Cándida, y cuando sus dedos rozaron la mano de la mujer, palideció. Miró a su esposa, como para encontrar en ella el valor que empezaba a faltarle, en cierto modo que no podía explicarse. Después se tendió de espaldas sobre el pasto.

Dominando el sonido monótono de los motores, la campana difundió por todo el valle su melancólica llamada. Eran toques espaciados, vibrantes, que se morían contra las negras paredes de las montañas. Rudecindo los oyó claramente. Estaba sentado bajo el sauce gris y envejecido que se levantaba a la orilla del charco. Era domingo, recordó. Y desde las torres chatas de la iglesia, allá abajo, en la ciudad lujosa de los extranjeros, las voces de bronce llamaban a los católicos a la oración.

Pastora salió de la choza. Llevaba recogidos los cabellos opacos bajo una pañoleta de diversos colores, muy vieja ya. Mariena salió también. Se tapaba la cabeza con un velo negro, regalo de su padre en el último cumpleaños, pocos meses antes. Cuando Pacho, con su vestido de paño, apareció en la puerta, la mujer llamó a Rudecindo. Él se incorporó, con parsimonia, como si le costara trabajo hacerlo, y se dirigió hacia el grupo que formaban su esposa y sus hijos.

Mariena estaba muy bonita. Una blusa blanca, de tela, hacía resaltar el encanto del túrgido seno. Completaba su atavío una falda angosta, de color rojo, y unos zapatos blancos, viejos ya, pero limpios. Iba muy atrayente. Rudecindo se encolerizó cuando, al llegar a las primeras casas del barrio obrero, un muchacho, algo ebrio, la silbó.

El polvo de la calle, empujado por un vientecillo que se había desatado intempestivamente, formaba remolinos dorados que danzaban de un lado para otro y que acababan apagándose sobre el suelo. Las paredes de las casas eran todas de un color uniforme. Estaban cubiertas por una gruesa capa amarilla. Los tejados, las puertas, las estrechas ventanas, todo era igual. El sol, que lanzaba desde el monte sus últimos rayos, iluminaba con trabajo las callejas oscuras y sórdidas. A las puertas de algunas casas se veían individuos de aspecto patibulario, que hablaban de política, que comentaban el socialismo, que elogiaban las doctrinas de Rusia y maldecían el imperialismo yanqui. O murmuraban en contra del gobernador y del ministro de Hacienda, a quienes culpaban por la carestía, cada vez más inaguantable, de la vida. Las frases se perdían en la distancia, pero algunas alcanzaron a impresionar a Rudecindo.

—Es necesario fomentar el descontento entre los trabajadores —decía uno,

vestido con alguna distinción; a un hombre de mala catadura que lo escuchaba respetuosamente—. Una vez que hayamos conseguido hacer surgir una discrepancia entre los patronos y los obreros, tendremos asegurado nuestro éxito. Porque usted comprende que...

Lamentó no haber podido quedarse para escuchar el final de aquella charla. Siguió adelante, al lado de su esposa. Tras ellos, a un metro de distancia, iban Pacho y Mariena. En la puerta de una tienda dos ebrios discutían, como en son de pelea.

—Te digo que los liberales estamos mandando actualmente en este país.

—¡Que no, carajo! ¡Somos los godos, aunque no le guste a ningún desgraciado!

—¡Maldita sea! Yo soy muy macho y nadie me ha gritado en la vida. ¡Ni siquiera mi taita me alzó la voz!

Se liaron a puñetazos y cayeron sobre la calle, levantando grandes nubes de polvo dorado. Rudecindo y sus familiares, temerosos, apresuraron el paso hacia la iglesia.

Y así presenciaron muchas escenas en donde el principal protagonista era el alcohol: metido entre los puños crispados por la cólera; oculto en unos ojos enrojecidos por deseos criminales; agazapado entre los labios, de donde saltaba en la ofensa, en la injuria, en el insulto: agarrado como un garfio en el gatillo del revólver fratricida. El alcohol en todas partes, dominando un pueblo de hombres semisalvajes.

Ya iban saliendo del barrio pobre. Quedaban atrás las casas decrepitas, las calles tortuosas, los rostros encendidos por la borrachera, los golpes, y, sobre todo, el polvo amarillento y pegajoso. Franquearon un terreno vacío y penetraron en el barrio de los extranjeros. Pisaron las calles amplias, pavimentadas. Con admiración examinaron las suntuosas construcciones: ladrillos rojos y pulidos, grandes ventanas con cristales defendidos por rejas de diversas formas y colores, antejardines llenos de raras y hermosas flores, tejados perfectos como aquellos que se ven en los dibujos de los cuentos de hadas. Allí estaban la fastuosidad y la limpieza. Mentalmente compararon su cubil con las mansiones de los directores. Rudecindo sintió de nuevo una especie de cólera, a la que luego sucedió, como un bálsamo, una resignación sin límites con su destino.

De las casas salían mujeres altas y rubias. Muy pocas tomaban el camino de la iglesia. Las más se dirigían con sus esposos y sus hijos hacia el Casino, en donde había durante toda la tarde baile, *whisky* y diversiones de uno y otro género. Oyeron gritos, risas, palabras dichas en un idioma incomprensible. El alboroto salía de las amplias ventanas del Casino. También allí correría el alcohol, pensó Rudecindo. También, sin duda, ya ebrios, se ofenderían unos a otros. Pero sus palabras no serían entendidas por él, ni por ninguno de los que vivían en el Timbalí pobre y sucio que quedaba más allá, hacia la montaña, en las cercanías de las minas.

Un silbido largo y agudo rompió el aire. Luego vieron llegar el tren. Traía un gran número de hombres, tiznados todos, con vestidos sucios, con las manos y los rostros

picados por el carbón de los socavones. Se apearon, con un ruido infernal de muchos pies que se arrastraban, calzados con gruesas botas de acero, sobre el cemento. Se regaron en todas direcciones y luego fueron tomando un solo camino: el que conducía hacia las minas, a los sitios de donde partían las góndolas, que después de pasar por sobre el pueblo volcaban su contenido allí adelante, en la estación. Grúas enormes se pusieron en movimiento. Con sus fauces negras y desdentadas agarraban bocados de carbón, que luego vomitaban en los vagones vacíos que pronto quedaron colmados, listos para emprender el viaje hacia la capital. Rudecindo sintió que un mareo insoportable lo hacía vacilar. Tanta gente, tanto ruido, tantas máquinas, tantos peligros... Tomó de la mano a Pastora y llamó en voz alta a los muchachos.

Más allá quedaba la iglesia, blanqueada con cal. Las torres achatadas, brillantes, como fabricadas con latas de cinc. En un blanco nicho reposaban las campanas, grande la una, la otra pequeña, con voces distintas y bien timbradas. Echaron a volar sus repiques por el ruido intermitente del valle. Era el último toque para la misa vespertina, que celebraba el padre de la ciudad cercana todos los domingos.

Las puertas del refugio eran negras, adornadas con arabescos dorados. Rudecindo las abrió, empujándolas suavemente. Todos penetraron a la iglesia. Era larga, con el techo plano. Tenía, a los lados, pequeños ventanales protegidos por vidrios de colores, dispuestos en figuras místicas; al frente el altar, sencillito, sin más imagen que un crucifijo enorme, tallado en madera, al que tenían gran devoción todos los vecinos de Timbalí. Algunos cirios difundían por la capillita un humo vacilante y espeso; bombas dispuestas en altos portalámparas aclaraban el recinto. Una docena de escaños formaba el mobiliario de la capilla. Ya se hallaban en su mayoría ocupados por gentes sencillas, pobres, mal vestidas. Los rostros famélicos; las mejillas pálidas y hundidas. Mujeres con el vientre hinchado por la proximidad de los hijos no deseados; hombres sucios, tiznados, con los vestidos con que habían bajado de las minas una vez terminado su turno diario: otros ebrios, dormidos descaradamente en los escaños. El espectáculo inspiraba compasión, terror, asco. Y, dominándolo todo, como perdonándolos y bendiciéndolos, la imagen de Cristo con sus brazos abiertos.

Rudecindo hizo sentar a su esposa, a Mariena y a Pacho, en una banca desocupada. Él terminó por sentarse también. De la pequeña sacristía, en donde el párroco trocaba su sotana vieja por los ornamentos necesarios para el culto, salieron dos muchachitos vestidos de acólitos. Encendieron algunas velas en el altar, colocaron los libros en su sitio, y se arrodillaron por un rato delante de la imagen del Crucificado. Luego apareció el cura y empezó la misa.

Frente a Rudecindo se hallaban sentados dos borrachos. No decían nada. Sus ojos se cerraban, inclinaban la cabeza sobre el pecho y de pronto la levantaban, asustados, y fingían escuchar. Pero luego la borrachera los dominaba y caían en esa somnolencia invencible que produce el alcohol en cierto grado. Más allá, en otra banca, una mujer se había quedado dormida con el seno desnudo, que en balde chupaba un pequeñito, expuesto a caer al suelo a cada momento. Un borracho solo, sentado al pie de un

banco colocado contra la pared, gesticulaba ridículamente, como si hablara con alguien. Los demás eran hombres sucios, llenos de sudor, de hollín, de humo, cubiertos por ese mismo polvo amarillo del camino, que parecía invadirlo y dominarlo todo como una plaga.

Rudecindo se dio cuenta de que no estaba prestando atención a los rezos. Fijó los ojos en el altar para alejarlos de aquellos cuadros trágicos y grotescos a la vez. El cura había terminado de leer el evangelio, y se disponía a comentarlo conforme a la costumbre. Se aclaró la garganta y habló. Habló para los tres borrachos que no lo escuchaban; para la mujer que dormía profundamente; para aquellos hombres de rostros famélicos, de ojos hundidos; para esas pobres hembras que tenían que vender su intimidad para mantener a sus hijos. Los que no estaban embrutecidos por la borrachera lo oían absortos, silenciosos, impregnándose de sus palabras. Las necesitaban. Eran consuelos que les llegaban al corazón directamente, porque ellos sufrían y anhelaban ser comprendidos; y eran consejos que los guiaban, que los apartaban de los caminos fangosos en donde muere la dignidad humana.

—La pobreza, llevada con resignación, es una virtud grata a los ojos del Altísimo. Muchos de vosotros, hermanos míos, os desesperáis por vuestro destino. Pero recordad que cuando Dios vino a la tierra para redimirnos, no llegó entre las sedas y las comodidades, entre los ricos y los potentados. Descendió desnudo sobre el heno de un establo, en la mayor pobreza, en la más grande humildad. Y luego creció como un obrero, trabajando al lado de San José. Por eso el trabajo, hermanos, es la honra más grande para el hombre. Por él se dignifica, se engrandece. El ocio es el origen de los vicios, de los pensamientos putrefactos, de los deseos pecaminosos. Soportad pacientemente vuestra pobreza y bendecid a Dios, porque os ha dado el mismo camino que siguió Cristo en la tierra; y porque en el cielo, después de la muerte de nuestros cuerpos, por esa resignación, por esa virtud de la pobreza, encontraremos al Padre que nos abrirá sus brazos para recibirnos y albergarnos en ellos por toda la eternidad.

Hablaba muy bonito el señor cura, se dijo Rudecindo. Aquello era, sin duda alguna, la verdad. La pobreza estaba calificada como una virtud. Y el cielo quedaba más allá de la tierra. Esta perecería. Aquel no tendría fin. Más o menos lograba comprenderlo. Después de la muerte, el alma emprendería un vuelo hacia las regiones infinitas en donde moran todos los espíritus. Y Dios mismo la juzgaría: mala, buena... el premio, el castigo...

Rudecindo cayó en un ensimismamiento, muy común en él. Cuando se dio cuenta de la realidad, el cura estaba terminando la misa. Se arrodilló, y con todo el fervor de que fue capaz rezó un avemaría. Luego salió de la iglesia y se encaminó, con Pastora y sus hijos, hacia el basurero de Timbalí, en donde el azar había levantado una casa para albergarlos.

Capítulo

A pesar de haber salido de su choza a las siete de la mañana, cuando llegó a las oficinas de la Compañía Carbonera del Oriente, Rudecindo Cristancho encontró ante la ventanilla una larga fila de hombres. Los contó, contrariado: eran dieciocho. Se instaló en el número diecinueve y terminó por sentarse en el suelo, con las piernas cruzadas, conforme estaban colocados sus antecesores.

Por sobre su cabeza, muy alto, pasaban las góndolas. Bajaba una, cargada de carbón, y otra subía desocupada. Era una procesión interminable. Sus ruedecillas corrían rápidamente por el camino que trazaba en el viento el cable de acero. Lejano se oía el ruido de los motores. Y allí cerca, en la estación, el ferrocarril empezaba a silbar, anunciando su próxima marcha hacia la capital. Como el día anterior, Rudecindo observó el trabajo armonioso de las cuatro grúas colocadas cerca de la torre metálica en la cual las góndolas vaciaban su negro contenido. Las palas caían automáticas sobre el enorme montón, y se llenaban los vagones. Volvió a silbar el tren. Un penacho de vapor se escapó de la locomotora, que se puso perezosamente en marcha. Se oyeron sus bramidos, como los de un monstruo milenario. Por fin se perdió, jadeante, en una curva de la vía, tras un bosquecillo de cedros altísimos.

Rudecindo examinó el edificio, fabricado en ladrillo rojo como las casas de los extranjeros. Tenía grandes ventanales cubiertos por vidrios esmerilados; una puerta amplia, pintada de amarillo, sobre la que se veían unas letras que él no entendió, porque no sabía leer. El techo hundido, formado por una plancha de cemento, daba a la construcción un aspecto rudo quitándole toda belleza. Desvió los ojos. Pensó en su casa, en la morada de Pastora y de sus muchachos, La tarde anterior, antes de concurrir a la misa y siguiendo el consejo de Cándida, había tapado las goteras con alquitrán. Cándida... La recordó toda, de pronto. Alta, vibrante el cuerpo... Extrañas ansias lo atormentaban otra vez. Evocó, con lentitud, la forma de su rostro: era ovalado, tal vez un poco largo en el mentón; un hoyuelo en cada mejilla, cuando reía; claros los ojos, brillantes, felinos; alborotado el cabello; la piel joven y el cuerpo todo firme, ágil... ¡Cándida! Lo había mirado de un modo raro esa mañana, cuando le tendió la taza llena de aguadepanela a medio dulce y el pedazo de pan. Tuvo miedo. Esos pensamientos eran nuevos en él. Desconocidos. Absurdos.

Recordó a Pastora. Estaría terminando de lavar la ropa con Mariena. Luego la llevarían a la ciudad. Cinco pesos... Tendrían, por lo menos, para el pan de unos días, en tanto que conseguía trabajo, amigos, crédito en la tienda de Joseto.

Le pareció oír el sermón del padre en la misa del día anterior. La pobreza, una virtud, la resignación... No recordó bien. En todo caso, tal vez quería decir el cura que los pobres irán al cielo porque han sufrido mucho en la vida; y que quienes en

ella han gozado irán al infierno. ¡El infierno! ¿Pero es que realmente existía, con todos aquellos tormentos terribles? ¿Cómo podía Dios haberlo creado, y Él, toda bondad y misericordia, complacerse en el sufrimiento de los hombres?

—¿Usted también tá buscando enganche?

La voz dura, rústica, olorosa a tabaco, lo sacó de sus meditaciones. Miró a su interlocutor. Era un hombre alto, grueso, de rostro picado horriblemente por las viruelas.

—Sí, señor.

—¿Y qué hace? ¿Choferea?

—No. La pica...

—Ah. La Pintada. No me convence. Yo quiero algo bueno o nada. Un carro, una grúa...

Calló. Él trabajaría en cualquier cosa. Estaba decidido a todo. Su situación actual no podía durar más. Dependían de la generosidad de Cándida. Y aun cuando la mujer no demostraba cansancio ni fastidio, no tardaría en aburrirse con ellos. Era, recordó, una vagabunda. Pensó con cólera en el encuentro que ella había tenido el día anterior con *el Diablo*. De ese encuentro salieron la carne y el pan..., pero ¡quién sabe a qué precio! Ellos estaban siendo alimentados por el pecado de Cándida, por su inconfesable proceder. ¿No era enojoso? Pero a él, en resumidas cuentas, ¿qué le importaban las actuaciones de los demás? ¿Serían celos? ¡Celos! ¡Qué cosas tan ridículas pensaba aveces!

Se oyó el grito vibrante de la sirena. Todos se levantaron, ocupando sus puestos. Tras de Rudecindo habían formado diez hombres más. Los miró. Casi todos tenían los rostros negros, lo mismo que las manos y los vestidos. Eran, sin duda, mineros. Vendrían a formular algún reclamo. Un aumento de salario quizás. Avanzaban muy lentamente. Tanto, que Rudecindo creyó que no llegaría nunca a la ventanilla. Para distraerse pensó en la pesca del día anterior. Estaba sabrosa la sardina obtenida y asada por él, en las brasas de la hoguera prendida por Cándida... ¡Otra vez la mujer en su pensamiento! Caminaba rítmicamente, moviendo las caderas y los hombros con un balanceo uniforme, agradable. Otra vez sus grandes ojos claros, llenos de lumbre..., y su rostro encendido y sudoroso cuando llegó de su entrevista misteriosa con *el Diablo*. ¿*El Diablo*? ¡Al diablo con *el Diablo*!

—Y usted, ¿qué quiere?

Se asustó. Sin darse cuenta había llegado ya a la ventanilla. Estaba frente a una muchacha tan linda, que creyó que todas las que él había visto hasta entonces eran criaturas salvajes. Tenía ella los ojos de un azul purísimo, como un cielo veraniego

lleno de sol; la piel morena pálida; roja la boca, pintada cuidadosamente en forma de corazón; negro el cabello, crespo, formando un marco de ébano a su cara perfecta. Estaba vestida con una blusa de lana verde, que realzaba su cuerpo de líneas armoniosas y esbeltas. Una falda gris la ceñía, atrevidamente. Todo lo vio él en un segundo.

—¿Qué quiere? ¿No ha oído la pregunta?

—E... sí señorita. Vengo... a buscar trabajo. Me dijeron...

—Dé la vuelta y entre. Lo atenderán en la oficina del jefe de personal.

—¿La... la vuelta?

—Sí, hombre, por ese lado —dijo, señalándole con la mano extendida la esquina del edificio.

Una mano fina, suave, blanca; los dedos largos adornados con anillos; las uñas pintadas, como teñidas de sangre... Rudecindo abandonó rápidamente la ventanilla y avanzó hacia la oficina indicada por la muchacha.

Allí estaba, delante de él, amenazadora, la puerta amarilla con esos signos negros, que no eran números sino posiblemente letras. La franqueó, asustado. Un corredor de baldosas brillantes conducía a otra puerta, más pequeña, ante la cual se hallaba el sujeto alto y grueso que le hablara de su afición a manejar. El hombre entró y la puerta se cerró tras él.

Rudecindo miró con curiosidad por la ventana que dejaba penetrar la luz a la oficina de personal. Era amplia, con sillones de cuero negro. Una muchacha estaba colocada delante de una máquina, y su ruido se escuchaba uniforme, igual. Sentado ante un escritorio reluciente un señor rubio, colorado, con anteojos de aros de carey, parecía conversar con el amigo aquel que lo precediera en su entrevista. Gesticulaban uno y otro. El rubio llamó a la muchacha que en la esquina del cuarto trabajaba, y ella habló con el corpulento conocido de Rudecindo. Este salió cerrando la puerta con tal fuerza que hizo temblar los cristales.

Rudecindo dio, en la madera, dos golpecitos que apenas si pudo escuchar, tan débiles habían sido y tan fuertes eran los latidos de su corazón.

—*Come in!* —Oyó la voz gruesa, ruda, detrás de la puerta.

¿Qué quería decir aquello? ¿Lo rechazaban? Golpeó de nuevo con más fuerza.

—Siga. —Esta vez hablaba la muchacha.

Abrió la puerta y entró. Creyó que había muerto hacía centenares de años, y que llegaba el momento del juicio final. Los asientos adquirieron apariencias de rocas, de pedazos enormes de carbón. El extranjero se redujo a un ser alado, con larga cola, con dos cachos erguidos sobre la cabeza. La muchacha fue reemplazada por un ángel.

Oyó las trompetas bíblicas sonando sor todo el valle de Josafat...

—*Speak, speak quickly!*

Trató de calmarse. Pasó su mano por la frente sudorosa. La camisa se le había pegado a la piel, causándole una horrible picazón. Sus ojos estupidizados fueron del jefe a la muchacha, alta, delgada, muy morena, que continuaba escribiendo ante la máquina sin haber reparado siquiera en él.

—*What are you doing here? What do you want?*

La muchacha dejó de trabajar y se encaró con Rudecindo. Hubiera preferido verse en un lago lleno de caimanes y de serpientes. Temía desde pequeño a las mujeres bonitas, perfumadas y bien vestidas.

—¿Qué quiere usted?

—Yo... yo... sumercé, vengo a que me den trabajo.

—¿Trabajo? *Work? What are you able to do?*

—¿Qué sabe hacer?

—Pues, señorita, darle al azadón, a la piqueta...

—*What?* —bramó el rubio jefe de personal.

La muchacha le informó de lo dicho por Rudecindo, en por las palabras. El hombre lo miró con desconfianza, como valorando las fuerzas de su magro cuerpo. Luego habló aparte con ella, pero Cristancho no entendió lo que decían.

—¿Quiere trabajar en La Pintada? Es una mina que sufrió hace poco un derrumbe. Una cuadrilla de diez obreros se encargará de levantar las rocas y reconstruir el túnel, hasta dejarlo nuevamente en servicio.

—Sí, sumercé. En lo que sea.

—¿Y cuánto quiere ganar?

—Tengo mi esposa y dos hijos... y mi mujer espera... —tragó saliva. Pensó que había estado a punto de «meter la pata».

—Se pagan cuatro pesos con cincuenta centavos al día.

—¡Ah!, bueno, muy bien, muy bien.

—Empezará a trabajar desde mañana. A las siete en punto tiene que estar en la mina. El capataz le dará órdenes y debe obedecerle.

—Sí, señorita. Entonces me voy...

—Espere. Tiene que firmar el contrato.

—Pero...

—No hay objeción alguna.

—*Keep silent!* —gritó el jefe de personal, dando un formidable puñetazo sobre la

mesa.

Rudecindo no comprendió aquello. Pero viendo los ojos fijos y coléricos del otro, se calló. La muchacha, delante de la máquina, escribió velozmente al tiempo que le preguntaba su nombre, su edad y otras cosas por el estilo. Luego le presentó una hoja blanca, con extraños signos, y le dijo:

—Firme aquí.

—Pero sumercé, si yo no sé firmar...

—¡Caray! Bueno, ponga una cruz. ¿Tiene cédula?

—No... Mi esposa quería que la sacara pero eso para qué. Yo creo...

—Ponga una cruz. Tome —le dio un esferográfico que él tomó con respeto.

Trazó una enorme cruz. Luego se acercó a la mesa del jefe.

—Dios se lo pague, sumercé...

—*Go out, please, go out! Son of a bitch!*

—Que se vaya, hombre. Tiene que reclamar en la portería una ficha. Lleve esta tarjeta para que se la den.

—Gracias, señorita.

Salió. Miró el papelito que le entregara ella. Nada dijo a sus ojos ignorantes. La portería...

—Perdone, patrón: ¿dónde queda la portería?

—Allá, al final del corredor.

A pasos rápidos se encaminó a la oficina. Estaba una muchacha sola, leyendo una revista.

—Buenos días, sumercé.

Alzó los ojos. Negros, grandes, como lagos llenos de sombra luminosa. Rudecindo sintió miedo y la voz se le enredó en la garganta hasta la agonía.

—¿Viene por la ficha?

—Sí, señora.

Le quitó la tarjeta, que temblaba entre los gruesos dedos del campesino. La examinó.

—El 22048. Ese es usted.

—¿Yo?

—Sí. Rudecindo Cristancho no será su nombre en la Empresa. Se distinguirá con ese número: 22048.

—¿Me cambian mi nombre, sumercé?

—No, no sea estúpido. Aquí tiene la ficha. Y ahora váyase.

La recibió. Una planchita metálica, con números. Todos los conocía: 2... 2... 0... 4... 8... Se llamaba así: el veintidós cero cuarenta y ocho. ¿Qué diría su mujer cuando supiera que le habían cambiado el nombre?

—¡Cuatro con cincuenta diarios! Ya tenemos asegurada la alimentación, y no molestaremos más a la señora Cándida.

—Sí, porque ya me estaba dando pena con ella, tan buenaza la mujer... No hay que abusar.

—Y podremos, después, alquilar una casita mejor...

Todos estaban alegres. A Pastora le habían pagado ya los cinco pesos, pero no volverían a darle trabajo hasta el domingo próximo. Mariena, sentada en un rincón, posaba sus grandes ojos negros en sus padres, y se sentía íntimamente ligada a sus alegrías y a sus sufrimientos. Los había querido siempre con una ternura enorme, ilimitada. Los respetaba, los admiraba. Era su padre el tipo de la bondad, de la consagración al hogar. Y era su madre el ejemplo de la resignación y de la esperanza.

Invitaron a Cándida para el almuerzo. La sopa estaba acompañada por pan y buenos pedazos de carne. Cándida lo felicitó y le estrechó la mano. Entonces extraños apetitos adormecidos lo asaltaron, se despertaron en el fondo de las cavernas construidas por el tiempo, por las desgracias y por las pasiones, en el fondo rocalloso de su alma. ¡Cándida! Era más bella que todas esas muchachas bien vestidas y perfumadas que había visto por la mañana. Tenía la piel más suave, los labios más provocativos, húmedos y gordezuelos, sin pintura, sin artificio alguno. Y con aquel traje de florecillas blancas y azules que le ceñía el busto y que se ampliaba en las caderas, estaba muy bonita. Tanto que Rudecindo, deslumbrado, cerró los ojos, como era su costumbre cuando quería alejar algo de su cerebro.

Neco lloraba en un rincón, pues la madre lo había reprendido por cualquier pillería infantil. Mariena fue hasta él y lo consoló. El niño, ante las caricias, se calmó y accedió a recibir la sopa que le ofrecía la muchacha. Inclineda hasta él tenía algo de maternal, algo de dulcedumbre desconocida. Rudecindo lo meditó un momento y no quiso pensar más en ello. Veía a Mariena como su chiquilla, como la niña de meses antes. Quería seguir viéndola así aunque hubieran crecido, empujados por la savia de la pubertad, sus senos; aunque tuviera el rostro propenso al rubor; aunque sus palabras y sus ademanes denunciaran a la mujer que estaba ya naciendo en ella.

Cándida... De nuevo su cara, sus labios gruesos, sus ojos claros, su frente alta y sus cabellos negros. Cándida... Rudecindo salió de la cabaña. El aire frío de la tarde le fue despejando el cerebro, gradualmente.

Capítulo

Aún no eran las seis cuando se levantó. Estaba contento. Iba a trabajar en el socavón de La Pintada, a ganar en el día cuatro pesos con cincuenta centavos. Lo suficiente para comprar el pan, la sal, la harina... y carne los domingos. Con aquello tenían para no pasar hambre. Y, también, para no vivir arrimados a Cándida. Oyó el llanto de Ñeco, el muchachito anémico; y vio en la puerta, como el día de su llegada, la figura grácil de la mujer que lo observaba con sus ojos extraños, que parecían estar en un perpetuo incendio.

—¿Tan temprano y ya levantada?

—¡El chino este no me deja dormir! Y usted, ¿ya va para el trabajo?

—Ya casi. Tenemos que estar a las siete.

Se encaminó al charco y en un pequeño pozo de agua limpia hundió las manos fuertes, nervudas. Luego se empapó con el líquido frío la cara y la cabeza y puso especial cuidado, en alisarse los cabellos, cosa que casi nunca hacía. Pero aquella ocasión era extraordinaria. Había logrado su empeño: trabajar en la Compañía Carbonera del Oriente. Allí estaba el porvenir; allí la estabilidad económica; allí el dinero que, lentamente ahorrado, podía invertirse en negocios lucrativos. Le había contado Pastora, a quien debió decírselo Cándida, que Joseto, cuando llegó a Timbalí, era un obrero que ganaba dos pesos diarios trabajando en las minas, Y ahora, ¡había que verlo! Su tienda, una de las mejores del barrio; y dinero suficiente para prestarle a los amigos, siempre y cuando le dieran alguna garantía de importancia. Para obtener un ideal hay que sacrificarse. Rudecindo Cristancho estaba decidido a todo. A soportar lo que viniera. Sufrimientos, dolores, angustias... Pensó en su hijo, en el que llegaría al mundo setenta o sesenta días después. No le pondría su mismo nombre. Era muy rústico, muy vulgar. Si fuera una niña la llamaría... Pastora. Sonaba bien. Quizá le gustaba porque lo había oído durante quince años ya.

La esposa se levantó también, y se apresuró a prender la hoguera para hacer el caldo. Las llamas, amarillentas en la lechosa claridad del amanecer, se elevaron entre las tres piedras, lamiendo los costados de una olla pequeña, que les había prestado Cándida. Echó agua limpia, un puñado de cebolla y sal. El agua fue calentándose hasta que hirvió. Entonces la sirvió en una taza, también prestada por Cándida, y la ofreció al esposo. Este la tomó apresuradamente. Se despidió de Pastora. Le dolía dejarla, pero era necesario. Las circunstancias actuales lo obligaban a romper su método común de vida. En las labores del campo casi siempre estaban los dos juntos. Ya fuera desmatando un potrero, deshierbando el trigo, en fin... Pero allí no podía acompañarlo. Eran negros socavones, corredores inmensos abiertos en la cordillera; eran rostros duros, palabras y órdenes concebidas de acuerdo con el medio y, como

él, fuertes y ásperas; eran hombres ennegrecidos por el sudor y por el polvo, enterrados vivos en el fondo de las minas, como topos. Seres expuestos a morir en cualquier momento: un derrumbe, una viga que se pudre por la humedad, una varilla mal templada que se dobla, una explosión...

El túnel de La Pintada estaba ubicado cerca del basurero en donde vivían. Casi alcanzaba a divisar la boca negra de la mina. Por ella tendría que penetrar, con otros nueve compañeros, al mando de un hombre despiadado que les pediría más y más rendimiento, como si en vez de seres humanos fueran bestias. Pero pagaban en el día cuatro con cincuenta, y de no aceptar ese trabajo él se vería obligado a pedir limosna o a robar para conseguir el pan de cada día.

Tomó el camino que trepaba por la falda de la montaña. Estaba formado por salientes de rocas negras que hacían una especie de escalera. Crecían, entre la tierra seca, árida, matas de penco y de espino. Un cuervo solitario, parado sobre la rama gris de un pino, lanzó un graznido y se alejó, pausadamente, batiendo en el aire los pañuelos enlutados de sus grandes alas. Rudeciendo lo vio perderse tras de la línea vaga del horizonte. Así querría volar. Tener facultades para caminar, en un segundo, de una parte a otra, sobre la faz enorme de la tierra. Y abarcar los paisajes desde lo alto. Ver a los hombres como granos de arena, como moscas sobre un mantel verde. Los hombres... Eso eran. Eso era él. Gusanos que luchaban unos contra otros, porque tal era su destino. Peleaban por un pedazo de pan, por un trozo de tierra. Las contiendas eran individuales o colectivas. Individuales, cuando dos sujetos se liaban a puñetazos o a tiros, por circunstancias baladíes, por política, por rencores pasajeros. Y colectivas cuando eran dos ejércitos, comandados por dos inteligencias, los que medían sus fuerzas para apoderarse de un país ajeno, para dominar a unos pocos mediante el sufrimiento de muchos.

Dejó de pensar en eso y continuó avanzando. El sol apareció en la cumbre del monte: dorado, redondo, enorme. Ese sol de la zona tórrida. El mismo que en el Llano es una bola de fuego que corre sobre los pajonales. El sol que él recordaba haber visto más de una vez, allá en las brumas de su pasado.

Miró hacia arriba. Aún faltaba un buen trecho. Alzó los ojos al cielo, hacia el sur, y vio bajar una góndola cargada de carbón. Otra subía y en un lugar determinado se encontraron. Tenía que dominar el miedo absurdo que lo oprimía. Necesitaba adaptarse al medio, aun cuando el esfuerzo fuera agotador. El hombre, pensó, es un animal de costumbres. Él estaba decidido. Se repitió, mentalmente, esta determinación de soportar las vejaciones y los sufrimientos. Y ofreció a su Dios esos dolores físicos y morales para pedir que el nuevo ser, su hijo, que abriría dentro de poco los ojos al mundo, no sufriera nunca lo que él; que tuviera, cuando mayor, una estabilidad monetaria suficiente para no doblar las espaldas ante el desprecio de los poderosos.

Ya se veía claramente la boca del túnel. Era bastante ancha, y en ella penetraban las cintas paralelas de los rieles, sobre los que brillaba el sol naciente. Unos vagones

volcados mostraban sus vientres cruzados por hierros en todas direcciones. Había sido, quizás, un accidente. Allí podría acabar su vida cualquier día, por cualquier circunstancia. Y entonces ¿qué sería de Pastora y de Mariena? ¿Se verían obligadas a seguir el ejemplo de Cándida, a servir de juguete a hombres desconocidos a quienes sólo interesaba su propio placer? Apretó las manos, como en otra ocasión. Su vida valía mucho. Aun cuando pareciera absurdo, era la verdad. Debía cuidarse. No por él: por ellas. Pacho, en fin, era un hombre. Podía dar en la vida cuantos botes quisiese. Ser ladrón, ser cualquier cosa, buena o mala. Podía estar en presidio. Pero, como hombre, siempre caería de pies. Mariena lo preocupaba horriblemente. Y sobre todo ahora, porque la había notado distinta, alejada, perdida en el mundo fantástico de sus propios ensueños.

Alargó el paso. Se terminaron las escalerillas negras y llegó a una meseta artificial de unos cincuenta metros cuadrados. Observó con curiosidad los vagones que, panza arriba, se iban pudriendo lentamente. Hizo girar una rueda y oyó un chirrido desagradable. Falta de grasa, pensó. Los rieles se perdían en el fondo oscuro del túnel. Cerca de la boca de la mina se veía una complicada instalación, a la que se acercó con recelo al principio, con mayor confianza después. Era una torre metálica, parecida a la que se alzaba en la estación, pero más pequeña. De allí partía un cable, sumamente grueso. Se veían, pendientes de él, tres grandes góndolas abandonadas, oxidadas ya. Comprendió que el carbón salía del fondo de las minas en las vagonetas, y que luego los obreros lo colocaban en las góndolas que iban a dejarlo en la estación ferroviaria. Un tablero de múltiples aparatos, lleno de números y de rayas negras y rojas, estaba colocado en uno de los extremos de la torre, cerca de un cómodo banco tapizado de cuero, que el tiempo inclemente había deteriorado.

Rudeciendo se asomó a la mina. Un olor desagradable lo hizo retroceder. Era una mezcla de tierra, de humedad, de gas irrespirable. Allí debía trabajar, en adelante, hasta cuando consiguiera algo mejor. Trabajaría con fe, con ahínco, con ejemplar constancia, y así evitaría que lo despidieran. Recordó su casucha, esa miserable construcción en donde vivían. Tenía que conseguir algo mejor para alejar a los suyos del sitio en donde se arrojaban los desperdicios, y para alejarse de Cándida. Porque aun cuando no estuviera dispuesto a admitirlo, la mujer iba tomando una creciente influencia en sus pensamientos, en sus deseos. Solo, sin que nadie pudiera conocer lo íntimo de sus sensaciones, se confesaba que Cándida le gustaba, no como amiga ni como bienhechora, sino sencillamente como hembra. Evocaba el movimiento armonioso de sus caderas y de sus hombros cuando caminaba, y le parecía tenerla allí, representada su cabellera en el carbón regado por la meseta, y sus ojos asomados a los pequeños charcos de aguas verdosas que se habían formado bajo los controles de la torre, y que el sol veraniego no había sido capaz de secar. Cándida... Recordó al *Diablo*. Bueno, era mejor no pensar en ese personaje que se le iba haciendo fabuloso, como aquel otro, *el Rebelde*, al que había conocido como un ser con cachos y cola a través del catecismo que le enseñaron los sacerdotes.

—¡Madrugador usted, caramba!

Volvió la cabeza y se encontró frente a un hombre pequeño, de treinta años, quizá más; negro y liso el cabello; pobladas las cejas y bien cuidado el bigote; unos ojos francos y altivos; la boca como una cortada en la mitad del rostro, tan tenues eran los labios. El mentón firme denotaba decisión y valentía. Un hombre, en fin, que, aun cuando de apariencia débil, daba al mismo tiempo la impresión de tener un carácter bien forjado.

—Buenos días le dé Dios. Ya ve, estoy conociendo estos lugares en donde me tocará trabajar de hoy en adelante.

—Seremos compañeros. Mi nombre es Paco Espinel.

—Y el mío Rudecindo Cristancho, para servirle.

Se estrecharon las manos amplias, francas, abiertas para la amistad.

—¿Cómo le parece este trabajito, compañero?

—Pues sumer... pues compañero —dijo Rudecindo, haciendo un esfuerzo para no aparecer tímido—, francamente no sé qué decirle. A mí me ha gustado echar azadón, darle a la piqueta, porque es mi elemento, mi ambiente. Yo me crie en el campo.

—A mí también me gusta eso. Pero creo que no será muy grato llegar al fondo del derrumbe. Los cadáveres deben oler aún.

—¿Cadáveres? —preguntó Rudecindo.

—Sí, compañero. ¿Acaso no lo sabía? La mina sufrió un accidente y murieron cuatro hombres. Quedaron sepultados bajo toneladas de roca. De esto hace ya un mes. Ahora tenemos que reconstruir el camino. No va a ser cosa fácil ni agradable. Pero como no hay más en que trabajar...

¡Cuatro muertos! Aprisionados por la roca, espichados como ratones en su madriguera... Sí, porque eso eran ellos: ratones trepanando la montaña en busca de mineral que llenara de dinero las manos y los bolsillos de otros que, en sus oficinas, no se detenían a pensar en los sufrimientos de quienes estaban exponiendo por ellos su vida. ¡Cuatro muertos! Rudecindo miró, incrédulo, a su interlocutor. Pero el hombre tenía francos el ademán y la mirada. Indudablemente estaba diciendo la verdad.

—¿Y por qué se derrumbó la mina?

—Cuentan que uno de los obreros, que era novato, llevaba fósforos y cigarrillos, y que le dio por fumar para entretener el trabajo. Tan pronto como prendió el fósforo, el gas de la mina hizo explosión y todos quedaron allí, tal vez muertos instantáneamente. La impresión de los compañeros fue terrible. Los patrones tan sólo

ordenaron a los capataces registrar a los obreros, antes de permitirles la entrada al trabajo, con el fin de cerciorarse de que no llevan fósforos ni cosas por el estilo. Ahora no se han repetido los accidentes.

—¿Y hace más de un mes?

—Sí. Voy a decirle la fecha exacta. —Y sacó una libreta muy vieja del bolsillo interior de su saco—. Eso ocurrió el veintinueve de diciembre pasado. Un mes y medio ya.

—¡Qué cosa tan horrible! ¿Sumer... Usted, compañero, no tiene miedo?

—¿Y quién no? En cualquier momento de la vida el miedo nos llega. En una pelea, el de sucumbir. Cuando tenemos dinero, el de perderlo. Y cuando no lo tenemos, el de morirnos de hambre.

—¿Y ahora?

—Es indudable que el miedo existe, pero debemos disfrazarlo, darle alguna explicación. Por ejemplo... Bueno, pensar en otra cosa. Yo me detengo a meditar en mis dos hijos, que carecen de madre, porque la sinvergüenza... En fin, compañero, son cosas de las que no se debe hablar. ¿Usted es casado?

—Hace quince años.

—¿Y su mujer, es buena?

—Es una santa mi pobre Pastora. Ha sufrido todo por andar con yo. El hambre, hasta la falta de ropas decentes.

—Dichoso usted, compañero. Mi mujer se largó con un chofer hace dos años. Después vino a rogarme que la perdonara, y traía la descarada un chino del otro haciéndolo pasar por mío. Le tiré la puerta por las narices y nunca más volví a verla.

Inclinó la cabeza, como avergonzado por la confidencia. Rudecindo, en un arranque de camaradería, extraño en él, le palmoteo la espalda.

—Todos sufrimos, compañero. Toditos los que vamos por este valle de lágrimas, como dice la Salve.

Oyeron voces y se volvieron para ver de qué se trataba. Nueve hombres subían por el mismo camino que recorriera, hacía rato ya, Rudecindo.

—Allí vienen nuestros colegas —dijo Espinel, abandonando su melancolía—. No conozco a ninguno... En fin, los dos ya somos amigos.

—Sí, compañero.

—Ustedes van a trabajar conmigo, ¿no es así? —preguntó uno del grupo. Era alto, fornido, con un rostro que podría ser agradable a no ser por las desmesuradas patillas que le daban un aspecto de criminal despiadado.

—Sí señor —contestaron a un tiempo.

—Soy el capataz. Creo que les advertirían que aquí mando yo.

Asintieron de nuevo.

—Bueno, vinimos a trabajar, y duro. Entre esa vagoneta volcada hay herramientas suficientes. Todas están buenas. Tome cada uno una piqueta y una pala. Y entre todos vamos a levantar estos dos carros, que serán necesarios para sacar la tierra del derrumbe.

Así lo hicieron. Después de escoger las herramientas, unieron sus fuerzas y levantaron parcialmente el primero de los carros. Luego, de un empujón, lo colocaron en posición normal, sobre los rieles. Hicieron lo mismo con el otro. Los engancharon entre sí y los empujaron hacia la negra boca de la mina, satisfechos al comprobar que aún funcionaban.

—¿Alguno carga fósforos o cigarrillos? —Y como todos contestaron negativamente, agregó—: Adentro, pues. ¡A darle duro y parejo!

Siguieron tras el capataz. Espinel y Rudecindo iban cerrando la marcha. Este tuvo un momento de vacilación. El compañero lo notó y lo animó a seguir, con un gesto. Entonces penetró en la mina de La Pintada.

La luz fue amortiguándose, hasta hacerse imperceptible. El frío, la humedad, el olor asfixiante, los atemorizaban. La oscuridad era ya casi absoluta. Sin embargo alcanzaban a distinguir las gruesas vigas que sostenían otras que formaban una especie de embovedado contra el techo rocoso. Estaban ligadas entre sí por gruesos cables o clavadas con enormes puntillas especiales. El suelo era blando, lleno de un polvillo gris, como ceniza. Los rieles corrían por la mitad de la galería.

Rudecindo sintió oprimida la garganta. A pesar del enorme frío que reinaba en la mina el sudor empezó a empaparle. Trató de serenarse. Ninguno de los que iban a su lado tenía miedo. Solo él. O quizás los otros estuvieran en las mismas circunstancias. Pero, al menos, no había necesidad de demostrarlo. Estaría sereno, aparentemente. Y vencería su terror. Lo agarraría, como a un ser tangible, y lo estrangularía con sus propios dedos.

La sombra era completa. El capataz encendió la linterna.

—Debemos revisar los cables de la luz —dijo—. Está dañada desde el mismo día del derrumbe, pero creo que la cosa no es grave. ¡No puede hacerse la conexión mientras no encontremos el daño, pues se produciría un cortocircuito y entonces sí que sería buena la vaina!

La linterna sembró un chorro amarillo de lumbre en la oscuridad del socavón. Se divisaron los cables. Eran de un color rojo encendido, y corrían pegados con grapas a las vigas que formaban el techo del corredor subterráneo.

—Hasta aquí van bien. Quizá más adelante...

De pronto se detuvo. Habían llegado al derrumbe.

—Bueno, a trabajar. Y duramente, ¡carajo! El que sea flojo que se devuelva.

Alistaron las piquetas y las palas. Espinel habló entonces:

—Capataz, aquí se termina la conexión eléctrica. El cable está trozado.

El otro lo examinó detenidamente, bajo la luz de la linterna. En efecto, uno de los cables aparecía cortado. El otro se perdía bajo los escombros.

—¿Tiene usted una navaja?

—Aquí está.

Partió el cable. Luego, quitándole el caucho y la pasta protectora, dejó al descubierto los alambres, que conectó a un portalámpara que guardaba en el bolsillo.

—Bombas hay suficientes y creo que casi todas están en buenas condiciones. De manera que dentro de un rato ya podemos encender la luz, para trabajar más cómodamente, y meter hasta aquí los dos vagones.

Rudecindo contempló asombrado el aspecto de desolación que presentaba la mina, ahora sólo en penumbra bajo el débil haz de la linterna. Hasta aquel sitio todo había marchado muy bien. El corredor parecía tener firmes cimientos; las vigas clavadas contra el muro, de lado y lado, y las que sostenían por sobre sus cabezas el techo, estaban en sus puestos, sin dar muestra alguna de que pudieran ceder. Pero allí parecía terminarse el mundo. Todo era confusión. Los rieles desaparecían bajo un montón de rocas; la tierra espesa, húmeda, obstruía por completo el paso; vigas rotas, palos desastillados, de todo se alcanzaba a divisar en la penumbra, como en un cataclismo.

—Es mejor que salgamos —ordenó el capataz—. Puede ser que la instalación tenga otro defecto, y entonces explotaría sabroso La Pintada.

Lo siguieron. La oscuridad fue desvaneciéndose gradualmente. Primero se hizo azul, después gris, y por último el sol invadió con sus rayos vivificadores los ojos de aquellos que iban a reconstruir las galerías y a sacar los cadáveres de cuatro obreros, muertos semanas antes.

—Va a estar medio griego poner a marchar esto nuevamente —dijo el capataz, observando con desconfianza el enorme tablero lleno de diversos instrumentos.

Los diez obreros bajo su mando lo miraban en silencio. Hasta entonces Rudecindo no había tenido tiempo de examinarlos. Pero ahora los vio, a plena luz del sol. Eran muy parecidos. Quizás él tuviera el mismo rostro que ellos: hundidas las mejillas, prominentes los pómulos, opacos los ojos, sucio el cabello... En todos esos semblantes se reflejaban la miseria, el abandono, y una especie de resignación que era contenida cólera. Una resignación que sólo esperaba una chispa para convertirse en incendio. Porque bajo todos esos cabellos hirsutos y sucios, allá en el fondo de todas las conciencias, la rebelión estaba escondida como un monstruo prehistórico, listo a enseñar las garras cuando llegara el momento, cuando la revolución social, anunciada por unos, deseada por otros, temida por los más, se iniciara en las calles y en los socavones de Timbalí.

Rudecindo lanzó una exclamación cuando vio saltar una chispa en el tablero sobre el cual manipulaba, afanosamente, el capataz.

—¡Funciona! —exclamó este, triunfante—. Ya está hecha la conexión. Ahora veamos si la luz prende dentro de la mina.

Movió una palanca hacia arriba. Multitud de lámparas florecieron en la oscuridad del túnel. Permanecieron unos segundos en silencio, conteniendo el aliento. No pasó nada. Luego respiraron con mayor confianza.

Los vagones iban impulsados por un mecanismo eléctrico especial dispuesto en el primero de los dos, al que le prestaba la fuerza necesaria para empujar o halar al otro. El capataz, conocedor ya del oficio, subió al vagón y le dio arranque. Demoró unos momentos. El óxido, el abandono... Iba a desistir de la empresa cuando un brusco tirón estuvo a punto de enviarlo a tierra. Entonces los obreros se treparon al segundo vagón, y el rústico ferrocarril empezó a correr dentro del socavón de La Pintada.

La mina presentaba ahora un aspecto diferente. Ya no era oscura. La luz se quebraba en las rocas brillantes y negras, que las vigas parecían sostener trabajosamente. Avanzaron con mayor rapidez y así no tardaron en llegar al lugar del derrumbe, en donde el capataz frenó la máquina. Todos se apearon.

—A darle duro ahora sí. Tenemos que abrirnos paso hasta el otro lado.

Se inclinaron con ánimo decidido. Las piquetas golpearon las rocas. Las palas se llenaron y fueron vaciándose luego en los vagones, que esperaban su cargamento para arrojarlo afuera y regresar.

Rudecindo no podía apartar su pensamiento de la tragedia. Cuatro hombres, cuatro personas como él, quizá con esposa, con hijos... La pobreza los había obligado a engancharse como mineros; a trabajar en el fondo de La Pintada, golpeando las rocas negras para obtener el carbón que luego transportaban las vagonetas, las góndolas, el ferrocarril... Y de repente en medio del silencio y de la soledad reinante en la penumbra de la mina, el estampido, el derrumbe. Debieron morir

instantáneamente. ¿Encontrarían los esqueletos, o los cadáveres espichados, irreconocibles, con principios de putrefacción? Pensó que era un descuido imperdonable de los empresarios permitir que esos cuerpos permanecieran, por un tiempo tan largo, dentro de la mina; que alguno de ellos había podido quedar con vida, y que su muerte habría sido horrible viendo cómo el aire se acababa, se envenenaba, cómo el agua y los alimentos no llegaban nunca y cómo los gritos se ahogaban en un espacio cerrado, llenando solamente sus oídos... La muerte, en esa forma, debía ser tremenda. Deseó que ninguno hubiera padecido esos tormentos.

Caían las diez piquetas rítmicamente. Las palas, al llenarse de tierra y de piedras, producían un sonido peculiar, que repercutía en el túnel. Rudecindo miró hacia afuera, hacia el lugar por donde habían entrado. Estaba claro, porque las bombas lo iluminaban. Pero él era ya un escarabajo, un topo, un ratón, trepanando el vientre de la cordillera, profanando las entrañas negras de la montaña...

—Oiga, viejo sinvergüenza, ¡aquí no vinimos a dormir sino a trabajar!

La voz del capataz lo hizo inclinarse. Dobló el cuerpo y enterró la piqueta, con fuerza, en la compacta masa formada por las rocas y la tierra.

Cuando estuvieron cargadas las dos vagonetas, el capataz las impulsó hacia la salida. No tardó en llegar a la boca del túnel. Avanzó con su cargamento hasta un sitio en donde los rieles, especialmente acondicionados, permitían a la vagoneta dar una vuelta casi total, sin peligro alguno, con el fin de arrojar la tierra o el carbón. Bajó antes de imprimir a la máquina el impulso para que realizara la maniobra. Vio, satisfecho cómo uno tras otro los dos carros iban vaciando su contenido de rocas y de arena. Luego subió a su puesto de manejo y regresó a la mina.

Los obreros sintieron aproximarse el aparato y reanudaron el trabajo, momentáneamente abandonado para hablar de cosas que les interesaban: las causas del accidente, el descuido de los patronos, la situación de las viudas y de los huérfanos.

Así transcurrió la mañana. Hasta el fondo del socavón llegó el sonido claro, amigo, de la sirena de la Compañía, que indicaba la hora del descanso.

—A la una y media los espero, a todos. Ni un solo minuto de retraso porque doy parte a la oficina de personal, y... ojos que te vieron...

Rudecindo se despidió de Espinel, quien tomaba por un camino distinto, hacia la vereda de San Juan de la Peña en donde vivía con sus dos hijos. Los otros se regaron en diversas direcciones. Por el caminillo de lajas, por esa especie de escalera natural, que el tiempo, las lluvias y los pasos habían formado, bajaron solamente Cristancho y otro, un muchacho de unos veintidós años, pálido, de brillantes ojos claros y espesa cabellera oscura.

—¿Usted ya había trabajado en estas cosas? —preguntó a Rudecindo.
—No señor: es la primera vez.
—¿Cómo le parece? ¿Le gusta?
—Como da para comer..., con eso hay.
—Creo que todos tenemos el mismo jornal, ¿no es cierto?
—Yo gano cuatro con cincuenta.
—Yo también. El capataz me parece que tiene doce pesos.
—Y es el que menos trabaja.
—¡Así es la vida!

Continuaron el camino en silencio. Al llegar a un punto cercano al basurero, se despidieron.

Rudecindo miró, desde allí, su casa. Salía un pequeño chorro de humo del fogón al lado del cual estaban sentadas Cándida, Mariena y Pastora. Habían resuelto, sin duda, hacer la mazamorra en compañía, como el día anterior. Neco jugaba con Pacho, montando sobre sendas canecas inservibles.

Sudoroso, con el rostro cubierto por una capa de polvo amarillento, dé ese mismo que llenaba las calles, que opacaba el verdor de los árboles y empañaba los ojos de los niños, lo vieron cambiado, extraño. Era el recuerdo de la tragedia. Era el pensamiento de que cualquier día, por la imprudencia de un compañero, podría quedar él también, roto el cuerpo y fugitiva para siempre el alma hacia las regiones desconocidas, aplastado por el peso de centenares de toneladas de roca. Resolvió no referir a nadie la horrible historia de La Pintada. Recibió con agrado las muestras de cariño de los suyos, y hasta pudo estrechar, con franca cordialidad, la mano extendida de Cándida. Luego saboreó la mazamorra que le tendía su mujer dentro de la taza de barro prestada por la vecina. El trabajo le había producido hambre. Le dolían los brazos y creía tener aún la espalda inclinada sobre los escombros. Se estiró sobre el pasto, intentando una siesta, pero los gritos llorones de Neco lo hicieron abandonar el proyecto. Se había caído de su cabalgadura metálica y ahora lo traía Pacho en brazos, para entregárselo a Cándida.

Cuando calculó que había descansado bastante se despidió de sus hijos, de su esposa y de su vecina, y se marchó hacia La Pintada por el mismo tortuoso camino.

Y pensó, con temor, en que la montaña era como un ser tangible, racional, que quisiera vengarse de su intrusión echándoles encima sus entrañas.

De nuevo se sintió rodeado por el miedo. Era como una masa de oscura gelatina, que lo envolvía, martirizándolo. A pesar de la dorada luz de las lámparas, la boca de la mina tenía una apariencia trágica. El terror se le aumentó al pensar que bajo aquellas mismas rocas que ellos debían remover, yacían los cadáveres de cuatro compañeros. Parecía que en la Compañía Carbonera del Oriente la vida humana tuviera un significado misérrimo. Un obrero era sólo una ficha. Él, por ejemplo, desde el día anterior no era Rudecindo Cristancho. Tenía un distintivo escrito en una

plancha de metal dorado, con números negros: 22048. Eso era él, pensó con desesperación. Una placa, una cifra; un elemento tan importante, a lo sumo como una pala. Pero su condición de ser humano, de hombre con problemas, con ilusiones, ¿en dónde quedaba? Escondida tras de las paredes rotas del albergue deparado milagrosamente por la suerte, porque al salir de allí él no era una persona sino una máquina. A nadie le importaban sus dolores, su ansiedad, su angustia. Esos sentimientos eran solamente suyos. Tenía el derecho de verlos germinar como plantas enfermas en el invernadero de su razón. Y algún día, de aquellas ramazones quietas y ateridas, saldría la chispa del incendio, de la revuelta. Recordó las palabras que oyera el domingo, cuando bajó a la iglesia: era necesario fomentar el descontento entre los trabajadores; había que hacer brotar la partícula que iniciara el cataclismo. ¿Sería eso —el principio de la rebelión— lo que sentía allá en el fondo opaco de su conciencia al pensar en el jefe de personal, gordo, de rostro encendido, conversando con la secretaria, palmoteándole descaradamente las nalgas, y al comparar esa situación con la suya? Sí, el descontento estaba latente ya en su mismo corazón campesino, sencillo, resignado. Ese principio de rebeldía que ha engendrado los mayores crímenes y las acciones más heroicas a través de la repetida historia de la humanidad.

Con odio se clavaron sus pupilas en la boca negra del túnel. Con miedo y odio escuchó la voz del capataz ordenándoles iniciar el trabajo. Caminó por sobre los rieles. Las vigas gruesas y amarillas lo intimidaban. Miró hacia el techo. No, no había peligro. Estaba todo sólidamente sostenido. La lumbre del sol de la tarde se perdió. El aire se hizo ralo, asfixiante. Era la muerte, pensó. Esas emanaciones pútridas de La Pintada estaban llenas de duendecillos que reían, que bailoteaban delante de sus ojos, envueltos en nubes de polvo ceniciento. Era la muerte. Sí, la muerte. Cuatro compañeros espichados por el peso de las rocas, allá en el fondo distante, entre toneladas de carbón. Cuatro hombres, cuatro llamas apagadas de golpe, sin que nadie prestara al suceso la menor atención. Maldijo interiormente al jefe de personal. *Go out, go out!* Hubiera querido escupirle la cara. Le crecía la rebelión por dentro. Sería capaz en esos momentos de...

—Oiga, ¡pedazo de animal! ¡No se quede ahí parado como un imbécil!

La voz dura, cortante, lo arrojó de bruces contra la realidad, y continuó caminando. Ya llegaban al sitio del derrumbe. Apenas si habían realizado una labor pequeñísima en la mañana. ¿Cuándo terminarían de sacar los escombros y de reparar las galerías de La Pintada? ¿Cuándo llegarían a encontrar los cadáveres putrefactos de los cuatro compañeros sepultados por la tragedia?

Rudeciendo oyó los gritos angustiosos y lejanos, como si vinieran del centro de una caverna. Creyó que soñaba; pensó que estaba en el túnel de La Pintada, abriendo la roca, y que uno de los sobrevivientes del desastre le pedía que apurara el paso porque aún era tiempo de salvarlo. Cuando despertó, su esposa estaba ya sentada en

el suelo, a su lado, y escuchaba. Mariena y Pacho, también despiertos, se miraban sin comprender.

—¿Qué pasa, hija? ¿Qué será ese alboroto?

—Hace ya rato que lo voy sintiendo. Viene de la casa de la señora Cándida. La pobre mujer sola...

Y los gritos distantes:

—¡Miserable, bandido! ¡Auxilio, por Dios, auxilio!

—Es la vecina. Alguien está asaltándola.

—Anda, asómate a la puerta. Tal vez podás ayudarle.

Rudecindo se incorporó y salió de la choza. La noche había avanzado ya bastante. Debían ser las once, pensó. La luna, oculta tras un grupo de pesadas nubes plumizas, no alcanzaba a iluminar los objetos. Se oía el croar de las ranas en el charco, y el aullido de un perro. Delante de él se alzaba la casucha de Cándida. Una lucecilla tenue se filtraba por los huecos de la puerta. Los gritos de angustia continuaban. Se quedó quieto, como si sus pies fueran de acero. Le temblaron las manos. Sintió la boca seca y la lengua pegada al paladar. Fue a gritar, pero no pudo hacerlo. El sudor le cubrió desagradablemente la espalda. Un intenso frío le corrió a lo largo de la columna vertebral. Quiso llamar a Cándida, mas su garganta oprimida sólo emitió un leve quejido. La puerta de la choza se abrió con violencia y apareció ella con ropas interiores, desgñada, presa de pánico. Como una loca corrió hacia Rudecindo, que no acertaba a comprender aún lo que estaba sucediendo.

—¡Por Dios, sálveme de ese monstruo que quiere matarme esta noche!

Se arrojó entre los brazos duros, petrificados, del campesino. La sintió casi desnuda junto a su cuerpo. Su olor de mujer lo hirió vivamente y aumentó su desconcierto. Los brazos de ella, bien modelados, morenos, se apretaron a su cintura. Le repetía que la salvara, que la albergara en su casa. Salió en ese instante Pastora y viendo la situación de Cándida la tiró de un brazo hacia el interior de su morada. Rudecindo quedó solo, enfrentado a lo desconocido.

Por la puerta de la vivienda vecina, que permanecía abierta, salió a la sombra un hombre alto, fornido, con el pelo en desorden. Se aproximó a Rudecindo que lo esperaba con las piernas temblorosas, las manos levantadas como en un ademán de súplica, la camisa pegada a las costillas y los ojos desorbitados.

Ya cerca pudo verlo. Era, sin duda, *el Diablo*. Tenía prolongado el mentón, los bigotes terminados en punta, las cejas arqueadas. En general, todo su rostro poseía una expresión infernal, que hacía más patente y más aterradora la cólera.

—¡Cándida! —gritó—. La voz parecía salir del fondo de un pozo enorme. Era, más que llamada, un aullido de bestia encelo.

Rudecindo quiso huir; correr hacia cualquier parte; sumergirse de cabeza en el charco fétido en donde las ranas, indiferentes, continuaban su coro monótono. Pero entonces sucedió algo raro. *El Diablo*, al verlo, volvió la espalda. No avanzó hacia su casa. Tal vez influenciaron al hombre los ojos, el ademán, el gesto que podía tomarse por valiente, cuando en realidad era de miedo. Y regresó, gruñendo, como un león al que le han arrebatado su presa. Rudecindo estuvo a punto de desmayarse.

Lo vio entrar al rancho de Cándida. La luz pareció extinguirse momentáneamente, pero después reapareció, más fuerte, y se oyó una carcajada horrible cuyos ecos sonaron lúgubres, trágicos. Cual una inmensa antorcha, la casa de Cándida ardía. La madera seca prendió con rapidez. Las tejas, unidas con brea, se torcían, se deformaban al impulso de las lenguas azuladas y cambiantes del fuego. La carcajada del Diablo volvió a oírse, nítida, en la noche cuyo augusto silencio se veía roto por el crepitante avanzar de las llamas. Aulló, lejano, un gozque. Ebrio, satisfecha su venganza bestial, el Diablo se alejó tambaleándose por el camino.

Todo ocurrió en pocos instantes. Rudecindo no había podido moverse de su lugar. Miraba cómo el incendio se apropiaba de la pequeña construcción que albergaba a Cándida y a su hijo... ¡Su hijo! El muchachito estaba en la casa..., ¡y se quemaría vivo!

—¡Neco! ¡Mi hijito!

Vio que Cándida, medio desnuda, perfectamente recortada su silueta contra el negro telón de la sombra por los pinceles del incendio, se arrojaba frenética, enloquecida, entre las llamas.

Rudecindo corrió también. Mariena, Pacho y Pastora estaban ya levantados. Los dos muchachos, instintivamente, corrieron hacia el charco y llenaron canecas viejas con el líquido espeso y fétido. Fueron luego hacia la choza y arrojaron contra las paredes el contenido de las vasijas, en un empeño vano por apagar el fuego que tomaba un incremento aterrador. Rudecindo trató de acercarse, pero el calor era tan terrible que lo hizo retroceder involuntariamente. Una de las paredes de madera de la pequeña edificación se derrumbó, esparciendo por la sombra caravanas de chispas. Y allí dentro, en medio de las llamas, estaban Cándida y su hijo. Con un enorme esfuerzo Rudecindo se acercó a la hoguera. Iba ya a penetrar en ella cuando vio aparecer a la mujer llevando en brazos al niño. La ropa de Cándida se había prendido en varias partes, y dejaba al descubierto la piel dorada de su cuerpo. Loca, gritando y riendo, llorando a veces, corrió a la casa de Pastora; en los brazos de la mujer, que miraba aterrorizada la escena, depositó el cuerpo de Neco, y después cayó exhausta, sin fuerzas, sobre el pasto que bordeaba el charco. Rudecindo y sus dos hijos continuaban arrojando agua a los escombros de la casa, para evitar que el fuego

consumiera su propio rancho.

El empeño parecía infructuoso. Las llamas se alargaban como lenguas fatídicas, y alcanzaban cuanto había en su camino: canecas, desperdicios de alquitrán, papeles, cajones inservibles, maderas... Rudecindo corría de un lado a otro pisoteando las llamas, escupiéndolas, maldiciéndolas. Mariena, despeinada y sudorosa, caminaba del charco al incendio y de este a aquel, y Pacho, con un enorme cubo que apenas si podía arrastrar, ayudaba a su hermana en esa angustiosa labor de salvamento.

El fuego fue extinguiéndose. Pronto sólo quedó un montón de restos humeantes. El agua, al caer sobre ellos, producía un sonido desagradable, como un quejido largo y lastimero. El viento que bajaba de la montaña distribuyó hacia todos lados la ceniza. El peligro había pasado. Entonces la atención de todos se volvió hacia Cándida, que yacía en el suelo con los ojos cerrados.

Su desnudez era solemne, trágica. Rudecindo la cubrió con la cobija de la cama deshecha. Pastora trataba de acallar el llanto de Neco. Mariena, sentada en el pasto, miraba los escombros, y Pacho apretaba los puños. Su mente infantil se veía invadida por deseos de venganza. Hubiera deseado tener cerca de sí al responsable de la desgracia para golpearle la cabeza con uno de aquellos maderos humeantes, y darle repetidamente hasta que lo viera sangrar, desfallecer, morir...

—Hay que meterla pa dentro, mijo —ordenó Pastora.

Entre Pacho y Rudecindo la metieron, con dificultad, por la estrecha puerta del fondo.

—Déjala en el suelo, sobre la manta. Creo que no sea grave.

Pastora entregó el niño a Mariena.

—Hace la cara a un lado, mijo —ordenó a Pacho. El chico obedeció y se sentó sobre el suelo de la habitación, junto a su hermana.

Entre tanto, Pastora retiró la manta que cubría el cuerpo de Cándida. Rudecindo cerró los ojos. Dejó que su mujer realizara su trabajo en silencio.

—Sólo tiene una quemadura fea en la espalda, y otra chiquita en el pecho. ¡Ah, la señora Cándida!, miren lo que le pasa por...

La mujer despertó y abrió los ojos. Rudecindo jamás olvidaría la sobrehumana expresión de terror que brillaba en el fondo de aquellas pupilas verdes.

—¿Mi hijo?

—Está con nosotros, mírelo aquí...

Mariena se lo acercó y Cándida lo estrechó con furor contra su pecho semidesnudo.

Pastora se lo arrebató.

—Déjelo que lo tenga hija, sumercé. Y ahora tése quietica, que las quemaduras que tiene no son cosa de juego.

—¿Quemaduras?

Trató de sentarse, pero un gesto de dolor le deformó el rostro.

—Vea, es mejor que se té quietica. No se preocupe, sumercé. Esta casa será la suya. Como nos acogió, nosotros la acogemos. Será como mi hermana, señora Cándida.

—No tenemos con qué desinfectarle las heridas, hija —dijo Rudecindo—. Aun cuando sea, curáselas con un trapo blanco. Quítale un pedazo a mi camisa nueva.

—No, eso no.

—Tése calladita, señora Cándida. Voy a hacerle la curación pa evitar que se le meta el mugre en los quemones. No son sino dos, porque lo de las piernas no es grave.

Se oyó el ruido de la tela al rasgarse. Pastora se inclinó, con dos largas tiras blancas, sobre Cándida, Llamó a Rudecindo para que la ayudara a sostenerla con el fin de hacerle el vendaje lo mejor posible, porque la muchacha estaba como inconsciente. Él, con respeto, compadecido, alejado de su mente todo pensamiento impuro, sostuvo el cuerpo casi desmayado. Le aprisionó los brazos y luego, cuando Pastora le descubrió los senos para vendarle el pecho y el nacimiento de la garganta, apretó los párpados y pensó en la mina; en las negras paredes de La Pintada; en el trágico final del socavón, en donde los esperaban los cadáveres de cuatro compañeros...

La curación terminó.

—Ahora, a descansar un poco.

Mariena se acostó con el niño a su lado, cerca de Pacho. Pastora y Rudecindo se vieron obligados a dormir aquella noche sin cobijas, pues la única que tenían se la habían dado a Cándida; a esa mujer que, sin conocerlos, les indicara un sitio cerca al suyo para que compartieran su miseria. Ella, antes jovial, alegre, ahora reposaba allí quemada, con el cuerpo torturado por las lenguas lascivas de las llamas. Rudecindo pensó, con cólera, en *el Diablo*. Era malo, como el personaje que le daba su nombre. Había prendido fuego a la casa de Cándida, quizá porque esta no quiso acceder a sus caprichos, sin tener en cuenta que dentro de las cuatro paredes de madera estaba

dormido Neco, y que el niño era incapaz de salvarse por sí solo... Malo, muy malo ese hombre. Ojalá no volviera. Aguzó el oído, temeroso, pero solo escuchó el viento entre las ramas canosas del sauce, y el croar uniforme de las ranas en las aguas verdinegras del charco.

Ahora vivirían con Cándida, por un tiempo indeterminado. Bajo el mismo techo, en la misma habitación. La vería al llegar del trabajo, al levantarse, al acostarse. Compartiría el estrecho hueco de su cubil. Allí estaba la mujer, muy cerca, separada apenas por veinte centímetros de tierra plana, lisa, amarilla. Allí estaba, casi desnuda, envuelta en la cobija. Pero su cuerpo se hallaba herido, martirizado por el fuego. Y él lo había sostenido. Había visto sus senos, aún firmes, como pomas doradas... Alejó los pensamientos. Se acercó a Pastora, que dormía ya. Oyó el llanto maquinal, apagado, de Neco. Posiblemente le dolían los ojos, afectados por el humo. El llanto de Neco... El croar de las ranas...

Se adormeció. Se vio después como un escarabajo, profanando el vientre sagrado de la enorme cordillera. En el fondo de La Pintada bailaba la muerte. Cándida... Estaba cerca... desnuda... dorado su cuerpo por el fuego...

Capítulo

A las seis y media tuvo que marcharse al trabajo. Ya no iba con la misma felicidad de la mañana anterior. Una cólera enorme lo invadía: era el principio de la rebelión. Ahora él mismo lo reconocía. Era un hecho que se había negado anteriormente, pero que las circunstancias lo forzaban a aceptar. No estaba contento con su trabajo. Se le hacía demasiado duro. El capataz les exigía más de lo que podían dar. No los dejaba siquiera levantar la cabeza para limpiarse el sudor con el revés de la manga.

—¡A trabajar, carajo! ¡Aquí no les pagan para que se estén de balde, pendejos!

La voz siempre, persiguiéndolo por todos lados. Aun trepando por el caminillo que llevaba al socavón de La Pintada, le parecía escucharla. Oteó, temeroso, los alrededores; pero no había nadie.

Allá abajo, Cándida continuaba muy enferma. Las quemaduras habían sido de alguna consideración. Pastora trataba de calmarla, pero los dolores deformaban el rostro de la muchacha.

—¿Y se quedará sin castigo ese desgraciado, señora Cándida?

—Nadie puede quejarse si está en una situación como la mía. No era mi casa. Además, el Diablo tiene sus amigos y todos jurarán que estuvo anoche en cualquier vereda de Timbalí, tomando chicha y bailando hasta la madrugada. Solamente hay que esperar a que Dios lo castigue.

—Pero sumercé tá muy enferma. Debería quejarse ante la autoridá, pa que le reconociera algo ese bandido. A lo menos, con qué comprar remedios.

—Iré al hospital. Le pido el favor de que me ayude. Puedo caminar. Allí me harán gratuitamente las curaciones.

—Ni piense en pararse, sumercé. Esas piernas, sobre todo la derecha, las tiene ampolladas que da miedo.

—Si me quedo aquí acostada será peor. Me duele horriblemente la espalda. Es lo que más me preocupa.

—Pues si de verdá quiere irse a que la curen al hospital, yo la acompaño, no faltaba más.

—¿Y... y ropa? ¡Se quemó toda la que tenía en mi rancho!

—Yo le prestó mi falda y mi blusa —dijo Mariena.

—¿Cómo podré pagarles? ¿Cómo?

—No se ponga en esos pensamientos ahorita. Trate de pararse.

Pastora le ayudó. Gestos de dolor contraían el semblante de Cándida. Le ardían la

espalda y el pecho. La pierna derecha es—taba como paralizada. Apretó los labios; apoyó una mano sobre el hombro de Pastora, la otra en el brazo de Mariena, y pudo sostenerse erguida. Tenía la piel tensa, como a punto de estallar. Inclinando la espalda disminuía un poco el dolor de la quemadura.

—Iremos al hospital. Tengo fuerzas suficientes para caminar.

Entre las dos, madre e hija, la ayudaron a vestir. Le colocaron sobre los senos desnudos, cruzados por el vendaje rústico, la blusa que usaba Mariena en los días de fiesta. Luego, con alguna dificultad, le pusieron la falda.

El cabello, quemado en gran parte, daba a su rostro una apariencia desolada y triste. Las pestañas y las cejas habían sido reducidas a partículas casi invisibles. Le dolían los ojos con la lumbre de la mañana, pero se infundió ánimo. Necesitaba ser fuerte, soportarlo todo. Tenía, al menos, una ambición: vivir para su hijo. Y *el Diablo*... ¡Oh, con él todo había terminado para siempre!

Pastora dio algunas instrucciones a Mariena, y le puso en la mano una moneda de veinte centavos. Luego pasó su brazo fuerte por la cintura de Cándida, y la animó a andar. Salieron con dificultad por la pequeña puerta del rancho. El sol estaba ya alto en el horizonte, sobre las montañas. El ruido de los motores ponía en el ambiente su nota destemplada, en tanto que el polvo amarillento del camino iba bailando en el viento sus locas zarabandas.

Mariena pudo ver que se alejaban hacia el pueblo que bullía incesante, más allá del montecillo en donde se levantaba su casa. Luego miró los escombros, negros aún, amenazantes. Pacho, llevando de la mano a Neco, rebullía con una varilla torcida los tizones, y sacaba los restos quemados de la ropa de Cándida.

—Espéreme aquí. Voy hasta la tienda a comprar una libra de sal para la mazamorra.

Se alejó hacia el establecimiento de Joseto. Pacho y el niño, entretenidos, continuaron en su labor. Abandonó el camino y penetró en la calle por donde transitaban los camiones hacia las dependencias oficiales de la Compañía Carbonera del Oriente, llevando o trayendo obreros, materiales o carbón, del que distribuían en los pueblos vecinos. El polvo se metió por entre sus alpargatas viejas. Lo sacudió. Le tenía miedo, odio, asco. Era como un velo eterno, intangible, tendido sobre el valle. Como el distintivo de Timbalí: la tierra amarilla, pegajosa, asfixiante.

Se acercaba un camión cargado con madera, destinada sin duda a la construcción de otro túnel en cualquier parte de la montaña. Ella se hizo a un lado y se tapó la nariz con la punta de su delantal. Esperó a que el carro pasara. Pero se detuvo a su lado, con un brusco chirrido.

—¡Hola, linda! ¿Qué haces por aquí tan solita?

¿Le hablaban? Alzó los ojos y vio que del camión descendía un hombre corpulento, con los bigotes retorcidos, largo el mentón, arqueadas las cejas. La apariencia, en conjunto, no era desagradable. Había algo diabólico en aquel rostro, pero esa misma mueca extraña atraía con fuerza irresistible.

Trató de seguir su camino, pero el hombre se lo impidió, colocándose frente a ella.

—Bonita. ¿Cómo te llamas?

No le contestó. Tuvo miedo. La proximidad varonil la estremeció. Su cuerpo virgen se oprimió angustiosamente; las mejillas se le acarminaron y le temblaron los labios.

—Te ves muy bella así —le dijo, aproximándose—. Tienes que ser mía, chiquilla. Cuando *el Diablo* quiere una cosa...

¡Era el Diablo! Mariena echó a correr hacia la tienda, levantando sobre la calle pequeñas nubecillas doradas. Oyó, a sus espaldas, una carcajada igual a la que escuchara la noche anterior, cuando fue incendiada la casa de Cándida.

Al entrar a la tienda estaba sofocada. Tanto, que ni siquiera atinó a contestar cuando Joseto le preguntó qué se le ofrecía. Se reclinó vacilante, contra el mostrador. La fatiga levantaba la doble floración de su pecho. Joseto se quedó mirándola. ¿De dónde aparecía aquella muchachita que él no viera nunca por los alrededores?

—¿Qué quieres, preciosa?

—Una... una... libra de sal —pudo decir por fin.

En esos momentos oyó unos pasos duros en la acera. Los pasos se detuvieron y su corazón pareció dejar de latir por unos segundos.

—¿Por qué me tienes miedo? *El Diablo* no es malo, chiquita. Todo lo contrario.

La voz era fuerte, gruesa. Daba una impresión de poderío, de dominación, de mando. Como toda su persona. Como sus hombros cuadrados, o sus manos grandes y musculosas, o sus bigotazos retorcidos.

Dio la moneda de veinte centavos y salió de la tienda. El Diablo trató de sujetarla por un brazo, pero ella se desprendió con tal violencia que lanzó al hombre contra la pared.

—¡Caray, tiene madera de luchadora la condenada!

Corrió cual si la estuvieran persiguiendo legiones de demonios. Era uno solo. *El Diablo*. El... ¿cómo diría ella? El amante de Cándida. Sí: el amante de Cándida. El

que vivía al lado de esa pobre mujer que ahora iba camino del hospital de Timbalí, a que le curaran las quemaduras. ¡*El Diablo!* Tenía que ser un hombre malo, perverso como el que más. Por algo le habían puesto ese nombre. ¡*El Diablo!* Sus pies, sobre la calle, levantaban remolinos dorados. Allá lejos alcanzó a divisar el basurero donde vivía. Apresuró la carrera. Su cuerpo ágil pronto hizo enorme la distancia entre ella y su perseguidor. Pero este pudo darse cuenta de que la muchacha entraba al rancho vecino al que él incendiara, loco de pasión y de furor, la noche antes. ¿Sería hermana de Cándida? Tenía su mismo cabello negro, su mismo cuerpo cimbreante, firme... Pero no. Los ojos de esta eran negros, intensos; la piel morena... ¿Quién era, entonces? Decidió averiguarlo pronto. Con el pretexto de visitar a Cándida iría a la casa. Con este propósito subió al camión. Lo prendió y arrancó, dejando tras de sí grandes nubes de polvo.

Iban a ser las doce cuando llegaron Cándida y Pastora. Aquella caminaba con más seguridad. Le habían vendado la espalda y el pecho, colocando sobre las quemaduras un unguento a base de penicilina. Le aplicaron, finalmente, una dosis fuerte de antibióticos. En todo caso, su estado no era de gravedad.

Mariena ocultó a su madre la aventura de la mañana, que la había tenido intranquila por mucho tiempo. Le parecía oír aún, en medio del ruido de los motores, la risa fuerte del hombre. Se tocaba el brazo derecho, sobre el cual se habían posado, como garfios, sus dedos, cuando salió de la tienda de Joseto. Veía entre las brasas del fogón sus pupilas perversas...

Después llegó Rudecindo. Sólo la cara podía distinguírsele. El cuerpo todo era de un color uniforme. Una gruesa capa de polvo, mezclada al sudor que empapaba sus ropas, lo había tornado como una estatua animada cubierta de cemento amarillo. El mismo maldito polvo de los caminos, de las ventanas, de las montañas. Quizá el que nacía de los hierros oxidados, del carbón picado en las minas, de la ceniza de las locomotoras y de las grúas.

Se tendió, fatigado, en el suelo. Ni siquiera se acordó de Cándida. Pensaba sólo en sí mismo; en que ya estaba llegando al colmo de su paciencia; en que sentía crecer a cada instante la rebelión, el ansia de destrucción, de acabar con aquellas mansiones lujosas que se veían brillar en el barrio rico de Timbalí. *Go out, go out!* ¿Quién era ese extranjero para arrojarlo de su propia tierra? Y el rostro curtido del capataz, sus patillas negras, sus frases hirientes... Miró a Pastora. Bajo el viejo y sucio delantal el vientre le crecía. Ya pronto tendrían otro hijo. Pensó en la pobreza, en el desamparo. No tenían dinero, casa, pan. Y una boca más para alimentar; un cuerpo más para vestir; un cerebro más para que él germinara, después, la rebelión sembrada con su propia sangre. Mentalmente deseó que ese hijo no llegara; que muriera al nacer; que se fuera directamente al cielo de donde no debía haber bajado nunca hasta el valle de lágrimas de la tierra.

Oyó, adentro, la voz de Cándida.

—¿Cómo sigue? —preguntó a Pastora, en voz baja.

—Mejor. Hoy fuimos al hospital y le hicieron unas curaciones muy buenazas.

Recordó sus senos firmes, dorados, de pezones oscuros. La vio casi desnuda, recortada contra el fondo rojo del incendio. Le pareció sentirla así, entre sus brazos, y creyó aspirar de nuevo el olor de su cuerpo. Decididamente el sol lo hacía ver cosas horribles. No debía tener aquellos pensamientos. Desterrarlos, desterrarlos... Y la voz de ella, de nuevo en la caracola de su oído... Escuchó los pasos de la mujer, que se acercaba. Obstinadamente mantuvo cerrados los ojos, pero luego los abrió, con lentitud. La vio sentada sobre el césped, encogida, silenciosa. La cara había perdido su frescura juvenil; los cabellos quemados le restaban belleza. Pero él solamente veía su cuerpo erguido y firme, como lo sintiera la noche anterior entre sus brazos, impulsado por el terror. Estaba muy bonita con la blusa blanca de Mariena. Y su hija, ¿qué se pondría después, los domingos? Cándida... Había venido a transformar sus vidas, a revolucionarlas. Y él pensando en ella a toda hora, ¡cómo si no tuviera otra cosa que hacer! Desvió su cerebro hacia el socavón de La Pintada. Cuatro esqueletos le bailaron de nuevo en las pupilas. Se sentó, con rudeza, con los ojos muy abiertos para que copiaran el paisaje real, el charco de aguas pútridas, los escombros del incendio, el cuerpo encogido de Cándida...

Capítulo

Ariba, metido en el túnel de La Pintada, Rudecindo trabajaba hasta el agotamiento. Aquella era una verdadera esclavitud, pensó. Entraba a las siete, salía a las doce; volvía a la una y media para salir a las cinco y media. Nueve horas diarias de trabajo. ¡Y qué lentas pasaban! Los minutos parecían detenerse, alargarse, como complacidos en martirizarlo. La boca de la mina abría sus negras fauces para devorarlos; los vomitaba a las doce: negros, sudorosos, agotados; luego volvía a engullírselos y los dejaba salir, extenuados, cuando ya empezaba a descender la sombra por las colinas. El ruido de los motores los perseguía; lo llevaban en los oídos hasta el vértigo. La cara negra del capataz, sus patillas... Rudecindo clavó, furioso, la piqueta sobre el montón de roca, mermado apenas, como si hubiera querido acabar de una vez por todas con su vida. Se aseguró luego el pañuelo atado delante de la nariz y de la boca, para protegerse un poco del polvo amarillento de las rocas removidas. El olor a humedad en el aire viciado se hacía insoportable. Pero no podían abandonar los instrumentos de labor, porque entonces tenían sobre sí los gritos que eran peores que latigazos.

—No es justo —protestaba Espinel.

Habían quedado solos, pues el capataz se hallaba fuera de la mina, vaciando mecánicamente el contenido de las dos vagonetas. El trabajo estaba suspendido. Todos escuchaban las palabras del hombre, que parecía ejercer sobre ellos una especie de extraño dominio.

—Nos pagan cuatro pesos con cincuenta centavos para que trabajemos nueve horas. Es decir, a cincuenta centavos hora. A menos de un centavo el minuto. ¿Y saben una cosa? Lo que ganamos en un mes, trabajando como bestias, lo gana en medio día cualquiera de esos místeres, sin hacer un carajo, sentados en sus mecedoras, mirándoles las piernas a las secretarias. ¡Maldita sea!

Grimaldos, un muchacho alto y pálido, quizá el más joven del grupo, dio también su opinión:

—¿Y qué porvenir nos espera? El mismo que aguarda a una rata en su cueva: que se nos caigan encima las paredes.

—No es eso lo peor —continuó Espinel, accionando con energía—. Aquí ganamos cuatro con cincuenta. Medio comemos. Y así tendremos que seguir indefinidamente. En cambio, los bolsillos de los extranjeros y las cajas del tesoro público se llenarán hasta reventar.

—No es justo —repitió Rudecindo, como un eco—. Yo tengo mi mujer y dos hijos, ¿cómo puedo vivir así?

—¿Y si pidiéramos un alza de salarios? —preguntó uno, a quien apodaban *Lechuza*.

—¿Para qué? ¿No nos comprometimos el lunes a trabajar ganando cuatro con cincuenta?

—Pero no conocíamos la clase de oficio que nos esperaba.

—Si pudiéramos...

El ruido de los vagones los hizo enmudecer. Se oyeron, uniformes, diez golpes contra las rocas.

—¿Cómo que no pueden hablar los desgraciados? —preguntó, con mirada feroz, el capataz—. Aquí los trajeron a trabajar, no a soltar la lengua.

Se llenaron las palas. Cayeron las rocas despedazadas en el fondo de las vagonetas. Una nube de polvo se elevó, opacando el brillo de las bombas. Uno de los trabajadores sufrió un ataque de tos, y tuvo que sentarse en el suelo. Los compañeros lo miraban, conmovidos. Espinel intentó acercarse para auxiliarlo.

—¿A dónde va? Déjelo que se pare solo, para eso ya es mayorcito. Y si no sirve, mañana informo a la jefatura para que lo cambien por uno nuevo.

Espinel, sin atender las órdenes del capataz, se inclinó para levantar al compañero. Era un muchacho de unos veintidós años, alto y extraordinariamente delgado. Lo querían por sus ocurrencias oportunas, por su alegre resignación. Tal vez, pensó Rudecindo, la tisis estaba haciendo estragos en sus pulmones.

—Vamos, compañero: ánimo.

—Le dije que lo dejara solo, ¡carajo!

—Es un ser humano como usted o como yo, ¿no es cierto? Y yo no soy una fiera. ¡Tengo que ayudarlo y lo haría aunque se me viniera encima el puerco cebado de míster Brown!

El capataz quedó petrificado. Nunca hubiese concebido una audacia semejante. Se acercó a Espinel, dominándolo con su enorme corpachón. Pero era tanta la firmeza que brillaba en los ojos del minero, que se contentó con amenazarlo:

Mañana míster Brown sabrá el concepto que usted tiene de él. Vamos a ver cuál de los dos sale perdiendo.

Mariena no quería salir otra vez a la tienda de Joseto. Pensaba en el desagradable

encuentro del día anterior y se estremecía. Sin embargo, en los ojos del *Diablo* había algo de atrayente, de fascinador. Era, quizá, la tentación.

—Yo no puedo ir, mijita. Y la señora Cándida menos. A Pacho no lo conoce don Joseto. Tiene que ser sumercé.

Accedió. De nuevo el polvo amarillo, horrible. Obsesionante. Como si naciera de las entrañas de la tierra para bailar sus danzas especialmente sobre Timbalí. El camino largo y solo. La calle angosta, sucia. Las paredes de las casas, que antaño habían sido blancas, desaparecían bajo una capa uniforme. Diríase que todo el pueblo, que todos sus paisajes y sus habitantes, estaban oxidados. Así lo pensó ella, con repugnancia.

—Buenos días, don José.

—¡Hola, preciosa! ¿Qué quieres?

—Que...

Se le iba la voz. Por primera vez el acudir a una tienda a pedir algo fiado la mortificaba. El rostro se le arreboló y adquirió un encanto enorme.

—¿Qué pasa? Te has puesto roja como una rosa. A ver, dime qué quieres.

—Que le fíe a mi mamá un poco de pan y mañana se lo pagaremos —dijo al fin, de un tirón, sin levantar los ojos.

Joseto la miró. Así, con la frente inclinada y el rostro encendido, Mariena estaba bellísima. Ella misma no lo sabía. Pero el hombre lo comprendió. Valoró su cuerpo núbil, sus mejillas cálidas, sus ojos, sus labios carnosos. Abandonó su sitio detrás del mostrador y se le acercó.

—Y... ¿dónde vives?

Más intenso se hizo el rubor de su rostro. Cómo confesarle a aquel extraño que... ¡Oh, sería horrible! Pero, al fin y al cabo, ¿qué tenía de extraordinario? La pobreza no constituía un deshonor, se había repetido siempre. Pero el vivir en el basurero del pueblo no podía llamarse ya pobreza. Era miseria.

—¿Te has quedado muda?

Se le acercó y la miró con detenimiento. Negras las trenzas, que caían a la espalda, como serpientes; la frente morena, las mejillas encendidas, los labios entreabiertos; los ojos ocultos bajo el velo crespo y oscuro de las pestañas; las manos colocadas a la altura del pecho, como ocultando el empuje redondo de los senos... Era muy bonita, ¡caramba! Demasiado linda para que... Se acordó del *Diablo*. Sin

duda estaba persiguiéndola, asediándola. ¡Maldito *el Diablo*! Todas las muchachas tenían que terminar en sus brazos, aun cuando después las maltratara y hasta les quemara la casa conforme había hecho con Cándida, según decían algunos. Se le vino un pensamiento:

—¿Eres de la familia de Cándida?

—No, señor, sólo amigas. Y como le quemaron la casita, ella vive con nosotros. Vivimos... allá.

—Y con la mano extendida señaló hacia el depósito de los desperdicios, que alcanzaba a divisarse a lo lejos.

Joseto se alegró. Una muchacha pobre, casi una pordiosera. La ansiedad le oprimió la garganta. Alzó una mano y acarició el rostro arrebolado de Mariena. Ella se hizo a un lado.

—¿Me tienes miedo? No seas tonta. ¿No te han dicho que eres lindísima? Con esa cara y ese cuerpo podrías ser una reina. No querrías tener trajes, dinero...

—¿Qué le digo a mi mamá del pan? —preguntó fría, altanera, pero con un resto de humildad, aquella que la obligaba a guardar su pobreza.

—Pero ¿cómo quieres que seamos buenos amigos, si eres tan esquiva? Ven, acércate, acércate...

La tomó del brazo derecho. Ella sintió asco, rabia. Levantó la mano y la descargó, con toda la fuerza de que fue capaz, sobre la cara morena de Joseto. Después huyó como el día anterior, hacia el refugio.

Pastora tembló de cólera cuando supo lo acontecido. Pacho quiso salir, armado de piedras, para romper los vidrios de la tienda. Cándida los amonestó para que tuvieran prudencia. Joseto era violento en ocasiones, pero siempre cordial, atento, listo a prestarle un servicio a cualquiera. Así lo había conocido ella. Claro que les ocultó que tras de esa amabilidad el tendero guardaba ciertas intenciones no del todo correctas, que había mantenido secretas debido al miedo que profesaba al *Diablo*. ¡*El Diablo*! ¿Qué pensaría de su acción de la noche anterior? ¿Sería tan cínico que volviera ante ella, para pedirle que lo perdonara? Estaba dispuesta a mandarlo a los profundos infiernos, donde quizá estuviera muy a gusto, si trataba de acercársele. En fin, no era el momento para pensar en esas cosas.

Oyó el llanto de Neco. El muchachito tenía hambre y no había pan. Se desesperó. Quiso incorporarse, salir a la calle a provocar a los hombres con sus ojos caídos, con su boca atrevida, con sus caderas armoniosas. Pero ni siquiera ese recurso tenía ahora para conseguir con que alimentarlo. No podía caminar. La herida de la espalda le dolía. Resolvió acudir al hospital para que le hicieran una nueva curación. Pero sería después, cuando ya su hijo hubiera calmado el hambre de cualquier manera.

Pacho, tendido de bruces en el pasto, pensaba. Oyó a Pastora cuando envió a

Mariena a la tienda de Joseto. Escuchó el relato que ella hiciera al llegar. Creció en su pecho infantil una ira incontenible, tremenda. Luego, ante el llanto de Neco, que tenía hambre, y el silencio de Cándida, que no podía mitigársela, tuvo un momento de meditación, extraño a su edad. Estaban solos en medio de los desperdicios, alejados de la sociedad, de la compañía de sus semejantes, de la compasión, inclusive. Porque su hermana era débil, uno de aquellos que tenían dinero trataba de comprarla cual si fuera un mueble, una bestia. No lo toleraría nunca. Antes sería capaz de matar a alguien para robarle la cartera y tener con que comer. Ahora no poseían un solo centavo. Había sal y algo de harina. Un gajo de cebolla, también. Para la mazamorra del mediodía. ¿Y después?

Lentamente se incorporó, y sin que nadie lo notara se fue alejando. Pediría limosna si era preciso. Pero no volvería a la casa sin dinero.

Rudecindo recibió la mazamorra y la tomó a pequeños sorbos, sin ganas, deseoso de que su vida se terminara, de que se le salieran del cerebro los pensamientos, de que sus oídos no continuaran escuchando, aun en medio del monótono acorde de los lejanos motores, las palabras ofensivas del capataz. Recordó, emocionado, la valiente actitud de Espinel. No había tenido miedo cuando le dijo la verdad al patilludo: el puerco cebado de míster Brown... Para sus adentros rio de la ocurrencia. El jefe de personal, con su cara regordeta y rosada, con sus labios gruesos y sus grandes ojos, se parecía mucho a un cerdo. Eso se lo confesaba él ahora, porque antes no hubiera sido capaz de admitir tal idea, ni siquiera en lo más profundo de su mente, ¿qué consecuencias traería para ellos la actitud de Espinel? Posiblemente lo retirarían pronto. Lamentó perderlo. Había llegado a profesarle una sincera estimación, una admiración verdadera. Decía las palabras justas, necesarias. No andaba con rodeos ni con timideces, como él. Porque, en efecto, si el 22048 hubiera visto al hombre agonizar en el suelo negro del túnel, no se hubiese atrevido, ante los ojos autoritarios del capataz, a tenderle una mano amiga. Por fortuna no todos pensaban así. Había un valiente entre diez cobardes. La semilla del descontento estaba plantada ya. No era sólo en el socavón de La Pintada: era en el enorme territorio del valle; en todos los túneles que conducían a las entrañas de la cordillera; en los corrillos callejeros y hasta en las mismas oficinas centrales de la Compañía Carbonera del Oriente. La revolución surgiría, no dudaba. ¿Pero qué era la revolución, eso de que hablaban últimamente en todas partes? Para Cristancho se reducía a verificar una incursión en el barrio de los extranjeros, sacar de sus casas a los *místeres* y *musiús*, como él los llamaba, ocupar las lujosas habitaciones y enviarlos a trabajar en las minas, como jornaleros. Esa era la revolución. Allí a su choza inmunda enviaría de buena gana a míster Brown. Y las lindas muchachas, esas que se dejaban palmotear las nalgas para tener contentos a los patrones, irían a lavar a la quebrada la ropa de Pastora, la de Cándida... ¡Cándida otra vez! ¿No podía desterrarla de su recuerdo? No. Estaba en su

cerebro, metida allí, como él dentro de la galería de La Pintada.

Vio venir a Pacho, por el largo camino que llevaba al barrio pobre. Traía en la mano un talego de papel.

—Aquí hay pan para todos. Y panela, y sal, y harina... también compré carne. ¡Miren, qué pedazote!

A medida que hablaba iba desocupando el talego sobre el delantal extendido de Pastora, que lo miraba con asombro, con miedo, con inquietud. Pacho tenía en los ojos un brillo al mismo tiempo alegre y trágico. Vacilaban sus manos y se atropellaban sus palabras. Los miraba triunfante, porque gracias a él alejarían el hambre por algunos días.

—Mijo, ¿pero de dónde ha sacado sumercé todo esto?

—No se preocupe, mamacita. Mire, aquí hay suficiente para todos. Pongan a hacer aguadepanela, para que tome mi papá antes de irse a trabajar.

Rudecindo lo miró, asustado también. ¿Aquel era su muchacho? Sí, era el mismo. Quizás algo le había cambiado el rostro: se lo había tornado prematuramente duro, amargo, decidido. Una mueca rara le cruzaba la cara, como un ala de cuervo. Cuando terminó de ofrecer los víveres que había traído, arrojó lejos el talego.

—¿De dónde sacó dinero para comprar todo esto? —preguntó Rudecindo incorporándose.

—Pues... pues...

—Confiese, mijo. Su padre no debe ignorar nunca lo que sumercé hace. Dígalo aquí delante de todos; de su mamacita, de hija, de la señora Cándida; hasta de este muchachito inocente, de Ñeco.

—Pues como no tuvieron con qué comprar el pan... y como el de la tienda ultrajó a mi hermana por pedirselo fiado..., y como Nequito estaba llorando de hambre y no había qué darle... ¡yo robé una de las alcancías de la iglesia!

En el silencio que siguió se oyó el palpar uniforme y lejano de los motores. Se escuchó, nítido, el silbido del tren próximo a partir hacia la capital. Hasta el vuelo insistente de una mosca produjo un ruido que se les antojó extraño, acusador.

—¡Las alcancías de la iglesia! —exclamó por fin Rudecindo—. ¡Mijo un ladrón! ¡Yo padre de un ladrón!

Ocultó el rostro entre las manos y sollozó. Mariena miraba a Pacho con cólera y amor, con lástima y orgullo. Pastora observaba los víveres que tenía en el delantal, y no sabía si bendecirlos o arrojarlos en medio del fétido charco. Cándida acariciaba la cabecita de Neco, y el niño pedía, tímidamente, un pedazo de pan.

—¿Qué tiene de malo? ¿Por qué se callan todos? No maté a nadie. Simplemente abrí la tapa con este zuncho que encontré aquí mismo —explicó, mostrándoles una especie de cuchillo terminado en aguda punta—. Luego saqué las monedas y los billetes. Era muy poco, pero alcanzó para comprar todo eso.

—¡En la iglesia, mijo, en la iglesia! —gimió Rudecindo.

—Esa plata es de limosnas. Y nosotros somos más pobres que el cura que viene a decir la misa los domingos. Él no estará muriéndose de hambre en su casa. No tendrá que vender a sus hermanas por un poco de pan. Yo lo hice, sí, yo lo hice. ¡Maldita sea!

Como loco, Pacho se tiró al suelo. Se tapó la cara con las manos y movió en el aire los pies. Su llanto, duro, fuerte, rebelde, lo estremeció. Entonces Rudecindo olvidó su propio dolor y se inclinó sobre el cuerpo del hijo, para consolarlo.

—Está mal lo que hizo, mijo. Pero ya no tiene remedio. Vamos a tomar nuestra aguadepanela para tener fuerzas y seguir viviendo. Pero no haga nunca más cosas como esta.

—No hubiéramos tenido qué comer esta tarde —dijo Pastora, disculpándolo—. Dios lo perdone, pero lo que mijo dice es cierto. Nosotros tamos más pobres que el señor cura.

Cándida fue hasta el sitio en donde Pacho yacía en el suelo. Le palmoteo la espalda y le acarició maternalmente la cabellera, rebelde, como su alma.

—Gracias, Pacho. Gracias por mí y por Neco. Nosotros estamos solos en el mundo, abandonados, sin hogar, sin familia, sin dinero. Y usted lo oyó llorar y fue a traerle pan. ¡Dios mío, perdónanos!

Se arrodilló. Le cayeron las lágrimas por las mejillas. Pacho se incorporó. Tomó un pan y se lo dio a Neco. Luego lo sentó a su lado.

—Ya pasó todo.

Hicieron aguadepanela. El pan estaba tierno, fresco. Pacho fue olvidando su dolor, la momentánea punzada del arrepentimiento. Se sentía alegre. La vida circulaba de nuevo, empujada por el calor del alimento, por los rostros de todos. Entonces recordó, lentamente, sus vacilaciones.

Cuando entró a la iglesia, estaba sola. La vista del Crucificado lo atemorizó. Dios se hallaba en todas partes, conocía todas las acciones, tanto las malas como las buenas. ¿Qué diría por robarle la alcancía de las limosnas? Porque con ese pensamiento preconcebido había entrado al templo. Recordó para darse ánimo la cara terrosa del niño pidiendo pan... el silencio de Cándida... la orden de Pastora... el

relato de Mariena...

Avanzó. Los cirios difundían su humo espeso, negro, penetrante. No había nadie. Se asomó a la pequeña sacristía. Un muchacho de su misma edad dormía, sentado en un amplio sillón de cuero rojo. Contuvo la respiración. Caminó hasta llegar al sitio en donde viera el domingo en la noche la alcancía de las limosnas, frente a un banquillo que contenía infinidad de ceras, encendidas las unas, consumidas casi por entero las otras. Oyó un ruido y cayó de rodillas fingiendo rezar. El acólito se volvió al otro lado y continuó con su profundo sueño.

Alistó el cuchillo. Lo había encontrado entre unas canecas, esa misma mañana, y lo había limpiado cuidadosamente, fregándolo con arena hasta hacerlo brillar. La punta era fina, adecuada para levantar la tapa de la vieja alcancía. Empezó el trabajo con tenacidad, sin respirar casi. Conteniendo a ratos, con la mano izquierda, los latidos impetuosos de su corazón.

Crujió la madera. En la sacristía el acólito se movió. Repitió el ademán de caer de rodillas. Otra alarma infundada. El muchacho aquel tenía bastante pesado el sueño.

Presionó la caja con la punta del cuchillo. Volvió a mirar hacia el altar y le pareció que Cristo tenía sus grandes ojos tristes fijos en él; que lo reprendía por la acción indigna que estaba a punto de efectuar. Con trabajo tornó la vista hacia la pequeña caja de madera. Y para darse valor pensó en Neco, en su hermana, en Pastora... A ella le traerían un niño dentro de poco. Se había dado cuenta de que todas las mujeres engordaban antes de tener niños. Él tendría un hermanito... ¡Pero pobre! Casi lo compadeció. Pasaría hambres, desnudeces, fríos... Él, un chico de doce años, estaba pensando en todos los problemas como una personita mayor. Una chispa de orgullo lo invadió. Empujó el cuchillo con fuerza, y la tapa cedió sin hacer ruido.

Recogió varios billetes y monedas. Sabía contar —fruto de dos años de escuela, en un lejano pueblo ya olvidado—. Eran doce pesos con cuarenta y tres centavos. Los guardó en su bolsillo. Luego se arrodilló y rezó un Padrenuestro.

—Gracias, Dios mío —dijo, para terminar.

Y abandonó el recinto.

Capítulo

Le dolían los brazos, las piernas, la espalda; la cabeza le daba vueltas; le temblaban las manos, heridas por el duro trabajo. Pensó, con creciente cólera, en el fondo negro de La Pintada. ¿No llegarían a descubrir nunca los cadáveres de los cuatro hombres que murieron dos meses antes? Apenas si habían avanzado un par de metros. Al tiempo que removían los escombros, que cargaban las vagonetas y que destrozaban las rocas, tenían que ir reconstruyendo la galería, clavando a los lados del túnel enormes vigas de madera reforzadas con varillas de hierro, y cruzando por sobre sus cabezas maderos no menos resistentes, amarrados con cables, a fin de sostener el techo para evitar derrumbes. El trabajo era duro. ¿Y qué obtenían en pago? Cuatro pesos con cincuenta centavos que no les habían llegado aún, porque no pagaban hasta el veinte. Bueno, serían cuarenta y cinco pesitos. De algo servirían. Pensó, con miedo, en la acción de Pacho. ¡Había profanado la iglesia, para robar la alcancía de las limosnas! ¿Pero era tan horrible el acto, tan sancionable? En circunstancias normales, sí. Pero no en momentos como aquellos. Era la vida misma la que lo obligaba a proceder así. Él había encontrado una excusa para los pecados de Cándida. Tenía el deber de encontrarla para el proceder de su hijo. La mujer se entregaba a las caricias de otros, no por placer: por necesidad absoluta de dinero para tener con qué vivir. Y ahora, su hijo había robado. Pero no por maldad, por perversión de los sentidos. Solamente por hambre. Entonces, tanto el proceder de la una como las acciones del otro tenían una misma razón: la miseria; y una misma justificación: la necesidad.

¿Y la felicidad? Cuando abandonó los últimos rincones cultivados lo guiaba la ambición de riquezas. Iba tras de la dicha. La buscaba con ansias, como a una cosa venida de la gloria especialmente para él. Compañía Carbonera del Oriente, Timbalí... Aquello sonaba a dinero. Escuchaba casi el rítmico tintineo de las monedas. Allí estaba el porvenir, se había dicho el primer día. Pero nada. Todas las ilusiones fueron esfumándose, hasta que terminaron por convertirse en nubecillas insignificantes, que ya ni siquiera miraba. La felicidad no existía. Todos la estaban buscando afanosamente. Ese anhelo que lo hacía someterse a las frases duras del capataz, al inclemente trabajo de La Pintada; esa ansia de dinero, que no satisfacía nada; esa necesidad física que llevaba a Pacho hasta las puertas de la iglesia, y que le hacía profanar el lugar santo; ese deseo del estremecimiento momentáneo, de la pequeña muerte del orgasmo, que lo impulsaba, con una fuerza cada vez mayor, hacia el cuerpo firme de Cándida... Todo aquello lo hacían en busca de la felicidad, pensó. Y esta no se encontraba ni en la satisfacción del hambre, ni en la posesión de la hembra deseada. La felicidad no existe sobre la tierra, se dijo. Él, inclusive, ya había perdido su nombre. Era el 22048. Una ficha, una piqueta, una pala. Eso era, en las

inmensas dependencias de la Compañía, en donde centenares de obreros pasaban de un lado para otro, todos afanosos, todos buscando absurdamente la felicidad.

Los pensamientos de Mariena eran distintos. Tenía fijos, a todas horas, delante de sí, los ojos del *Diablo*: verdes, con tonalidades amarillas. Ojos felinos, como el color de las aguas pútridas del pantano, como el atrayente brillo de las esmeraldas. Unas pupilas parecidas a las de Cándida, pero con ese embrujo especial que les daba el conjunto del rostro, que les proporcionaban las cejas arqueadas, el mentón poderoso, los bigotes altivos, el cuerpo fuerte, la voz gruesa, que demostraba potencia y confianza..., lo que ella no había tenido nunca; lo que no conocían sus padres; lo que apenas vislumbraba, desde el portal de su infancia, Pacho, que ahora, tendido en el césped, con la cara al cielo, debía estar recordando los detalles del robo. Eran los ojos de la tentación. La perseguían por todas partes. Cuando se desnudaba para acostarse creía que la espían, impúdicos, y entonces un súbito rubor le coloreaba las mejillas, y el temor infundado la hacía acostarse vestida para evitar que esas miradas lascivas pudieran conocer su intimidad. En el murmullo del viento entre los árboles lejanos o en el ruido cansón de los motores, le parecía escuchar la risa del *Diablo*, sus carcajadas frescas como el brotar del agua de una roca, o brutales como el relincho de un semental perdido en la espesa noche de la llanura.

Por primera vez en su vida se había oído llamar linda. Lo había dicho *el Diablo*. Y también Joseto, el de la tienda, cuando acercó su mano sucia a sus mejillas. Lo recordó con cólera. Lo despreciaba. Sentía por él odio profundo. En cambio *el Diablo* (¿cómo sería su nombre?) le había gustado desde el principio, por su gesto altanero, por su fuerza. Ella era una muñequita. Era débil, una mujercita que empezaba a vivir. Necesitaba de alguien que la protegiera. Quería sujetarse, someterse, obedecer. ¿Sería feliz? Tal vez no. La felicidad completa no había entrado nunca en sus cálculos. Pero, al menos, su vida no sería tan insoportable como ahora. Miró a sus padres, arrepentida sinceramente de estos pensamientos que habían brotado, incontrolables, en su mente llena de extrañas alucinaciones, consumida por la fiebre, rodeada por las pupilas verdosas de la tentación. Allí era tan dichosa como hubiera podido serlo en cualquier otra parte: envuelta en sedas, en pieles, adornada con joyas... Era linda. Lo habían dicho dos hombres. Se frotó la cara con las manos, como acariciándosela. Se tocó los labios. Sí, era linda. Repitió la palabra en voz baja: linda. Sonaba gratamente en sus oídos.

Mediada la tarde, Pastora, Mariena y Pacho acompañaron a Cándida hasta el hospital de Timbalí, a que le hicieran una segunda curación en las quemaduras. Neco había accedido a quedarse con Rudecindo, quien estaba entregado a la tarea de agrandar el rancho, a fin de que cupieran holgadamente Cándida y su hijo.

Iba cayendo la sombra por las laderas. Serían las cinco y media cuando regresaron. Las heridas causadas por el fuego habían sido, por fortuna, superficiales.

Cambiaron el vendaje, aplicaron una segunda capa de unguento protector, y una nueva inyección desinfectante. Algo más aliviada, Cándida volvía a su nuevo hogar, del brazo de Pastora.

Mariena, adelante de ellas, corría levantando con los pies nubecillas de polvo amarillento. A su lado iba Pacho. La niña lo miraba con orgullo, como si quisiera contarle a todo el mundo que era su hermano y que para no dejarlos sufrir de hambre, había robado la alcancía de la iglesia.

Ya divisaban a lo lejos el basurero. Le habían tomado cariño, esa devoción inquebrantable de los desgraciados por algo que es suyo. Observaron cómo se encendían las luces en las esquinas del barrio pobre y en las residencias de los extranjeros. Los túneles de las minas lejanas, en donde en ningún momento era interrumpido el trabajo, se vieron también adornados con luces doradas. La estación destacó su enorme torre metálica, iluminada con tubos fluorescentes. El ajeteo continuaba en todas partes. La Pintada era un lugar de excepción. Después de la tragedia que consumió cuatro vidas, la dejaron abandonada por un mes largo; y ahora volvían a excavar en su vientre, deseosos de ensanchar la explotación hasta donde fuera posible. La demanda de carbón en la capital era inmensa. Las grandes termoeléctricas lo estaban necesitando en mayor escala cada día. Por eso los extranjeros encargados de la dirección de la Compañía urgían a los capataces, y estos a los obreros, para obtener de ellos el máximo rendimiento.

—¡Hola, linda! Soy un hombre feliz porque he vuelto a encontrarte.

¡*El Diablo!* Mariena se quedó quieta. No pudo ni siquiera volver la cara para mirar al hombre que, riendo, se le aproximaba con la mano extendida en ademán de saludo. Pacho se detuvo y examinó el rostro del que se acercaba. Miró a su hermana y notó la palidez de sus mejillas, su inmovilidad, el terror, la angustia, el deseo, reflejado todo en sus ojos formando un sentimiento complejo y extraño que les daba tonalidades inusitadas.

—¿Te has quedado muda nuevamente?

—Mariena, ¿quién es este hombre? —La voz de Pacho era autoritaria, y su cara infantil estaba contraída en un gesto que denotaba decisión y cólera—. ¿Quién es?

El silencio era pesado, fuerte. Entre los tres. Porque en la estación se oía el barullo levantado por los obreros que regresaban a sus hogares después del turno diario, mezclados con los que venían a reemplazarlos en el fondo de los socavones, en las torres de control, en las pesadas maquinarias que se abrían paso hacia el fondo de la tierra.

—Linda, ¿no quieres mirarme siquiera?

El Diablo tomó a Mariena por el brazo y la hizo volverse. Luego, con un brusco ademán, le levantó la cara. Los ojos de ella, humedecidos, tenían un brillo extraño; los labios entreabiertos en una súplica muda, incitaron al hombre que había estado toda la tarde bebiendo en diversas tiendas del barrio. Entonces, tomando el rostro de la muchacha con sus manos enormes, intentó besarla.

Cuando su boca lujuriosa quiso rozar el rostro de Mariena, sintió en la pierna izquierda un dolor agudo, quemante, como si una víbora lo hubiera mordido. La soltó. Pacho, en un momento de cólera, sin detenerse a reflexionar, viendo en peligro a su hermana, había clavado en el cuerpo del hombre su cuchillo. *El Diablo* lanzó un grito terrible y se arrancó el arma, que arrojó lejos de sí. Una mancha roja fue creciendo hasta empaparle los pantalones de dril claro.

Ocurrió todo tan instantáneamente que ni siquiera Mariena pudo darse cuenta de lo sucedido. Corrió desesperada a refugiarse en los brazos de Pastora, que acababa de llegar acompañada de Cándida. *El Diablo* profería maldiciones y palabras soeces; y Pacho, a su lado, entre asustado y valiente, miraba la mancha roja y su cuchillo tirado en la mitad de la calle.

Dos policías subieron corriendo con los fusiles preparados, hacia el sitio de los hechos. Pastora, comprendiendo lo sucedido, se colocó al lado de Pacho, abrazándolo, como protegiéndolo con su cuerpo hinchado por la proximidad del fruto.

—Me han herido... Estoy grave... ¡Fue este hijuep...!

Los policías miraron, incrédulos, al niño. Pero ante los gritos, las amenazas y los insultos del *Diablo*, a quien todos temían, terminaron por agarrarlo cada uno de un brazo, sin parar mientes en las lamentaciones de la madre, en el estado de su cuerpo, en sus lágrimas, en sus gritos de angustia.

—No se lo lleve, señor agente. Él no tiene la culpa, ¡él no ha hecho nada!

—Yo fui, mamacita —dijo Pacho—. Ese hombre trató de besar a mi hermana.

—¿Lo ven? El culpable ha sido este señor. Mi hijo es inocente. Déjenlo ir conmigo. ¡No se lo lleven!

—Eso lo arreglarán mañana en la alcaldía. Pero lo que es por esta noche, este granuja dormirá en los calabozos. No faltaba más. Miren al mosca muerta, tirándole puñaladas al que encuentra. ¡Este país está jodido por eso!

—No se preocupe, mamacita. Hable mañana con el alcalde, a ver qué se hace.

Parecía un hombrecito. Mariena lo miró, orgullosa en medio de su angustia. ¡Había robado para alimentarlas, y había clavado su cuchillo en la pierna del *Diablo*! Y este... ¡qué hombre tan malo! Intentó besarla allí, en la mitad de la calle, delante de todos... ¡pero tuvo su merecido!

Pastora cayó de rodillas en el suelo polvoriento de la calleja. Allí, medio oculto

por una capa amarilla, encontró el cuchillo de Pacho, el mismo que usó para abrir la alcancía de la iglesia. ¡Entonces, había sido su hijo! Pero por defender a Mariena. ¡Con cuánta serenidad lo dijo delante de los agentes! Era muy raro ese muchacho. Doce años... ¡Doce nada más! Había crecido entre los dolores y la miseria, y quizá por eso su alma se había despertado a la violencia tan pronto. Quizá de su infancia sin sol y sin caricias, sin pan y sin ternura, le nacían la rebelión y la cólera.

Cándida la ayudó a incorporarse. Mariena le dio el brazo. Debían llevarla hasta el rancho, pues parecía enferma. Sus ojos estaban fijos en el horizonte, sin ver nada. Sólo adivinaba, en todas partes, la cara del hijo, de ese muchachito que pasaría la noche en los negros calabozos de la prisión.

Ascendieron por el camino amarillo hacia el basurero. Medio esfumada en el aire crepuscular divisaron la casa. Rudecindo estaba esperándolas, sin sospechar lo sucedido.

Bajó a encontrarlas y palideció cuando vio a Pastora. Pensó que el temido acontecimiento estaba a punto de llegar; que su mujer tendría esa noche un hijo sietemesino...

Luego, a medida que avanzaban, la hija lo fue enterando de todo. Cuando llegó a referir que *el Diablo* había intentado besarla, Rudecindo sintió que lo invadían la determinación, el deseo de venganza, el ansia de ver correr la sangre de aquel que se atreviera a poner sus manos sucias sobre la cara de su hija. Después Mariena relató la acción de Pacho, la llegada de los policías, las inútiles súplicas de Pastora...

Entraron a la casa, que había sido ampliada por Cristancho. Estaba más limpia. No se filtraba el viento por las rendijas de las paredes ni se veía el cielo iluminado de luna por los huecos del techo. Pastora se recostó, sin decir nada, en el suelo del rancho.

—¿Estará grave? —preguntó Rudecindo a Cándida, señalándosela.

—No. Fue la impresión, pero ya le pasará.

—¿Y Pacho?

—Dijeron que dormiría esta noche en el calabozo y que fueran mañana para que arreglaran con el alcalde.

—¡Maldito sea *el Diablo*!

—¡Maldito sea! —corroboró Cándida.

Mariena nada dijo. Sentía cólera contra él por haber acusado a Pacho. Pero estaba lesionado y sangrante... ¿Sería grave la herida? Quizá solo se trataba de una cortada sin mayor importancia.

—Mija: ¿quiere que vaya a la alcaldía a ver qué se puede hacer por el criaturo?

—Eso pa qué. Esta noche no nos atiende nadie. Mañana madrugamos a pedirle al señor alcalde que lo deje salir. Él no tiene la culpa.

Rompió a llorar, desconsoladamente. Rudecindo trató de calmarla, pero Cándida le aconsejó que la dejara. Las lágrimas la aliviarían.

Ya había caído la noche sobre el valle. Muy lejos pitó el tren. Aulló un perro. Era el lobo de Joseto, que turbaba por las noches el recogimiento del barrio con sus quejidos casi humanos.

Rudecindo se sentó en el suelo, al lado de su esposa. Cándida se apretó contra Neco, en su rincón. Mariena se acostó, vestida, sobre un pedazo de junco que había encontrado cuatro días antes cerca al charco.

—¡Y yo todavía con su ropa, Mariena! —dijo Cándida—, ¿cuándo podré reponérsela?

—No se preocupe. Yo tengo bastante con esta falda.

No hablaron más. Rudecindo pensó en Pacho, tendido sobre el suelo de cemento del calabozo, como un vulgar criminal. Tendría frío. Rechazó la manta y trató de rezar, pero comprendió que la cólera no lo dejaba. Hizo un esfuerzo para dormirse, por no pensar en nada. Pronto la fatiga dominó su angustia y sus dolores, y el sueño, piadoso, le cerró los párpados y le borró los pensamientos.

Capítulo

Se oyeron las campanas que anunciaban el alba. Sus repiques descendieron desde la torre blanca de la iglesia de Timbalí por la fatiga persistente del valle. Luego treparon por las colinas hasta meterse en las bocas negras de los túneles, en el fondo de los cuales los hombres trabajaban desmenuzando la roca negra, que iría luego a mover las máquinas de lejanas fábricas desconocidas.

El ruido era, en el valle, como el mismo polvo amarillo de óxido que cubría todos los objetos. Nunca, desde que las maquinarias de la Compañía fueron inauguradas, habían tenido los habitantes de Timbalí un momento de perfecto silencio. Cuando el tren acallaba sus silbidos agudos, se oían los motores que movían las góndolas; cuando no se escuchaba la sirena o las bocinas de los carros que venían de regiones distantes cargados con madera, se percibía el ruido infernal de muchos pies arrastrándose por sobre el cemento de las aceras. El silencio, pues, había huido para siempre, y ya no regresaría a las callejuelas amarillentas de Timbalí.

Rudecindo despertó. Le vinieron a la memoria, en tropel, los acontecimientos de la víspera. Pastora se quejó, a su lado. Estaba enferma. La impresión había sido demasiado fuerte, y a pesar de las palabras tranquilizadoras de Cándida, él tenía miedo. Por eso le preguntó, en voz baja, qué le dolía. Ella sollozó. Era el recuerdo del hijo, metido dentro de un calabozo en la terrible cárcel del poblado, que imaginaban como un lugar frío, húmedo, negro. Rudecindo pensó que sería como aquel corredor en donde él había trabajado toda la semana anterior, curvado contra el suelo; con el aire irrespirable, con figuras fantásticas acurrucadas en los rincones más oscuros. Así debía ser la cárcel y en ella estaba Pacho. El único culpable de todo era *el Diablo*, por haber intentado besar a Mariena. Los puños de Rudecindo se crisparon con violencia. Había sido siempre un hombre paciente, resignado, pero por su hija sería capaz de las mayores barbaridades. Inclusive de acabar con *el Diablo* al que había herido, quizá gravemente, su hijo de doce años.

—Hoy no nos atenderán en la alcaldía, hija. Es día de fiesta y nadie trabaja.

—De todos modos iremos. Ese muchacho está allá sólo, desde anoche. Le llevaremos panecito. ¡Qué desgracia!

—Peor hubiera podido ser, hija.

Callaron. Se oía la rítmica respiración de Neco. Cándida estaba despierta.

—Yo quisiera poder ayudarlos ahora... Si *el Diablo* fuera a la alcaldía a pedir que dejaran libre a Pacho...

—¿Sumercé cree, señora Cándida? Ese hombre debe tar que se come a mijo vivo. ¿No vio la cara que tenía anoche?

—Si yo se lo pidiera... —dijo Cándida, como hablando consigo misma.

—No se imponga sacrificios por nosotros —dijo Rudecindo—. Deje la cosa por mi cuenta. Yo veré cómo me las arreglo con el alcalde.

—Usted no lo conoce. Es un viejo socarrón, hipócrita, más malo que Nerón.

—Si quiere venir con nosotros, la llevaremos. Antes para que le curen las heridas en el hospital. No hay que descuidar las cosas.

—Bueno, iremos. Pero dentro de un rato. Por allá a las nueve, porque antes no se levanta don Ricardo García.

—¿Y él quiénes?

—El alcalde. Muy mala persona, les repito.

Guardaron silencio. Por los huequecillos de la puerta se colaba una luz blanca, pálida, que lentamente fue tomándose rosa. Llegaba un nuevo amanecer. Rudecindo pensó que ya llevaba más de una semana en Timbalí. ¿Y qué había obtenido con ello? Una choza que más bien parecía el cubil de una fiera; un empleo que era una esclavitud horrorosa; y el que su hijo, por la necesidad, robara la alcancía de la iglesia, y por las circunstancias, por la brutalidad del medio, le propinara una puñalada al *Diablo*. Ah, y además, había conocido a Cándida, y había visto cómo se tragaban las llamas su casa. Pensó en ella. Allí estaba, a pocos centímetros de su cuerpo, envuelta en la blusa de Mariena, vestida con su falda roja... Allí estaba Cándida. Con su cuerpo joven, con sus pechos morenos...

Muchos acontecimientos habían venido, en pocos días, a cambiar casi por completo el curso de su vida, antaño tranquila y plácida. Porque, pensando en el pasado, él llegaba a la conclusión de que... Pero no. ¿Para qué recordarlo? El tiempo ido no debe volver a la memoria, porque entonces surge el arrepentimiento, cunden la nostalgia y la duda. Por eso se concretó a pensar en su situación actual, y vio que se iba tornando más angustiosa cada vez. Al principio no tuvo pan, ni dinero, ni amigos. Y aquella mujer, Cándida, los acogió con generosidad y alegría. Luego consiguió el trabajo. Mentalmente maldijo a míster Brown y al capataz. No sabía a cuál de los dos desearía ver muerto primero. En fin, surgió en su cerebro la realidad de los obreros de Timbalí, planteada por Espinel en pocas palabras: ellos ganaban cuatro pesos diarios, o cinco, o seis, trabajando nueve horas como verdaderos galeotes dentro del aire asfixiante de las minas, expuestos a los mayores peligros; y los extranjeros, en sus lujosas oficinas, sentados ante las piernas de bellas secretarias, sin hacer absolutamente nada, ganaban doscientos o trescientos pesos diarios... Pero eran los *técnicos*, los seres superiores venidos de otros países, de otros centros más avanzados. Sí, y allí estaban, viviendo en las suntuosas construcciones de la parte elegante del poblado, con su Casino, con todo el aire de su tierra... Sintió cólera. Aquello no era justo. Quienes más trabajaban debían ganar más. O que no se hiciera tan notoria y tan escandalosa la diferencia.

Se levantó. No podía continuar en esas meditaciones que ninguna paz traían a su

espíritu atribulado. Corrió hacia la pequeña fuentecilla de agua limpia, en las inmediaciones del pozo pútrido, y se lavó la cara y la cabeza. Se sintió despejado. El aire estaba puro. El viento no bajaba de los cerros a rebullir el polvo amarillo de los caminos, y este permanecía quieto, adherido a la tierra. Contempló los alrededores; y, como siempre que lo hacía, sintió oprimido el corazón. Los escombros de la casa que había sido de Cándida parecían humear aún. Eran como huesos negros esparcidos por la pequeña colina, en donde todo tenía un aire de descomposición. Porque las canecas viejas semejabán cadáveres deformados por el golpe de una roca enorme; y los maderos eran, en medio de aquel mar de polvo amarillo, como restos de un fabuloso naufragio.

Mariena acudió a la fuentecilla para lavarse. Se inclinó y, al hacerlo, pudo ver sobre el cristal quieto del agua reflejado nítidamente su rostro. Entonces tuvo la certeza de que era hermosa. Apreció la forma de su cara; la tersura morena de su frente; la limpidez de sus ojos negros y brillantes; la sombra de sus trenzas; la madurez rosada de sus labios; el terciopelo virgen de sus mejillas. Toda ella estaba allí, en el espejo de la fuente. Toda. Era bonita. Eso lo sabía ahora muy bien. Recordó las manos del *Diablo* en torno de su cara. ¿A qué sabría un beso? ¿Por qué los hombres lo buscaban ansiosos y las mujeres lo consentían complacidas? Recordó los ojos del hombre: parecían filos de puñal bajo los rayos del sol. ¡*El Diablo*! Hundió las manos en el agua y su figura se borró. Luego se bañó la cara, el cuello, los brazos. Se desató las trenzas y esparció en el aire sus negros y largos cabellos, y empezó a peinarlos con cuidado. ¡Y los ojos de la tentación, persiguiéndola por todas partes! Unas pupilas verdes, fijas, firmes. La tentación ahora había adquirido manos varoniles, apretando su rostro, recorriendo su cuerpo. Alejó su pensamiento del *Diablo* y recordó a Pacho, que por defenderla estaba en el oscuro fondo de un calabozo. Si sus padres querían llevarla, iría con ellos y con Cándida a reclamar por la libertad del muchacho. Con la palma de la mano volvió a acariciarse las mejillas, como deslumbrada por el descubrimiento de su belleza.

Pastora estaba inconsolable. A pesar de que quería demostrar fortaleza, sus pupilas se llenaban de lágrimas al recuerdo del hijo encarcelado. Pensaba con terror en las paredes lisas, frías y húmedas, del calabozo. Para ella la cárcel era un lugar de tortura. Esa convicción le venía, quizá, de los cuentos escuchados en su infancia, en los que figuraban las lúgubres mazmorras del tiempo de la «Santa Inquisición». Se imaginaba a su hijo apartando con los dedos toda clase de bichos inmundos para evitar que le mordieran la cara: culebras, sapos, lagartijas... Por eso, tan pronto como tomaron el caldo del desayuno apuró a Rudecindo y a Cándida. Mariena no quiso quedarse sola en la casa, y resolvieron llevarla junto con Neco.

Descendieron por el camino tapizado de polvo amarillento. El sol estaba ya alto en el ciclo, despejado y azul. Oyeron el silbido del tren, y poco después, dominando

el distante ruido de los motores, percibieron su marcha. Iba cargado de carbón hacia la capital. Luego regresaría, lleno de obreros recogidos en todas las ciudades del departamento. Hombres que ganaban cuatro o seis pesos, trabajando como esclavos en el fondo de las minas. Rudecindo recordó el túnel oscuro de La Pintada. ¿Qué los esperaba cuando terminaran de remover las rocas? Indudablemente allí al final, sepultados por el derrumbe, estarían los cadáveres de los cuatro compañeros. Le pareció que los remolinos de polvo que empujaba el viento, eran los esqueletos despedazados de esos hombres, que murieron por estar ganando con qué vivir. ¡Qué extraño! Pero, pensó luego, la vida va hacia la muerte como los ríos al mar.

Apartó con rabia el polvo de la calle. Le tenía odio. Era como una parte integrante de Timbalí. Pero de la ciudad pobre, del barrio en donde los obreros vivían apiñados, de las minas; de las máquinas, de las góndolas, de las torres de control... En cambio en el barrio de los extranjeros todo era limpieza. Y si casualmente el viento llevaba a los vidrios de las ventanas un poco de esa tierra pestilente, las manos de las criadas la sacudían y todo quedaba otra vez pulcro.

La cárcel estaba situada en un lugar intermedio. Ni inclinada a un barrio ni al otro, como correspondía a la justicia. Pero se trataba sólo de teoría, pensó Rudecindo. En la práctica las cosas eran bien distintas. Influyó más en el ánimo del alcalde el rostro colorado de míster Brown, que la cara negra y famélica de uno de los trabajadores que agotaban su vida entre los socavones.

Llegaron a la estación, donde las góndolas continuaban vaciando su contenido negro. Frente a ellos divisaron el edificio de la cárcel, en donde también funcionaba la alcaldía, el telégrafo, el teléfono y el correo. Tres policías, con sendas pistolas al cinto, guardaban las puertas amplias y enrejadas de la prisión. Pensó Rudecindo que entre todos los penados, justos y pecadores, estaba Pacho; y alargó el paso.

Los hombres armados le daban miedo. Sabía, por referencias, que ellos eran los encargados de guardar el orden, de hacer respetar a los inocentes. Pero estas nociones estaban olvidadas, porque últimamente, por todas partes, los hombres armados habían sido los principales protagonistas de las tragedias. En fin, eso debía olvidarse. Tal vez aquellos atendieran sus súplicas, sus palabras angustiosas que implorarían por la libertad de Pacho, encarcelado porque supo, comportándose como un hombrecito, defender a su hermana de las garras del *Diablo*.

¡*El Diablo*! Cada uno de ellos tenía de tal personaje una imagen distinta. Era, para Rudecindo, la personificación de la maldad en el barrio pobre de Timbalí; era el incendiario, el ladrón, el criminal sin escrúpulos. Esos ojos desorbitados por la pasión y por la embriaguez, que él pudo ver claramente bajo las llamas del incendio que consumía la casucha de Cándida, no se le olvidarían nunca. En ellos bailaban la lujuria y la venganza. Eran perversos. Como serían, sin duda, los del propio demonio, que con su larga cola azotaba las espaldas de los condenados, en el último círculo del abismo. Para Pastora, *el Diablo* era también un personaje ya fabuloso, aun cuando solamente llevaba viviendo en el valle una semana. Él había tratado de apresar a su

hija, con sus brazos curvados por la pasión; y recibió su castigo. Su hijo tomaba ante ella perfiles extraordinarios: ¡había herido al *Diablo*! Cándida tenía del hombre una concepción bien diferente. Era, quizás, el padre de su hijo. Pero, «¿a cuál de los caminantes le pertenece el camino?». En fin, ella lo había visto humillado a sus plantas de hembra: había recibido de sus manazas caricias y dinero, este en pago de aquellas casi siempre. ¡Si no lo conocería ella! ¡Y ahora le prendía candela a su casa! Recordó sus palabras y sus actitudes bestiales de aquella noche. Por eso, temerosa, huyó semidesnuda a refugiarse en los brazos de Rudecindo. Neco también pensaba en el Diablo a su manera. Le decía «papá» y le tendía la manecita, pidiéndole cinco o diez centavos. Y, finalmente, para Mariena *el Diablo* era la tentación; la fuerza viril, enfrentada a su debilidad de mujer; la personificación de un deseo, que apenas se insinuaba allá en el fondo impreciso de sus sentimientos.

Con miedo y con respeto se acercó Rudecindo a uno de los policías.

—Sumercé, perdone, ¿ya nos irán a soltar al muchachito?

Se quedó mirándolo fijamente. Le vio el rostro largo y huesudo; notó que le temblaban levemente las manos. El cuerpo encorvado tenía una apariencia de debilidad y de sumisión. Observó el vientre hinchado de Pastora, su cara llena de pecas, su boca entreabierta, de labios pálidos y gruesos. Miró a Neco, semidesnudo, anémico. A Cándida, con los ojos sin pestañas, de una belleza que alcanzaba a notarse aun bajo su máscara de sufrimiento. Y por último se encontró con la mirada negra y brillante de Mariena. La examinó, con descaro. ¡Qué linda era!

—¿Cuál muchachito?

—Uno que trajeron anoche, sumercé. Pachito, que es nuestro hijo...

—¿Pachito? ¿Ah, el que le pegó una puñalada al *Diablo*?

—Sí, señor —dijo Pastora, adelantándose—. Pero sumercé no sabe cómo fueron las cosas. Ese *Diablo* que mi Dios confunda agarró a miya pa besarla. Y entonces el chinito lo picó en una pierna, con un zuncho, porque ni cuchillo era.

—Buena está la historia. ¿Conque trató de besarte? —preguntó, mirando a Mariena, que se puso encendida.

—¿Lo soltarán pronto, sumercé?

—Esas son cosas del alcalde, que es el que manda. Nosotros solamente vigilamos a los presos para que no se fuguen.

—¿Pero podremos visitarlo? Le traemos su panecito, porque el pobre no se habrá desayunado...

—Cómanse ustedes el pan, si tienen ganas. ¡Y lárquense, que no hay tiempo para oír lamentaciones!

Caramba, ¡qué genio tan tremendo!, pensó Rudecindo. Se alejaron, desconsolados. Pastora apretaba contra su pecho los dos panes envueltos en un papel.

¡Pobrecito Pacho! Tendría hambre, frío... ¡cómo eran de crueles los policías! Y el alcalde, ¿en dónde estaba?

—Creo que lo encontraremos en el almacén *Black and Gold* —les informó Cándida—. Los domingos se la pasa allí todo el día, tomando vino con los *musiús*.

—Llévenos allá, señora Cándida, porque nosotros no conocemos.

Los guio por las calles negras, limpias. En una esquina estaba situado el almacén *Black and Gold*, amplio y lujoso. Recordaron la tienda miserable de Joseto. Allá todo era polvo amarillo, todo estaba oxidado, hasta el pan. Aquí, en cambio los vidrios se veían bien fregados, y todo respiraba aseo y elegancia.

Sentados ante una mesa, cuatro individuos conversaban animadamente, y tomaban vino oscuro en grandes vasos de cristal. Varias botellas vacías, colocadas sobre el mostrador, indicaban la respetable cantidad de licor ingerido por ellos. Cándida, deteniéndose en la puerta, señaló hacia el interior del establecimiento.

—Ese bajito, colorado, viejón, es el alcalde. Se llama don Ricardo. El apellido es García.

—¿Y cómo haremos pa llamarlo, sumercé? ¡Hasta borracho debe tar el condenado!

Cándida hizo una seña al empleado que atendía el almacén. Eran conocidos. Alguna noche se encontraron allí mismo. La mujer recordaba aún los ojos grises, color de agua profunda, del mancebo. Espíritu era su nombre. No tardó en acudir y la contempló curioso, porque también los acontecimientos de una noche lejana habían golpeado en su memoria.

—¡Hola, Cándida! ¿Pero qué tienes en los ojos? Se te quemaron las pestañas, qué pena. Sin embargo, todavía estás bonita.

—Mira, Espíritu: necesito un favor.

—El que quieras.

—¿Me puedes llamar al señor alcalde?

—Pues... no creo que salga. Está ya medio borracho. Toda la mañana, desde las seis, tomando vino con míster Kite, con el pagador y el jefe de la estación... En fin, le diré que lo necesitas. ¿Nada más?

—No, por ahora.

—Tienes que volver. Ya sabes que...

Se interrumpió. Pero ella comprendió su silencio.

Esperaron con ansiedad. Espíritu se inclinó sobre el hombro del burgomaestre, y deslizó algunas palabras a su oído. Don Ricardo García se volvió. A través de los gruesos lentes sus ojos miopes los escudriñaron.

—¡Dígales que no jodan, que a estas horas no hay despacho!

—Sumercé, es un momentico. Hágalo por Dios, por lo que más quiera —le imploró Pastora.

Quizás el ademán desmayado de la mujer; o sus ojos llenos de lágrimas; o su vientre grávido; o, finalmente, el deseo de quitárselos de encima, influyeron en el ánimo del alcalde. Lo cierto es que, con algún trabajo, se incorporó y salió a la puerta. Era delgado, de regular estatura; tendría unos sesenta años; tras de los cristales, sus ojos de viejo verde brillaron intensamente cuando divisó a Mariena; tenía el rostro encendido, posiblemente por las libaciones, y la nariz demasiado grande, como el pico de un ave de rapiña.

—¿Qué quieren? ¿Por qué se les ocurre venir a estas horas? ¿No saben que soy un hombre ocupado?

—Don Ricardo, queríamos hablarle...

—Ah, usted es la Cándida, ¿no? Caramba, con las ganotas que tenía de verla...

—Don Ricardo, ayer metieron a la cárcel a un muchachito de doce años, hijo de esta pobre mujer. Ella quiere rogarle que lo deje salir, porque está loca, inconsolable la pobre...

—¿Ah, fue la palomita que le metió una puñalada al *Diablo*? Ni piense que se lo vamos a soltar pronto, ¡carajo! Ese mocoso tiene alma de criminal, y si por mí fuera lo dejaría morir en la cárcel.

—No, por Dios, señor García. No permita que nuestro muchachito se muera de hambre.

Era lastimoso el semblante de Rudecindo. Se le veían los ojos llenos de lágrimas, y le temblaban las piernas, como si estuviera a punto de caer de rodillas ante la suprema autoridad de Timbalí. Don Ricardo García, con su rostro de ave de rapiña, sus gruesos lentes, su boca de sátiro y sus ojos de viejo verde, contempló a Mariena. Si ella se lo pidiera..., pero no. Debía ser inflexible. Como casi todos los habitantes de Timbalí, tenía un enorme miedo al *Diablo*.

—¡Lárguense ya, o los meto a todos ustedes a la cárcel!

Les volvió la espalda y se sentó, tranquilamente, al lado de míster Kite, del jefe de estación y del pagador. Uno de ellos pidió otra botella de vino.

Se retiraron del *Black and Gold*. El dolor y la cólera, mezclados, formaban en sus almas un sentimiento nuevo. Era la rebelión, que crecía no sólo en el pensamiento de Rudecindo, sino en el de las tres mujeres que lo acompañaban. Era la ira contra la injusticia. ¡El alcalde! ¡La primera autoridad del pueblo! ¡Don Ricardo García! Un viejo verde, con su nariz de pájaro, que prefería estarse toda una mañana tomando vino con los extranjeros, a considerar la solicitud formulada por una madre poseída

por la angustia, por un padre a punto de cometer una barbaridad. Porque nada hay que rebele tanto como la injusticia.

Ya estaba bien alto el sol en el infinito. La tierra daba sus vueltas eternas en el espacio. Dentro de seis horas bajaría la sombra por las colinas. Y otra noche de insomnio; de pensar en el hijo, metido en la cárcel por una acción que ellos consideraban justa, de estricta legalidad... Y de pronto la tierra pareció vomitar hombres, o restos humanos. Eran seres ennegrecidos. Tanto los rostros, como las manos, como los trajes. Tenían todos bien visible en la camisa, una ficha: 4426, 34593,03407... En fin, esos eran también trabajadores como él, pensó Cristancho. Se meterían en el fondo de las minas a trepanar el vientre de la cordillera, a sacarle las entrañas negras. La Pintada era uno de los socavones más pequeños de la Compañía, porque su crecimiento se había estancado a causa del accidente de que hablara Espinel. Pero los otros eran inmensos. Verdaderas ciudades subterráneas, con largos y anchos túneles por los que circulaban en una y otra dirección las vagonetas, cargadas de mineral. Esquinas, recodos, encrucijadas... Y en el fondo de todas ellas: amores, odios, ocultas rebeldías...

¿Sería tan grave lo hecho por su hijo? ¡La palomita que le metió una puñalada al *Diablo!*, había dicho el alcalde. No, la acción no era tan sancionable. Simplemente que todos temían al herido y no querían contrariarlo. Miró hacia el almacén *Black and Gold*. ¿Qué quería decir eso? *Black...* Allí estaba don Ricardo García bebiendo vino, en tanto que su hijo continuaba en la cárcel.

Desde lejos contemplaron el edificio cuadrado de la prisión. Sus pensamientos horadaron las paredes gruesas, de cemento y ladrillos. Veían a Pacho solo, abandonado en un calabozo estrecho y pútrido. Lo adivinaban debatiéndose contra horribles monstruos brotados entre helechos y líquenes. Creían sentir sus gemidos, sus palabras implorantes, sus súplicas infructuosas... Allí estaba su muchachito. Y no habían permitido, siquiera, que le dieran los dos panecitos para su desayuno.

El Diablo era más culpable que Pacho, indudablemente. Pero él podía agarrar a don Ricardo García por las solapas, golpearle la nariz, romperle los gruesos lentes y escupirle sobre los labios de sátiro, sin que se le diera un ardite. En cambio, Pacho no podía hacer eso. Y Rudecindo y Pastora menos. Por lo tanto había que mantener en la cárcel al más débil y dejar libre al más fuerte, aun cuando la justicia, la verdadera justicia, no lo dispusiera así nunca.

En la galería de sus odios, en el negro túnel de su rebeldía, ya contaba Rudecindo Cristancho con otra estampa. Fue primero la cara de cerdo cebado de míster Brown: luego el rostro, patilludo y agrio del capataz; y ahora esta figura de pájaro del alcalde. Que se tragara la tierra a estos tres hombres; que se vieran forzados a trabajar en La Pintada. Tal era su ideal, su ambición. Y así concebía la revolución social que no tardaría en estallar, como una granada, sobre la aparente calma de Timbalí.

De pronto, todos detuvieron la marcha. Se aproximaba *el Diablo*.

Rudecindo apretó con fuerza los puños. Aquel hombre era el culpable de su

desgracia. Había querido besar a Mariena, y ahora no permitía que pusieran en libertad a Pacho. Pastora, con las manos bajo el delantal sucio que no había pensado en quitarse, se oprimió el vientre como para comunicar al hijo que vendría toda la fuerza de su odio, todo su deseo de venganza. Cándida lo contempló. Era incapaz de aborrecerlo. Lo había amado intensamente durante largas noches, y también con ternura, con fraternidad, en días sin pan y sin abrigo. Ahora no podía odiarlo, aun cuando en un arrebato de furor esas mismas manos que acariciaran su cuerpo hubieran incendiado su casa. Neco fue a su encuentro. Su voz sonó infantil, alegre, saludándolo. Le tendió la mano. Mariena bajó los ojos, ruborizada.

Aquel hombre era la tentación. Era la fuerza, la dominación, la virilidad. Como Cándida, no le tenía rencor, a pesar de que por su culpa su hermano estuviera metido en el hueco fétido de un calabozo. *El Diablo* se encaminó a ellos. Cojeaba ligeramente. El mentón pronunciado, quizá más amplios los bigotes, más brillantes los ojos atrayentes y perversos. Rudecindo se puso delante del grupo formado por su esposa y su hija, como si quisiera protegerlas. Pensó en la inminencia de un ataque. No tendría conque repelerlo. Pero al menos, allí estaban sus puños de hombre fuerte, de minero, listos para lo que pudiera ocurrir.

—Buenas tardes —saludó. Su voz se perdió, sin respuesta, dentro del ruido matemático de los motores.

—¿Qué desea? —le preguntó Rudecindo, amenazante.

—¿No han querido dejarles ver al muchacho?

Pastora creyó que se lo decía para burlarse de ellos, alegrándose de su desgracia. Y estaba a punto de estallar en sollozos cuando la voz gruesa y bien timbrada volvió a oírse.

—Cándida, usted que creo que es la menos muda de todos, dígame si ya fueron a donde García.

—De allá venimos.

—¿Y no quiso soltarles al hijo?

—No. Ese viejo verde es un sinvergüenza, un borracho. Si le hubiéramos dado cincuenta pesos lo habría dejado libre.

—Yo arreglo ese asunto. Y ustedes no pongan esa cara. De *Diablo* no tengo sino el nombre.

Lo vieron alejarse, incrédulos. Anchas las espaldas, levantados y fuertes los hombros, bien peinada la cabellera clara, casi roja, como color de fuego. Mariena no pudo reprimir un suspiro que levantó su pecho, en donde un sentimiento nuevo había prendido ya con fuerza avasalladora.

—¿Qué irá a hacer ese hombre, Dios mío?

—No se preocupe, Rudecindo. —Era la primera vez que Cándida lo llamaba así—. Yo lo conozco y sé que la cólera le ha pasado. Es bueno en ocasiones, y ahora está de humor. Con seguridad él conseguirá lo que no logramos nosotros, porque don Ricardo García le tiene miedo.

—Si es así, que Dios bendiga al *Diablo*.

—¡Qué cosas tan enrevesadas decís, mijo! —lo recriminó Pastora—. Pensá un poco más antes de hablar.

—¿Cómo será su nombre? —preguntó Mariena, ruborizándose de nuevo.

Cándida lo notó. Había sorprendido, también, una mirada profunda, impregnada de deseos, en los ojos del *Diablo* cuando miró a la chica. Lentamente una idea se formó en su cerebro. ¿Por qué el hombre hacía aquello? Su generosidad no era un hábito, y menos tratándose de alguien que lo había herido. Entonces encontró la causa: estaba enamorado de Mariena.

—No tiene nombre alguno. Todos le dicen *el Diablo*, y él está así contento. Pero es malo, muy malo.

—Usted dijo hace poco lo contrario —le objetó Mariena.

—No hay que hacer mucho caso de las palabras. En fin, sea como sea, bueno o malo, pecador o justo, él es *el Diablo*...

Echaron a andar hacia el *Black and Cold*. En la puerta del establecimiento vieron al alcalde. Larga la nariz, gruesos los lentes, torcida la boca, brillantes de lascivia los ojos miopes. A su lado estaba el presunto padre de Ñeco. Hablaban.

—¿Lo soltará? ¡Señor mío, que dejen libre a Pacho!

—Esto si que tá bueno. ¡Mediante Dios, lo va a sacar el Diablo!

—Ahora es sumercé la que habla, sin pensar, mija.

Cándida rio de la ocurrencia de Pastora. Mariena también sonrió. Se distendieron sus labios rojos, jóvenes, puros. Porque a través de su miseria, de su incansable peregrinar por todos los caminos del mundo, esa boca había mantenido intacta su primitiva virginidad.

El Diablo se acercó. Traía en la mano derecha una tarjeta escrita por el alcalde, para el encargado de vigilar la prisión.

—Ya está todo listo. Ahora vengan conmigo hasta la cárcel.

Le obedecieron. El policía que antes los echara con palabras violentas, al leer la tarjeta los miró con mayor respeto y dio orden para que dejaran salir a Pacho. Esperaron, ansiosos. Los ojos del *Diablo* recorrían el cuerpo de Mariena y lo dejaban desnudo en un instante. Sus senos, altos ya, libres dentro de la blusa; las piernas

perfectas, a las que el viento de la tarde ceñía la falda... Le miró los labios y sintió vértigo. Esa muchachita sería suya..., sí, suya. Sonrió. Mariena lo miró en ese momento. Sus ojos se encontraron con las pupilas fijas, metálicas, y un gesto suave, tímido, inconsciente, le curvó los labios en una especie de sonrisa.

La puerta enrejada se abrió y apareció Pacho. Tenía el rostro pálido, pero los ojos alegres y las ropas secas. Tan pronto como vio a Pastora se arrojó hacia ella, rodeándole el cuello con los brazos. Después saludó a Rudecindo; besó a Neco, con ardor, en ambas mejillas; miró a Mariena, a Cándida..., y por último al *Diablo*. El rostro se le contrajo en una rara mueca, de odio, de agradecimiento..., porque allá, en el patio de la prisión, había sabido que quien acudía a sacarlo era nada menos que el hombre a quien hiriera la noche anterior. Por eso se acercó, tímidamente al principio, decidido después, y estrechó la mano que el otro le tendía.

—Bueno, muchacho. Ya pasaron esas cosas. Ahora seremos amigos.

—Gracias, señor Diablo. Dios se lo pague —dijo Pastora, limpiándose la nariz con la punta de su delantal amarillo.

Rudecindo también le tendió la mano. Había salvado a su hijo de los horrores de la prisión; por eso debía considerarlo como un hermano.

Pastora entregó a Pacho los dos panecillos, y él los devoró con avidez. Luego resolvieron marchar hacia su casa.

Se despidieron, cordialmente, del nuevo amigo. Este envolvió a Mariena en una ardorosa mirada. Ella, como antes, le sonrió. Cándida sorprendió la mirada y la risa, y la serpiente de los celos se le fue enredando en el corazón.

Capítulo

Rudecindo Cristancho... 22048...

Trepaba por el camino rocoso que conducía al negro túnel de La Pintada. ¡Otro día de trabajo! Pero ahora estaba alegre. Por la tarde tendría en sus manos los cuarenta y cinco pesos correspondientes a su primera década. Pensaba en lo que harían con ese dinero. Tal vez, en desagravio al Dios de la capilla de Timbalí, debían prenderle diez lámparas y echar, dentro de la alcancía, dos pesos. Sería lo mejor. En esa forma le demostraban su agradecimiento porque había permitido a Pacho proveerse de dinero suficiente para no morir de hambre; y, también, le pedirían, por medio de las lenguas amarillas y ardientes de las diez veladoras, perdón para la culpa del hijo.

¡Tan pocas cosas que podían hacerse con esa suma! Ni siquiera comprar, para él, una camisa nueva; ni una bata para Mariena; ni un delantal para Pastora. Apenas tendrían para medio comer durante diez días. Y su destino era continuar viviendo en el basurero.

En la meseta estaba ya Espinel. Sentado sobre una enorme roca, contemplaba el lejano horizonte azul del valle. Tenía la barbilla apoyada en la mano derecha, y multitud de pensamientos parecían bailarle en el cerebro, como un enjambre enfurecido. Tan pronto como escuchó los pasos se volvió. Rudecindo le vio en el pecho el número que lo distinguía: 22066.

—Hola, Cristancho.

—Buenos días, compañero.

—Siempre somos los más madrugadores, ¿no? Me gusta mirar el valle desde esta altura. Se ve, allá abajo, la estación. Alcanzo a percibir las bocas de las minas situadas en las montañas del otro lado. Todo se abarca: nuestras casas de las veredas; los miserables ranchos del barrio obrero; las lujosas residencias de los místeres... Desde aquí puedo ver la injusticia de la vida, y maldecirla.

—Hoy es día de pago —dijo Rudecindo—. Debemos estar alegres.

—¿Y qué significan quince o veinte pesos en estas alturas? ¿Para qué nos alcanzan?

—Cuarenta y cinco son, compañero.

—Desengáñese, hombre. Nos quitarán, durante el primer mes, veinte pesos por década, para formar la cuota de afiliación a la Caja de Previsión Social.

—¿Veinte pesos? ¡Pero eso no es justo!

—Claro que no. Nada de lo que se hace en esta Compañía es justo. Los pobres estamos siempre en el peor nivel de vida. Cuando no somos inútiles, somos

ignorantes. Por eso, los más instruidos nos explotan, nos sacan el jugo. Veinte pesos, o sean sesenta en el mes.

—Pero... en caso de un accidente...

—Nada. Los que tienen seguro de vida, son los que devengan de quince pesos en adelante. Hemos estado trabajando en grupos aislados, para conseguir que esta garantía se extienda a todos los trabajadores, pero ha sido inútil. Carecemos de Sindicato. No podemos formular a la jefatura de personal las peticiones concretas, autorizadas.

Rudecindo no entendía ni media palabra, pero experimentaba una irrefrenable admiración hacia Espinel. Hacia el 22066.

Llegó aquel a quien apodaban *Lechuza*: 22104. Apareció, por el otro lado, Grimaldos: 22110. Después se hizo presente Cándido Cipagauta: 22009. Cada uno tenía su número. Así los llamaban en la Compañía, y los tenían en cuenta para sanciones, reclamos, sueldos.

El descontento se iba generalizando. Aquella medida, ignorada por Rudecindo, de descontarles sesenta pesos en el primer mes, había despertado en todos ellos una sorda cólera que estaba a punto de estallar precisamente en el día de los pagos. Como nuevos trabajadores, no afiliados a la Caja de Previsión Social, se veían obligados a aceptar ese descuento, que les parecía inútil e injusto. Además, era mucho. Un obrero que ganaba ciento treinta y cinco pesos mensuales no debía, por ningún concepto, sufrir un descuento de sesenta, porque entonces sólo le quedaban setenta y cinco y con tal suma no tenía para medio morir de hambre. Sin embargo, cualquier protesta hubiera sido vana. Rudecindo no entendía aquello del Sindicato, palabra que sonaba hueca en sus oídos campesinos. Pero Espinel, Grimaldos y el *Lechuza*, los más autorizados del pequeño grupo, habían estado el día anterior, en una momentánea ausencia del capataz, conversando al respecto. El anhelo del Sindicato no nacía solamente en el túnel de La Pintada, sino que venía desde las más importantes dependencias, desde las estaciones del ferrocarril, desde los antros en donde hubiese un hombre, un pensamiento, una voluntad. El Sindicato parecía ser la salvación de todos ellos. Pensó Rudecindo que cuando fuera una realidad, su situación mejoraría. Pero él estaba muy lejos de comprender el significado de las conversaciones de sus compañeros. Cuando los tres hablaban, él se retiraba, en silencio, y se reunía con sus seis compañeros restantes: 22009, 22984, 22576, 22999, 22030 y 22232. A los cinco últimos no les sabía el nombre ni el apellido. Uno se llamaba el novecientos ochenta y cuatro, otro el quinientos setenta y seis... Pero entre ellos se decían, simplemente, «compañero».

—¿Cómo le parece, compañero, eso de que nos quiten veinte pesitos en la primera década?

—¿Usted qué opina de que nos roben en esa forma? ¿Seremos tan pendejos que

no hagamos algo? Eso no es ley, no es justicia. Debemos todos protestar contra los místeres que se llenan los bolsillos de plata a costillas de nuestro trabajo, ¡maldita sea!

Rudecindo los escuchaba y asentía, melancólicamente. Sí, el descontento iba creciendo, como un incendio que amenazaba consumir las instalaciones de la Compañía Carbonera del Oriente, que derrumbaría, de no encontrar una barrera adecuada, la torre de control, las oficinas, las casas de los extranjeros... Y la solución, ¿cuál era? El Sindicato, pensó el 22048. Y, deseando saber algo de ello, esa mañana le preguntó a Espinel:

—¿Y qué ganaremos nosotros con el Sindicato, compañero?

—Me parece imposible que no conozca las ventajas que nos traerá. Seremos un cuerpo serio. Un ejército, por así decirlo. Estaremos unidos. Elegiremos un presidente, un vicepresidente y vocales, para que hablen en nombre nuestro, ya que no somos capaces de hacerlo personalmente. El Sindicato, así formado, tiene el derecho de sesionar para considerar los problemas de cada una de las dependencias de la Compañía. Por ejemplo, si mañana lo botan sin justificación, usted acude al Sindicato, pone la queja, y este se entrevista con el jefe de personal y con los delegados de la Empresa. Se le paga su preaviso o se le reintegra al trabajo, si el despido es injusto. En fin, que todos nuestros problemas, en lugar de quedar sepultados en el pecho, engendrando la cólera, tendrán una solución oportuna y justa.

—¿Y por qué no lo hacemos?

—¿Qué?

—El Sindicato.

—Ya en todas partes, por las minas más avanzadas, por las construcciones, por las grúas, por los caminos, está circulando la orden. Pronto vendrá, si no nos permiten sindicalizarnos, un paro general. Aguantaremos hasta que nos estemos muriendo de hambre.

—¿No trabajaremos?

—Si se presenta la huelga, claro que no.

—¿Y no nos pagarán?

—No, compañero.

Que no hubiera huelga, pensó Rudecindo. Él estaba conforme con la suerte. Aun cuando le quitaran los veinte pesos... Algo es algo, se dijo. Pero luego lo dominó la rebelión. Era la injusticia por todas partes: en las minas, en la estación, en la alcaldía de Timbalí, en el pueblo mismo... La injusticia deambulando por todos lados, como el polvo amarillento y fétido. Sí, era necesaria la huelga. Estallaría, pero tendrían Sindicato para que los representara, para que plantearan ante los jefes sus problemas, sus necesidades...

Llegó el capataz y todos entraron en la mina.

Era bastante larga la fila de hombre colocados delante de la ventanilla. El 22048 contó hasta cincuenta. Él estaba muy atrás. Hacía ya bastante que el sonido agudo de la sirena les había avisado la hora de la salida. Ahora esperaban pacientemente a que les llegara el momento de recibir su dinero. Para él serían veinticinco pesos nada más..., pero en fin, de algo servirían. Recordó que había pensado dejar dos pesos de limosna en la alcancía de la iglesia. Con uno sólo era suficiente. Dios sabría perdonarlos.

Otras filas, no menos extensas, se veían ante las diversas ventanas del edificio. Era día de pago y las empleadas trabajaban afanosamente. Varios hombres pasaron a su lado, satisfechos, contando su dinero. Separaban una porción para llevara la casa, otra para pagar sus deudas y otra para emborracharse esa noche, o el sábado... Él llevaría todos sus veinticinco pesos a Pastora. No estaba debiendo en ninguna parte, por fortuna. Y además, aun cuando quisiera beber, primero que todo estaba el deber de alimentar a los suyos.

El tiempo pasaba. El avance era muy lento. El sol caía, a plomo, sobre su cabeza. Se pasó la mano por la frente para limpiarse el sudor que le pegaba al rostro el polvo amarillento de la mina. Recordó el viento húmedo, ralo, frío, del socavón. Ya habían avanzado bastante. Las vigas nuevas se levantaban, fuertes, soportando sin dificultades el peso del techo. Eran millares de toneladas de tierra y de rocas encima de ellas, pero los planos de la mina habían sido técnicamente concebidos y ejecutados, y por eso no existía el menor peligro de un derrumbe. Lo que pasó allí fue un accidente. Al menos, tal era la opinión que todos tenían.

Pensó en Pastora, en *el Diablo*... Ese personaje había entrado ya a ocupar una parte importante en sus sentimientos. Era una especie de gratitud, mezclada de temor y de cólera. No podía odiarlo, pero tampoco podía quererlo. En cierto modo, se sentía molesto por deberle gratitud. Cuando se encontrara con él, tendría que saludarlo. ¡Era horrible! Trataría de huir de su camino. Y recordó que entre los ojos de Pacho había una chispa de ira, de odio, cuando se acercó a su libertador para estrecharle la mano en señal de amistad. ¡*El Diablo!* ¿Y Cándida? ¡De nuevo Cándida! Hacía ya bastante que no se detenía a evocar su cuerpo de hembra fuerte y completa. La vio casi, bailando en un rayo de sol que se quebraba contra el cristal de la ventana distante. Sí, era la misma. Sus ojos verdes, su boca roja y provocativa, sus largas piernas, sus senos dorados...

Estaba ya muy cerca de la ventanilla. Lamentó no encontrar por allí a ninguno de los conocidos. ¿A dónde habría ido? Al mirar hacia atrás vio a Grimaldos, que lo seguía sonriente.

—Hola, compañero: ¿no me había visto?

—No, compañero. Estaba distraído.

—Ajá... Mire, ya le toca su turno.

Se acercó. Sentada ante una mesa llena de fichas y de enormes cuadros, estaba la misma muchacha que viera ocho días antes: alta, espigada... No pudo evitar contemplarla con evidente admiración. Ella, molesta, le preguntó:

—¿Sección?

Rudecindo guardó silencio. Pero Grimaldos contestó por él:

—La Pintada.

—¿Su número? —volvió a preguntar la muchacha, mirando fijamente a Cristancho.

—Veintidós... cero... cuarenta y ocho.

—Bien —dijo ella. Luego consultó la ficha, una tarjeta, uno de los grandes cuadros que tenía delante de sí, y dijo, por último—: Dieciséis pesos.

—¿Dieciséis?

—Sí hombre. Son ocho días, a cuatro con cincuenta, menos los veinte pesos de cuota de afiliación. Aquí tiene su saldo.

Un billete de diez, uno de cinco, uno de a peso. Rudecindo se retiró. La muchacha tenía razón. Sólo había trabajado ocho días, ¡y él estaba haciendo la cuenta de diez! Pensó en la alcancía de la iglesia... Dejaría el desagravio para la otra década.

—¡Dieciséis pesitos, compañero! —dijo Grimaldos—. Esto es un robo, una injusticia completa. Todos: los dueños, los empresarios y los altos empleados de esta Compañía, no son sino un rebaño de pícaros y de ladrones.

Rudecindo palideció. Aquel hombre estaba usando un tono demasiado alto. ¡Santo Dios! Podrían venir los policías, prenderlos, echarlos a la cárcel... Pensó que se quedaría sin trabajo, sus hijos sin pan...

—Calle, compañero. No diga esas cosas tan alto, que están oyéndonos.

—Eso es lo que quiero, precisamente: que me oigan. Que sepan que, al menos, hay un hombre que no tiene miedo. Necesitamos el Sindicato para protestar, unidos, por estas arbitrariedades. Mientras no lo tengamos seremos fuerzas aisladas.

—Compañero, venga esa mano, ¡qué carajo! —exclamó uno de los que aún integraban la fila—. Así se habla. Pero no se desespere. Ya todos estamos convencidos de la necesidad de unirnos para evitar estos desmanes. Veremos, compañero. La hora de la justicia está sonando.

Rudecindo se retiró un poco. Allí esperó a Grimaldos.

—Camine, compañero, nos bebemos una cerveza. Tengo cólera hoy. Creo que seré capaz de tirarle las patillas a nuestro jefe.

—No, gracias, hoy no puedo. Es tarde ya. No demora en sonar de nuevo la sirena, y debemos estar puntuales.

—Bueno, compañero. Pero esta noche sí se tomará conmigo una, ¿no es cierto?

—Sí..., sí, esta noche.

Se separaron. Rudecindo apretó con cariño sus dieciséis pesos. Eran el fruto de una semana de trabajo tremendo, horrible. Días y días de remover escombros, de aguantar en la nariz, en la boca, en los ojos, hasta en el alma, el asfixiante polvo amarillo. Esos billetes representaban el pan, con el que podrían soportar la existencia unos días más. Hasta cuando llegara el nuevo pago.

El descontento se extendía, pensó alarmado. Ya las protestas empezaban a hacerse públicas. Recordó las palabras de Grimaldos, el gesto espontáneo del otro trabajador al estrecharle la mano, los signos de aprobación en los rostros de todos... Sí, evidentemente, la revolución social estaba por llegar. Primero, por medio de razones, tratarían los más autorizados de convencer al gerente y al jefe de personal de que les permitieran sindicalizarse. Y luego, si las palabras no daban el resultado apetecido, vendría la huelga. Los brazos estarían caídos, las piquetas y las palas en el suelo, detenidos los vagones del ferrocarril, parados los motores, estacionadas en los cables las góndolas vacías... Y por último, si esto no servía... Rudecindo cerró los ojos ante la visión apocalíptica que se presentaba en ellos. Si la huelga fallaba, habíale dicho *el Lechuza*, apelarían a la violencia: serían destruidos, con dinamita, los túneles de las minas; quemarían el casino del barrio; saquearían las lujosas residencias y el edificio de las oficinas...

Y entonces él, ¿a dónde iría? Mísero grano de arena, aventado a cualquier parte. Pensó, con nostalgia, en el campo. Era más acogedor, más humano. Allá él era un ser con necesidades, con angustias, con problemas que podía consultar a sus vecinos. Esperaba algo, un consuelo, una ayuda. Pero allí sólo era parte de la enorme maquinaria que impulsaba la Compañía Carbonera del Oriente. Nadie se preocupaba por saber si su esposa estaba enferma, si estaba su hijo en la cárcel..., si no tenía para la diaria mazamorra. El campo... Lo evocó intensamente, con alegría y con tristeza a un tiempo. El campo... Sin embargo, en Timbalí estaba el porvenir. Soportaría todos los sufrimientos para llegar a la meta propuesta.

Ya se veía, envuelta en el maldito polvo dorado, su casa. Y pensó en Cándida. ¿Hasta cuándo viviría con ellos? Recordó el vientre grávido de Pastora. ¡Pobrecilla! Sus senos extenuados no podrían alimentar el nuevo fruto. Tendría que comprar leche para el niño. Por él debía continuar trabajando, y olvidar sus rencores hacia los que estaban explotándolos sin rastro alguno de misericordia.

El capataz había bebido. Tenía encendidas las mejillas, de ordinario tan pálidas; en los ojos unas franjitas rojas indicaban la ingestión repetida de alcohol. Cuando

llegó a la entrada de la mina miró, escrutador, los rostros de sus subordinados. Los contó. Faltaba uno.

—¿Y Grimaldos dónde diablos está metido?

Ninguno contestó.

—¿Dónde está? ¿Son mudos, parranda de animales?

—Nosotros no somos parientes de Grimaldos ni tenemos por qué vigilarlo —dijo Espinel, con la voz cortante, la mirada tensa y las manos rápidas a esgrimir la piqueta para defenderse.

—Bueno, ¡a trabajar! Ya veremos si no se castiga a ese desgraciado.

Todos se mantuvieron quietos. Por el caminillo rocoso, tantas veces recorrido por Rudecindo, avanzaba un hombre. El 22110, Grimaldos.

—Bueno, carajo, ¿qué ha creído usted, que esta empresa es suya, para llegar a la hora que se le dé la gana?

Se paró a cinco metros del capataz. Estaba ebrio también. Se le notaba en el andar vacilante, en los ojos torcidos, en la blanca espumilla de los labios. Lo miró, como valorando la fuerza de su corpachón. Una sonrisa sarcástica le curvó los labios.

—Poco a poco, señor bandido —le dijo, lentamente—. ¿Usted cree que yo soy su madre para que pueda gritarme?

El capataz se quedó quieto. La sorpresa había sido demasiado grande. Esperaba que Grimaldos le prometiera no volver a llegar tarde; que se humillara delante de los compañeros para que todos aprendieran a temerlo y a respetarlo. Y en lugar de eso le contestaba con altanería, y con aquella alusión maternal que lo hirió como un latigazo.

Veinte pupilas lo miraban. Los compañeros de Grimaldos estaban listo para el ataque. Los dedos crispados sobre los mangos de las piquetas; entreabiertos los labios, dejando pasar el aire en un rápido silbido desagradable. El 22110, sereno en medio de su embriaguez, contemplaba sin inmutarse el rostro del capataz, congestionado por la cólera. Y como viera que la reacción tardaba demasiado, le gritó:

—¡A mandar a su madre, desgraciado!

Entonces el capataz se arrojó contra Grimaldos. Los compañeros esperaban el resultado de la primera embestida. El jefe era alto, fornido. El 22110, en cambio, a pesar de su altura, tenía una apariencia de debilidad que asustaba. Por eso alistaron

las piquetas y las palas y se aproximaron a los dos hombres.

Fue el capataz el primero en pegar. Su puño cerrado, como un mazo, cayó sobre la quijada de Grimaldos. Este vaciló. Se aflojaron sus piernas y pareció que iba a caer. Un nuevo puñetazo del capataz, esta vez sobre el ojo derecho, le llenó el cerebro de sombra cruzada por relámpagos amarillos, rojos; azules. La cólera le dio un ímpetu ciego. Se lanzó sobre un montón de herramientas viejas, agarró un martillo, y con él propinó en la cabeza del jefe un golpe tremendo.

El resultado fue definitivo. El atacado cayó de espaldas, entre un montón de tierra. Grimaldos, al lado de la víctima, le observaba el rostro bañado en sangre. Una alegría feroz, bestial, le dilató los labios. Arrojó el martillo hacia el montón de donde lo había tomado, y miró frente a frente a sus compañeros que, ahora sí atemorizados, contemplaban el resultado de la pendencia.

—Así quería yo verlo. ¡Así! Porque este infeliz, que es de nuestra misma raza, se alegra humillándonos; goza dándonos órdenes, achicándonos. Le tenía más odio que a míster Brown. Ese, en fin, es extranjero, y puede creerse superior a nosotros.

Les volvió la espalda y descendió lentamente por el camino. Los compañeros lo observaron hasta que se perdió tras de la cortina amarillenta de los árboles viejos.

El capataz reaccionó y se sentó en el suelo. Pasó su manaza por la frente y la retiró llena de sangre. Sus facciones adquirieron un gesto de terror. Miró a los obreros que formaban un grupo compacto en la boca de la mina. Los vio asustados, sin excepción. Pero ninguno se acercó para ayudarlo a incorporarse. Indudablemente, pensó, estaban felices por su derrota.

Con trabajo pudo levantarse. La sangre le cayó por la cara, tapándole el ojo izquierdo. Con un pañuelo sucio y roto trató de contener la hemorragia.

—Ya veremos cuál gana, si ese miserable o yo —dijo, en tono amenazante—. Esto no se queda así. Para eso está la cárcel: para meter a toda esta tribu de ladrones y de asesinos. Y ustedes, a trabajar. Ya veré qué han hecho cuando vuelva esta tarde con míster Brown. Y si no es satisfactorio el resultado, cuenten con que quedan despedidos inmediatamente.

Se alejó, vacilante aún, sosteniéndose sobre la cabeza el sucio pañuelo. Lo dejaron partir sin decirle una palabra de adhesión, de consuelo, de simpatía. Todos lo odiaban y estaban alegres por lo sucedido. Lamentaban el castigo que indudablemente impondrían las autoridades a Grimaldos. Porque el alcalde de Timbalí, don Ricardo García, estaba siempre de parte de los más fuertes.

Entraron a la mina. No hablaban. Iban saboreando, interiormente, la escena presenciada: la voz fuerte de Grimaldos, el asombro del capataz, el ataque... Y el hombre tendido en el suelo, inconsciente, en tanto que su compañero, el 22110, se alejaba satisfecho de su obra, alegre por haber cumplido un deseo largamente

acariciado.

Descendía la sombra por las colinas. Parecía como un velo suave, frío, que envolviera maternalmente las cosas. Rudeciendo, echado de bruces en el suelo delante de su rancho, la vio venir. Era una lenta procesión de frescura. La esperó, ansioso. Su rostro estaba lleno de tierra, oxidado. Todo él formaba una partícula ya vieja en la enorme maquinaria de la Compañía. Se pasó la mano por los ojos y la retiró llena de polvo. De ese maldito polvo que lo perseguía, que iba por todas partes, debajo de sus pasos, entre sus dedos, entre sus mismos labios cuando caían los derrumbes de roca en el túnel negro de La Pintada. Venía ya la sombra. Grácil, ondulante. Primero hizo florecer en el infinito los botones azules de las estrellas y después terminó regándose por el valle. Hubiera sido bello el espectáculo, pero de pronto las luces lo rompieron, lo vulgarizaron. No era su noche campesina cuajada de cocuyos, de luceros, de murmullos conocidos: el viento, las ranas, los grillos... Era la noche de Timbalí, perforada por la luz amarillenta de las bombillas, poblada de rumores metálicos: el tren, los motores, las grúas... Noche de borrachera, porque les habían pagado su década. Rudeciendo recordó los dieciséis pesos que reposaban en el bolsillo del delantal de Pastora, a quien se los entregara a medio día. Evocó luego la escena violenta de la tarde, el rostro herido del Capataz, las palabras triunfales de Grimaldos... El jefe regresó a la mina cuando ya iban a salir. Examinó el trabajo y renegó de ellos entre dientes. Tenía la cabeza cubierta con un sombrero de alas anchas, para ocultar el vendaje que le tapaba la herida abierta por el martillo. No acudió míster Brown. Pero sí comprendieron que, en adelante, sólo serían nueve los obreros en el túnel de La Pintada.

Oyó, lejanos, los gritos, las risas, los insultos. Era la misma vida, horrible, monótona. Eran los mismos hombres tiznados, amarillos, hastiados del trabajo, que cuando recibían el pago se dedicaban a dejar el dinero en las cantinas, a beber cerveza hasta caer como fardos debajo de las mesas... Buscaban el olvido, un bálsamo, así fuera momentáneo, para sus angustias; la alegría artificial de la borrachera en medio de la tristeza real de sus vidas rotas.

Entró al rancho. Estaba oscuro, pero Pacho no tardó en llegar con una esperma y una caja de fósforos. Una débil claridad alegró su refugio.

Allí estaba Cándida. La había tenido presente toda la tarde. Lo martirizaban los recuerdos. Pensaba en ella, en su cuerpo proyectado contra la sombra por la claridad del incendio; en sus formas suaves, palpitantes, cuando imploró la protección de sus brazos; en sus pechos morenos, como de un bello bronce perfumado, tibios, vibrantes, cuando la sostuvo para que Pastora le cubriera las quemaduras... Allí estaba, al alcance de su mano, en una actitud soñolienta, en un descuido que la hacía más bella, más provocativa, sin que ella se lo propusiera. Sí, era hermosa. Y sobre todo tenía el cuerpo firme, lleno, de hembra en plenitud... Miró a su mujer. A veces,

contrayendo los labios, dejaba escapar un quejido. Era el fruto que se agitaba en su vientre. De nuevo, Rudecindo Cristancho, el 22048, se trazó mentalmente la existencia del hijo: sería pobre; arrastraría por todos los caminos su desnudez y su ignorancia, porque había nacido en la miseria y en la desgracia... ¿Qué lejanas regiones abandonaba para venir hasta la tierra, llamado por su amor, engendrado por su furor de hombre en las entrañas de su compañera? ¿De qué apartados sitios descendía hasta el valle de lágrimas que todos transitaban como podían, cayendo a veces, levantándose luego? Pensó en Pacho. Había robado la alcancía de la iglesia y clavado su cuchillo en la pierna del *Diablo*. Pacho, con sus doce años, había dormido ya en la cárcel. Ese era el destino del hijo que estaba a punto de llegar: ladrón, peleador, presidiario... No, por Dios, ¡qué cosas tan horribles pensaba! Miró la lumbre amarilla de la esperma y más allá vio a Cándida, que jugaba con Neco. Nada en ella denotaba provocación. Parecía que su vida anterior hubiera terminado para siempre. ¿Y si era una hija? Pensó en los centenares de obreros de Timbalí. ¡Qué fuera un hijo, que fuera un hijo! Podría robar como Pacho, herir como él, dormir en el presidio, y sería siempre el mismo. Pero que no le naciera otra mujer. Con Mariena tenía bastantes problemas para toda la vida.

Cándida, la luz de la vela... Los quejidos de Pastora... Lentamente se le fueron cerrando los ojos fatigados. Lejos escuchaba las risas y los gritos. Estaban borrachos... Recordó al *Diablo*. Pasó por su cerebro como una centella, y después lo envolvió la sombra.

Mariena también pensaba. Y en su memoria estaba fija ya, perfectamente definida, la imagen del hombre: el mentón prominente, los ojos metálicos, los labios provocativos, sombreados por los grandes bigotes... ¿Sería eso el amor? Esa dulce angustia, ese deseo de verlo cuando estaba ausente, y de huir cuando lo veía... ese temblor de sus manos, ese palpar furioso de su corazón, ese rubor de su cara delante de él, ¿sería el amor? ¿Por qué había deseado que la besara la tarde aquella en que Pacho lo hirió con su cuchillo? La tentación... Recordó sus manos fuertes, firmes, en torno de su rostro. Se acarició las mejillas. Le había dicho que era linda. Sí, sus ojos tenían un brillo negro y fascinador... Sus labios eran suaves... Recordó que *el Diablo* había sido el amante de Cándida. ¿La querría aún? Miró a la mujer. Se había quedado como adormecida. La luz de la esperma le doraba la piel. Se sentía superior a ella. *El Diablo* la había mirado tanto el domingo por la tarde... Había en esos ojos claros y vertiginosos algo que la atraía. Era, pensó de nuevo, la tentación. Se volvió hacia el rincón, deseosa de borrar la imagen. Se pasó la mano por la frente: ardía. Recordó a su padre. Pensó que jamás podría traicionarlo, causarle un sufrimiento. Y si ella amara al *Diablo*, el dolor se clavaría en el pecho de Rudecindo y de Pastora. Y Pacho, posiblemente la odiaría. Porque aun cuando había fingido amistad, todo era debido a la fuerza poderosa del agradecimiento, pero no a un cariño verdadero por él. *El Diablo*... Oía, en medio de su sueño, una risa irónica, que a veces se tornaba fatídica. Era la risa del *Diablo*... del *Diablo*...

Cándida, allá en su rincón, en ese nuevo albergue que las circunstancias la habían obligado a aceptar, recordaba con angustia su vida pasada. Empujada por el vértigo llegó a Timbalí, cuando estaban empezando a ser construidas las casuchas del barrio pobre. Sola, sin un amparo, sin una protección; arrojada allí por la vida; sin voluntad, sin tener un concepto claro de la dignidad humana. Entonces conoció al *Diablo*. La enamoró sin dificultades. Se le entregó en la pieza que él ocupaba, en una noche fría, de crudo invierno. No tenía a dónde ir. La lluvia había empapado sus vestidos. Él la recogió y la llevó a su habitación. Para secar la ropa tuvo que desnudarse... Recordó, estremecida, el frío, la lluvia, el viento que gritaba entre los árboles... Seis meses más tarde la dejó abandonada y tuvo que andar por las calles como una loba hambrienta, mendigando un pedazo de pan, un techo, y entregando a cambio de ello su cuerpo. Sintió asco de sí misma, repugnancia por aquellos senos, por sus brazos, por su vientre que habían recorrido las manos sucias y sudorosas de los mineros. Luego las ansias de una vida nueva cuando sintió que se aproximaba el hijo... Encontró ese albergue, en el basurero de Timbalí. Allí nació Neco. Allí pasó dos años. *El Diablo* había vuelto a ella. De tarde en tarde acudía a su rancho a pedirle caricias y a dejarle para la leche del pequeñuelo. Cuando él no venía, veíase obligada a salir a las calles para buscar un hombre que le pusiera en la mano un billete, un puñado de monedas... Esa fue su existencia. Sintió arrepentimiento. La suerte la había golpeado muy duro. ¿Sería tarde para enmendarse? ¿Pero cómo vivir? Acudió a las casas del pueblo rico, a las mansiones de los extranjeros, ofreciéndose como cocinera, pero todos la rechazaron por el niño, a quien ella amaba entrañablemente. Ahora debía olvidar el pasado de infamias... Debía lavar su alma de todas las faltas pretéritas...

Entonces empezó a sonar la música. Le pareció que soñaba; que tal vez Dios había escuchado su arrepentimiento y estaba perdonándola. Luego volvió a la realidad. Era una serenata, pensó. ¿Para ella? ¿Para Mariena? Venía de las afueras de la casucha. Un tiple, una guitarra, un acordeón gangoso... Tocaban un pasillo. Sintió nostalgia de su juventud perdida, de su cuerpo hollado por las pasiones y por los vicios. La música, difundiendo en la noche su arrobamiento, la llenaba de lumbre interior y ante sus propios ojos parecía dignificarla, elevarla...

Mariena despertó también. El corazón le palpitó fuerte. Pensó que la serenata era para ella. ¡*El Diablo* la quería! No la había engañado su presentimiento. ¡*El Diablo*! ¡Con qué ternura, con qué ansiedad extraña lo recordaba! ¿Qué pensarían sus padres? ¿Qué diría Pacho?

Los vio incorporarse. La luz de la esperma se había extinguido, y el rancho estaba débilmente iluminado por la lumbre de la luna, que se colaba por las rendijas de la puerta. Escuchaban todos. Inclusive divisó a Cándida, atenta, en su rincón. ¿Sería para ella la serenata?

Callaron los instrumentos por un rato. Luego se oyó un vals. La música giraba en ondas perfectas. La noche se hacía más agradable, más íntima. Los sonidos formaban una especie de perfume para el alma. Alma y música se confundían. Mariena,

extasiada, oía las notas. Se acarició los labios, la frente, las mejillas. Palpó su cuerpo firme, nuevo, desconocido inclusive por ella misma. Era linda. Y allí afuera, en medio de la plateada claridad lunar estaba *el Diablo* pensándola... Cerró los ojos. Creyó estar frente a él. Sus manos fuertes le oprimían el rostro, y ella esperaba anhelante el beso de sus labios atrayentes y perversos. Pero de pronto se interpuso entre ellos la imagen de Cándida. Llevaba a Neco entre sus brazos. ¿Era una advertencia? Mariena abrió los ojos en la estancia llena de sombra... ¿Sería Ese su destino? ¿Tener un hijo de nadie, vivir abandonada, expuesta a la miseria y a la angustia? Y, lentamente, la música se le fue haciendo amarga, amarga...

Capítulo

Maquinalmente, Rudecindo descargaba su piqueta contra el montón de piedras, allá en el fondo del túnel de La Pintada. La tierra se levantaba, espesa, amarilla, amenazando asfixiarlos. El capataz, medio curado ya de su herida, no cesaba de apurarlos con malas palabras. Más de una vez había visto brillar la rebelión en las oscuras pupilas de Espinel; pero rápidamente la ira había dejado paso a la esperanza. Ya los rumores sobre la formación del Sindicato estaban tomando cuerpo. Parecía un hecho evidente. Hasta ellos llegaban las noticias de lo tratado en los grandes socavones de las minas centrales. Todos estaban dispuestos a prestar su colaboración para lograr formar, entre ellos, un grupo serio, sólido, que los representara, que les sirviera de guía y que evitara los desmanes de los jefes y de los extranjeros.

Caía la piqueta y ablandaba la tierra. Luego entraba en ella la pala, y se vaciaba en las vagonetas. Y así todo el día. ¿Cuándo llegarían al otro lado del derrumbe? De repente, pensaba el 22048, su pica podría tropezar con el cráneo putrefacto de uno de aquellos hombres sepultados por la explosión. Un frío intenso lo invadía. Abandonaba su herramienta, pero ante la mirada escrutadora del capataz volvía a tomarla y a golpear con mayor ímpetu sobre las rocas.

Estaba preocupado y triste. Los recuerdos de la mañana trágica, intensamente dolorosa, le fueron llegando mientras continuaba su trabajo agotador al lado de sus ocho compañeros.

Cuando sonó la sirena de las doce salió, alegre, hacia el hogar, y bajó por el camino acostumbrado. Inclusive silbó un pasillo viejo, que estuvo muy de moda en sus tiempos de bailarín..., ¡tantos años antes! Recordó la serenata del martes. ¿Había sido para Cándida? Posiblemente. *El Diablo*, quizás, trataba de hacerle olvidar, por medio de aquellas galanterías, el incendio de su casa. ¿Ese rencor, ese extraño sentimiento que lo invadía, serían los celos? No era posible. Rechazó el pensamiento inmediatamente, considerándolo absurdo. Él no estaba enamorado de Cándida. ¿O lo estaría? ¿Por qué tenía delante de su memoria, en todos los momentos, dentro de la mina, al acostarse, al meter el rostro entre las aguas frescas del pozo, los senos desnudos de la muchacha tal como los viera la noche en que fue quemado su rancho?

Oyó la voz angustiada de Mariena, que desde abajo lo llamaba:

—¡Venga rápido, papacito! ¡Mi mamá está muy grave!

No olvidaría el efecto que le produjeron aquellas palabras. Aún ahora, mucho después de haberlas escuchado, sintió un estremecimiento irreprimible. Abandonó la piqueta. Se frotó las manos y trató de alejar su pesadumbre. El capataz lo miró severamente. Se inclinó de nuevo sobre el montón de escombros, y continuó con su

labor.

Los recuerdos también continuaron martirizándolo.

Recorrió el resto del camino como enloquecido. En un instante estuvo al lado de Mariena que, temblorosa, trataba de explicarle lo sucedido:

—Fuimos con Cándida a la quebrada... Queríamos bañar a Neco y distraernos... Y entonces mi mamacita se cayó... La trajimos como se pudo... y está gravísima.

Abrió la puerta con violencia. La escena que vio la asustó tanto, que no acertó a dar un solo paso.

En un rincón, tendida en el suelo sobre el despedazado junco, estaba Pastora. Blanco el rostro, flojas las mejillas, sudorosa la frente; el cabello opaco, alborotado, se pegaba a la cara y al cuello; los brazos estaba inmóviles, como los de un cadáver. Y en medio de sus piernas abiertas un hombre, con una blusa blanca, realizaba una labor al parecer terrible, dada la expresión con que la observaba Cándida.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido?

El de la blusa blanca se volvió.

—Es el esposo de la señora —le explicó ella.

—Su mujer ha sufrido un aborto. Pero el peligro ya pasó.

—¡Un aborto! ¿Y el niño?

Los contornos del rancho se aclaraban, a medida que la reflexión iba volviendo a su cerebro, momentáneamente oscurecido por el dolor. Ya no le pareció tan tremenda la expresión del rostro de Cándida. Era más bien compasión lo que denotaban sus pupilas, fijas en las facciones desmayadas de Pastora. Y ella, ¡pobrecita! Perdida su conciencia en regiones desconocidas yacía allí como muerta, dejando que sobre su cuerpo martirizado obraran las manos del médico... Porque Rudecindo comprendió que aquel hombre correcto y elegante, protegido por una blusa blanca, era el que llamado quién sabe por qué voz había acudido a salvar a su esposa.

Oyó, afuera, la risa de Neco, y la voz de Pacho reclamándole silencio. Mariena, a quien tampoco habían permitido entrar, lloraba, y sus sollozos se escuchaban en el silencio que rodeaba la casa.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó.

Sentía apretada la garganta, la boca seca, la lengua gelatinosa, prendida al paladar. Le sudaban las manos. Los ojos le dolían, y la cabeza empezó a darle vueltas. La estancia... Cándida... el médico.

—Tráigame otro poco de agua bien hervida —dijo este, dirigiéndose a Cándida.

Ella salió de la choza.

—¿Sería muy grave, doctor? ¿Cómo la nota?

—Ya le dije que ha sufrido un aborto. Las consecuencias no podemos calcularlas todavía. Es el descuido de estas mujeres el causante de la mortalidad infantil. Estando en los comienzos del séptimo mes, se le ocurre salir a dar un paseo por sobre las piedras de una quebrada. ¡Es absurdo! Claro que el golpe fue violento y la afectó mucho.

—¿Y el niño?

El médico le señaló un envoltorio. Rudeciendo lo contempló. Era una masa inerte, forrada en algodón manchado de sangre.

—¿Está muerto?

—Sí.

Muerto. No había visto la luz, el sol, los paisajes. Pero mejor, pensó, porque tampoco había contemplado el polvo amarillento de Timbalí, los socavones negros de La Pintada, el hambre, la corrupción y la miseria.

Cándida entró. Sostenía un platón blanco, lleno de agua caliente, que depositó al lado del médico. Este se bañó las manos, después de quitarse los guantes de caucho.

—No podemos hacer nada más por ahora. El peligro ha pasado. Sólo recomiendo para la paciente mucho reposo. Que no se levante, por lo menos en ocho días. Descanso absoluto. En cuanto a la alimentación, pueden darle la de costumbre. No creo que le siente mal. Ah, y usted, venga conmigo al hospital para darle unas cucharadas y unas pastas, a fin de evitar la infección.

Rudeciendo salió tras él. Cándida le dijo al oído:

—Arregle el valor de la visita. Tome estos doce pesos que tenía Pastora en el bolsillo del delantal.

—Estuvo grave el asunto. En un principio creí que su esposa no tenía salvación. Como le digo, es el descuido, la negligencia. Una mujer embarazada debe guardar ciertos miramientos con su propia persona. Pero en fin, la peor parte ha pasado ya.

—Que mi Dios le pague, doctor, esto que ha hecho por nosotros.

Y después de caminar unos metros en silencio, pisando el polvo amarillento de la calle, le preguntó:

—¿Y cuánto le debemos por su trabajo, doctor?

—Tendré con usted unas consideraciones que no he guardado con nadie. He visto que es pobre. Le cobraré solamente treinta pesos.

—¡Treinta! Pero sumercé, si no tengo sino meros doce pesitos... Es todo mi

capital.

—Ya le dije lo que valen mis servicios. Le cobré la décima parte de lo que acostumbro en un caso de estos.

—Sumercé, doce pesitos es todo lo que tengo... Somos muy pobres... Somos unos infelices... Dios mío, ¿por qué nos mandas ahora este castigo?

Había tanta amargura en la frase que el médico le palmoteó la espalda.

—No se desespere, hombre. En la vida de todo ser humano hay problemas. Más grandes, más pequeños... Le recibiré los doce pesos, porque también estoy sin plata.

Rudecindo se los entregó.

—Y gracias, sumercé, por haberme salvado a la viejita.

Llegaban al hospital. Era un edificio cuadrado, de una sola planta. El médico le ordenó que lo esperara. Rudecindo se entretuvo mirando los cercados de pinos, recortados en diversas y caprichosas figuras. Pensó con cólera en el destino adverso que los perseguía... ¡cómo si estuvieran malditos! Dieciséis pesos, ganados con el esfuerzo de una semana completa... Y ahora, los doce que quedaban habían ido a parar a manos del médico. Menos mal que se había mostrado bondadoso, comprensivo... y que le iba a regalar algunos remedios para atender a su esposa. ¡Pobre Pastora! Cuántos sufrimientos..., y todo por culpa suya. Sí, por haber depositado en el surco de su cuerpo la semilla del nuevo hijo.

—Que le den una cucharada cada tres horas. Y estas pastas, una por la mañana y otra por la noche. Dele este frasco a doña Cándida, la que vive con ustedes, para que le haga unos baños..., ella sabe cómo. Y si se agrava venga de nuevo por aquí. Procuraremos ayudarle.

Se limpió las mejillas humedecidas con la manga de la camisa. Aquellos recuerdos lo hacían llorar.

Espinel lo notó.

—¿Qué le pasa, compañero? ¿Está malo?

—No, señor. Es mi mujer... Sufrió un aborto esta mañana, porque se cayó en la quebrada sobre una piedra...

—¿Y está enferma?

—Sí, señor, la dejé muy grave.

—Bueno, ¿qué es la garladera? Si tienen algo que decirse, déjenlo para cuando terminen el trabajo.

Espinel clavó en el capataz una mirada furibunda, pero se contuvo. Ya llegaría la

hora.

Las vagonetas estuvieron llenas y el capataz las puso en marcha. Todas las espaldas, curvadas durante media hora, se enderezaron. Los hombres se limpiaron el sudor con el revés de las mangas. El aire de La Pintada estaba cada vez más irrespirable. La tierra húmeda tenía un olor fétido. Posiblemente estaban llegando al sitio en donde se encontraban los cadáveres de las cuatro víctimas de la explosión.

—¿Conque muy grave? ¿Y no ha ido al hospital a pedir ayuda? Allí, al menos, nos ponen algo de atención.

—Ya estuve, compañero. Me dieron unos remedios... ¡Pobrecita, cómo ha sufrido! ¡Y todo por culpa mía!

—Cálmese, hombre. Esas cosas hay que tomarlas como vengan. Buenas, malas...

Regresaban las vagonetas, y con ellas el capataz. Volvieron al trabajo. El eco de los golpes repercutía en el túnel. Ante los ojos enrojecidos de Rudecindo pasaban de nuevo los acontecimientos de la mañana. El recuerdo era obsesionante. No podía apartarse de la mente, ni un solo minuto, la imagen de Pastora; el rostro sudoroso, pálido; los brazos y las piernas exánimes... Y en medio de ellas el médico, tratando de contener la hemorragia que amenazaba llevarse la vida de la pobre mujer... Su hijo no tuvo tiempo de ver el mundo. Era, quizá, lo único que lo alegraba. Dichoso él, que había vuelto a la región de donde su amor, en mala hora, lo llamara a la tierra. Dichoso porque no había visto las miserias y las desgracias; porque no llegó a ser niño ni a ser hombre, para soportar un trabajo como aquel, una amargura como la suya, una pobreza como su pobreza...

Y Pastora... ¡Cuánto había sufrido! Aún le parecía escuchar el llanto de su hija... Golpeó duro la roca. Al contacto con el metal, brotó una chispa. Así, pensó, estaba creciendo el descontento. La situación en la Compañía era angustiada. La de todos. Pero más, individualmente, la suya propia.

Pastora iba volviendo lentamente en sí. Se arrugó su frente; sus párpados se separaron y se vieron sus ojos lejanos, opacos. Dos lágrimas le temblaban en las pestañas, y por fin resbalaron por sus mejillas, pálidas y frías. Alzó la mano izquierda, luego la derecha, y con ellas se tapó la cara. Pareció sollozar. Cándida trató de consolarla.

—No ha sido nada. Pastora, ya está usted mejor. No debe preocuparse.

—¿Y el niño?

—El... el niño... nació muerto.

Se hicieron más notorios sus sollozos. Mariena se acercó a la madre. Los párpados enrojecidos, hinchados, denotaban que había estado llorando toda la tarde.

—¿Ya está mejor, mamacita?

Pacho también se incorporó del rincón en donde permaneciera, mudo, dos horas seguidas, esperando a que la madre reaccionara. Se aproximó. Tenía los ojos llenos de lágrimas que, inconteniblemente, fueron rodándole por las mejillas. Se sonó la nariz con el dorso de la mano.

Pastora alejó las manos de su rostro y contempló al grupo. Vio primero la cara de Cándida, que con bondad la contemplaba; al otro lado las facciones anhelantes de Mariena, y por último las lágrimas de Pacho.

—¿Mijo? —preguntó.

—Está trabajando, el pobre. Tuvo que irse cuando sonó la sirena. Estaba tan preocupado...

—Mamacita, ¿ya está mejor? —volvió a preguntar anhelante, Mariena.

—Sí, hija. Ya un poco... un poco...

—Debe descansar, Pastora. El médico dijo que no podía levantarse durante ocho días, por lo menos.

—¿Médico?

—Sí. Después de que se cayó en la quebrada, quedó como sin sentido. Entre Mariena, Pacho y yo la trajimos hasta la casa. Mientras Mariena la cuidaba yo fui a toda carrera al hospital y llamé al doctor Pérez. Por fortuna vino rápidamente. Dijo que ya no había peligro. Ah, Mariena, alcánceme el remedio. Debemos darle ahora una cucharada.

La muchacha trajo el frasco que contenía un líquido oscuro y espeso. Cándida llenó una cuchara de palo y la acercó a la boca de la enferma.

—Esto ta muy feo, ¡caramba!

—Debe tomárselo todo. Dentro de tres horas le daremos la otra. Y una pasta esta noche, antes de que se duerma.

Cándida salió del rancho, haciendo a Mariena una señal para que la siguiera. Cuando se hallaron solas le dijo:

—Nos quedamos sin cinco centavos. Hay que hacerle un caldito a Pastora, pero necesitamos pan. Vaya a la tienda de Joseto y dígame que yo le mando a pedir, fiados, cincuenta centavos; que... que esta tarde voy a pagárselos yo misma.

Entró de nuevo al rancho. Mariena no tuvo tiempo de decir nada. Se quedó allí, indecisa. Volver a donde Joseto, después de que la última vez que acudió con la misma súplica se había portado de una manera tan brutal: después de que había acariciado su rostro con sus manos frías y repugnantes, ante cuyo contacto tuvo que

huir como si la estuviera persiguiendo un monstruo fabuloso. Pero también, ¿qué hacer? No le quedaba otra alternativa. Tenía que ir a la tienda con su súplica, con su humildad. Y si era preciso, dejarse manosear la cara, los senos... ¡No! Rechazó el pensamiento con cólera. Eso jamás lo haría ella.

Oyó un quejido dentro de la casucha. Era su madre. Tendría hambre... Recordó que había perdido mucha sangre. Allá en su cerebro, ya desarrollado perfectamente para el gozo y para la angustia, asociaba siempre el nacimiento de un niño con una gran cantidad de sangre. Los hijos nacían con dolor, eso lo sabía ella porque lo había leído en la historia sagrada. Pobrecita su madre, allí sola, enferma... Debía ir a donde Joseto. Era necesario el pan para Pastora. Iría.

¿Pero sola? No. Decidió llevar a Pacho. Había demostrado en dos ocasiones ser un hombre a pesar de sus doce años. Lo llamó, pero no estaba por allí. Se había ido a pasear con Neco, a buscar copetones y ruiseñores entre las ramas polvorientas de los árboles. Cándida apareció en la puerta.

—¿Ya trajo el pan, Mariena? Pero cómo: ¿no ha ido?

—Ya voy, ya voy.

Tomó el camino que conducía a la tienda. ¿Cómo entraría? Sería, con los ojos bajos, sin mirarlo, y le diría la razón de Cándida. Entonces el hombre, como en la ocasión anterior, abandonaría su sitio tras del mostrador y se acercaría a ella, zalamero, tratando de acariciarle el rostro... Sintió asco. Con la mano derecha se limpió las mejillas, como si hubiera pasado por ellas un animal venenoso. ¡Era horrible! El recuerdo del cuerpo exánime de Pastora le acudió a la cabeza de un golpe, y avanzó con mayor rapidez. Las medicinas amargas había que tomarlas de un solo sorbo. El polvo dorado del camino le recordó sus paseos anteriores, su encuentro con *el Diablo*... Si al menos estuviera ahora por aquellos lados... ¿Pero para qué? También la perseguiría, trataría de acariciarla, de besarla... Se confesó que, en ese caso, no opondría ninguna resistencia. Pero ¿en qué estaba pensando?

Caminó erguida, orgullosa. No tenía por qué avergonzarse ante nadie. Compadeció profundamente a Cándida. Y entonces pensó, por vez primera, que quizás *el Diablo* no era el único amante de la mujer; que ella tendría muchos, por todas partes... Recordó a Espíritu, el del lujoso almacén del barrio de los extranjeros. Cándida... Ya *el Diablo* no lo amaba. Recordó la música girante de vals... ¿Cómo era? Hizo un esfuerzo para que las notas llegaran a su memoria. Tralalalá... Sí, asiera. Lo tarareó, imaginándose en los brazos del *Diablo*, danzando en medio de nubecillas rubias...

Pisoteó con furia el polvo amarillento. Era óxido, ceniza, verano. Porque hacía más de un mes que no caía en el valle una gota de agua. Las máquinas habían alejado para siempre las espadas de plata de la lluvia. Esta se había fugado hacia otros sitios en donde crecían las sementeras, en donde ondulaba en el viento la cabellera dorada

de los trigales. Y allí, sobre las fábricas, los rieles y las calles del poblado, reinaba el verano que se iba haciendo eterno, insoportable...

—¡Hola, chiquilla linda! Otra vez te veo, ¡caramba! Ahora sí que estás preciosa. Pero ¿qué tienes? ¿Has llorado?

—Que le manda decir Cándida que si le fía cincuenta centavos de pan, que esta tarde viene ella misma a pagárselos.

—Muy bien, chiquita, claro que sí. Pero oye: ¿por qué no vienes tú a pagármelos..., esta noche?

Comprendió la alusión. Sus dedos estrujaron, con fuerza, la punta del delantal.

—¿Qué me dices, encanto? Si quisieras podrías tener dinero, bonitos trajes... Serías una reina. ¡Y te costaría tan poco, linda!

Había abandonado su sitio, conforme lo previera. Se mantuvo quieta, erguida, casi paralizada, en la mitad de la tienda. Un muchacho entró a comprar un paquete de cigarrillos. Contrariado, Joseto volvió a su lugar y lo despachó rápidamente. Mariena aprovechó el momento para preguntarle:

—¿Qué le digo a Cándida?

—Ah, es verdad. Espera un momentico. Ya te daré lo que me pides.

Salió del mostrador y se le acercó. Ella sintió enormes deseos de echar a correr, de golpearle el rostro, de escupirlo... Pero se contuvo. Recordó las facciones mustias de Pastora, su cuerpo enfermo, la orden de Cándida... Debía ser fuerte y soportar todo. Tal vez el hombre, como la otra vez, se contentara con tocarle las mejillas.

Sintió un estremecimiento de asco cuando las manos frías de Joseto le acariciaron la barbilla. Estaba petrificada. Le temblaron las piernas y creyó que iba a morir. Un velo negro le pasó por los ojos. Quiso levantar la mano pero no fue capaz de hacerlo. Sus miembros no obedecían las órdenes de su cerebro. Sintió que Joseto le tocaba los senos y entonces lo golpeó en la cara, pero él la aprisionó con los brazos fuertes, musculosos.

—¡Auxilio, auxilio! —gritó Mariena, al tiempo que con sus débiles puños cerrados golpeaba el rostro encendido y anhelante del hombre, que no quería soltar su presa.

Apareció en la puerta *el Diablo*.

Después los acontecimientos fueron tan rápidos, que Mariena apenas pudo darse cuenta de lo que sucedía cuando todo había pasado ya.

Joseto, al ver al otro en la puerta de su establecimiento, la soltó. Pero luego, en un gesto de audacia que le prestaba la excitación, volvió a tomarla de un brazo.

—¡Suéltala, hijuep...! —gritó *el Diablo*.

Joseto entreabrió los brazos y la muchacha se hizo a un lado, aferrándose contra la pared. *El Diablo* avanzó hacia el dueño de la tienda y le propinó un furibundo puñetazo que lo hizo caer contra el mostrador.

La expresión de Joseto atemorizó a Mariena. Lo vio sacar del cinto un largo cuchillo. La muchacha contuvo un grito. Se llevó la mano a la boca y se mordió los dedos. Joseto se abalanzó sobre el *Diablo* con el arma en la mano. El sol de la tarde, que penetraba por la puerta de la tienda, le arrancaba reflejos acerados. Ella la vio brillar, como una tilde fatal, lista para acentuar la palabra de la muerte. Joseto estiró el brazo y su cuchillo rozó las ropas del contendor.

Entonces *el Diablo* también sacó, del bolsillo interior de su chompa, un puñal de hoja larga y delgada. Y empezó entre los dos una lucha a muerte.

Fue muy corta. No duró más de dos minutos, pero para la muchacha, que horrorizada y muda contemplaba la escena, esos minutos se alargaron hasta convertirse en verdaderas horas de angustia.

Joseto intentó un nuevo ataque. *El Diablo*, precavido, esquivaba los golpes. Aquel estaba furioso. Le brillaban los ojos; en los labios le blanqueaba la espuma; tenía la frente empapada en sudor. Igual que un gato, tan pronto estiraba el cuerpo como lo encogía. Su brazo estaba siempre pronto, listo, buscando un hueco, un descuido para dar el golpe mortal.

Ninguno hablaba. Las palabras estaban de más en aquella lucha. Habían comprendido que estaban jugándose la vida. Daban vueltas por la tienda. Mariena los miraba. Parecían estar bailando una danza macabra. El brazo del tendero se alargó hacia el cuerpo del enemigo, pero este dio un salto hacia atrás y el puñal hirió el viento.

Parecía que la lucha no tuviera nunca fin. Mariena oía el ruido de los pies de los luchadores sobre el piso de cemento. Ambos formaban a veces una sola masa. Joseto atacaba con furia. El otro, más sereno, más dueño de sí mismo, esquivaba con agilidad las acometidas, esperando una ocasión propicia. Saltaban. Ya sus respiraciones se oían fatigadas. Joseto estiró de nuevo el brazo y su puñal hirió levemente al adversario. Este reprimió un grito de rabia y se lanzó en franca ofensiva.

El Diablo alzó su brazo, largo y fuerte, armado del puñal. Dio un salto hacia adelante. El arma se clavó, toda, en el pecho de Joseto, que cayó de espaldas inmediatamente. Mariena pudo ver, sobre su camisa blanca, una enorme mancha roja. Y dominada por un pánico infinito echó a correr hacia la casa, llevando en los ojos la escena bárbara que acababa de dejar atrás.

Capítulo

Rudecindo estaba sentado junto a la puerta del rancho. Su almuerzo consistió en media taza de mazamorra. El hambre lo roía por dentro. Miró el paisaje árido, calcinado. Ni una nube cruzaba por el quemado cielo veraniego. El sol caía, como un chorro de fuego, sobre Timbalí. Allá lejos vio las bocas negras de los túneles que conducían al fondo de las montañas. En el otro lado del valle estaban situados los filones más ricos. Hacia allí se encaminaban, por las tardes, centenares de hombres negros, tiznados, paupérrimos: eran Los que reemplazaban a los que habían trabajado durante el día. El carbón era cargado en las vagonetas, colocado en las góndolas, y luego en el tren que lo llevaba a la capital, a las enormes fábricas que necesitaban, día por día, una mayor cantidad de mineral.

Arriba, en la mitad de la montaña, funcionaban los motores. El ruido se oía, sordo, como un trueno lejano, interminable. Nubecillas de humo se esparcían por todos lados. Salían de las chimeneas de las lujosas residencias, de los huecos de las casas pobres, de los tubos colocados sobre las máquinas pesadas. El viento las dispersaba en distintas direcciones, hasta hacerlas invisibles. La ceniza que volaba de las locomotoras danzaba en el aire y caía después sobre la tierra, seca y amarillenta, cubierta por una espesa capa de óxido.

Rudecindo se miró las manos. Estaban ennegrecidas y callosas. Era muy duro su trabajo. Ya casi dos semanas, para ganar dieciséis pesos que habían ido a parar a manos del médico. Ahora no había tenido para el pan del desayuno. Tomaron, en amargo silencio, el caldo solo, a grandes sorbos. Y así se marchó a retirar las piedras del derrumbe en el túnel de La Pintada. ¿Dónde estaban la caridad y la justicia? Eran palabras vanas. Habían muerto, por lo menos para todos los mineros del valle.

Recordó, emocionado, la acción valiente de Grimaldos. Lo evocó esgrimiendo el martillo, golpeando con él la cabeza del capataz; oyó después sus palabras de triunfo y de reto, y lo vio retirarse, amparado por su silencio admirativo, hasta perderse tras de la opaca cortina de los árboles. La acción del 22110 había corrido como humo por Timbalí. Se hablaba de ella en las cantinas, en las casas pobres, en las reuniones familiares... Grimaldos era la personificación del descontento general. Por eso su nombre adquirió, en pocos días, caracteres de leyenda. Ya un rebelde, era un Grimaldos. Tuviera cualquier nombre, cualquier número. La rebeldía, en adelante, tuvo un nombre propio: el de su compañero, el del 22110 que con un martillo había herido la frente obtusa y oscura del capataz.

Pensó con tristeza en los últimos acontecimientos: la herida mortal de Joseto, la fuga del *Diablo*... Aquel agonizaba en un sucio camastro del hospital. Y el homicida, sin duda, estaba ya muy lejos del pueblo. Decían que, al lesionar a Joseto, había obrado en legítima defensa: fue atacado y herido primero, y después de que vio su

vida en peligro esgrimió su cuchillo para defenderse. Ese era el rumor que corría por Timbalí, pero no se sabía lo que estuviera pensando don Ricardo García, el alcalde. Detrás de su respeto por *el Diablo* se hallaba escondido el temor, y de ese mismo temor nació el odio. Ahora se le presentaba la oportunidad de hundirlo en la cárcel. Tenía de su parte la ley. Y, además, la policía. No eran muchos los agentes destacados en Timbalí: dos docenas, cuando más. Sin embargo estaban bien armados, y obedecían ciegamente las órdenes del burgomaestre.

Mariena refirió lo sucedido al llegar a la casa, en la tarde anterior. Les dijo cómo Joseto había intentado acariciarla; les contó que cuando sintió sobre sus senos la mano del otro, lo golpeó en la cara, gritó y trató de huir. Y en esos momentos para ella angustiosos apareció *el Diablo* en la puerta de la tienda. Joseto fue el primero en sacar su arma, y pocos minutos después rodaba por el suelo ensangrentado, herido de muerte...

Cándida escuchó el relato sin despegar los labios. Ni un solo gesto contrajo sus facciones. Su rostro se volvió hermético, comprendió que el Diablo estaba enamorado de Mariena, pero que las dos lo habían perdido para siempre.

—Fue en defensa —dijo Pastora, cuya débil voz apenas sí alcanzaba a percibirse en la estancia—. El Joseto lo atacó primero.

—¡Pero no ha debido matarlo! —exclamó Rudecindo, enemigo perpetuo de la violencia.

No, *el Diablo* no debió clavar su cuchillo sobre el pecho de Joseto. Miró hacia lo alto y el sol le quemó los ojos. Espantó, de un manotazo, los recuerdos.

Pero volvían hasta él, como un enjambre de moscas. Los sentía llegar, trepar por sus dedos, por sus brazos, hasta penetrar en su cerebro. Vio a Pastora débil, blanca, anémica. No tenían para el pan. ¡Eran unos desgraciados, unos infelices! Ya ni siquiera podían llamarse pobres, porque hacía tiempo habían dejado de serlo. Estaban aún peor que los pordioseros, porque estos al menos despertaban en el alma de algunos la caridad. Él, ¿qué podía hacer contra la vida? Trabajar incansablemente en La Pintada durante una semana para obtener dieciséis pesos, que tuvo que gastar atendiendo a su esposa; y volver a meterse como una rata en su cueva; y quedarse sin diez centavos, sin con qué comprar media libra de sal, sin crédito, ni amigos, abandonado a la dimensión dolorosa de su propio destino, en medio de los desperdicios y de las inmundicias de Timbalí.

Su situación era desesperante. Pensó en ir de puerta en puerta pidiendo un pan, una moneda para atender a su esposa, a sus hijos, a Cándida y a Neco, que ya formaban parte de su familia. ¿Pero quién lo escucharía? ¿Qué brazos se abrirían compasivos para acogerlo? ¿Qué ojos se llenarían de lágrimas ante su miseria? Todas las puertas se cerrarían delante de él. Era un hombre sano, normal, y podía trabajar. ¿A qué andar pidiendo limosna? Pero el trabajo no le daba para vivir. Pensó entonces

en Pacho. ¿Imitaría su ejemplo? ¿Era lícito robar para seguir viviendo? ¿Y era una obligación la vida? Sí. Al menos para un hombre en sus circunstancias, porque estaban de por medio su esposa y sus hijos. Esa mujer a la que él ofreció su compañía, sus brazos, su cuerpo, su techo y su pan; esa mujer que lo dejó todo para seguir sus pasos; esa mujer que debía encontrar en él amparo, protección, refugio. Y sus hijos, que no habían pedido venir al mundo, a quienes él solamente había llamado. Sí, para él, para Rudecindo Cristancho, el 22048, era un deber continuar viviendo.

Miró los escombros de la casa de Cándida: negros, horribles, mostrando su impúdica desnudez. Contempló los alrededores de su casa. Las tablas viejas parecían arder ante los rigores inclementes de la canícula. El pasto se había secado y el charco disminuía notablemente. El verano lo consumía todo. Era como una maldición sobre el valle. Como ese mismo polvo fétido que rodeaban los objetos, envejeciéndolos.

Allá abajo estaban las construcciones de los extranjeros; ventiladores, refrigeradores, neveras... En tanto que ellos, los dueños de la tierra, los hijos de esa patria, de ese valle, de esas montañas martirizadas, estaban muñéndose de sed y de angustia, arrojados como bestias en medio de los basureros. Apretó con fuerza los puños. No era justo. ¡No, jamás! Un día la paciencia llegaría al límite. Sería tan notoria la explotación a que estaban sometidos, que sus voces todas, unidas y fuertes, se alzarían sobre el ruido de los motores, acallarían los silbidos agónicos del tren y, dominándolo todo, lanzarían su maldición sobre los extranjeros... Casi vio las llamas de un incendio inmenso devorando las maquinarias, los vagones, las góndolas, el edificio de las oficinas, las casas elegantes... Y en medio de las llamas, como cerdos en el asador, las figuras odiadas de míster Brown, del capataz y de Ricardo García, el alcalde...

Se dio un fuerte palmetazo en la cabeza. El hambre lo hacía delirar. Se incorporó, y como un autómatas, sin saber qué hacer, echó a andar hacia las calles amarillas y sucias del barrio obrero de Timbalí.

Las noticias que corrían eran alarmantes. Rudecindo se enteró de ellas en la cantina de Ramiro Cabrera.

No supo cómo llegó hasta allí. Quizá empujado por una especie de mecanismo interior que movía sus piernas y sus brazos. De repente, en medio de su delirio, oyó una voz conocida: era Espinel.

—Hola, compañero: ¿a dónde va tan cabizbajo?

Se sobresaltó. Pensó huir, alejarse de todo y de todos, sumirse en el mar infinito de sus pensamientos, en el cenagoso piélago de su cólera y de su rebeldía. Pero luego se alegró de hallar un ademán y un rostro amigos. Le estrechó la mano.

—Vagando por ahí...

—¿Qué hay de su mujer? ¿Ya está mejor?

—Regular, regular... Pero no consigo quién me preste un centavo, y ella necesita pan, y mis hijos también...

—¿Entonces está sin medio?

—Completamente barrido, compañero.

—Caramba, ¡qué problema!

—He pensado en pedir limosna, pero no me atrevo a hacerlo. Tengo no sé qué por dentro, que no es orgullo, pero que...

—Es dignidad. Eso lo llevamos todos.

—Sí... Y he pensado también, a usted puedo confiárselo, en robar, en matar a alguien, en hacer un asalto... Me entran ganas de meterme en una de esas casas de los místeres y rajarles el cuerpo con un cuchillo, como a los cerdos, para tener qué comer...

Espinel lo vio extraño. No lo reconocía. No eran esas sus palabras, de ordinario comedidas y tímidas; no era ese el brillo de sus ojos, que siempre estaban asustados, bajos; no era ese el gesto de su cara, antaño humilde, ahora rebelde, trágico, decidido...

—Mire, compañero, yo le puedo prestar estos cinco pesos. De la otra década me los devuelve. Los tenía para tomármelos en cerveza, para olvidar esta vida tan perra que estamos pasando... Pero en fin, aquí donde Cabrera tengo crédito.

—No, compañero, no —protestó Rudecindo, débilmente.

—No sea pendejo, hombre. Acéptelos. Se los presto de buena gana.

Los tomó. Le temblaron los dedos.

—Que mi Dios se lo pague. —Después se encaminó rápidamente hacia el mostrador.

Cuando Cristancho regresó a la cantina de Cabrera, Espinel estaba tomando cerveza con Cándido Cipagauta, *Lechuza* y otros tres compañeros que él desconocía: 00134, 00146 y 00989.

Se los presentó: Diomedes Maldonado, Diógenes Mantilla y Pedro Paredes. Todos trabajaban en la enorme mina de Santa Brígida, en el otro lado del valle. Le ofrecieron una cerveza y, maquinalmente, la aceptó. Nunca había sido aficionado a la embriaguez. La verdad es que jamás dispuso de un centavo libre para invertirlo en aguardiente o en chicha. Lo que ganaba era para llevarlo a su casa, para ponerlo en manos de Pastora a fin de que ella atendiera a las necesidades de todos. Acercó la botella a sus labios y saboreó el líquido amargo, pero agradable. Tomó otro sorbo.

Fijó la atención en sus compañeros. Hablaban, discutían. Los ánimos estaban acalorados.

—Les digo que es el final. La Compañía está llegando a los máximos extremos. Nosotros somos seres humanos, no bestias.

—No podremos soportarlo —corroboró *Lechuza*.

—Se hace necesaria la huelga. Esto de impedirnos formar el Sindicato va contra la ley.

—Compañeros —dijo Espinel— ha sonado la hora. Es el momento de la revolución social.

—Ya la orden está corriendo por todos los socavones, por todas las dependencias, por las maquinarias, por las estaciones del ferrocarril. La huelga será general. No podrán obligarnos a trabajar. Los forzaremos a aceptar la formación del Sindicato.

—¡Son unos miserables, unos canallas!

—Esos extranjeros creen poder dominarnos porque hablan enredado, porque tienen colorados los cachetes y blancas las mechas. ¡Pero al infierno con todos ellos!

—No tienen por qué impedir que nos sindicalicemos. Es necesario hacerlos ceder.

—Tenemos un arma poderosísima: la huelga.

—Pero debemos unirnos, ser solidarios.

—Venceremos. ¡Viva el Sindicato!

Cuarenta voces contestaron a un tiempo. Entonces los que estaban departiendo en grupos aislados, los que jugaban al tejo, los que bebían cerveza ante el mostrador, se acercaron al grupo en el centro del cual estaba Rudecindo, sin comprender aún lo que sucedía, dando de vez en vez un chupón a su botella.

—¿Cuáles son las últimas noticias? —preguntó un muchacho alto, fornido, que tenía el sombrero ladeado sobre los ojos con un aire fanfarrón y simpático.

—La situación es esta, compañeros —dijo Espinel, trepándose sobre una mesa vieja. Desde allí dominó al auditorio. El silencio se hizo solemne en la cantina. Se oía, lejano, el ruido de los motores. Pitó el tren en la estación—. Estamos al borde mismo de la revolución social. La injusticia ha llegado al límite. La huelga es una necesidad colectiva.

—Pero los antecedentes, compañero. No olvide que muchos los ignoramos.

Espinel reclamó silencio, y los concurrentes oyeron la historia completa.

—Anoche elegimos los cinco hombres de nuestra confianza que debían entrevistarse con el jefe de personal, con el gerente, en fin, con los «pesados» de la Empresa. Nadie puede tachar a esos compañeros, porque todos los conocemos, los queremos y los admiramos: Herrera, Martínez, Álvarez, Camargo y Avendaño. Los dos primeros como ferroviarios, los tres restantes como mineros; dos de Santa

Brígida y el último del socavón de Vientoalegre. Trazado ya el plan que debíamos desarrollar, acudieron a la oficina de personal y se entrevistaron con mister Brown...

—¡Abajo mister Brown! —gritó uno. Y, en forma unánime, decidida, todos contestaron.

—El jefe de personal los despidió sin contemplaciones, con su inglés de cargazón y con su improvisado castellano. Por medio de la secretaria pudo enterarse del objeto de la visita. Pero ella, que es nuestra compatriota, en lugar de ayudarnos, se puso de parte de mister Brown...

—¡Abajo la p... secretaria!

La grosería había sido demasiado fuerte. Pero, inflamados por el rencor y por la cólera, gritaron todos:

—¡Abajo!

—Entonces —continuó Espinel—, los cinco compañeros acudieron a la gerencia. Ustedes conocen a mesié Randó y al doctor Holguín, que son las supremas autoridades de la Compañía. Los recibieron atentamente, les ofrecieron *whisky*, cigarrillos, tinto... Les oyeron todo cuanto tenían que exponer: las miserias de los obreros, los peligros en el fondo de las minas, la conveniencia del seguro de vida para todos, las condiciones de vida, la carestía de los artículos de primera necesidad, lo irrisorio del salario, el deber de formalizar la Caja de Previsión Social y de hacerla efectiva... En fin, todos los puntos que llevaban preparados. Después apareció mister Brown y los tres jefes deliberaron por un rato largo. Nuestros compañeros esperaban confiados, seguros de conseguir la mayor parte de lo que justamente habían pedido. Y entonces, ¿saben ustedes, compañeros, la respuesta de nuestros superiores?

Esperaban impacientes. El silencio era tan perfecto, que el ruido de los motores, lejos de interrumpirlo, lo acentuaba. Espinel continuó exponiendo:

—Habló el doctor Holguín, en representación de la Compañía. Les dijo que el seguro de vida no podría tener realidad inmediata, porque la Empresa carecía de dinero suficiente para invertirlo en tales cosas; que la miseria de los obreros era buscada por ellos mismos, puesto que se bebían todo el dinero de su salario; y, en fin, palabras por el estilo. Y para terminar agregó que no estaban dispuestos a subir los jornales un solo centavo; que reventaran, si ese era su deseo, pero que seguirían trabajando en las mismas condiciones, sin posibilidades de formar un Sindicato. Agregaron que de esta agrupación vendrían las rebeliones y que se fomentaría el comunismo. Y que, como sanción —a fin de que vieran quiénes eran los amos y quiénes los subordinados— de ahora en adelante se aumentaría en una hora la jornada diaria. Es decir, que tendremos que trabajar, ya no hasta las cinco y media, sino hasta las seis y media de la tarde. Es necesario...

Pero no lo dejaron continuar. Como cohetes furiosos, en el aire estallaron los gritos, las maldiciones, los abajos contra los explotadores y los extranjeros. Fue la locura. Todos los rostros estaban congestionados por la ira, por el deseo de rebeldía; las bocas se abrían para pedir a gritos justicia, para solicitar el castigo contra aquellos que los exprimían como a esclavos.

Espinel, con enérgicos ademanes, dominó la algarabía de quienes antes lo escuchaban. Las puertas se vieron pronto abiertas por los que, desde la calle, oían los gritos. La cantina se llenó de hombres. Todos eran obreros que ganaban cuando más seis pesos en el día, picando el vientre negro de la montaña. Acudieron, y formaron un solo grupo, terrible, amenazador.

—Es necesario —continuó Espinel— que decretemos el paro general. Nadie debe volver a trabajar. La orden ha circulado, profusamente. Hombres valientes que no temen las consecuencias de sus actos, porque saben que están reclamando la equidad y la justicia, distribuyen en estos momentos por los más apartados socavones, por las dependencias de la Compañía, volantes impresos con la orden de no trabajar. Soportaremos el hambre, la miseria. No podremos descender más de lo que hemos descendido ya. Si hoy comemos en el día un pan, mañana comeremos medio. La huelga debe ser un triunfo rotundo, total, absoluto...

—¡Viva la huelga!

—¡Vivan los compañeros! ¡Abajo los explotadores!

La gritería fue enorme. Hombres y más hombres iban llegando de todas partes a la cantina de Cabrera. Rudeciendo, perdido en medio del tumulto, tomaba la cerveza a pequeños sorbos. Paladeó el líquido. Chasqueó la lengua. Luego, ya humedecida la garganta, unió su voz a la de sus compañeros, que levantaban las manos en el aire.

—La huelga estallará esta noche, a las doce en punto. Serán abandonadas las minas; no funcionarán los motores; se detendrán las góndolas en los cables; el ferrocarril quedará en la estación, cargado con el material que debía llevar mañana a la capital. Es necesario que todos colaboremos; que seamos decididos y firmes; que nada ni nadie nos obligue a renegar de nuestras convicciones y de nuestros deseos.

—¡Viva la revolución!

—¡Viva la huelga general!

—Debemos recordar en este momento lo angustioso de nuestra situación: nuestros hijos sin pan, sin ropa, sin porvenir; nuestras mujeres, que se ven obligadas a visitar los burdeles para poder vivir. Debemos recordar los corredores negros de las minas, en donde estamos expuestos a morir como ratas. Hay que pensar en todo, y por eso mismo ser fuertes, tener valor para soportar lo que venga, a fin de que la huelga triunfe.

—¡La huelga triunfará! ¡Viva la huelga!

Los ciento cincuenta hombres que se habían reunido en la cantina de Cabrera contestaron a un tiempo.

—Pero no olvidemos, compañeros —gritó Espinel— que hay que guardar prudencia para no exponernos al fracaso. Nada de violencias, de insultos, de manifestaciones contra la paz y el orden. La huelga será solamente la suspensión indefinida del trabajo. Dejaremos que los patrones se convenzan de que necesitan de nosotros, de que deben plegarse a nuestras exigencias y comprender nuestras tribulaciones y nuestras miserias.

Espinel descendió de la mesa. De un solo sorbo vació el contenido de la botella. Muchas manos acudieron a estrechar la suya. Muchas bocas lo felicitaron. Era un hombre que sabía expresarse, que no tenía miedo de nada. Debían seguirlo, acatar sus órdenes. Estaban dispuestos a todo: a soportar el hambre, las privaciones..., para que la huelga fuera un éxito, para que de esos dolores momentáneos surgiera un porvenir nuevo y radiante para todos ellos.

Iban a ser las cuatro de la tarde. Cien hombres, por lo menos, quedaban aún dentro de la cantina de Cabrera.

Rudecindo había bebido bastante. Le llegaba cerveza de todas partes. Cuando no era Espinel quien le ofrecía, encontraba al *Lechuza*, a Cipagauta, a esos tres nuevos amigos cuyos nombres no recordaba. Sólo que trabajaban en la mina de Santa Brígida, y que sus fichas principiaban por dos ceros. El licor se le fue subiendo a la cabeza. Desacostumbrado como estaba a beber, los efectos nocivos se dejaron sentir primero en él que en el resto de sus compañeros. Se reclinaba contra el mostrador de la cantina, en tanto que en grupos aislados los concurrentes comentaban las injustas medidas tomadas por la gerencia y por la jefatura, de Personal de la Compañía.

Retirados un poco, en una de las canchas para tal fin dispuestas, cuatro hombres jugaban al tejo. Rudecindo, desde su sitio, los observaba. Sintió deseos de lanzar por el aire uno de esos pesados discos, pero no pudo caminar. Le flaquearon las piernas. Bebió el resto de su cerveza. Quería marchar hacia su casa, pero no tenía serenidad suficiente para moverse. Extenuado, se dejó caer en una silla. Cándido le alcanzó una cerveza. Cándido... Pensó en Cándida. En aquella mujer que penetrara tan extrañamente en su vida. Recordó su cuerpo joven y firme, sus piernas tentadoras, sus dorados senos desnudos, las fresas color canela de sus pezones... Quiso levantarse, correr hasta la choza y besarla en los labios, en las mejillas, en la garganta donde aún ostentaba la curación de las quemaduras, en los senos redondos y morenos... Alejó la obsesión, pero era más fuerte que su voluntad y regresaba a su cerebro. Cándida... La había visto casi desnuda después del incendio. La evocó toda, complacido. Dio un golpe sobre la mesa. Algunos se volvieron a mirarlo. Los contempló con ojos

estúpidos de borracho. Bebió más cerveza. Oyó, lejano, el totear de las mechas en el juego de tejo. Se le fueron haciendo imperceptibles los gritos, los vivas, las arengas de los improvisados oradores. Volvió a pensar en Cándida... Sí, estaba allí delante de él, metida dentro de la botella. Dio otro sorbo, como si quisiera bebérsela. Cándida... Con su cuerpo firme, de hembra plena, con sus senos temblorosos como un par de palomas perennemente prisioneras... Cándida...

Entonces perdió la noción de la realidad. Ya no fue Rudecindo Cristancho. Fue un autómeta; un hombre que había traspasado los límites de la embriaguez, y había llegado a la inconsciencia; a ese estado terrible en que ya ni la razón ni la intervienen en las determinaciones del individuo, y en que este sólo es impulsado a obrar por el subconsciente.

Lejos, los motores continuaban su ruido monótono. Allí en el patio los grupos de mineros sudorosos, de hombres famélicos, se agitaban. Era la chispa de la rebelión convertida en llama; era la proximidad del fabuloso incendio, capaz de consumir entre sus brazos ardientes a todo un pueblo desamparado y miserable.

En medio del calor de las cervezas algunos pidieron a Espinel que hablara. Necesitaban de sus palabras. Era preciso que los incitara de nuevo a la huelga, que les predicara la unión. Lo treparon, ebrio como estaba, sobre una mesa. Lentamente los vapores del alcohol se le fueron desvaneciendo; se despejó su cerebro y comprendió la magnitud de su responsabilidad en aquellos momentos. Todos cuantos estaban dispuestos a escucharlo eran obreros sin ninguna ilustración. Si él los incitaba a la violencia, matarían, incendiarían los vagones del tren, harían estallar dentro de las minas cartuchos de dinamita... No, su deber era detenerlos, señalarles el camino de la resistencia pasiva. Por eso les habló, serenamente, desde su estrado:

—Compañeros, ha llegado la hora, no de la rebelión o de la violencia, sino del sufrimiento y del sacrificio. Nuestras manos no empuñarán la azada o la piqueta, pero tampoco esgrimirán la antorcha o el cuchillo. Debemos unirnos. Todos tenemos un solo ideal, una sola ambición: lograr sindicalizarnos; hacer que sea abolida esa hora más de trabajo, de todas maneras injusta; conseguir que el seguro de vida sea colectivo, y que el salario mínimo de todos los trabajadores sea elevado. En fin, todo lo arreglaremos por medio de la tranquilidad, del sosiego. Y más aún, de la solidaridad, de la unión, de la fraternidad. En estos momentos debemos recordar que todos nosotros somos hermanos en la desgracia y en la pobreza. Hay un padre común para todos: el trabajo; y hay una madre común también: la injusticia. Debemos hacer que se nos oiga, que se nos atienda, que se nos considere como a hombres y no como a animales. Expondremos comedidamente nuestras necesidades. Por eso, por nosotros mismos, debemos guardar una calma absoluta. Nada de intenciones criminales, ni de manos crispadas, ni de labios injuriosos. Dejaremos que el tiempo pase. Nos ayudaremos unos a otros. Si yo tengo un pan, daré medio a mi compañero para que él no ceda. Porque en el momento en que uno solo de nosotros abandone la huelga,

estamos perdidos.

Entonces, sin que nadie a ello lo impulsara, habló Rudecindo. Rudecindo Cristancho. El 22048, que trabajaba como una rata abriendo el vientre de la cordillera en el socavón de La Pintada. Estaba ebrio. Había perdido ya la razón, la conciencia de sí mismo. No era él: era su personalidad, desdoblada por el alcohol. Era el hombre que llevaba por dentro: el rebelde, el inconforme, el valiente. Era un nuevo ser, desconocido para todos, y que estaba agazapado, oculto debajo de un molde de materia, tras de aquellos ojos siempre tímidos, de aquellas palabras siempre vacilantes, de aquellas manos siempre cobardes.

Se trepó sobre la mesa que abandonara Espinel. Una voluntad suprema, extraordinaria, desconocida; un deseo de expresarse con sinceridad, de hacer que todos lo escucharan y lo comprendieran; algo que no era él sino ese otro yo, movido por una fuerza sorprendente, lo sostuvo erguido sobre la mesa. Sus ojos parecían dos brasas en el rostro intensamente pálido; los cabellos opacos le caían por la frente: le vibraban las manos, y una espumilla blanca le llenaba los labios. Pero habló. No Rudecindo Cristancho propiamente: esa voz escondida en su fondo de miserias y de sufrimientos.

—Compañeros, este hombre que está aquí, este —dijo golpeándose el pecho— es un desgraciado, como todos ustedes. Hoy el pan de cada día no ha llegado a mi casa. Pero qué digo, a mi rancho, a mi cubil, al muladar en donde vivo con mi mujer y mis hijos. Con mi mujer, que ayer estuvo a punto de morir y que está débil y hambrienta; con esa misma que hoy ha tenido que tomar el caldo solo, agua y sal; con mi hija, con mi muchacho que, con sus doce años, ya ha dormido en la cárcel por herir al *Diablo*. Yo soy un miserable. Y eso somos todos nosotros. Apenas tenemos con qué morirnos de hambre. Si trabajamos una semana nos pagan quince pesos. Debemos dar el resto para que engorden los cerdos extranjeros, para que les compren calzones de seda a las secretarias, para que armen los policías y nos asesinen. Hundidos en el fondo de las minas, como cucarachas, como lagartijas, estamos expuestos a morir y a dejar huérfanos y viudas..., porque somos ignorantes, ¡porque nosotros pertenecemos a la clase maldita de los infelices!

Lo miraban con sorpresa, como cohibidos ante aquella superioridad desconocida. Espinel no daba crédito a lo que oía. Rudecindo Cristancho, ese hombre taciturno, resignado y cobarde, elevaba ahora su voz para poner en claro su situación, la de todos sus compañeros... Era increíble. Pero, pensó luego, la copa estaba llena y la injusticia se había regado por todas partes como un corrosivo. Y ahora estallarían la huelga. Tenía que triunfar.

—Comparemos nuestra suerte con la de aquellos que nos explotan —continuó el hombre; no Cristancho, no el 22048, sino ese otro rebelde, grandioso, desconocido—.

Veamos sus mujeres bien vestidas, entregadas al ocio; veámoslos a ellos, que se ganan cien pesos diarios por palmotearles las nalgas a las secretarias y por mirarles las piernas. Mirémonos nosotros, enflaquecidos como perros pobres, metidos en las profundidades de las minas desafiando a la muerte por ganarnos cuatro pesos diarios, y contemplemos a nuestras mujeres, vestidas con andrajos, sucias, descalzas, trabajando como esclavas en todas partes o vendiéndose como prostitutas. ¿Por qué hemos de humillarnos ante aquellos que nos han quitado hasta nuestra dignidad de hombres?

Los aplausos fueron ensordecedores. El orador descendió trabajosamente de la mesa, y después se sentó en una silla. Lo poseía una extraña fiebre. Bebió una cerveza, obsequiada por Espinel. Pero no era Rudecindo Cristancho, el esposo de Pastora, el padre de Pacho y de Mariena. Era un hombre desconocido, magnífico, gigantesco. Todos lo felicitaron.

Cabrera les anunció, aprovechando el momento en que estaban reunidos, que al día siguiente habría riña de gallos y chicha en abundancia. Allí los esperaba. Ya que no concurrían a trabajar, al menos que fueran a divertirse, para amenizar la trágica realidad de la huelga.

Rudecindo salió de la cantina y se encaminó hacia su casa. Nada veía, nada distinguía. Un velo rojo le cubría las pupilas y en medio de él danzaban, como fantasmas, el envoltorio de algodón manchado de sangre que el médico le señalara el día anterior; las torres de la estación, llenas de humo y de hollín; el cuerpo elegante de la muchacha que trabajaba en la ventanilla, en el edificio de las oficinas, la misma que le había entregado sus dieciséis pesos... Todo daba vueltas. Entonces apareció Cándida. Sí, era ella, con su risa insinuante, sus ojos verdes, su cabello... De pronto una llama prendía en la cabellera oscura de la mujer y se extendía, amenazante, sobre Timbalí... Devoraba entre sus fauces las casas, las calles, las colinas...

El hombre caminaba, dando traspies de un lado a otro de la vía. El sentido de la orientación lo llevó hasta los límites del basurero en donde quedaba su refugio. Pensó confusamente que no habría luz esa noche en el pueblo; que el ferrocarril yacería dormido y mudo en la estación; que centenares de obreros de todos los socavones abandonarían el trabajo a las doce en punto... Luego volvió la niebla. Una luz daba vueltas, vueltas... Se hacía amarilla, se alargaba, se encogía, como si un viento recio la obligara a doblarse... La luz... la luz...

Se quedó dormido. Mariena, asustada, contemplaba a ese hombre extraño que no parecía su padre. Lo observaba con temor y con recogimiento, casi con lástima. Pastora, incorporada en el rústico lecho, limpiaba con el borde de su delantal la baba pegajosa que le escurría de la boca abierta. Y Cándida, en el rincón, meditaba en las causas que habrían llevado a Rudecindo, siempre metódico, a emborracharse de aquella manera.

Lejos se oían los gritos. Eran vivas y abajos. Pero no a los partidos, según la

costumbre tradicional de los sábados. Eran vivas a la huelga, a los compañeros, y abajos a los jefes, a los *místeres* y *musiús*.

En el charco, ya casi definitivamente seco por el inclemente verano, croaban las ranas. El viento que bajaba de los cerros, en donde aún ardía la actividad, agitaba los gajos de los árboles inmóviles de donde se desprendía, como un humo de opio, el polvo de óxido que cubría todo el valle, todas las dependencias de la Compañía que dentro de unas horas estarían paralizadas por la huelga, por medio de la cual los mineros esperaban encontrar después la tranquilidad y la justicia.

Capítulo

Danzaba. Su rostro apenas alcanzaba a vislumbrarse, como oculto por una cortina de espuma. Y su cuerpo desaparecía bajo un polvo amarillento, de ese mismo color del polvo que llenaba las calles, las casas y los árboles de Timbalí. Sus ojos tenían un brillo intenso. Daba vueltas en medio de un enorme circo de arena. Enarcaba los hombros y elevaba al cielo quemado las manos, unidas como en una oración o en una caricia. Luego bajaba los brazos y en ademán voluptuoso los ceñía a la cintura, y acunaba entre ellos los senos, que se entreveían bajo el tul como dos frutaciones milagrosas de nácar. Sus piernas formaban un perfecto compás melódico, y sus pies, leves y finos, iban abriendo rosas fantásticas al danzar.

Cándida... Era su boca roja, tentadora, de labios siempre dispuestos al beso; eran sus cejas que empezaban a resurgir después de la trágica noche del incendio; eran sus pestañas que sombreaban sus grandes ojos verdes; eran sus mejillas de tibia pomarrosa; era todo su cuerpo de hembra joven, dispuesta a las caricias.

El velo fue cayendo a sus pies. Era como el polvo de las calles cuando, después de bailar en remolinos, regresaba en ondas doradas al suelo de donde se había levantado. Entonces la cubrió una nubecilla blanca, tras de la cual su cuerpo sonrosado hacía recordar el nacimiento pudoroso del alba. La melodía continuaba lenta, acompasada. Y de repente el encanto se rompió. Un ruido lejano, como un repiquetear de tambores guerreros, hizo que la danzarina se detuviera por un momento. Después reanudó el baile con furia salvaje. Pronto los cabellos se le regaron por la frente, le cubrieron el rostro. Y lentamente, maravillosa, como Venus triunfando sobre las olas, de entre la blanca nube fue saliendo su cuerpo desnudo, prodigio de suavidad y de lumbre.

El hombre despertó. Dolorosamente se le abrieron los ojos. Le ardían los párpados, y la tenue luz de la madrugada, al penetrar bajo ellos, le causaba una mortificación enorme. Trató de levantar la mano, pero le pesaba como si fuera de plomo. Quiso dar una vuelta en el suelo, cambiar de posición para descansar, pero no pudo. Algo superior a su propia voluntad lo mantenía quieto. Cada vez que intentaba un movimiento le dolían los músculos. Optó por permanecer estático, con los ojos abiertos y fijos, como los de un cadáver.

Vio el techo ennegrecido de la casa; las latas viejas, pegadas con brea; las paredes que dejaban entrar, por algunos sitios, el viento juguetón y alegre del alba; creyó oír el ruido de los motores, y recordó que había tenido un sueño en que ese monótono sonido intervenía. No pudo precisarlo. Era algo raro... Sí... Cándida... Entonces recordó que la había visto danzando sobre remolinos de polvo amarillo.

En el primer momento no se explicó qué le sucedía. Evocó los acontecimientos de la tarde anterior. Sólo supo que había estado en la cantina de Cabrera... Las palabras

de Espinel... ¡Ah, sí! ¡Estaban en huelga! ¿Pero por qué continuaban sonando Jos motores? ¿O no sonaban? ¿Era quizá que su ser ya estaba acostumbrado a ese retumbar lejano? Escuchó con atención y solamente percibió la voz del viento entre los árboles. La huelga era una realidad. Nadie trabajaría en Timbalí durante... ¿cuánto tiempo? Recordó los jugadores de tejo, la cerveza que le brindaban... Y después nada. La sombra más completa rodeaba todas sus acciones siguientes. Lo último que alcanzaba a percibir en las lagunas de su memoria dominada por el alcohol, era el rostro largo y extraño del *Lechuzo*, que le ofrecía una nueva cerveza...

¿Quién lo había llevado hasta su rancho? ¿Qué dirían su mujer, sus hijos, y Cándida?

Le dolía el estómago. Sentía pesados los miembros. De súbito la estancia pareció danzar... danzar... Ante sus ojos asombrados pasaban: la puerta, el techo, la puerta... Oprimió los párpados, pero aún así los objetos continuaban bailando. Ya no eran el techo y la puerta, sino su rostro embrutecido, los senos desnudos de Cándida, la sombra del Diablo, Espinel, los jugadores, la cara gorda y encendida de míster Brown, la nariz afilada del alcalde García, las patillas del capataz.

Con esfuerzo consiguió sentarse. Fue como si hubiera recibido un golpe en la cabeza. Cayó de nuevo hacia atrás, impotente, dominado por ese malestar desconocido, tremendo. Vio estrellas de colores que saltaban como las chispas de una fragua loca. Entonces le volvieron las palabras de Espinel y comprendió la realidad de su situación. Tenían, por todo capital, cinco pesos... o no cinco, sino lo que quedaba de ellos, que debía ser muy poco. Y así, sin trabajar... Recordó el túnel negro y fétido de La Pintada, y casi se alegró de que se hubiera decretado el paro general. Pero ¿de qué vivirían? ¿Con qué comerían? Estaban en huelga. No sonaban los motores. Había sido una alucinación de su mente, embotada aún por las libaciones de la víspera. Y pensó en el aspecto que presentarían las calles de Timbalí, llenas de hombres negros, sudorosos y hambrientos...

La injusticia llegaba al límite. Una hora más de trabajo, después de que llenos de esperanza acudieron a pedir cosas tan legales, tan humanas... ¿Por qué no les permitían formar el Sindicato que, al menos, sería una barrera para los desmanes de los extranjeros? Pensó en el doctor Holguín. ¿Estaba en contra de sus compatriotas? ¿O era, simplemente, que por no perder su envidiable posición se encargaba de no comprenderlos?

Debía levantarse... Una mano áspera, a la que la ternura prestaba calor y suavidad, le acarició la frente. Pensó en Cándida... ¡Maldita sea! ¡Maldita a toda hora dentro de su cerebro!

Abrió los ojos enrojecidos. Era su mujer. Lo contemplaba sin cólera, con una enorme lástima, con un sentimiento de enternecedora piedad.

—¿Qué le pasó ayer, mijo? ¿Qué fue para emborracharse tanto?

No contestó. Sintió un sincero arrepentimiento. Quería huir, esconderse en el fondo de la tierra, más allá del derrumbe de La Pintada, en donde nadie pudiera verlo. La mano de la esposa continuaba pasando por su frente, alisándole los opacos cabellos, acariciándole el rostro sucio y arrugado. Entonces él levantó, con esfuerzo, su mano derecha, y aprisionó los cinco dedos de Pastora.

—¿Qué tiene, mijo? ¿Está maluco?

—No..., no.

Pensó en preguntarle por la persona que lo había llevado hasta el rancho. Pero la voz no salía de su garganta, contraída y seca. Sintió la lengua gruesa, pegajosa. Se la pasó por los labios; estaban partidos y le dolían. Necesitaba tomar agua. Se acordó del pozo limpio, cerca del charco, en donde hundía todas las mañanas sus manos y su rostro... Casi le pareció sentir la frescura deliciosa del agua... Se incorporó y, como pudo, agarrándose de las paredes de la casucha, salió. Todo estaba silencioso en el valle.

Corrió hasta el pozo. Se arrodilló sobre la hierba seca, y metió la cabeza y las manos dentro del agua. Estaba fría, fresca. ¡Cómo lo reanimó; cuan dulcemente se metió por sus orejas; empapó sus cabellos y cayó después, al incorporarse para respirar, mojándole el cuello y las espaldas! Con las manos elevó hasta sus labios el refrescante líquido y lo bebió con deleite. Se le fue despejando gradualmente el cerebro. Ya no le dolía tanto la nuca. Al respirar profundamente sintió vértigo, y curvado como una hoz sobre la tierra, sosteniéndose del sauce canoso y amarillo, vomitó el agua que había ingerido. El esfuerzo lo dejó extenuado. Se sentó en el suelo. Tenía la frente empapada en sudor frío. Se le pegó la camisa a la piel desnuda. Le temblaron las manos y se le llenaron de lágrimas los ojos. Buscando alivio volvió a meter la cabeza entre las aguas azules del río, y bebió hasta sentir que lo acometía de nuevo el vértigo.

Repuesto un poco se incorporó y miró el valle. Sin el ruido de los motores parecía más humano, más suyo. En la estación el tren estaba detenido, como un largo monstruo anillado. Las chimeneas de las grandes máquinas estaban erguidas en el aire, ni humo, sin ceniza. Y las góndolas que llevaban el carbón hasta la torre central se veían quietas, como viejas canoas abandonadas en el mar azul del viento.

Después de que tomó el caldo, con un casi invisible pan de cinco centavos, tuvo que inclinarse de nuevo a vomitar hasta que sintió desgarrada la garganta y contraído el estómago.

—Es el guayabo, Rudecindo —le dijo Cándida—. Ya le pasará.

Su mujer se restablecía muy lentamente. Apenas sí podía levantar los brazos y mover la cabeza, pero el resto del cuerpo parecía paralizado. Era la pérdida de sangre, pensó. Habían continuado dándole las pastas y las cucharadas indicadas por el

medico, así como los baños, de lo cual estaba encargada Cándida. Rudecindo, medianamente repuesto, repasó su angustiada situación. Tenían, según le dijo la madre de Neco, dos pesos con veinte centavos. Había que comprar panela, sal, harina... Además, si su mujer se agravaba tendría que dejarla morir, a menos que se decidiera a matar a alguien y a robarle el dinero para pagarle al médico y comprar los remedios. Mariena, triste, abatida, apenas si levantaba a veces la cabeza para mirar hacia la tienda de Joseto. Pacho y Neco ya no jugaban entre los desperdicios, sino que se mantenían silenciosos y tristes, echados sobre la hierba seca. Tal vez la única con un resto de animación y de vida era Cándida. Porque ella, pobre desterrada de todas las playas de la felicidad, había atravesado por situaciones igualmente difíciles, y no le costaba trabajo amoldarse a las que ahora se presentaban.

Esa era la situación de su familia, pensó Rudecindo. Y por un momento se detuvo a meditar en los problemas colectivos.

En lugar de justicia, los encargados de hablar con los jefes encontraron una especie de castigo, desde todo punto de vista inadmisibles: debían trabajar una hora más en el día. Es decir, diez en total. El descontento fue natural en todos; fue una consecuencia de la falta de comprensión y aún de caridad por parte de los superiores. Ahora estaban desocupados. Los motores detenidos, en el aire estáticas las góndolas, los vagones del ferrocarril quietos en la estación, abandonadas las minas. La huelga por todas partes, desde las doce de la noche del sábado. Aquí y allá hombres tiznados, harapientos, con cara de mendigos. ¿Y esto por cuánto tiempo? Había oído a Espinel que la Compañía Carbonera del Oriente sufría una pérdida de más de doscientos mil pesos diarios. ¿Pero qué era esta bagatela para los extranjeros, para los dueños de todo aquello y para la nación, que cobraba con regularidad la cuota correspondiente a la explotación de las minas? En cambio ellos, los miserables, perderían cuatro pesos diarios. Nada más. Pero tal pérdida era tremenda, porque significaba la totalidad de sus medios de subsistencia.

Resolvió bajar hasta la cantina de Cabrera para enterarse de las noticias. Pero algo lo detenía, lo hacía aminorar el paso por el camino. No recordaba... Se veía pálido, embrutecido por el alcohol, y a su lado al *Lechuza*, alcanzándole una botella. ¿Y después? ¿Por qué ese vacío tan absoluto dentro de su cerebro? ¿Quién lo condujo hasta el descanso reparador del rancho? Sentía miedo; ese temor tan grande a lo desconocido. ¿Qué hice, Dios mío, que hice?, se preguntaba desconcertado. Le dolió de nuevo la nuca, intensamente. Era como si llevara sobre ella un peso inaguantable. Se le doblaron las piernas y creyó que iba a caer en medio de ese odiado y asfixiante polvo que rodeaba todo el pueblo pobre y hambreado de Timbalí.

Divisó la cantina de Ramiro Cabrera. La puerta estaba, como siempre, abierta; y del interior del establecimiento salían risas y voces. Rudecindo se detuvo. Miró su camisa sucia, casi negra: sus pantalones remendados en las rodillas con tela de distinto color; sus grandes pies curtidos y descalzos... Era un miserable, se dijo. Sólo le faltaba salir desnudo a las calles, como esos seres primitivos, como Adán, del que

tenía una vaga y personalísima concepción. En fin, ¿qué estaba haciendo allí parado? Resolvió entrar. Tal vez encontrara un rostro amigo.

Detrás del mostrador se hallaba Ramiro, en mangas de camisa, bien afeitado, peinados con esmero los cabellos claros. Y sentados ante las cuatro mesas de la cantina vio hombres sucios, como él, con los rostros largos y enjutos, las barbas crecidas y las manos callosas. Hablaban de la huelga. Era la misma preocupación, el mismo tema, idénticas ambiciones y esperanzas. Algunos tomaban cerveza: mataban el tiempo. Acostumbrados a tener en las manos las herramientas no podían resignarse al ocio. Sin embargo, Cristancho advirtió en todos una decisión que se traslucía en los ademanes, en el tono de la voz, en el brillo acerado de las pupilas. Pero no estaba ninguno de sus amigos allí. Ni Espinel, ni *Lechuza*, ni Cipagauta... Unos jugaban al tejo. Lanzaban por el aire los pesados discos metálicos y esperaban ansiosos el resultado. Otros, cerca del mostrador que en un tiempo había estado barnizado de verde, comentaban lo sucedido entre *el Diablo* y Joseto. Casi todos estaban a favor del fugitivo. Pero algunos, a quienes había jugado en ocasiones anteriores malas pasadas con sus mujeres, sus hijas o sus queridas, le achacaban toda la responsabilidad del lance y se alegraban de su desgracia. Al menos por un tiempo indefinido, a lo mejor largo, iban a verse libres de la pesadilla de su presencia.

—Hola, amigo Cristancho —dijo Cabrera—. No se quede ahí parado. Entre, que ya vamos a iniciar las riñas de gallos. ¡Eso va a estar de primera!

Recordó: riñas de gallos... Ya había escuchado esa invitación anteriormente. ¿Pero cuándo?

—Formidable su discurso de ayer, ¡carajo! Eso es de lo mejorcito que he oído. Con decirle que lo hizo igual a Espinel...

¿Discurso? ¿Pero de qué demonios le estaban hablando aquella mañana?

—No entiendo compañero...

Se había acercado al mostrador. Desde su sitio, Ramiro lo miró con muestras de incredulidad. Pensó que estaba burlándose de él. Pero luego, al observar el franco asombro asomado a los ojos del hombre, comprendió que todo aquello había sido fruto de la embriaguez. Un momento feliz, lúcido, en que el ser interior del 22048 había dominado su envoltura material y había animado sus pupilas lánguidas y su boca siempre dispuesta a la sonrisa resignada.

—Habló muy bien. ¿Qué, no recuerda?

Entonces fue Rudecindo quien pensó que Cabrera estaba pasando un rato divertido a costa suya.

Uno de los que tomaban ante la mesa del rincón, se acercó a Cristancho con la boca curvada por una sonrisa que dejaba al descubierto sus dientes largos y amarillos. Le tendió la mano.

—Lo felicito, compañero. Si tuviéramos unos cuantos hombres como usted sería distinta nuestra situación. Don Ramiro, véndame otra cerveza, o fíemela. Pero a este gran orador hay que agasajarlo.

Y lo arrastró hasta sentarlo a su lado, en una rústica butaca. Rudecindo se dejó llevar, sin acabar de comprender lo que sucedía. ¿Por qué a él, un miserable, un hombre vestido con harapos, un desconocido, un ser que vivía con su esposa y sus hijos en el basurero, lo llamaban, lo atendían? Escrutó los rostros de quienes lo rodeaban. Eran tres. Le pareció reconocer a dos de ellos. Sus números principiaban por un doble cero... Sí, Espinel se los había presentado el día anterior. Maldonado y Paredes. El segundo era el que lo había llevado hasta la mesa. Les estrechó la mano. Ellos también, y efusivamente lo felicitaron. Recibió la cerveza y se llevó la botella a los labios. El líquido negro y frío le llegó al estómago. Experimentó de nuevo el vértigo y la sensación insoportable de náuseas, pero se dominó. Tomó tres sorbos seguidos y se sintió mejor.

—Esas palabras tuyas nos han dado ánimo, compañero. La huelga es algo muy duro. Cuando yo trabajaba en Vidalillo, allá en el otro lado de la República, cerca de la Costa, estalló un paro general por la destitución abusiva del presidente del Sindicato. Duramos cuatro días sin trabajar. Por fin reintegraron a su puesto al hombre. Pero se cansa uno de no hacer nada... Le entran ganas de beber cerveza, y a lo mejor no tiene uno plata, ni amigos, ni crédito... Y para completar con la mujer y los mocosos que se ponen a llorar de hambre... ¡Carajo, esta vida es muy perra, compañeros! Necesitamos que nos animen a seguir, que nos den fuerzas para lograr el éxito de la huelga. Lo que pedimos ahora es muy justo, y no sé por qué se empeñan esos místeres en negárnoslo. ¡Malditos sean!

—Bien hablado, compañero —dijo Paredes a Maldonado, que ahora bebía su cerveza poco a poco—. No cederemos. Nadie podrá obligarnos a volver al trabajo. Nosotros somos, por pobres, los más desgraciados de todos. ¡Pero qué infiernos! Cuando algo se nos mete en la cabeza...

Se acercó Cabrera.

—No se les olvide que tengo una chicha rebuena.

—Ajá... —dijo Paredes—. Eso a mí más bien me entra. Esta cerveza ya me está cayendo mal en la barriga.

Diomedes la aceptó también. Otro tanto hizo el acompañante, un hombre bajo de

cuerpo, delgado, insignificante y silencioso. Rudecindo dio, finalmente, su aprobación. Vaciaron las botellas y las dejaron, con muestras de desprecio, sobre la mesa. Ramiro se alejó para regresar poco después. Sobre una bandeja de lata traía cuatro vasos llenos de un licor amarillo y espeso, fabricado con maíz y fermentado en grandes ollas ocultas bajo la tierra para que las autoridades de la higiene no las encontraran fácilmente..., aun cuando, muchas veces, los mismos encargados de perseguirla y exterminarla, eran sus más devotos admiradores.

Bebieron en silencio. El sol caía fuerte, igual, sobre Timbalí. Era el verano: en el polvo amarillo e inquieto de las callejas, en los tejados que ardían, en la hierba seca, en los árboles que semejaban esqueletos incorporados a los lados del camino... Era el verano tremendo, atormentador. Y ellos allí, sentados, tomando chicha, alejados del mundo, en el centro mismo de la desesperación y de la angustia.

Llegó la alegría, prendida en las cuerdas tensas del tiple, bajo las alas iridiscentes de los gallos. Por la puerta siempre franca y acogedora penetró un hombre alto, con el sombrero ladeado. Llevaba un pollo colorado, con larga y elegante cola, de buena estampa, orgulloso de su poder. La cresta roja le daba un aire de fuerza y brío. El hombre lo colocó sobre una mesa, abriéndole las alas y esponjándole las plumas. El gallo lanzó la clarinada de su canto.

—Hola, *Mejicano*. ¿Dispuesto a ganar hoy en *el Veneno*? —le preguntó Ramiro, señalando con el índice extendido el gallo que se pavoneaba sobre la mesa.

—Dispuesto, Cabrera, ¡qué carajo! Tengo más de veinte pesos para metérselos todos a mi *Veneno*. ¿No le ve ese lujo de espuelas? Y mírele el ala. ¡Qué belleza! Creo que ni el mismo Patas podría tumbármelo, aunque saliera de los profundos infiernos nada más que para eso.

Acompañaban al *Mejicano* tres muchachos, entre los cuales Rudecindo reconoció al *Lechuza*. Tocaba uno el tiple, otro los chuchos, y el tercero una rústica pandereta hecha con un cuero seco, tenso, y complementada con latas de cerveza unidas en collares por un alambre grueso. Los tres instrumentos producían una música agradable que «hacía cosquillas en las pezuñas», conforme dijo Paredes mirando a sus compañeros.

El Mejicano entró con *Veneno* hasta la cancha en donde seis hombres estaban jugando al tejo. Todos lo conocían y lo estimaban. Era típico de Timbalí, desde sus comienzos. Tan conocido como *el Diablo*. Lo recibieron con alborozo. Pronto acabaron con el chico de tejo y rodeando al dueño del valeroso gallo se acercaron a la cantina.

Pidieron chicha. *El Mejicano* pidió aguardiente, agregándole sal y unas góticas de limón, todo lo cual tenía preparado Ramiro, concedor de sus clientes. *Veneno* fue

colocado sobre el mostrador. El dueño tenía sujeto al animal con un cabuya, amarrada a la pata izquierda. Le tocó las espuelas, satisfecho. Eran largas, terminadas en aguda punta.

—¿Ya lo tenés arreglao? —preguntó uno.

—La pelea es sin recalce. Falta afilarle un poquito los puñales. Así como para que no deje animal vivo.

—Aquí está mi navaja, entonces.

—No, gracias. Con eso me lo parrandeo. Más bien búscame un pedazo de vidrio. ¡Se las afilaremos de lo lindo!

El aludido corrió hacia los lados de la cancha de tejo. Detrás de uno de los montones de greda, entre un poco de tarros viejos y papeles inservibles, encontró un pedazo de botella, con el que acudió hasta donde lo esperaba *el Mejicano*.

Rudecindo también se levantó, siguiendo a sus compañeros. La chicha le había llegado al estómago como un puñado de brasas, y sentía de nuevo los mortificantes síntomas del vómito. Estaba a punto de curvarse contra la tierra. Pero Maldonado, que se había dado cuenta de ello, le dijo que «hiciera de tripas corazón» y que aguantara un poco. Después le pasaría.

El Mejicano tomó a *Veneno* con cuidado. Lo colocó de manera que las patas le quedaran hacia arriba, tratando, sin embargo, de que no se le fuera la sangre a la cabeza. Con un pedazo de vidrio afiló, lentamente, las largas espuelas del gallo. Le daba vueltas a la pata, y vidrio por un lado y otro, hasta que la espuela quedó terminada en una punta agudísima, pero sólida. La probó en el dedo.

—¡Carajo, con el condenado! ¡Hoy se lo suelto a cualquiera!

Le afiló el arma de la otra pata. Luego lo dejó de nuevo sobre el mostrador, satisfecho de su trabajo. El gallo cantó. Sin duda le hervía la sangre. *El Mejicano* pidió otro aguardiente y vació la copa de un trago. Miró con orgullo a *Veneno* y le tiró las largas plumas tornasoladas de la cola, para hacerlo lucir más elegante.

—El que no le apueste a este animal es un bruto de remate —dijo, con aire de suficiencia—. Y ustedes, muchachos, arránquense con una pieza, ¡pero de las buenas!

Un torbellino. Los dedos ágiles tocaban las cuerdas; la mano nerviosa rebullía las maracas y el otro le daba a la pandereta. Todos se alegraron. Rudecindo recibió, sin saber quién se lo ofrecía, otro vaso de chicha; pero lo dejó sobre el mostrador. Se sentía enfermo. Le zumbaban atrozmente los oídos.

Entró el dueño del gallo enemigo. Era la pelea central. Después habría otras riñas de menor importancia.

Se trataba de *Camaleón*. Su propietario era Curro Malpica. Bajo de cuerpo el

hombre, rechoncho, de prominente abdomen; roja la cara, ralo ya el cabello que empezaba a blanquear en las sienas. Iba vestido con alguna elegancia. Era el dueño de una de las mejores tiendas del barrio obrero: *La góndola de oro*. Lo acompañaban otros sujetos, de diversa condición social, bien o mal vestidos, pero todos alegres, decididos a apostar su dinero a las patas del gallo, considerado como uno de los más bravos de la región. Había dado ya más de diez peleas a su dueño, dejando casi siempre muertos a sus rivales y retirándose ileso. Tenía una gran cantidad de admiradores. Muchos de los que estaban en la cantina se hicieron al lado de Curro, y se formaron dos bandos.

—Aquí está mi gallo, *Mejicano*. Como para bajarte los humos. ¡A este *Camaleón* no lo mata ni el «veneno»!

Risas. Manos nerviosas que se metían en los bolsillos. Los hombres querían apostar, pero no acababan de decidirse. Curro colocó su gallo sobre el mostrador, a prudente distancia del otro. Los animales se miraron y se aprestaron a la lucha, pero fueron oportunamente detenidos por sus propietarios.

—Están bravos los pollitos, compadre.

—Este *Veneno* es de los buenos y no le corre a nadie.

—A todo gallo viejo le sale de pronto un pollo que le corta las espuelas, don Curro. No se le olvide.

—Este animal no ha perdido nunca.

—Mejor le meto mis pesos a *Camaleón*, que es más fijo.

—¿Pero usted va a apostar su plata, compañero? —preguntó Rudecindo a Paredes, que agitaba en la mano un billete, sucio y viejo, de dos pesos.

—Claro que sí. Es la única manera de doblar el capital.

—¿Y si la pierde?

—Con *Camaleón* vamos seguros. ¿Usted no le mete nada?

—No tengo ni un centavo aquí, pero en la casa...

—Mande a alguno de estos mocosos. Aun cuando sea apuéstele un peso, que yo le garantizo que ganamos.

—El *Camaleón* es gallo viejo, y en dos zancadas se come a ese pollito del *Mejicano*.

—Lo único que asusta del gallito ese es el nombre —corroboró Maldonado—. Yo le pongo al de don Curro lo menos cinco pesos, aunque después me quede en la cochina calle.

Rudecindo sintió la tentación. Tenía por todo capital, en manos de Cándida, dos pesos y unos centavos. Podía por consiguiente apostar uno y ganar así otro... Si la cosa era tan fácil como le decían sus amigos...

Vio que el bando del lado de don Curro iba creciendo, al tiempo que sólo

quedaban unos cuantos muchachos con el *Mejicano*. La mayoría no se equivoca, pensó. ¿Pero si el *Camaleón* fallaba y perdía su peso?

En la puerta de la cantina vio a Pacho. En el primer momento se intrigó. ¿Por qué estaba allí su hijo? Se le acercó encolerizado.

—¿Qué hace por estos lados, mijo? ¿No sabe que aquí no pueden entrar sino los viejos, como su taita?

—Pues fue que... doña Cándida me mandó a comprar panela y sal.

—Ajá... ¿Y cuánto le dio?

—Un peso.

¡Un peso! Precisamente la suma que necesitaba para ponerla en el tapete de la suerte. Rechazó indignado el pensamiento, pero volvió a él sin que pudiera remediarlo. Decidido, pidió el dinero a Pacho y le dijo que lo esperara en las afueras de la cantina, por unos veinte minutos; que podía mientras tanto, ir a dar una vuelta por la estación, a ver si estaban trabajando o no ese día.

Pacho entregó el billete a Rudecindo. Estaba acostumbrado a no discutir sus órdenes. Por su mente infantil —pero por la vida misma, por las circunstancias, ya desarrollada perfectamente—, cruzó el pensamiento de que su padre posiblemente se bebería el peso y que él regresaría al rancho sin la panela y sin la sal. Pero eso no era cosa suya.

Rudecindo apretó el billete con su mano sudorosa. ¿Lo apostaba? ¿No lo apostaba?

El grupo de don Curro crecía. Con el *Mejicano* quedaban diez o doce obreros. Malpica estaba afilando las espuelas de su gallo. El *Veneno* se paseaba por sobre el mostrador, lanzando de vez en vez la clarinada potente y orgullosa de su canto.

—Camaleón es el mejor gallo de estos lados —decía uno—. Para mí tengo que no hay pelea.

—¡Qué va a haber pelea! ¡El *Camaleón* se lo traga vivo y le sobran ganas pa clavarle la espuela al mismo *Mejicano*!

—Diez pesos al *Camaleón*, como base —dijo don Curro—. Los que quieran apostar, que creo van a ser todos, entréguenme el dinero. ¡Hoy vamos a tener con qué tomar cerveza!

—Juegan los diez pesos —contestó el *Mejicano*—. Y los que vayan con *Veneno*, háganse para acá, con la plata en la mano.

—No hay gallo como *el Camaleón*.

—Viva el *Camaleón*. ¡Hoy vamos a acabar con *el Veneno*!

Los del grupo del *Mejicano* no gritaban. Estaban tensos, quietos, aparentemente tranquilos pero listos para lo que pudiera ocurrir. Se había terminado la música alegre del torbellino. Los hombre bebían chicha o cerveza, recargados contra el mostrador.

Curro terminó de arreglar su gallo y le probó las espuelas, untándose de saliva la punta del índice derecho.

—Le pongo tres minutos a la pelea —dijo, mirando desafiante al dueño del gallo contendor—. Donde *Camaleón* pone el ojo mete la espuela. Ya ha tumbado diez, y le quedan ganas para otros tantos.

—No eche bravuconadas, don Curro. Aquí vamos a ver si como ronca duerme.

Paredes se acercó a Malpica y le entregó el billete de dos pesos.

—¿A quién se los apunto?

—Pedro Paredes. Vamos a ganar, don Curro. Yo conozco este gallo desde que estaba chiquito.

—Y a Diomedes Maldonado cinco..., no, cuatro pesos.

—¡Eche los cinco, hombre, no sea pendejo!

—Bueno, don Curro: van los cinco.

—¿Y usted, compañero, no le juega al *Camaleoncito*?

—Yo no hallo... ¿Qué me aconseja?

—Échele siquiera un peso. ¿No dice que tiene que mandar a la casa?

—No señor, aquí lo tengo...

—Pues juégueselo, ¡qué demonios!

—Un peso...

—¿A quién se lo apunto?

—A Rudecindo Cristancho, sumercé.

En esos momentos entró Espinel, acompañado de Cipagauta. Iban atraídos por las noticias de la riña. Se saludaron cordialmente. Rudecindo recibió nuevas felicitaciones, que no hicieron sino llenarlo de confusión.

—Esas palabras son el reflejo de la verdad —le dijo Espinel—. No se nos olvidarán fácilmente. Compañeros, la huelga es un éxito general. —Todos los hombres, incluyendo a Curro y al *Mejicano*, se habían acercado para enterarse de lo que estaba ocurriendo en la Compañía—. Las actividades se encuentran suspendidas. No hay un solo hombre en las minas. Los motores fueron parados, conforme se había convenido, a las doce de la noche. El tren, aún cargado, no ha salido para la capital. En fin, no hay ni sombras de movimiento en todo Timbalí. ¡Viva la huelga!

No menos de setenta voces contestaron al grito. Estaban todos seguros de su poder, orgullosos de su fuerza, de la potencia nacida de su unión. Cuando calló el 22066 volvieron a oírse los desafíos de un bando para otro, las arengas y las apuestas.

—¿Quién hace de juez en la pelea?

Estuvieron de acuerdo en señalar a Espinel. No había apostado a ningún gallo, y por su reconocida imparcialidad en casos análogos bien podía desempeñar con lujo el delicado cargo. Él lo aceptó, sonriente, al tiempo que recibía una cerveza obsequiada por el *Mejicano*. Don Curro Malpica le brindó otra, que también recibió, pero que entregó disimuladamente a Rudecindo.

—Tómese esta, compañero. Yo creo que debe estar seco.

El hombre la recibió y se la bebió inmediatamente. Estaba nervioso. Había arriesgado la mitad de su fortuna a las espuelas de *Camaleón*.

—La pelea durará media hora. Nada de trampas. El gallo que huelga a manteca de zorro queda descalificado y pierde. —Y luego, dirigiéndose a los dueños de los animales—: ¿Cómo van las apuestas?

—Hay cuarenta y siete pesos por *Camaleón*.

—¡Ah, carajo! *El Veneno* no tiene sino veinticinco.

—Se juega la chiquita.

—No —dijo *el Mejicano*—. Juegue la grande, qué diablos. Yo pongo los veintidós pesos que faltan. Si nadie quiere confiar en mi gallo, yo sí.

—Bueno taría que el dueño tampoco le tuviera conjianza al bicho —comentó uno, sin abandonar el tabaco.

—Se principia la pelea. Hagan círculo. Despejen. Nadie se meta a coger los gallos. Solamente los creadores.

Se abrió la multitud como un abanico y quedó un buen campo descubierto. Se escuchaba la respiración anhelante de Curro y del *Mejicano*. Iban a enfrentar sus animales, su dinero, su popularidad. La ocasión era verdaderamente extraordinaria.

Curro, cerca del mostrador, pidió un trago de aguardiente. Lo tomó en la boca y después lo escupió, en porciones iguales, en las patas y debajo de las alas de *Camaleón*. Otro tanto estaba haciendo *el Mejicano* con *Veneno*. Era «para darles fuerza».

Por disposición de Espinel, *el Mejicano* se colocó al sur del ruedo, y Curro al norte.

—Yo cuento tres y los sueltan —les advirtió. Y luego dijo—: Uno... dos... ¡tres!

Soltaron los gallos, que caminaron hacia la mitad del ruedo, entreabiertas las alas, fijos los ojos, listas las espuelas para el golpe mortal. Ya en el centro *Camaleón* se abalanzó furiosamente sobre *Veneno*. Este se inclinó y la espuela rasgó el aire, por encima de su cabeza. Volvió a la carga *Camaleón*. Decididamente el gallo era bueno. Tenía fibra. Don Curro apretaba los puños, ladeándose según las circunstancias. Parecía que, con sus movimientos, quisiera dirigir las ofensivas de su gallo. Otro

tanto hacía, en el lado opuesto, *el Mejicano*, con el sombrero ladeado sobre los ojos. Se lo echó de un manotón hacia atrás, despejándose la frente. Los rostros estaban tensos; las manos crispadas; brillantes y desorbitados los ojos. De uno y otro bando animaban a los gallos.

- ¡Adentro, *Camaleón*, que ya es tuyo!
- ¡No le corras, *Veneno*, que es gallo viejo!
- Ya lo tenés. ¡Será «veneno» pa tu propio pescuezo!
- ¡*Camaleón* tiene reumatismo!
- Adentro, pollito. ¡Clávale la espuela, carajo!
- No lo dejés ir. ¡Maldita sea!
- Este pollo está más flojo...
- Duro con él, *Camaleón*. Así, ¡métele el pico!

Tirantes las facciones, los músculos a punto de reventar. La pelea era de los gallos; pero los hombres, inflamados por el alcohol, por la sed de ganar dinero, se hallaban dispuestos a reemplazarlos en cualquier momento. Menos mal que no se habían cruzado ofensas, porque entonces...

- Ya lo tenemos, *Camaleón*. ¡El golpe de gracia!

Y en el ruedo los dos animales, como dos furias diabólicas vestidas de plumas multicolores. Brillaba el sol en las alas de *Camaleón* y temblaba en el penacho de la cola de *Veneno*. Abiertos los picos, rojas las crestas, rápidas las espuelas. De pronto *Veneno*, que había estado esquivando las embestidas del otro, se lanzó a la ofensiva y le clavó su dardo en una pierna. *Camaleón* empezó a perder terreno. Los gritos de un lado, animándolo, y del otro, dándolo por perdido, estallaron de inmediato. Pero el animal, como pudo se arrojó contra *Veneno*. Vino un aletear en el que los dos animales se confundieron en una sola masa de sangre, espuelas, plumas. Y después el *Veneno* cayó a un lado, en tanto que el enemigo, tambaleándose, miraba hacia todas partes como buscando aún a su rival. Los gritos entonces fueron terrible. El juez ordenó:

- ¡Tablas!

El Mejicano acudió a su pollo, y Curro al *Camaleón*. Los alzaron, hasta colocarlos de nuevo en los sitios de partida. Los soltaron otra vez. *Veneno* estaba muy «achacado» ya, según decían. Caminaba con las patas torcidas. El pico de *Camaleón* le había dañado el ojo derecho, y ladeaba lastimosamente la cabeza para poder contemplar a su contrario. *Camaleón* se arrojó sobre él. Vino otro relámpago de plumas y de espuelas, y los dos gallos cayeron.

—¡Tablas! —gritó de nuevo Espinel.

Volvieron a colocarlos en los puntos iniciales. Cuando los soltaron, ambos gallos parecían moribundos, con las alas caídas. En un desesperado esfuerzo *el Veneno* se plantó en la mitad del ruedo. Sus patas se alzaron en el aire. Brillaron las espuelas amarillas. Un chorro de sangre roja, caliente, salió de la garganta de *Camaleón* y mojó la tierra seca del circo. Había sido vencido y yacía en sus últimos pataleos, tendido sobre el suelo. *Veneno*, después de su victoria, pareció reanimarse y se sostuvo, altivo a pesar de los golpes sufridos, como a la espera de nuevos enemigos.

—¡Ha ganado *el Veneno*!, —anunció Espinel.

Rostros alegres, furiosamente felices. Rostros tristes, largos, desolados. Uno de estos era el de Rudecindo. Había apostado un peso para perderlo en esa forma tan estúpida. Poseído por la cólera salió. Allí estaba Pacho.

—Corra y dígame a Cándida que le dé el otro peso, ¡carajo! Que estoy haciendo un negocio. Pero apúrele, ¡maldita sea!

Entró. Espinel le ofreció una cerveza. Le refirió al amigo lo de la apuesta.

—Cuando uno está caído, compadre, hasta los perros...

—Sí, ¡qué vainas! Bueno, yo ya estoy muy jarto con esta vida que llevamos. ¿Y qué hay de la huelga? ¿Hasta cuándo va a durar?

—Hasta cuando los jefes de la Compañía cedan. Estamos dispuestos a morirnos de hambre antes que volver a trabajar, compañero.

Rudecindo salió de la cantina. Sentía tristeza y una enorme cólera contra sí mismo. ¡Apostar la mitad de su capital a las patas de una bestia! ¡Qué suerte tan miserable!, se dijo. Se dirigió hacia el rancho, avergonzado. El sol caía sobre Timbalí, ardiente. El cielo se mostraba limpio, azul. No se oía un solo ruido. Sus pasos sobre la calle le parecieron truenos. Los motores estaban mudos. Todo el valle era un inmenso campo muerto, una ciudad abandonada. Sólo se veían vagar, por el aire, las nubecillas de humo que salían de las casas de los extranjeros.

Capítulo

La calma de Timbalí era siniestra. Presagiaba la tempestad, y no tardaron en presentarse sus primeros síntomas. Desde la capital del departamento llegaron grandes camiones amarillos, cargados de policías uniformados de verde, armados con fusiles y pistolas, con las cartucheras llenas de balas y las miradas decididas. Fueron más de trescientos. Se regaron por todo el valle. Acudieron hasta las bocas de las minas: de Santa Brígida, de Vientoalegre, de Rocasblancas: a todas, hasta al mísero socavón de La Pintada. Montaron guardia en la pequeña construcción en donde funcionaban los motores; subieron a los vagones y a las locomotoras; otearon el horizonte desde el último piso de la torre central; custodiaron el edificio de las oficinas y las residencias de los jefes, en el Timbalí elegante y limpio; y llegaron, audazmente, hasta las mismas covachas de los mineros, hasta el basurero del pueblo en donde se alzaba el miserable abrigo de Cristancho y de su familia.

Comprendieron que los amos de la Compañía Carbonera del Oriente, temerosos de las reacciones violentas de los obreros cuando se les terminara el poco dinero que debían tener y acudieran por las calles hasta sus casas pidiendo pan y justicia, habían solicitado a la capital refuerzos armados necesarios. ¡Policías! Casi todos los obreros los temían, sobre todo los que habían acudido al valle desde los campos; porque uno de tales uniformes había sido equivalente para ellos, durante varios años, el traje común de la muerte, del incendio, de la violencia. Por eso los vieron llegar con temor y con desconfianza por eso cuando pasaban a su lado torcían los labios en un ademán de asco y de odio; por eso cuando comprendieron que los habían traído especialmente para dominarlos, creció el germen de la rebelión, embrionado ya por los últimos acontecimientos.

Por la mañana fue el entierro de Joseto. *El Diablo* no había sido capturado aún. Vagaba por regiones desconocidas. A lo mejor había cruzado ya la frontera. O quizás, y era lo más probable según los amigos del fugitivo, se hallaba merodeando por aquellos lugares, sin decidirse a abandonar el pueblo.

Al entierro concurrieron no menos de ochocientos obreros. Todos sucios, aún tiznados o amarillentos, por el carbón o por el polvo; con el rostro demacrado, pálido, en donde el hambre pintaba sus ojeras fatídicas; con las manos crispadas en gestos amenazantes al divisar a los policías; con un brillo decidido y siniestro en los ojos; con las palabras injuriosas a flor de labios, y con la violencia desatándose, creciendo como un pueblo de pigmeos debajo de la piel. Formaron respetuosamente detrás del cajón que contenía los restos del amigo desaparecido. Para muchos, en varias ocasiones, había sido Joseto el salvador; para otros el explotador, el usurero. Pero en una u otra forma le debían favores; y por eso, unos voluntariamente, otros por aburrimiento, otros arrastrados por sus compañeros, echaron a caminar en el fúnebre

cortejo.

Sacaron el ataúd de la iglesia. Para llegar al cementerio católico tenían que atravesar las más elegantes calles del barrio de los extranjeros. Junto a las verjas de las casas se veían grupos de tres o cuatro policías, armados con sus fusiles, en actitud expectante. Eran, pensaban los obreros, esos mismos que habían sembrado la destrucción y la barbarie en todos los campos; eran los asesinos de su propia patria.

La fila de hombres imponía temor y respeto. Caminaban de a cuatro en fondo. Es decir, había doscientas hileras de rostros pálidos, de manos enjutas, de cuerpos magros, de vestidos viejos y rotos. Formaban un contraste tan vivo con las suntuosas residencias, con los alegres jardines y con los bellos automóviles de último modelo, que la rebelión, lenta pero segura, fue creciendo en todos los pechos, haciéndose presente en las pupilas, tornada reto en los labios, amenaza en las manos, tempestad en los corazones.

No hubo un solo grito. El entierro se verificó dentro de la calma más absoluta. Cuando el ataúd desapareció como engullido por la bóveda, los acompañantes fueron regresando por caminos diversos hacia sus casas o hacia las cantinas. Evitaron pasar por el barrio elegante del pueblo. Era demasiado grande la tentación y había que sofocarla.

¡Trescientos policías, quizás más! Rudecindo pensaba, aterrado, en lo que podría suceder. Los motores continuaban silenciosos, detenidas las góndolas, estacionados los vagones del tren sobre la doble fila de los rieles, huérfanas de obreros las entrañas negras de la cordillera. ¿Qué sucedería? ¿Para qué habían mandado pedir los poderosos de la Compañía Carbonera del Oriente todos esos policías, a sabiendas, quizá, de que eran esos mismos que poco antes, por todos los caminos de la república, ebrios de licor y de sangre, habían sembrado el odio fratricida y el deseo de la venganza, madre de todos los crímenes?

¿Y qué ganaban ellos continuando la huelga? En fin, eso del Sindicato no le importaba. Nunca, por lo demás, sabría comprenderlo; no le encontraba utilidad. ¿Y el resto? ¿Qué era eso del seguro de vida? Precisamente, pensó el 22048, la compensación que se da en dinero a la familia de un trabajador muerto al servicio de la Empresa. Bueno, eso le parecía mejor. ¿Y la hora más de trabajo? Tal vez retornando a la normalidad los patrones quisieran desistir de esa medida de castigo. Entonces todo seguiría como antes. Él, levantándose a las seis de la mañana, trabajando dentro del túnel de La Pintada... En fin, volverían los días monótonos..., pero esa era la vida. En cambio ¿qué hacía allí, sentado a toda hora delante de su rancho, pensando en prenderle candela a los edificios de los extranjeros, con deseos de matar a míster Brown, de sacarle la lengua al capataz para cortársela poco a poco, de escupirle al alcalde su cara de pájaro de mal agüero? ¿Qué hacía recordando los redondos senos de Cándida, su manera de sentarse, su cabellera suelta, sus manos suaves, la dimensión de la risa sobre sus labios?

Pastora continuaba enferma. Ya casi podía incorporarse, pero a costa de grandes

esfuerzos y de bastantes dolores. Mariena la atendía cariñosa y solícita. Otro tanto hacía Cándida... Debían volver a la normalidad, regresar al trabajo para no morir de hambre, aún cuando la injusticia siguiera imperando en las calles de Timbalí.

Un muchachito delgado y negro, sin camisa y con los pantalones completamente rotos en la parte posterior, se acercó a Mariena, que contemplaba el paisaje que rodeaba su rancho: el sauce melancólico, como un viejo dormido a las orillas del charco; las hierbas secas del fondo del pozo, en donde ya casi no croaban las ranas, muertas por el verano; los escombros dispersos de la casa de Cándida, quemada por las manos del *Diablo*... ¿Dónde estaría? La perseguía su sombra. Lo compadeció. Se hallaba huyendo por haberla defendido cuando precisamente lo necesitaba, cuando estuvo a punto de caer, dominada por el temor y por la angustia, ante las caricias lascivas de Joseto. Pensó en el hombre, frío, rígido, pudriéndose entre las cuatro tablas del ataúd, y una alegría feroz le iluminó el rostro. Era el único que le había acariciado la cara, el único que se había atrevido a palpar la doble ternura naciente de sus senos... ¡Bien muerto! Lo maldijo interiormente. Por su culpa, *el Diablo* estaba huyendo, lejos, perdido para siempre.

La voz del muchachito la sacó de sus meditaciones:

—Óigale, allí hay un señor que quiere verla... Allí detracito de los árboles, junto a la quebrada. Es don *Diablo*.

Violentamente levantó la cabeza. Contempló, absorta, al pequeño. ¿No estaría diciendo mentiras? Pero, pensó, ¿qué interés podía guiarlo para que intentara engañarla?

—¿Está... allí?

—Sí, juntico a la quebrada, debajo del aliso...

El muchachito echó a correr, camino abajo, hacia Timbalí. Sus pies desnudos levantaron en el camino una nube de polvo dorado, que no tardó en ocultarlo.

¡Allí estaba *el Diablo*! Dolorosamente se le oprimió el corazón. La sangre corrió veloz por sus venas, amenazando ahogarla con sus múltiples cordeles escarlatas. ¡El *Diablo*! ¿Iría? Pero ¿para qué? Pues... Sí, debía responder a la llamada angustiosa del fugitivo, del hombre que no había vacilado en comprometer su libertad por salvarla.

Se levantó. No creyó que fuera tan grande su emoción. Le temblaron las piernas. Tuvo que apoyar la mano derecha en una caneca despanzurrada para no caer. Un velo rojo le cubrió las pupilas y le pareció que, al ir al encuentro del *Diablo*, se estaba precipitando de cabeza entre las llamas del infierno.

Debía tener valor, serenidad. Debía acudir para dar, con sus palabras, un consuelo al pobre fugitivo. A lo mejor lo encarcelarían esa tarde o esa noche. Con tantos policías...

Tomó el camino de la quebrada. Los árboles sin hojas, secos, parecían llamarla

desde lejos. Apresuró el paso. ¿Y si era un ardid? ¿Si era una mentira del chiquillo y en lugar del *Diablo* encontraba esperándola uno... o unos hombres, de esos seres tiznados y horribles que había visto vagar a todas horas por las calles de Timbalí? Se detuvo, miedosa. ¡Estaba a punto de cometer una locura! Si al menos se encontrara por esos lados Pacho... Pero se había ido tras de su padre al entierro de Joseto. Retrocedió asustada. No podía... ¡No! Echó a andar hacia la casa. Entonces recordó a la madre enferma, pálida, tendida en el suelo; pensó en Cándida que había llegado a su hogar en circunstancias extrañas; en Neco, que estaría llorando de hambre... Y avanzó hacia la quebrada. Posiblemente era *el Diablo*, que venía a Timbalí solamente para hablar con ella, para mirarla, para decirle cuánto la amaba... Recordó sus fuertes manos varoniles en torno de su cara; evocó la forma de sus labios, encendidos bajo los grandes bigotes oscuros que contrastaban con el cabello color de fuego... El deseo, como un gusanillo, agazapado en el fondo de su corazón, fue despertándose. Sufría el proceso natural, acelerado en ella por el medio, por el clima ardiente que había modelado su cuerpo para el amor antes de cumplir los quince años. Su respiración se hizo intermitente, fatigosa. No, no debía ir. Ahora menos que nunca, porque comprendió que marchaba directamente hacia su propia perdición.

Por un momento pensó en la suerte de Cándida. Así sería la suya si continuaba avanzando hacia la quebrada, en donde se abrían los brazos del *Diablo*, profundos como un abismo hacia el cual iba cayendo ella, de cabeza, con los ojos cerrados, sin quererse salvar. No, ahora no debía ir. Pensó en un lujo... Recordó a Pastora, a sus sufrimientos, al médico arrodillado entre sus piernas... Mentalmente, se colocó en el sitio de la madre y un frío intenso, molesto, recorrió su cuerpo. Se detuvo. La lucha era demasiado grande para su cerebro. ¡Un hijo! Sería el dolor, el sufrimiento máximo. Y después llevaría sobre su frente, como una mácula, ese pecado... Un hijo sin padre, un muchachito como Neco, que lloraría de hambre sin que hubiera una mano cariñosa que lo cuidara, que velara por él... Y ella, vendida como un fruto podrido, circulando de mano en mano para poder seguir viviendo... ¡No, horrible! Se golpeó la frente con la mano. La poseía la fiebre. Debía reflexionar serenamente, no perderse en caminos por los cuales no era necesario transitar.

Iría. Si el *Diablo* intentaba acariciarla o besarla, gritaría... ¿Pero si era ella la que, por su debilidad, se precipitaba en el abismo? ¿Si nadie sino su propio instinto, el deseo ya despierto en su corazón y que iba agigantándose y llevándola, fatalmente, al cumplimiento de su destino de hembra, si nadie, sino ella misma, iba a caer en los brazos de la tentación? No. Sería valiente. Se trataba sólo de alejar del corazón del *Diablo* la amargura, el dolor infinito de verse perseguido, de estar huyendo por los montes como un animal rabioso.

Caminó decidida. Los árboles murmuraban débilmente. Un vientecillo imperceptible movía las ramas altas, impregnando el aire con millares de partículas amarillas. Allí estaba el prado verde y suave por donde corriera ella, primero para ayudar a Pastora en el lavado de la ropa, luego para pasear, el día en que había

sufrido su madre la caída..., y ahora sola, al encuentro del *Diablo*, de la tentación...

—¡Mariena!

Cerró los ojos. Creyó que iba a morir. Delante de ella, surgido de la opaca cortina de los árboles, estaba *el Diablo*. Alto, fornido, prominente el mentón, brillantes los ojos claros, alborotado el cabello como una llamarada, con sus cejas arqueadas, sus grandes bigotes oscuros, sus manos fuertes y sus labios perversos. Allí estaba *el Diablo*.

No supo qué decirle. Se acercó a él, temblorosa, como la víctima que espera el golpe de gracia del verdugo. Estaba bellísima. Tenía el rostro arrebolado por el pudor y por la emoción, y sus largas pestañas, al caer sobre sus pupilas, las hacían soñadoras, lejanas, ardientes... Creyó morir cuando sintió que rodeaban su cuerpo los fuertes brazos del Diablo. Apoyó la cabeza sobre su pecho. Los labios le recorrieron la frente, los cabellos... Después se detuvieron en su boca, en un beso prolongado y febril... Aprisionaron la nieve de su garganta...

Mariena se separó, bruscamente, del hombre.

—¿Qué quiere? ¿Por qué vino? ¿No sabe que los policías lo están buscando?

—Vine a verte, Mariena. Tenemos que largarnos los dos, lejos, donde no nos persigan. Yo sé que ya no puedo vivir aquí, y que si me encuentran me meten a la cárcel. Pero tenía que mirarte... Mariena, debemos irnos. Yo vine solamente a llevarte conmigo.

Era la tentación, girando locamente ante sus ojos como un molino que triturara su personalidad, sus convicciones, su dignidad de mujer. Se iría con el Diablo, acompañándolo en su destino de fugitivo hasta que la ley encontrara la razón de su proceder y lo absolviera, o hallara injusta su manera de obrar y lo condenara, para seguir huyendo por caminos ignorados, por entre los breñales, perseguidos por todos... Pero en fin, al lado de ese hombre que había conmovido su dormida sensibilidad de doncella, que había sido capaz de besarla y de hacerla sentir mujer, por primera vez en la vida.

—Nos vamos, Mariena. Mañana por la noche vengo por ti a este mismo sitio. Nos encontraremos a las ocho, cuando repiquen las campanas de la iglesia. No debes traer nada. Vienes, solamente. Yo tengo un carro preparado, allá, en la carretera que conduce a Troncoso. Y nos largamos para cualquier parte, pero los dos juntos, porque yo sin ti ya no seré capaz de vivir mi solo momento.

Sintió que los brazos la rodeaban de nuevo. Unas manos amplias y fuertes fueron acariciando sus espaldas, su cintura, sus caderas...

El viento agitó los árboles. Se oía el rumor apagado de la quebrada. El sol caía

sobre la tierra seca, cuarteada por el verano Mariena cayó de rodillas sobre el césped, que allí se conservaba milagrosamente verde. Después perdió la noción de las cosas. Pasaban delante de sus pupilas desmesuradamente abiertas: los árboles, el cielo, los ojos del *Diablo*, sus labios perversos que la besaban hasta el martirio... Y de nuevo, en rueda interminable, los ojos, los labios, el cielo, los árboles...

Mariena regresó al rancho. Aún no habían llegado Rudecindo y Pacho. Pensó en las palabras del hombre: «Mañana, a las ocho de la noche, cuando suenen las campanas»... Tendría que irse. Sí. Ahora más que nunca. Porque ya en su vientre de hembra empezaba a crecer, hacia la angustia y hacia la muerte, un hijo. ¡El hijo del *Diablo*!

Capítulo

Caía la piqueta rítmicamente sobre las rocas. Se llenaba de tierra la pala y se volcaba en las vagonetas, ante la mirada ácida del capataz. Una y otra vez, durante toda la mañana y la mitad de la tarde, en el mismo trabajo. Y allá afuera, en la entrada del socavón, cuatro policías armados con fusiles y pistolas, dispuestos a disparar sobre ellos al menor síntoma de hostilidad.

Rudecindo pensaba en el extraño rumbo que habían tomado los acontecimientos. Las esperanzas de los mineros irredentos estaban truncas. Nada podía la justicia de sus peticiones ante la fuerza armada, ante las influencias y la superioridad de los patronos y ante la falta de escrúpulos de los extranjeros.

Fue así como aquella mañana todos los habitantes de Timbalí se vieron obligados a trabajar. Los policías eran más de trescientos. Se regaron por las posiciones estratégicas, coaccionando a los hombres para que salieran de sus casas y, bajo la amenaza del fuego, los hicieron subir a los socavones: Santa Brígida, Vientoalegre, Santo Nombre, Rocasblancas, Niñasol, Chicamocha, La Pintada; o ascendieron con ellos hasta la casa en donde estaban ubicados los motores. Los forzaron a regresar al trabajo. Debían dar el mismo rendimiento o, según se decía, y exponiéndose a perder varios millones de pesos, la Compañía Carbonera del Oriente haría un despido colectivo para que sirviera de escarmiento a los insurgentes.

Rudecindo trabajaba de mala gana. Casi lo mismo les sucedía a sus ocho compañeros. El capataz había sido comprado por la Compañía, como todos los jefes de los pequeños grupos. Por eso, satisfecho, se rascaba la barbilla y se arreglaba, negligente, las enormes patillas. Hombres como él, sin caridad y sin escrúpulos, fueron quienes salieron ganando con la fracasada huelga de los mineros. Porque para contar con la fidelidad de sus servicios, la Empresa les había otorgado un dividendo especial, así como se arroja un hueso al perro para tenerlo contento.

Espinel, Cipagauta, *Lechuza* y los otros, esos números, esas fichas, esos insectos dentro de la inmensa organización carbonera, trataban de no pensar en su fracaso; de disculparse consigo mismos diciéndose que estaban allí, en el fondo de La Pintada, respirando su aire pútrido, solamente por el poder de las armas. Cuatro policías y el capataz, también armado por la Empresa, eran muchos para ellos solos. Y así por todos lados. Los trescientos agentes venidos de la capital del departamento, más unos cincuenta Judas por el estilo del patilludo que los vigilaba, habían servido para dominar a mil ochocientos obreros. Por cada seis indefensos había uno armado. La superioridad era abrumadora.

Llevaban ya dos horas trabajando en el centro negro del túnel, pensó Rudecindo. Serían, entonces, las tres y media de la tarde. El capataz había prolongado la instalación eléctrica en un buen trecho. Desde el principio habían avanzado cerca de

nueve metros, quizá diez. Posiblemente llegarían dentro de poco al sitio en donde yacían los cadáveres de sus compañeros, sepultados por la explosión. Tal vez ese olor fétido que se percibía emanaba de aquellos cuerpos martirizados.

Al pensar en esto clavaban la piqueta con fuerza contra las piedras. Un extraño impulso los hacía desear llegar al final del derrumbe, encontrar a los sacrificados, respirar el aire asfixiante y después, sentados ante aquellos cuerpos agusanados, llorar como chiquillos, como sentimentales o como imbéciles... Y la pica perforaba la tierra dura, solidificada. Afuera, los policías bromeaban, fumaban cigarrillos y jugaban a los dados o al naípe, pero siempre con los ojos vigilantes y las manos listas para esgrimir la pistola o el fusil.

El capataz se había vuelto más insolente. Sólo dominados por la fuerza de las armas podían soportarlo. Se alegraba del fracaso de la huelga. Y ¡cómo no había de regocijarse, cuando ello implicó en su favor un dividendo especial, un arma y una autoridad sin límites!

—Bueno, parranda de desgraciados, aquí están es trabajando. Para eso les pagan, ¡carajo!

¿Qué podían contestarle? Cristancho había visto relampaguear, bajo su chompa negra de cuero, el revólver. A la menor señal de rebeldía dispararía sobre ellos. Todos tenían problemas en que pensar antes de arriesgar la vida. Ya era la madre enferma y sola, o los hijos pequeños, o la esposa... En esos seres estaba materializada su obligación de continuar viviendo; por ellos debían cuidarse; por ellos estaban en la necesidad absoluta de ser humildes, de soportar calladamente cuanto viniera.

—No podrán obligarnos a trabajar —había dicho Espinel esa mañana, al saber la noticia—. No harán que levantemos los brazos. No triunfarán.

Pero siete horas después ahí estaban trabajando como antes, en el fondo negro y pestilente de La Pintada. Ahí estaba otra vez el capataz insultándolos. Y aún más: afuera, en donde el sol calentaba la tierra, en donde el aire, a pesar del polvo amarillento que lo llenaba, era fresco, estaban vigilándolos cuatro policías.

Los dirigentes de la empresa no desconocían las habilidades que, como agitador, poseía Espinel; sabían que no solamente del socavón en donde trabajaba, sino de muchos otros, acudían a sus conferencias secretas; estaban enterados de que su voz era una autoridad, y por eso en La Pintada había destacado cinco hombres armados, contando al capataz, para espiar a nueve mineros indefensos.

De súbito la piqueta de Rudecindo se hundió profundamente en la tierra. Un olor inaguantable, nauseabundo, invadió el túnel. Todos se llevaron la mano a la nariz. El capataz inició la desbandada. Tras él salieron los obreros olvidando sus instrumentos de trabajo, huyendo del intenso y terrible hedor a carne putrefacta.

Los policías alistaron los fusiles. Dejaron sobre el suelo gredoso de la meseta los

dados y las cartas, y se prepararon para repeler un ataque. Pero en pocas palabras el capataz les explicó. Y a su aclaración se unió el olor que salía por la boca del túnel, como de un sepulcro profanado.

—Carajo, ¡cómo huelen esos desgraciados! —dijo el capataz.

Rudecindo permanecía de pie, mirando con miedo y con rencor a los policías. Le traían ingratos recuerdos. Aún creía verlos, montando los caballos robados en las haciendas, sembrando el terror y la muerte por los caminos, nada más sino porque unos pertenecían a un partido y ellos a otro... Los odió y deseó tenerlos bajo la planta curtida de su pie desnudo, para aplastarlos como si fueran alimañas venenosas.

—Por encima de todo hay que hacer el trabajo. Para eso estamos contratados, y mi deber es ponerlos a salir al otro lado, como sea.

Intentaron rebelarse. Espinel se adelantó dos pasos. El capataz se llevó la mano al revólver y los policías desaseguraron los fusiles.

—Creo que por lo menos todavía tenemos derecho a hablar —dijo Espinel, finalmente, decidido a todo—. ¡Y es inhumano que se nos ponga a sacar de entre la tierra esos cuerpos ya podridos!

—Y entonces, ¿qué quiere que haga? ¿Que los saque yo?

—Seremos víctimas de una infección si continuamos en ese trabajo. Por lo tanto, yo...

—Usted no hace sino lo que yo mande, ¿entendido? Y si no les cargamos plomo. Los rellenamos de píldoras —y señaló el cinto, repleto de balas.

—Esto es increíble —comentó Espinel, en voz baja—. Estamos llegando a extremos nunca vistos. En ninguna otra de las Compañías en que yo he trabajado hacen monstruosidades como esta.

Uno de los policías alzó el fusil y le propinó, con la culata, un golpe sobre los músculos del brazo derecho. Espinel se tambaleó, pero no cayó al suelo. Por un momento sus ojos se vieron cruzados por un relámpago de rabia. Pero luego, con un esfuerzo violento, se serenó.

—A trabajar, ¡carajo! ¡Y pronto porque se nos está acabando la paciencia!

Los que tenían pañuelos se los ataron alrededor de la nariz, haciendo un nudo sobre la nuca. Los que no, entraron así a la mina. El capataz entró con ellos. Al menos no estarían solos.

Aquel hombre que había recibido dinero de los extranjeros para ayudar a explotar a sus compatriotas, tendría su parte en el macabro y nauseabundo hallazgo.

El olor era insoportable. El aire se hacía espeso, casi podría decirse pegajoso. Sin

embargo, avanzaron decididamente. Tenían que soportarlo todo. Estaban dominados por la fuerza de las armas. Caminaban rápidos, cual si quisieran llegar cuanto antes al lugar del suplicio. Rudecindo, que no tenía pañuelo, trataba de respirar por la boca, pero las emanaciones fétidas herían su olfato y el aire, enrarecido por la profundidad del túnel y saturado por los vapores que emanaban de aquellos cuerpos en descomposición, se le hacían insoportable. Creyó que iba a morir. Sintió vacía la cabeza, como si de ella hubiera huido todo resto de razón. Le temblaron las piernas y las manos se le humedecieron por la angustia. Sintió vértigo y tuvo que curvarse, sosteniéndose de una de las vigas, para vomitar. Le dolía el estómago, casi vacío durante todo el día. Un velo oscuro lo envolvió. Entonces una mano fuerte le golpeó la espalda.

—¡Ande, gran imbécil! ¡Hay que darle duro al trabajo para salir ligero de este infierno!

El capataz. Sintió deseos de arrojarse sobre él como un perro rabioso, de destrozarle con los dientes la cara, las patillas... Bueno, ¡qué remedio! Había que trabajar. Tenía que «hacer de tripas corazón», como le dijera su amigo el domingo. Caminó hacia sus compañeros, que ya habían llegado al sitio del derrumbe.

Las picas empezaron a caer. Las rocas grandes, sucias, eran depositadas con esfuerzo dentro de las vagonetas, que pronto estuvieron llenas. El capataz salió con ellas, indudablemente satisfecho de respirar el aire puro y limpio de la tarde, allá afuera, en la meseta, en donde los policías continuaban jugándose a los dados la túnica del crepúsculo. Los mineros enderezaron el cuerpo, fatigado por la incómoda posición en que tenían que trabajar. Pero ¿para qué el descanso, con aquellas condiciones irrespirables? Continuaron picando las rocas, la tierra, el barro, con furia, como poseídos de un genio maligno, durante diez, veinte, muchos minutos...

La pica de Rudecindo volvió a hundirse en algo blando y, cuando la sacó, a la luz macilenta de las bombillas la vieron húmeda. El hedor fue más intenso. Creyeron morir. El 22048 sintió de nuevo el vértigo, el deseo de vomitar. Oyó el rodar de las vagonetas por el túnel y se contuvo. Regresaba, de otro de sus viajes, el capataz. Con verdadera rabia clavó la pica en el suelo. Una roca enorme se desprendió, llevándose tras de sí pequeñas piedras, y quedó al descubierto un cadáver.

Nunca ya olvidarían ese espectáculo aterrador; jamás se borraría de sus pupilas ese cuadro trágico. El cuerpo yacía sepultado entre la roca que se desprendiera ante la pica de Rudecindo y otra de mayor tamaño. No tenía casi forma. Estaba completamente espichado. Era un montón de huesos, de carne, de tendones medio comidos por los gusanos, de músculos semidestruidos, de ropa vieja y rota... Y en medio de todo aquello, como para recordarles que ellos podían morir así algún día, un pequeño óvalo metálico, con un número aún visible a pesar de la sangre y el polvo que, unidos, amalgamados, habían formado una materia extraña que lo cubría todo:

11330. El número once trescientos treinta. Ese era el hombre. Ninguno se atrevió a hablar. El aire se hizo gelatinoso, horrible, insoportable. Diez pares de ojos estaban fijos sobre la masa, sobre aquel montón de tierra, de carne, de humedad...

El sonido distante de la sirena fue como una tabla de salvación. Todos salieron corriendo, como locos, abandonando las herramientas. Cuando llegaron a la boca del túnel respiraron el aire puro de la tarde, pero el olor fétido del cadáver se les había quedado prendido en las narices, en las manos, en la cara, en todas partes. Y entonces los diez hombres, sin excepción, se tendieron en el suelo y allí vomitaron, retorciéndose, como agonizantes.

Rudecindo bajó con Espinel por el caminillo de rocas. Estaban pálidos. Parecía que ni una sola gota de sangre circulara por sus venas. Les temblaban los brazos y las piernas, y tenían que caminar muy despacio.

—Nadie debe saber esto, compañero. Lo digo refiriéndome a nuestras casas.

—No, nunca. Oh, ¡qué cosa tan terrible! ¡Cómo me duele la cabeza!

—A mí también. Es inhumano, es bestial lo que nos obligaron a hacer. Mire usted que dejar pasar mes y medio antes de que se les ocurriera reparar ese túnel para sacar los cadáveres... ¡Y ahora tenemos que meternos allí y soportarlo todo! Mañana no vendré a trabajar. Podrán matarme. Me tenderé en el suelo, de cara al sol, y esperaré a que uno de esos asesinos uniformados me ponga el cañón del fusil en el cuello y dispare. Será bello, compañero, sentir cómo llega la sombra.

—No diga eso. Debemos ser fuertes. Hay seres que nos necesitan.

—Pero no vendré a trabajar.

—Yo tampoco.

—La injusticia crece. Yo sé que por todas partes se están cometiendo las mayores arbitrariedades. Compañero, nosotros, usted y yo, y mil ochocientos obreros más, somos los desgraciados, los desheredados. No tenemos una cuarta de tierra donde poder echarnos a morir sin que nos molesten. En cambio ellos —y señaló con el brazo extendido, trémulo de cólera, las quintas de los extranjeros—, ellos pertenecen a la clase de los que ordenan, de los que disponen de nuestras vidas. ¿Y por qué? Porque tienen quizá más ilustración, porque han estado más en contacto con la civilización. Pero ¿qué es la civilización? ¿Es un monstruo que se nutre de cadáveres? No. Es la comprensión de los problemas de cada grupo racial, social, humano. Es la solución oportuna, adecuada y justa, de las necesidades de un pueblo. La civilización es progreso, y este no consiste en sacar carbón de una roca y meter, en cambio, hombres para que se pudran. Por eso, y por lo que ellos son más ilustrados, por lo que saben más que nosotros, deberían comprendernos y no condenarnos a la muerte, a la miseria o a la rebelión.

Espinel estaba diciendo la verdad. Rudecindo alcanzó a comprenderlo. Esas frases de su compañero, del 22066, las había pensado él antes, pero no había sido

capaz de ponerlas en claro. Sí. La civilización debía ser comprensión y ayuda, y nunca destrucción y desdicha.

Llegaron a los límites del basurero. A los lados de la quebrada los árboles estaban quietos, como en espera de la milagrosa florescencia de las estrellas.

—Aquí nos separamos, compañero —dijo Rudecindo.

—Sí. Yo voy a enterarme de lo que está ocurriendo en otras partes. En Rocasblancas, en Vientoalegre, en Niñasol... Ya nos veremos esta tarde o mañana. Pero no iremos a trabajar más en La Pintada. No pueden obligarnos.

Se separaron. Rudecindo tomó el camino hacia su cubil, y el otro se marchó a buscar en las tabernas o en los corrillos informaciones sobre la situación de sus compañeros de desgracia.

Se fue asomando la sombra por sobre los cerros. Lentamente descendió al valle, de nuevo hirviente de actividad. Las luces se encendieron y continuaron los motores con su ruido infatigable.

Allí estaba Mariena, sentada ante la puerta del rancho, con la quijada sobre las rodillas y las manos entrelazadas en torno de las piernas. Lo vio venir y levantó la cabeza. Rudecindo pudo verle los ojos llenos de lágrimas, y entró rápido, imaginando que Pastora seguía muy enferma. Y así era, en efecto. No daba la menor señal de mejoría. A pesar de las pastas y de las cucharadas que le diera el médico, la debilidad de la mujer era terrible. Cándida, aparte, le dijo que no tenía un solo centavo.

—¿Qué hacemos? ¿Qué demonios puedo hacer yo, pobre, desgraciado, inútil? Robaré, mataré..., pero mis hijos no se morirán de hambre.

—No hay necesidad de esos extremos, hombre. Tal vez don Ramiro le deje algunos artículos fiados. Él es muy bueno, muy comprensivo. Yo no voy porque... porque... bueno, porque querrá que le pague como acostumbran a cobrar los hombres los favores que les hacen a las mujeres, y eso... nunca ya.

—Yo iré, Cándida.

Salió. El aire del crepúsculo estaba lleno, en las laderas de la montaña, de luces amarillas. Odió el ruido igual de los motores, la lumbre de las bombas, las calles largas y solas de pueblo, las quintas de los extranjeros... Y sobre todo se odió, enormemente, a sí mismo.

El sonido de las campanas se metió en el cerebro de Mariena, hasta la desesperación. Oía, nítidos, los lúgubres tañidos que despedían la tarde. Se difundieron por el aire intranquilo del valle, corrieron por todos lados, hasta la caseta en donde velaban los empleados encargados de controlar la marcha de los motores, hasta los socavones de Vientoalegre y de Chicamocha, hasta las viviendas de los *místeres* y *musiús*, hasta las

miseras tienduchas del barrio pobre. Mariena, acostada en el suelo terroso del rancho, percibió las notas que fueron apagándose lentamente, como en un murmullo agónico. Pero dentro de su cabeza continuaron sonando, poderosas, como gritos, como palabras. Era el momento definitivo de su vida. Allá en la sombra, tras de los árboles del prado, estaba esperándola el Diablo. Iniciarían su vida azarosa de fugitivos por todos los caminos del mundo, siempre huyendo de la justicia y persiguiendo la felicidad.

La vacilación iba invadiéndola a medida que pasaba el tiempo. Miró en torno suyo y sólo percibió la sombra. Ya todos dormían dentro del rancho. El sueño reemplazaba a la comida. El hambre los había vencido. Porque Rudecindo apenas si pudo conseguir una panela y un poco de pan para darle a Pastora que estaba cada vez más débil, más extenuada. Por eso en el pequeño refugio sólo se oían las respiraciones acompasadas, uniformes. Y ella, en medio de su propia angustia, velando, velando... Ya hacía rato que la última nota de la campana había muerto en ecos a los pies de la montaña. *El Diablo* estaría impaciente, esperándola. ¿Y si se marchaba para siempre? ¿Si la dejaba sola, con el problema de ese hijo que ella presentía, que adivinaba y que temía? No, era necesario que huyera. Al acudir la tarde anterior a la llamada del *Diablo* había decidido para siempre su destino. Porque ella supo que, dominada por el instinto y por el deseo, caería en los brazos del hombre. Y en ellos había caído, sin la menor protesta. Ahora su suerte estaba echada.

Alzó la cabeza para escuchar, otra vez, temiendo que alguno estuviera despierto y la viera salir hacia la noche. Su hermano dormía muy cerca. Alcanzó a percibir su boca entreabierta, sus ojos cerrados, sus facciones poseídas por el abandono del sueño. Pensó en el hogar que abandonaba, en la pena que causaría su partida a Rudecindo, a Pastora, casi moribunda... Recordó a Pacho que tan valiente se había mostrado en dos ocasiones: primero cuando robó la alcancía de las limosnas en la iglesia, y cuando enterró en la pierna del *Diablo* su cuchillo, evitando que ella perdiera su dignidad... ¡Su dignidad! ¡Qué ironía! ¿En dónde estaba ahora? Era para ella, en esos momentos, una palabra vana, inventada por las circunstancias. Lo había perdido todo. No fue capaz de resistir a la tentación. Cedió a los impulsos del deseo, y se precipitó dentro de la llama de su propio destino.

Era tarde para lamentaciones. Se incorporó, lentamente. Nadie se movió. Cuidando de no hacer ruido abrió la puerta del rancho y, gateando, salió. El aire estaba quieto. El calor era insoportable. Los árboles se veían como una pared de sombra más espesa que la noche misma. Allá lejos, en la falda del monte, brillaban las luces que indicaban la entrada a los diversos socavones del valle. Croaba una rana asmática en el pozo. Muy alto vio centenares de estrellas. Había una enorme, rojiza, hacia el oriente, y ella pensó que era una gota de sangre que lloraba la noche. Así lloraría a la mañana siguiente Pastora, cuando se enterara de su fuga. ¿Qué pensarían? Se volverían locos buscándola por todas partes. Deseó volverse, regresar a su sitio en el suelo, al lado de Pacho. No la guiaba la ambición. Simplemente un amor súbito y

tremendo por *el Diablo*. Y, además, la consideración de que en sus entrañas empezaba a crecer un hijo suyo.

¿Qué la llevaba hacia el hombre? Un simple impulso. Lo que hace la vida; las cosas grandes y las pequeñas. Ese mismo empuje desconocido que había arrastrado al campesino Rudecindo Cristancho a trabajar como minero en La Pintada; ese mismo que llevó al *Diablo* a clavar su cuchillo en el pecho de Joseto; el que condujo a Pacho hasta las puertas de la iglesia para que robara la alcancía; el que hizo que el 22048 apostara su último peso a las patas de un gallo. Ese impulso misterioso y extraño que mueve a los seres y que se parece al hilo con que, detrás del telón, el titiritero gobierna las marionetas.

No debía vacilar, se repitió. Era el instante supremo. Necesitaba de todo su valor, de toda su fuerza. Aún no se había decidido a separarse del rancho. Con la mano izquierda se agarraba a la puerta. Era la última tabla de salvación en el revuelto mar a donde iba a precipitarse. ¿Volvería a su hogar? Meditó en Rudecindo. Estaba muy cambiado, últimamente. No reconocía en él a su padre. Era un ser nuevo, con ideas nuevas, con palabras nuevas. La gallera, el tejo, la cerveza... Finalmente la huelga, la rebelión que estaba a punto de estallar, azuzada por las injusticias de los poderosos... Recordó a Pastora: el aborto, el médico, la sangre, la enfermedad... Evocó a Cándida. Había sido, mucho antes, la amante del *Diablo*. Inclusive Neco, según ella decía, era hijo de aquel hombre al que la tarde anterior se había entregado. Casi vio a su lado a Pacho, a su hermanito, al que ella quería entrañablemente. Todo lo dejaba, para seguir tras de las huellas de un desconocido, que la abandonaría una tarde cualquiera, en un sitio lejano..., que la dejaría sola, sin una protección, sin fuerzas físicas ni morales... Sería ella como Cándida, una mujer manoseada por todos, por todos poseída...

Tembló. Era el frío de su espíritu. Estaba al borde del abismo. Caminaba por una débil comisa de rocas que en cualquier momento podría romperse y precipitarla al fondo, negro y fétido. ¿Qué haría? Pero también, pensó, si se quedaba en el hogar tendría que explicar a sus padres por qué se le manchaba la cara, por qué se le redondeaba el vientre bajo los vestidos... Sería terrible. Al pensar en el momento de las disculpas se llenó de vergüenza. Soltó la puerta del rancho y avanzó en medio de la sombra hacia la quebrada, cuyo murmullo, opacado por el ruido de los motores, apenas si alcanzaba a percibirse.

La única rana del charco había callado su canto. Miró de nuevo al cielo. Ni una nube cruzaba su inmensidad llena de estrellas. Serían miles y miles... tantas, pensó, como las lágrimas que vertiría Pastora cuando viera que ella no estaba en su sitio de siempre, cuando comprendiera que se había marchado del hogar impulsada por extrañas circunstancias, y que no volvería ya nunca.

Se detuvo. Los rumores nocturnos parecían llamarla. En ese croar de la rana asmática creía escuchar los sollozos de Pacho; en el viento que movía las secas ramazones de los árboles grises, creía advertir el llanto de Pastora, las palabras suplicantes de Rudecindo... Ella no tenía derecho de condenarlos a tal martirio por su

culpa. Pensó en los sufrimientos que habrían pasado ante su cuna, vigilando su vida, viéndola crecer como un capullo, entregándole todo su amor..., para que ahora, cuando ya podían esperar que esa muchachita fuera su amparo y su consuelo, se marchara a recorrer los caminos del mundo en los brazos del *Diablo*.

Pensó en la miseria, huésped habitual de su rancho; en los días sin pan, sin calor y sin esperanzas. Y se dijo que siempre sería igual; que jamás luciría un vestido de seda; que no comería como los ricos, como los extranjeros del barrio de abajo... Pero no, no debía tener esos pensamientos miserables que la asqueaban de sí misma. No era eso lo que la movía a abandonar a los suyos. Era su deber, la terrible obligación adquirida en un momento de debilidad; era el hijo que desde su vientre, prematuramente formado para la maternidad, pedía la protección y el amparo de un padre. Ese padre era *el Diablo*; y con él, fugitivo de la justicia, se iba por los senderos desconocidos que lo mismo podían llevar a la riqueza y a la felicidad que a la desgracia y a la miseria.

La sombra lo rodeaba todo. Pero una figura alta, de hombros cuadrados, con el cabello rojo cual una llamarada, salió de entre los árboles, y Mariena sintió que sus brazos fuertes la ceñían.

Sin pronunciar una palabra se marcharon. Ascendieron por el sendero y tomaron después una ancha vía que terminaba en la carretera principal. Mariena iba asustada. No pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas al recordar el hogar abandonado, al pensar en su padre, pobre y mísero, en su madre enferma y sola, en su hermano, en todos los que dejaba tras ella, envueltos en el velo espeso de la sombra.

Capítulo

Echado de bruces sobre la hierba seca, a un lado del charco, Rudecindo pensaba en los acontecimientos de los últimos días. Se veía más viejo, más agotado, como a punto de una crisis definitiva. La barba daba al rostro una sombra grisácea; tenía más pronunciados, sobre las mejillas pálidas y descarnadas, los pómulos; dos ojeras grandes, negras casi, le rodeaban las pupilas, ocultas en el fondo de las cuencas como tenues cocuyos moribundos. Ese era el hombre. Un ser acabado, en los últimos extremos de la pobreza y de la desesperación.

Evocó angustiado el despertar del miércoles. Un día... Ayer nada más, Le pareció que de ello hacía muchos años, y que él estaba anciano, al borde de la muerte. «Con un pie en la sepultura y el otro sobre una cascara de plátano», como le dijera uno de sus compañeros, al verlo en tan lastimoso estado. Mariena... Su hija. Sí, su muchachita. La evocó enternecido y colérico al mismo tiempo. ¿Cómo había podido engañarlos con su aire de ingenuidad y de inocencia? ¡Cuánto sufrieron y cuánto sufrían en esos mismos instantes!

Él había sido el primero en notar la ausencia de su hija. Inicialmente pensó que se encontraría al lado del pozo, peinándose las largas trenzas oscuras. Se asomó a la puerta y no la vio. Entonces salió del rancho a inspeccionar los alrededores. Subió un trecho por el camino que llevaba al túnel de La Pintada; fue hasta las orillas del riachuelo; miró por todos lados y regresó a su choza, angustiado, con el corazón oprimido por un extraño presentimiento. Pastora quiso levantarse y ayudar a la búsqueda, pero sus fuerzas eran aún muy pocas y tuvo que resignarse a permanecer tendida en el suelo, vigilando a Neco, en tanto que Cándida, Rudecindo y Pacho se dedicaban a recorrer las calles. Fueron hasta la iglesia, a la estación del tren, a todas partes... y cuando volvieron esperando encontrarla sólo hallaron el grito hambreado de Ñeco y el llanto desconsolado de Pastora.

No podían convencerse de aquella nueva desgracia. ¿Por qué el destino se complacía en golpearlos, como si quisiera impulsarlos a terminar con esa existencia insoportable? Primero fue la miseria, después la enfermedad... ¡y ahora la desaparición de Mariena! ¿A dónde había podido marchar esa muchachita sola, abandonada en medio de esa manada de verdaderos lobos salvajes? Temió Rudecindo que hubiera sido víctima de la brutalidad de los hombres que deambulaban por las calles de Timbalí, a todas horas, sin decidirse a marchar a sus hogares, continuando a regañadientes el trabajo en el fondo de las minas. Pero no, no era posible. Tendrían que haber violado la seguridad de su rancho. Los gritos de ella los habrían puesto sobre aviso... Se convencieron de que Mariena había abandonado la casa por su propia voluntad.

Pasaron la mañana en medio de una indecible angustia. Pacho, sentando en el

suelo, junto al charco, meditaba en venganzas absurdas contra el raptor de su hermana, en escándalos, en muertes y en incendios. Su cerebro estaba lleno de la mala semilla. Había en él un germen para el héroe o para el criminal. Pero, careciendo de toda posibilidad de ilustración, seguramente sería lo último. Por eso, consumido dentro de sí mismo, en esa clara y jubilosa mañana de verano, pensaba en las torturas más atroces, en los mayores tormentos. Y más allá, en la misma posición de idiotismo o de desesperación llevada al máximo extremo, estaba Rudecindo. No tenía pensamientos. Un solo deseo: encontrar a Mariena, hacer que regresara al hogar que por circunstancias inexplicables había abandonado. Y dentro de la choza, Cándida, tratando de calmar a Pastora que estaba inconsolable.

Rudecindo no había concurrido al trabajo. No le importaban las consecuencias. Sentíase anulado, como un hombre dentro de una tumba. Creía que su corazón, herido por el dardo de la desgracia, iba a detener, dentro del pecho, el ritmo loco de la vida. Pensó en sus compañeros, que posiblemente estarían metidos dentro del túnel de La Pintada, soportando el fétido olor de los cadáveres... Pero quizá ninguno trabajaba. No había visto entrar a nadie. Desde allí se divisaba parcialmente la boca del túnel y no estaban los policías. Pero eso no le importaba ahora. Lo principal era encontrar a Mariena, saber en dónde se ocultaba, con quién se había marchado de la casa. Una idea se fue haciendo presente en su cerebro, pero la rechazaba con indignación. *El Diablo...* No, era imposible. Además Mariena solamente lo había visto el día en que mató a Joseto. ¿Pero esa misma acción del hombre, defendiéndola, no era un indicio de su pasión por ella? ¿Estaría siguiendo la suerte del criminal, perseguida con él, recorriendo los montes, alimentándose como las fieras, viviendo resguardados en las cavernas? Se estremeció. Era ridículo. Su hija no podía estar lejos. Tal vez su alarma era injustificada. Seguramente la muchacha, viéndolos con hambre y sin dinero, había acudido a alguna de las casas de los extranjeros a ofrecerse como cocinera. Eso tenía que ser, precisamente. Y, alegre por el descubrimiento, se incorporó para ir a decírselo a su mujer. En esos momentos apareció por un lado del basurero el *Lechuza*, y lo llamó.

Rudecindo se sintió molesto. Quizá venía para hablarle de la huelga, de lo que se había resuelto en la última reunión secreta de los agitadores, y a él no le interesaban para nada esas cosas en tales instantes. Tenía un problema más grave: su hija. Sin embargo, maquinalmente, acudió hacia el lugar en donde su compañero lo esperaba.

Lo vio extraño, preocupado, serio. En un principio habló de cosas sin importancia: del verano que azotaba el valle, del aspecto de animación que nuevamente presentaba Timbalí, de la Pintada en donde nadie estaba trabajando... Y por fin la revelación:

—Compañero, no sé cómo decirle... pero creo que es mi deber... Bueno, resulta que yo venía del lado de Troncoso... y vi esta mañanita, a eso de las cinco, al *Diablo* con... con su hija... Yo la conocí a ella inmediatamente, porque la vi un domingo,

hace ya rato, cuando ustedes iban para la misa...

Sus pensamientos, rechazados como absurdos, se habían cumplido, ¡Mariena era la amante del *Diablo*! Es decir, el segundo tomo de Cándida. Luego regresaría a su hogar, sin honra y con un hijo. ¡Qué historia tan bella para contársela a Pastora!

La mujer estuvo a punto de morir cuando supo la noticia. Solamente después de medio día se calmó su llanto. Pero a veces los sollozos la agitaban. Su estado de salud empeoró notablemente, y Rudecindo pensó en acudir hasta el hospital para llamar al médico. Pero no tenía un solo centavo. Ese día se desayunaron gracias a la generosidad de Ramiro Cabrera.

Ahora, recordando todos los episodios dolorosos del día anterior, se le llenaban los ojos de lágrimas. Apretó los puños. Era su destino, siempre aporreándolo, dándole contra la tierra.

En La Pintada el trabajo estaba interrumpido desde hacía dos días. Pensó que no estaba haciendo nada en Timbalí. ¿Cómo pagarle a Cabrera lo que le dejara fiado? ¿Con qué seguir viviendo, con su esposa cada vez más grave, con Cándida, con Neco, con su hijo? Los recuerdos de la mujer —que después de conocer la noticia dada por el Lechuza se había tornado taciturna y esquiva—, se iban esfumando de su memoria. No pensaba en ella, ni en su cuerpo joven, ni en sus pezones de canela. Ahora sólo tenía una obsesión: ¡era un desgraciado, un desamparado, un miserable! No estaba trabajando; no poseía un rancho decente donde dormir; su esposa se hallaba enferma; no contaba con un solo centavo para el pan de cada día; su hija se había fugado con *el Diablo*... Y deseó estar ocupando el puesto del cadáver, de aquel 11330 que encontraron espichado entre dos rocas, en el fondo negro del túnel.

¿Qué pasaba, entre tanto, en las dependencias de la Compañía? Él lo ignoraba. Pero sí había visto que los grupos de policías que vigilaban el pueblo no disminuían. Eran los mismos. Trescientos hombres armados, contra mil ochocientos obreros indefensos. ¿Y en dónde estaba la rebelión? ¿Qué había sido de ella? ¿Su germen murió, quizá, ahogado por las desventuras, en el alma de los infelices?

Más que nunca deseó la lucha, la muerte, la destrucción. Esos pensamientos lo obsesionaban en los últimos días con una fuerza avasalladora. Quizás el hambre se le metía en el cerebro, como un espectro, y lo llenaba de ideas terribles. En el socavón de su mente veía el cuerpo de míster Brown dando vueltas en el asador, como un enorme cerdo; o el rostro del alcalde, con su nariz de pájaro; o las patillas del capataz, ahora armado por los extranjeros para oprimir a sus compatriotas... Todo danzaba locamente en su imaginación. Se hallaba enfermo. Enfermo de hambre y de miseria. Y así, como él, estaban todos los obreros de la Compañía. Ya nada habría capaz de redimirlos.

No almorzó. Tampoco pudo comer. Un poco de caldo y pan fue todo lo que logró

ingerir Pastora. Y para Cándida y los dos muchachos, aguadepanela caliente. El hambre lo martirizaba. Tomó agua en el pozo hasta que le dolió el estómago y lo acometieron las náuseas. Vomitó sobre el pasto. Estaba muy débil. No se sentía capaz de dar un paso. Era el fin, pensó. Ya estaba llegando su miseria a los mayores extremos. No podría resistir más la carga abrumadora de la existencia. Percibió, dentro del rancho, el llanto de Neco que pedía pan. Oyó la voz autoritaria, pero quebrada por la pena, de Cándida, reclamándole silencio. Escuchó los quejidos de Pastora, que estaba muriéndose. Y allí también se encontraba Pacho. Casi lo adivinó acostado contra un rincón, con los ojos cerrados, pensando en cometer las mayores atrocidades. Desesperado, como si lo estuviera persiguiendo un monstruo, abandonó los alrededores de su cubil y se dirigió a la cantina de Ramiro Cabrera.

El polvo amarillo de la calle bailó delante de sus ojos una zarabanda. Se abalanzó sobre él. Trató de agarrarlo, de abofetearlo, de morderlo. Le tenía odio y terror. Y entonces, alocado, fue de una parte a otra persiguiéndolo. Pero el polvo, en las manos del viento, se burlaba de su angustia, de su ansiedad. Comprendió que se estaba portando extrañamente, más como un ser con el juicio perdido que como una persona normal. ¿Pero quién le había dicho que no estaba loco? ¿Quién le garantizaba que su cerebro no se hallaba sufriendo una aguda crisis, a consecuencia de la miseria, de la sed insatisfecha de justicia?

Al llegar a la puerta de la cantina oyó voces animadas y gritos. Entró, decidido a todo. Hubiera sido capaz de enfrentarse, él solo, a veinte policías, y desarmarlos sin dificultad. Una determinación tremenda lo invadía: era el deseo de terminar de una vez por todas; de consumirse entre ese polvo amarillento de las calles, de ahogarse en él, de desaparecer para siempre.

Ante el mostrador estaba Cabrera. Unos obreros borrachos gesticulaban y hablaban de cosas que nadie podía entenderles. Otros, sentados ante la mesa del rincón, maldecían contra los jefes de la Compañía, en voz baja, por temor a los policías. Ni un solo rostro amigo.

—Hola, Cristancho, entre —le dijo Cabrera—. Pero ¿qué tiene? Lo noto más acabado cada día. Como que le ha sentado muy duro el fracaso de la huelga, ¿no?

—Sí señor... Sí, un poco.

—No se desespere, hombre. Usted tiene madera de luchador. Yo no sé a dónde vayamos a parar con todas las injusticias que se están cometiendo ahora. Parece que los patronos hubieran querido dominarlos por la fuerza, humillarlos, demostrarles que son los más poderosos. Y lo malo es que ellos tienen las armas, y ustedes, los mineros, solamente poseen determinación y coraje.

—Sí..., así es.

—Esta noche hay aquí una reunión. Tal vez no vengan los policías a meter sus cochinas narices.

¿Una reunión? Entonces la situación de los obreros continuaba delicada. Estaban al borde peligroso de una crisis, que en esas circunstancias podía ser fatal para todos. Porque los obreros, descontentos, atemorizados, serían capaces de organizar una estampida; y mil ochocientos hombres eran suficientes para arrasar el valle.

Sí, aquella noche se verificaba en la cantina de Cabrera una reunión, indudablemente asistiría Espinel y podría verlo, hablar con él, contarle sus problemas. Le tenía una gran confianza, quizá porque poseía la íntima certeza de ser comprendido. En todo caso nada tenía que hacer en el rancho, como no fuera escuchar el llanto constante de Neco, las palabras llenas de amargura de Cándida y los quejidos de Pastora. Decidió esperar a que llegaran los compañeros, para enterarse de lo que estaba sucediendo en las diversas dependencias de la Compañía.

—¿Tardarán mucho en llegar a la reunión?

—No creo. Mire: allá en esa mesa están Álvarez y Martínez, que fueron los encargados de hablar con el jefe de personal y con el gerente. Allí, borracho, está Cifuentes. Dicen que es comunista, pero los obreros lo respetan mucho. Lástima que esté con sus chichas... No podrá hablarles y ellos necesitan un consejo. Pero bueno, porque de lo contrario se hundirán más. Y ahora, con los policías... Todos los odian. Todos les tienen miedo también. Si uno de ellos penetrara aquí esta noche, no saldría ni en pedacitos así de grandes —terminó, haciendo un ademán elocuente con el índice de la mano derecha.

Cuando oscureció las bombillas se prendieron. Espinel entró, y Rudecindo le estrechó la mano en silencio. El 22066 examinó a su amigo y lo notó muy raro. Ese cambio lo impresionó. Estaban frías y húmedas las manos; en la frente ostentaba pequeñas gotas de sudor; le brillaban los ojos, como invadidos por la fiebre... Sí, el 22048 estaba muy extraño esa noche. Y en las pupilas de todos, de los ebrios y de los que no habían ingerido una sola cerveza, notó una determinación extrema, una resignación llegada al máximo grado.

—La situación es tremenda, compañero —dijo Espinel—. Insoportable. Creo que estamos en la necesidad absoluta de ser oídos por los empresarios. No sé qué fin hayan tenido las gestiones de Álvarez y de Martínez... Allí están. Hablarán en la reunión, dentro de unos minutos.

La cantina había ido llenándose de hombres. Rudecindo los examinó, con miedo. Asustaban, en verdad, esas expresiones decididas, esos labios fruncidos en una mueca de desolación y de angustia, esos ojos acerados, fijos, enfebrecidos... Pensó que muchos de ellos estarían en circunstancias parecidas a las suyas. Pero ninguno tendría tantos y tan graves problemas: la esposa muriéndose, el hijo llorando en silencio por la falta de un pan, la hija perdida para siempre por los caminos inmensos de la

tierra...

Eran muchos hombres. Tantos, que no podían moverse ya. Unos se regaron por el patio, otros invadieron la cancha de tejo y los más importantes de la reunión permanecieron bajo el techo de la pequeña enramada. Entre los posibles oradores estaba Rudecindo, a quien Cabrera y Espinel reservaran un sitio cerca del mostrador.

Cristancho meditó en el número de obreros que estaban reunidos aquella noche en la cantina de Ramiro. Eran, quizá, más de trescientos. Vio delante de sí un mar de rostros blancos, de labios fruncidos, de ojos brillantes como luciérnagas bajo los párpados amoratados.

Espinel habló, aparte, con Álvarez y Martínez. Luego su voz se alzó dominando los diversos murmullos:

—Vamos a conocer ahora el resultado de las gestiones de nuestros dos compañeros. Ellos nos dirán qué programa desarrollaron para tratar de solucionar la tremenda crisis por la que estamos atravesando.

Se hizo el silencio. Varios obreros habían llevado botellas de aguardiente de contrabando, que pasaban de mano en mano, se empinaban y dejaban caer en la garganta de los hombres ese líquido ácido y picante, que al penetrar en el cuerpo los hacía más fuertes, más decididos, más valientes...

Martínez habló, por él y por su compañero. Una mesa le sirvió de estrado. Era alto, seco, de facciones angulares. Tenía en los ojos esa misma determinación, ese relámpago extraño que Rudecindo había visto en todos los allí agrupados, por la misma angustia, por idéntica miseria.

—Nuestros esfuerzos por solucionar los problemas que nos han planteado el abuso y la injusticia de los jefes, han sido inútiles. Ni siquiera han escuchado lo que pedimos. No quieren oírnos. Nos echan de sus oficinas, como a perros sarnosos. Hoy acudimos por última vez a donde míster Brown, a rogarle que volviera sus ojos hacia nosotros y que nos escuchara con humanidad, con caridad. Pero nos dejó hablar tres minutos y después él mismo, a empujones, nos sacó de su despacho. Les juro, compañeros, que si no le escupí el rostro, fue porque aún conservaba la esperanza de obtener en otras partes lo que él nos negaba.

—¡Abajo míster Brown! —gritó uno de los que estaban ebrios cuando entró Rudecindo.

Las voces fueron unánimes. El grito se oyó, fuerte, dominando todos los demás ruidos del valle.

—Silencio —pidió Martínez—. No queremos que vengan esta noche los policías a dispersarnos.

—¡Abajo los asesinos uniformados! —gritó otro, y la respuesta fue también

decidida.

—Les ruego compostura —imploró el orador—. Con estas muestras de violencia no ganaremos absolutamente nada. Venía relatando que abandonamos, sin esperanzas mayores, el despacho del jefe de Personal. Fuimos a donde el gerente, mesié Randó. Nos escuchó también, como en la ocasión anterior, pero terminó diciéndonos, definitivamente, que la Compañía estaba dispuesta a no ceder una sola línea. Y que si era necesario el empleo de la fuerza, se apelaría a ella como último extremo para mantener normales y corrientes los compromisos de la Empresa con las diversas fábricas que estaban urgiéndolos para que les suministraran carbón en enormes cantidades. Es decir, que todas nuestras esperanzas de solucionar este gravísimo problema, parecen inútiles...

Una voz potente se levantó del grupo. Venía desde los lados de la cancha de tejo:

—Y cada día, la injusticia toma características más alarmantes. ¿No saben, compañeros, lo que han hecho esos malditos policías en la mina de Chicamocha? Han cogido a culata a diez obreros porque no querían continuar trabajando. A uno, precisamente a Juan Beltrán, le fracturaron la clavícula. Y así, imposibilitado físicamente, lo obligaron a trabajar, hasta que cayó al suelo desmayado, casi moribundo. Y luego, los miserables no nos permitieron llevarlo a su casa. Allá se quedó hasta que un muchacho que por casualidad presenció el lance, le avisó a la mujer.

—Por todas partes cunde la barbarie —dijo otro, que estaba situado cerca del anterior—. Y eso es fruto de la llegada de los policías. Se dice que son agentes del orden, pero yo les he visto, en ocasiones anteriores, recorrer los caminos de las veredas matando a los hombres y a los niños, violando a las mujeres...

—Y ahora piensan que van a poder hacer lo mismo con nosotros. ¡Muera la policía!

La gritería fue ensordecedora. Se ponían tensos los ánimos. Las botellas de aguardiente circulaban de mano en mano. Ramiro Cabrera sacó, de sus depósitos secretos, un enorme barril de chicha y lo dejó sobre una mesa, cerca de Martínez, para que allí acudieran a calmar la sed y a apagar la cólera todos los que así lo desearan.

—En la meseta del socavón de Santa Brígida, el capataz hirió de un disparo a uno de los obreros.

—¿Un capataz? ¿Pero no son acaso de los nuestros?

—Están vendidos a la Compañía. Son unos Judas. Les prometieron aumentos de sueldos, y les han dado armas...

—¡Abajo los capataces! ¡Mueran los traidores!

—Se trata de José Castro. La bala le atravesó el brazo derecho, y es posible que

nunca en la vida recupere por completo sus facultades. ¿Podemos soportar, acaso, estas atrocidades que estamos presenciando? ¿Seremos indiferentes? ¿Dejaremos que los policías y los capataces armados diezmen y asesinen, delante de nuestros propios ojos, a los compañeros?

—¡Nunca, nunca! ¡Abajo los policías!

—¡Tenemos que defendernos!

—Y en La Pintada, ¿saben lo que nos han obligado a hacer? —preguntó Espinel, dominando el tumulto—. Ahí en el fondo de esa mina quedaron sepultados hace dos meses, cuatro de nuestros colegas. No se preocuparon los amos siquiera por mandar rescatar los cadáveres. Y el martes hallamos uno de esos cuerpos, descompuesto y fétido. ¡Y querían obligarnos por medio de la fuerza, a trabajar en esas condiciones inhumanas!

Un hombre que acababa de llegar gritó, desde la puerta:

—¿No oyeron hace poco un disparo de fusil? Allá abajo, en la estación, un policía borracho disparó contra Torres, el maquinista... ¡Y lo dejó muerto instantáneamente!

Los gritos, ante esta nueva noticia, redoblaron. Se alzaron en el aire las manos crispadas pidiendo justicia, clamando venganza. Ya no podían soportarlo más. Ya estaba colmada la copa tanto del sufrimiento individual como colectivo.

—¿Lo ven, compañeros? —preguntó Álvarez, que había ocupado el sitio abandonado un momento antes por Martínez—. ¿Qué podemos hacer ante la fuerza bruta, que se ha desatado sobre las calles de Timbalí? Por todas partes heridos, muertos... Injusticia y barbarie... Ha llegado el momento definitivo. Mañana iremos, en manifestación, a pedir una adecuada solución a nuestros problemas, a solicitar...

—Mañana no. ¡Ahora mismo! —gritó uno, ebrio, que estaba colocado junto al barril.

—¡Ahora mismo, sí!

—¡Abajo los policías!

—¡Mueran los extranjeros y los traidores!

La voz de Álvarez pidiendo prudencia, recomendando la paz en esos momentos definitivos, se perdió en un mar de gritos enfurecidos. Rudeciendo bebió un vaso de chicha que le habían alcanzado. El líquido penetró en su cuerpo y ya no sintió ni hambre, ni dolor, ni cansancio. Sólo experimentó un deseo de gritar, de maldecir a los que estaban oprimiéndolos como unos verdugos, de correr por las calles del barrio extranjero agitando en el aire las manos, como teas revolucionarias...

—¡Vamos a pedir justicia!

—¡Vamos a vengar a los compañeros heridos y muertos!

- Terminaremos con los policías. Son trescientos, y nosotros más de mil.
- No tenemos armas.
- ¡Pero tenemos valor y estamos desesperados!

Álvarez, Espinel y Martínez, trataban de calmar los gritos. Cifuentes, por el contrario, ebrio como estaba, no cesaba de animar a sus compañeros con sus abajos a la policía, a los *místeres* y a los *musiús*. La animación se fue haciendo incontenible. Las botellas de aguardiente habían sido vaciadas. Entonces, desde su sitio cerca del mostrador, Rudecindo vio que el mar de rostros que tenía ante él había cambiado de aspecto en un segundo. Ahora, secos los labios por los gritos repetidos, daban un aspecto siniestro a esas caras blancas, como pintadas con tiza, y dentro de todas las pupilas parecían estar danzando las llamas de un incendio fabuloso.

El 22048 sintió que, también allá en el fondo, le crecía la cólera contra su destino, contra las injusticias de la vida. Y para darse ánimo, para que no cediera en su interior ese fuego que estaba alimentando la combustión de su organismo, pensó en su casa miserable, en su esposa agonizante, en las silenciosas Lágrimas de Pacho, en los gritos de Neco, en Cándida... Sí, por ellos, por esos seres que estaban ya ligados a su vida, debía luchar; defender sus derechos; hacer que la voz de los desamparados, de los miserables y de los pobres, se oyera por fin como una clarinada potentísima que dominara, allí en el valle de Timbalí, el ruido de los motores, el jadeante trabajar de las máquinas... Era necesario que se escuchara el clamor de los oprimidos, opacando la voz de los fusiles. Tenían que vencer. Dios les había dado igualdad de derechos. Los humillados, los escarnecidos, los ignorantes, debían lanzar su grito unánime, poderoso, para pedir pan y comprensión y justicia.

- ¡Mueran los cerdos extranjeros!
- ¡Maldito sea por todos los siglos el jefe de Personal!
- ¡Hay que acabar con la tiranía!
- Los fusiles deben ser nuestros. Llevamos la razón de nuestra parte.
- Allá abajo, los místeres duermen bien comidos mientras nosotros nos estamos muriendo de hambre. ¡A la calle todos! ¡A la calle!
- ¡Viva la revolución! ¡Vivan los obreros!
- ¡Triunfaremos! ¡Somos mil hombres dispuestos a la muerte!
- ¡Abajo la policía!

En esos momentos, en las puertas de la cantina, con ademanes violentos, con los fusiles en bandolera, aparecieron diez agentes uniformados.

Nadie pudo saber cuál de los dos grupos atacó primero. De pronto en el aire, poblado de amenazas y de gritos, estallaron dos disparos. Un hombre que estaba colocado cerca de Rudecindo dio una vuelta y cayó sobre sus aterrados compañeros,

con el cráneo completamente destrozado. La otra bala hizo impacto en el techo. Todos los obreros, más de trescientos, se lanzaron sobre los diez policías con una furia ciega. No les dieron tiempo de defenderse. Los rodearon, alzando hacia la noche los cañones negros y fríos de los fusiles. Y luego los golpearon, con los pies descalzos, con los puños cerrados. Los atacaron con las uñas, como fieras. Clavaron en esos cuerpos todo el odio de que estaban poseídos, y salieron a la calle, ya definitivamente perdida la razón tras las barreras rojas de la cólera. Sus gritos atronaron la noche. Trescientos hombres, seiscientas manos crispadas, trescientas gargantas contraídas por la angustia, trescientas rebeliones fundidas en una sola, salieron de la cantina de Ramiro Cabrera y se regaron por las amarillentas vías de Timbalí. Pedían justicia; gritaban muera a la policía y a los extranjeros; solicitaban pan, comprensión, legalidad. Pero ya estaban ciegos. Las voces se hicieron más fuertes y se transformaron luego en una sola, alta, terrible, con fragor de alud y de terremoto, que se extendió rápidamente por el valle.

Los que habían logrado apoderarse de un fusil o de una pistola, disparaban sin cesar. Cundió el pánico. No era sólo el reventar constante de las balas, sino la voz, el grito de un pueblo hambreado, pobre y miserable, rebelado contra la injusticia.

Por las esquinas fueron llegando más y más obreros. Los que trabajaban en el fondo de las minas distantes oyeron las detonaciones y salieron, matando a los policías que los vigilaban y apoderándose de sus armas. Muchos quedaron tendidos ante los disparos enemigos, entre charcos de sangre, retorciéndose en las convulsiones de la agonía. Pero los más, con la fuerza de la desesperación, vencieron a quienes los guardaban y caminaron por los diversos senderos del valle, hacia un mismo centro: el barrio de los extranjeros.

Ya no estuvieron solos en medio de la sombra los que salieron de la cantina de Cabrera. De los cuatro puntos cardinales llegaban obreros. Venían algunos con antorchas, que difundían por la penumbra sus luces amarillas y humeantes. Parecían gritos de fuego encendidos contra la explotación inmisericorde. La fil fue engrosándose, haciéndose a cada metro más poderosa, más terrible. Los gritos duplicaron su fuerza. Ya todas las gargantas estaban secas, roncas, pero aún emitían sonidos guturales, aterradores. Los tiros se hicieron más nutridos. Venían de diversos sitios los ecos de los disparos. De Vientoalegre, de Santa Brígida, de Niñasol. Y de repente, para aumentar la confusión, los motores se apagaron. Los empleados encargados de vigilarlos habían, sin duda, dominado a los guardias, y unían su voluntad en busca del triunfo de la rebelión.

No fue aquello lo que buscaron Álvarez, Martínez, Espinel y tantos otros. Ellos querían organizar, para el día siguiente, una manifestación pacífica, ordenada, que acudiera ante las oficinas de la jefatura de Personal para pedir justicia, seguro colectivo, aumento de salario, abolición de la hora más de trabajo, Pero ¿qué podían ellos solos contra la turba enfurecida? ¿Quién escucharía, en aquellos minutos supremos, sus voces, que se alzaban pidiendo paz en medio de la ira desatada de los

obreros? Incapaces de dominar la avalancha se unieron a ella, tratando, por todos los medios, de detener las manos crispadas de los hombres, de arrebatárles las armas que no cesaban de disparar, de apagar las antorchas que iban aumentando en proporción aterradora, sin que nadie supiera de dónde brotaban a fortalecer la fila de los desamparados, de aquellos seres martirizados por el hambre y por la sed de justicia que ahora recorrían, ebrios de cólera y de deseos de venganza, las calles amarillentas y sucias del barrio obrero de Timbalí.

Rudecindo Cristancho, el 22048, iba también entre ellos, en la primera fila. Llevaba, como únicas armas, sus manos callosas de minero; como bandera, su voz que reclamaba por lo que legalmente le correspondía; como antorcha sus ojos que brillaban, poseídos por la fiebre de una determinación irrevocable. Allí estaba él en medio del tumulto. Allí, gritando, en tanto que en su rancho su esposa, su hijo, Cándida y el niño, otearían angustiados la oscuridad para saber qué estaba sucediendo en el valle. El recuerdo de esos seres que dejaba atrás lo ensombreció, lo llenó de tristeza. Evocó con ternura el rostro bondadoso de su mujer, de aquella que lo había acompañado en el dolor y en la alegría durante más de quince años. La recordó en el campo, en la casa paterna, alta y llena de vida y de juventud. Evocó sus momentos de felicidad, sus días de hambre y de miseria... Pensó en Pacho, en ese muchachito pálido y débil, que a pesar de sus doce años había robado, herido y dormido en la cárcel... Recordó a Mariena, ahora deambulando por el mundo, fugitiva en los brazos del *Diablo*, con un hijo quizá creciéndole en el vientre... Y también en esos instantes en que caminaba dentro de la fila de los revoltosos, reconstruyó los senos dorados de Cándida, sus pezones erectos como suaves corozos maduros, su cuerpo firme y sabio para el amor, sus labios siempre abiertos como dispuestos a los besos... ¿Por qué se le venían a la memoria los encantos de esa mujer, que había dormido a veinte centímetros de su cuerpo y a la que no había sido capaz de acercarse una vez siquiera? ¿Por qué pensó con terror en los gritos de Neco, pidiendo pan? ¿Por qué recordó que su esposa estaba muriéndose de hambre, tendida en el suelo, incapacitada para levantarse?

El clamor era repetido por ochocientos hombres. La manifestación crecía. Aumentaban, como cocuyos gigantescos y enloquecidos, las antorchas. Se deshojaban en el aire de la sombra las rosas rojas nacidas del cañón de las pistolas y de los fusiles. La oscuridad, una vez apagados los motores, fue absoluta. Sólo se distinguía, como una masa blanca, el barrio elegante de Timbalí, en donde los hombres dormían en blandos lechos, en tanto que ellos, los que marchaban con la palabra de la rebelión en los labios, tenían que contentarse con un metro de tierra dura para reclinar allí su cuerpo agobiado por el trabajo.

¿Dónde estaban los policías? De súbito tuvieron la respuesta, en forma de una lluvia de balas. Agazapados tras de los vagones viejos del ferrocarril, los uniformados desocupaban sus armas sobre el compacto grupo de los rebeldes. Muchos cayeron, heridos o muertos. Sobre ellos, sin cuidarse de su suerte, pasaron los demás hombres.

Mil seiscientos pies arrastrándose por el suelo amarillento de las calles; ochocientas bocas abiertas que gritaban contra los explotadores y contra los injustos. Un estremecimiento general recorrió la fila de los mineros. Habían muerto, de las primeras descargas, no menos de cincuenta hombres; pero los restantes avanzaron con una furia irreflexiva y loca. Fueron como una enorme masa incontenible de rocas, como un derrumbe humano cayendo sobre los policías que, atrincherados en los vagones, no esperaban ese gesto de audacia. Por una y otra parte se regaron los obreros, rodeando los carros. Los agentes, desde sus puestos estratégicos, continuaban disparando contra los grupos de hombres que tenían por toda defensa sus pechos descubiertos, escuálidos, minados por el desaseo y por la tisis. Pero los rebeldes poseían la fuerza arrolladora de su determinación y de su locura. Muy pronto los ciento cincuenta policías fueron dominados. Algunos los atacaron con las manos abiertas, metiéndoles los dedos en los ojos, arrancándoles los cabellos. Otros los ahuyentaron a mordiscos, como canes rabiosos, y lentamente fueron haciéndolos ceder, hasta que los que en el ataque no murieron se fugaron hacia las colinas, aterrorizados y heridos.

Con esta victoria se aumentó el número de armas que poseían los rebeldes. Los disparos se hicieron más frecuentes. Ya los cañones no estaban dirigidos al viento, sino contra las suntuosas construcciones de los jefes, que se distinguían en compacto bloque, allá adelante. De pronto, frente a ellos, distinguieron el edificio cuadrado de la prisión, y se abalanzaron contra él.

Ciento cincuenta obreros, quizá más, yacían muertos, regados por la calle, reclinados en posturas grotescas contra los rieles o dentro los vagones del ferrocarril. Pero esos habían sido reemplazados por otros, que continuaban llegando de las más apartadas regiones con antorchas encendidas, gritando, pidiendo justicia, ahogados ya en el cenagoso mar de la venganza y del crimen, al que habían sido precipitados precisamente por la incompreensión de los poderosos.

Como una tromba cayeron sobre el edificio de la cárcel. Los pocos guardias fueron rápidamente dominados. Se abrieron, ante el impulso de cien brazos, las puertas enrejadas. Del patio, de los calabozos, salieron gritos de júbilo. Era el momento de la libertad. Cincuenta presidiarios, inocentes unos, culpables otros, se unieron en forma decidida a los huelguistas, y con ellos, encabezando la manifestación, salieron hacia las calles del barrio en donde se levantaban las elegantes construcciones de los potentados. Ya las antorchas eran más de doscientas, y formaban un río de fuego y de humo por la calle pavimentada, bordeada de jardines.

Como último recurso, rodeando una manzana de residencias importantes (la del gerente, la de míster Brown y otras) estaba colocado un cordón de policías. Eran unos doscientos, y tenían todos listos sus fusiles.

Los encarcelados puestos en libertad por la manifestación rebelde, fueron los primeros en atacar a los agentes. Como perros de presa se lanzaron sobre ellos.

Muchos murieron. Pero otros se metieron entre las filas enemigas, sembrando el desconcierto y el terror. Daba miedo ver, a la vacilante luz amarilla de las antorchas, los rostros de esos cincuenta hombres, largos, famélicos, decididos. No temían agarrar los fusiles por el cañón y volverlo hacia el cielo, aun a trueque de quedar sin vida, tendidos en el pavimento. Los disparos se sucedieron de parte y parte. Los obreros fueron cayendo en tanto que allá, junto a las residencias de los principales jefes de la Compañía Carbonera del Oriente, mezclados con los policías, luchando cuerpo a cuerpo, en una batalla sangrienta y salvaje, estaban los presidiarios, de los cuales no quedaban ya sino veinte o veinticinco, pero con fuerzas redobladas, con un ímpetu avasallador que fue venciendo, palmo a palmo, la resistencia de los uniformados.

Dos automóviles partieron, raudos, del otro lado de la manzana, tomando la carretera que conducía a Troncoso. Entonces el grito fue de rabia. ¡Se habían fugado aquellos a quienes buscaban! Los hombres todos meditaron por un momento en sus esposas, vendidas las unas en los prostíbulos por falta de pan y de abrigo, enfermas las otras, las más trabajando como esclavas para subsistir; recordaron a sus hijos, ya carne de presidio, prematuros criminales que robaban para mitigar el hambre, y duplicaron la furia del ataque. Los policías fueron retirándose, dejando el campo libre a los rebeldes.

Continuaban llegando hombres de las diversas dependencias. De los socavones del Santo Nombre y de Niñasol, que eran los más distantes. Todos portaban antorchas. Uno de ellos arrojó su tea dentro de la residencia más cercana, y los otros lo imitaron. Pronto las llamas fueron creciendo. Por las ventanas de las mansiones se asomaban las lenguas rojas, verdes, azules, torturando la noche. El incendio tomó un incremento cataclísmico. A consecuencia del prolongadísimo verano, todo estaba seco. La madera de los pisos, las tejas de las casas, los árboles, los muebles, la misma hierba de los jardines... Y todo ardió en el momento, con una furia incontenible y tremenda.

Rudeciendo aún continuaba entre los rebeldes que marchaba a la cabeza del tumulto. Una bala le había herido el brazo izquierdo, que le sangraba intensamente. Pero no sentía dolor. Una fuerza superior lo sostenía. Y al lado de sus compañeros de miseria continuaba recorriendo las calles enrojecidas de Timbalí, iluminadas por el fulgor de los incendios.

De las casas salían, a veces, gritos de auxilio, frases que imploraban caridad, perdón. Pero ellos eran inclementes. Nadie habría sido capaz de ablandar sus corazones en esa hora de la venganza ¿Habían tenido acaso compasión con sus mujeres y sus hijos los dirigentes de la Compañía? ¿Habían escuchado sus peticiones legales, humanas? Ahora estaban ellos en un sitio desde el cual contemplaban el padecimiento de sus verdugos, y se alegraban de esos lamentos, de esas exclamaciones. Hombres y mujeres salían a las calles, corriendo en diversas direcciones. Grupos aislados de rebeldes los perseguían hasta ultimarlos o obligarlos

a penetrar de nuevo en sus residencias incendiadas. Las llamas continuaban lamiendo los costados negros la noche. Se oía el crepitar del fuego. El olor de la madera y de los cuerpos chamuscados se esparció por el valle junto con el humo.

—¡La casa de Ricardo García!

—¡La residencia del alcalde!

Rudecindo Cristancho, el minero, el 22048, la vio perfectamente a la claridad del incendio y a la vacilante lumbre de las antorchas que aún portaban algunos rebeldes. Se encaminó a ella y todos lo siguieron. En la ventana del segundo piso apareció, en ropas interiores, con el terror reflejado en sus ojillos miopes, con su nariz de pájaro, don Ricardo García.

Estallaron los gritos. Todos lo odiaban porque había sido un vendido a los explotadores; porque había castigado siempre a los débiles. Por eso se lanzaron contra la casa. Rudecindo fue el primero en penetrar a ella. Treparon como pudieron, atropellándose, por las escaleras. En el *hall* del segundo piso el alcalde los esperaba, pronto a desmayarse. A la luz de las antorchas lo vieron arrodillarse en el suelo, como implorándoles perdón. Pero uno de los obreros que marchaban con Rudecindo, de un machetazo brutal seccionó la cabeza de García. Se vio entonces el cuello, lleno de nervios amarillentos y tensos como cuerdas de arpa, y un chorro de sangre espesa y caliente brotó de las venas abiertas, regándose por el piso. Los amotinados arrojaron algunas antorchas dentro de las habitaciones y salieron de nuevo hacia la sombra. Ya estaba hecha la justicia. Su justicia, la de los rebeldes, la de los despreciados, la de los miserables.

El avance continuó. Frente a ellos estaba situado el edificio de las oficinas. Quinientos obreros se precipitaron sobre él. Llevaban en los labios el grito de rebelión; en las manos el fusil, la antorcha o el gesto; y en los ojos la determinación que hace a los criminales o a los héroes.

Una descarga cerrada partió de las ventanas altas del edificio. Docenas de hombres cayeron en el suelo negro de la calle, pero los otros siguieron adelante, disparando. La noche, iluminada por los incendios, se vio cruzada por relámpagos de pólvora en todas direcciones. La muerte bailaba una danza loca en medio de las calles de Timbalí. Los hombres corrieron hacia el edificio. Rudecindo aún marchaba entre ellos, con su brazo herido. Ya no podía gritar. Se ahogaba la voz en su garganta, pero allí, en el fondo de su corazón, su ser interior continuaba gritando, pidiendo pan y caridad y justicia.

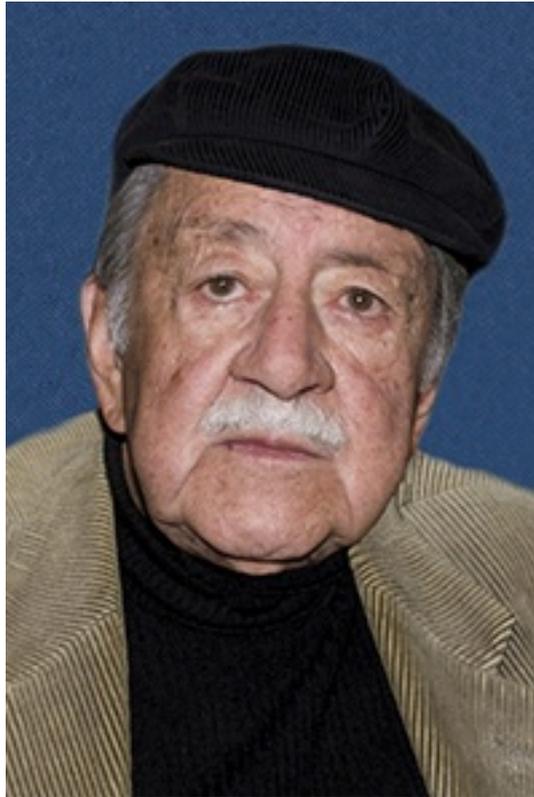
Una bala partió del edificio de las oficinas. Rápida, certera, se clavó en el pecho de Rudecindo Cristancho, del 22048. Este cayó al suelo. Sintió como un golpe, y una niebla roja rodeó todos los objetos. Pensó que era el incendio que se generalizaba... Centenares de pies desnudos pasaron por sobre su cuerpo insensible. Aún alcanzó a pensar con angustia en Pastora y en sus hijos. Después una sombra espesa y húmeda

lo fue llenando todo, y ya no sintió ni dolor, ni hambre, ni deseos de venganza...

Los hombres continuaron hacia adelante. Eran los desposeídos, los desamparados, los olvidados. Eran los seres famélicos que luchaban contra la injusticia. Venían desde las garras de la miseria hasta los extremos sangrientos de la rebelión.

Y por todo el pueblo de Timbalí las llamas iban extendiendo sus grandes alas rojas.

*Santa Rosa de Viterbo
Febrero de 1962*



FERNANDO SOTO APARICIO. Escritor, poeta, cuentista, comentarista de libros, ensayista y guionista de televisión, nació el 11 de octubre de 1933 en Santa Rosa de Viterbo (Boyacá, Colombia). En la mayoría de sus obras el escritor colombiano se centraliza en la juventud, droga, política, sociedad, soledad, olvido, odio y frustración; temas que permite que él explore desde algunos de estos campos al ser humano y sus componentes.

Entre 1960 y 1974 él escribió novelas como: *Los bienaventurados*, *Mientras llueve*, *El espejo sombrío*, *Viaje al pasado*, *Después empezará la madrugada*, *Viva el ejército*, *Viaje a la claridad*, *La siembra de Camilo*, *Mundo roto*, *Puerto silencio*, en las cuales se encuentra historias de familia, venganzas, las violencias calladas, la prostitución, las aberraciones culturales, la represión y la memoria, permitiendo que el escritor maneje la crítica social de una manera íntima y no abierta en sus novelas.

Para los años de 1974 y 1983, Fernando Soto publica: *Camino que anda*, *Los funerales de América* y *Hermano hombre*, (una trilogía sobre la historia americana).

En Agosto de 1950 publica su primera obra llamada *Himno a la Patria*, en 1962 ganó el premio Selecciones Lengua Española con su obra «*La Rebelión de las Ratas*».

De Balde
sumercé